

AUDREY CARLAN

CALENDAR
GIRL

ABRIL MAYO JUNIO

— 2 —

DISFRUTA
TU NUEVA
VIDA

de

Lectulandia

Ya han pasado tres meses desde que Mia se embarcó en la aventura más increíble de su vida. Tres meses llenos de lujo, pasión y glamur... saltando de ciudad en ciudad. Tres meses desde que conoció a Wes.

Boston, Hawaii y Washington DC son sus próximos destinos, en los que, junto con Mason, Tai y el senador Shipley, Mia se adentrará en el mundo de las wags, conocerá el valor de la amistad y vivirá unas experiencias sexuales que la llevarán hasta límites insospechados.

Aunque Mia no puede olvidar a Wes, sabe que su viaje debe continuar. Pero algo le dice que sus caminos volverán a cruzarse...

Lectulandia

Audrey Carlan

Calendar Girl 2

Abril Mayo Junio

Calendar Girl - 02

ePub r1.0

Eibisi 24.04.17

Título original: *Calendar girl. Volume Two*

Audrey Carlan, 2015

Traducción: Lara Agnelli, 2016

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



EDICIÓN
CONMEMORATIVA
4.º
ANIVERSARIO

epublicre



"MÁS LIBROS, MÁS LIBRES"

ABRIL

Anita Scott Shofner

El viaje de Mia en Boston está dedicado a ti, cariño.
Al igual que Mia, tú también has empezado un nuevo camino recientemente.
Estoy orgullosa de ti porque te elegiste a ti.
Creo que todo el mundo necesita anteponerse a sí mismo alguna vez en la vida.
Quiero darte las gracias,
y no sólo por ser una increíble primera lectora, que lo eres,
sino también por ser tan encantadora y buena amiga.
Namasté, amiga mía.

MAYO

Kris Ward

Tú siempre animas, apoyas, amas.
Todo en ti es angelical.
Los que te rodean anhelan disfrutar de tu hermosa personalidad.
Me recuerdas a mi madre, que ya falleció,
y por eso, mamá Kris, te dedico el viaje de Mia en Hawái.
Que el sol siempre brille con fuerza sobre ti.
Que el don de la amistad verdadera permanezca siempre a tu lado.
Que la alegría que repartes regrese a ti multiplicada por diez.
Que el amor te rodee y complete tu alma.
Con amor, siempre.

JUNIO

Lisa Colgrove Roth

Junio está dedicado a ti, ángel,
porque es un mes capital en el viaje de Mia,
igual que tú lo eres en el mío.
Cuando te uniste a mi equipo,
no me imaginé que serías una bendición tan grande.
Tu incansable apoyo y tu amistad
me han ayudado un millón de veces.
Tienes mi amor y mi gratitud por ser como eres.

ABRIL

1

«Vaya, vaya... Hola, bomboncito», fue lo primero que salió de esa boca sexi como un demonio. Por desgracia, esas palabras —acompañadas por el repaso que me dio— hicieron que me subiera la temperatura, aunque no para bien. Mason Murphy estaba apoyado en una limusina. Llevaba gafas de aviador, tenía el pelo castaño cobrizo y una sonrisa canalla que probablemente derretía las bragas de todas las aficionadas al béisbol. Por suerte para mí, llevaba ya varios meses acostumbrada a estar con tíos buenos, así que no me afectó mucho.

Le tendí la mano. Él frunció los labios, se colocó las gafas en la cabeza y me obsequió con una mirada de sus alucinantes ojos verdes. Tenían el color de las esmeraldas y eran igual de bonitos que las piedras preciosas.

—¿Cómo? ¿No me vas a dar un beso?

Yo fruncí el ceño, me crucé de brazos y eché la cadera a un lado.

—¿En serio? ¿Me va a venir con ésas?

Él se echó hacia atrás, se quitó las gafas de la cabeza y se metió una patilla en la boca. Tras volver a examinarme de arriba abajo, soltó:

—Peleona, ¿eh? Me gustan las mujeres que suponen un reto.

Abrí y cerré los ojos varias veces para asegurarme de que no seguía durmiendo por culpa del Benadryl que me había tomado antes de subir al avión. Volar siempre me ponía nerviosa. Pero nada comparado con lo que estaba sintiendo en esos momentos. Ese hombre me atacaba los nervios.

—Es una buena pieza, ya veo.

Él abrió mucho los ojos y una amplia sonrisa iluminó su rostro, de rasgos exageradamente bien esculpidos. Tenía los pómulos altos y un hoyuelo en la barbilla. Y me estaba observando con un brillo en la mirada que no presagiaba nada bueno.

Se acercó a mí, me rodeó el cuello con un brazo y me dio un beso en la sien. Me costó un gran esfuerzo de contención no volverme hacia él y plantarle uno en toda la cara. Un puñetazo, quiero decir.

—Va a apartar ese brazo de ahí ahora mismo y va a guardar las distancias. ¿Es que no tiene educación?

Mason se acercó un poco más y se inclinó para susurrarme al oído:

—Sé lo que eres, y me parece perfecto. Más que perfecto. Nos lo vamos a pasar muy bien juntos.

Le di un empujón en el pecho para quitármelo de encima.

—Mire, señor Murphy...

—¿Señor Murphy? —repitió él en tono burlón—. Ajá, ¿por qué no? Me gusta este rollito...

Inspiré hondo por la nariz mientras apretaba los dientes con cuidado de no morderme la lengua. Ese tipo me irritaba tanto que probablemente me la habría partido en dos.

—Lo que estaba tratando de decir, antes de que me interrumpiera, es que tiene una idea equivocada de mí. Trabajo como escort, es decir, como acompañante. Y, como el mismo nombre indica, lo acompañaré a sitios. Le proporcionaré una compañía agradable.

Él se acercó aún más, me agarró por la cadera y la pegó a la suya.

—Perfecto. Me muero de ganas de hacer cosas agradables contigo —dijo frotando su pelvis contra la mía y mostrándome que algo estaba volviendo a la vida.

Suspirando, lo dejé por imposible. Le di otro empujón y le solté:

—Encárguese de mis maletas.

Él llamó al chófer de un silbido. Sí, he dicho de un silbido. Como si fuera un perro. No me habría extrañado nada oírlo decir: «Ven, chico; aquí, chico; buen chófer».

Hice una mueca de disgusto y me aparté de sus zarpas.

—No te preocupes, nena. Enseguida aprenderás las reglas del juego —dijo simulando batear una pelota.

Abrí la puerta de la limusina y me senté, poniendo los ojos en blanco. Él me siguió al interior del espacioso vehículo y juntó las manos, dando una palmada.

—¿Quieres beber algo?

Creo que lo miré como si acabaran de salirle cuernos en la cabeza.

—Es aún muy temprano.

Él se encogió de hombros.

—En alguna parte del mundo ya es mediodía —replicó, guiñándome el ojo con descaro antes de sacar una botella de champán de la nevera. Sacó la lengua y se humedeció los carnosos labios.

El rincón entre mis muslos se dio por aludido y empezó a cosquillearme de un modo muy placentero. Me crucé de piernas y sacudí la cabeza. Ese hombre era un capullo, pero un capullo muy guapo. Mason Murphy era alto, pasaba del metro ochenta, y tenía un cuerpo que alegraría cualquier portada de revista. De hecho, había aparecido en varias de ellas. Sus bíceps se contraían de un modo delicioso cada vez que se movía, y los cuádriceps hicieron lo mismo cuando se colocó la botella entre las piernas para descorcharla, cosa que hizo sin que saliera espuma disparada. Un punto a su favor.

—Y ahora, bomboncito, vamos a dejar un par de cosas claras.

Abrí tanto los ojos que mis cejas casi tocaron el nacimiento del pelo. Él me dio una copa de champán. Aunque sólo eran las diez de la mañana, la acepté pensando que me vendría bien para controlar lo mucho que me irritaba ese tipo.

—Has venido aquí para hacerte pasar por mi novia, y eso quiere decir que, para que los fans, los posibles patrocinadores y los medios de comunicación en general se lo traguen, vamos a tener que mostrarnos muy cariñosos en público desde ya. Y, visto lo visto —volvió a humedecerse los labios mientras me repasaba con la mirada desde la punta de las botas, pasando por los vaqueros y hasta llegar a mi escote. ¡Cerdo!—,

voy a disfrutar de cada segundo que pasemos juntos.

Ese tipo no iba a ponerme las cosas fáciles. Era un engreído, sexi como el mismo diablo, un maleducado, sexi como el mismo diablo, y un inmaduro. ¿Me dejo algo? Ah, sí: sexi como el mismo diablo.

Se echó hacia atrás, dejando su cuerpo en exposición para mi disfrute. Sonrió con ironía y se bebió su copa de un trago. No iba a permitir que ese idiota pensara que era superior a mí, así que me acerqué mi copa a los labios y la vacié de un trago. Él alzó las cejas y los ojos le brillaron de admiración.

—Ya veo que eres de las mías —comentó llevándose la mano al pecho, como si estuviera emocionado.

Me incliné para coger la botella, rellené mi copa y, con un gesto de la cabeza, le indiqué que me diera la suya. Cuando lo hizo, se la llené también.

—De acuerdo —dije entonces—, ya veo que hemos de poner un par de cosas en firme.

Él hizo una mueca, como si estuviera a punto de hacer un chiste, pero lo impidió fulminándolo con la mirada. A continuación, se dejó caer de nuevo sobre el respaldo y alzó la barbilla.

Sonreí, sabiendo que acababa de ganar el primer *round*.

—Es verdad que me has contratado para que me haga pasar por tu novia este mes, pero no soy tu fulana. —Lo tuteé, viendo que era inútil tratar de marcar distancias con él. Mason frunció el ceño—. Acostarse con los clientes es opcional para mí. El sexo no está incluido en el contrato, así que deberías haberte leído la letra pequeña, colega, porque estás a punto de descubrir lo que es un mes de celibato.

Él abrió la boca y se quedó en *shock*unos instantes antes de dirigirme una sonrisa irónica.

—¿Te estás quedando conmigo?

Negué con la cabeza.

—Me temo que no. Así que más te vale hacerte amigo de esa mano que tienes ahí, porque la vas a tener que usar a menudo este mes. Si la prensa te descubre por ahí montándotelo con cualquier fresca que te haga caso, se enterarán de que esto —lo señalé con el dedo antes de señalarme a mí— es un paripé. Y ni las molestias que te has tomado ni los cien mil dólares que has pagado habrán servido de nada. —Mason se pasó una mano por el pelo—. Te recuerdo que mi tarifa no es reembolsable. Y ¿qué crees que pensarían tus posibles patrocinadores del hecho de que tu nueva novia no te dure ni un día?

Apoyé la espalda en el asiento, me crucé de piernas y di un trago al champán, dejando que las amargas burbujas bailaran sobre mi lengua, estimulándome los sentidos.

Él me dirigió una mirada que no supe descifrar.

—Entonces ¿qué sugieres que hagamos, bomboncito? —me preguntó mientras me repasaba las piernas y el escote una vez más antes de volver a mirarme a los ojos.

Sus palabras eran agradables, pero no sonaban sinceras en absoluto.

—Para empezar, deja de llamarme *bomboncito*...

—Y ¿por qué no puedo tener un nombre cariñoso para mi chica? —me interrumpió.

Yo fruncí los labios mientras buscaba una buena manera de decírselo para que me entendiera.

—Puedes tener un nombre cariñoso para tu chica, pero búscate uno que no suene tan baboso.

Mason echó la cabeza atrás y rio a carcajadas. El sonido resonó por todo el coche, aligerando el ambiente. Si reía a menudo, tal vez el mes no se me haría tan duro. Volvió a pasarse la lengua por el labio inferior, y esa zona entre mis muslos que aún no había olvidado lo agradable que es que un hombre la acaricie con sus morritos se estremeció.

«¡Quieta, chica!», le ordené a mi libido. Desde mi festival de polvos con Wes dos semanas antes, había estado salido como el pico de una mesa, y sin esperanzas de que nadie se ocupara de mis necesidades. La actitud chulesca de mi cliente actual había hecho que lo tachara de la lista de mis posibles «clientes follables», así que mucho me temía que iba a tener que compartir celibato con él. ¡Menuda diversión!

—Mira, creo que lo mejor será que nos conozcamos un poco —le propuse—. Háblame de ti.

Mason se apoyó una mano en la rodilla de los vaqueros y miró por la ventana.

—No hay mucho que contar. Mi familia es de origen irlandés. Mi padre es basurero y sigue trabajando, aunque le he dicho mil veces que no necesita hacerlo. Pero no le da la gana; es demasiado orgulloso.

—Parece un buen tipo. —A diferencia de mi padre. Bueno, en realidad eso no es exactamente así. Mi padre lo intentó, pero las circunstancias pudieron con él. Después del mazazo que le supuso el abandono de mi madre, perdió el norte. La verdad es que no sé cómo se puede superar perder al amor de tu vida.

Mason sonrió, mostrando sus dientes blancos y casi del todo rectos. Uno de ellos estaba un poco torcido. Muy poco, lo justo para dar carácter a su sonrisa.

—Mi padre es el mejor; sigue siendo un tipo duro. Aunque trabaja demasiado. Siempre lo ha hecho, para sacarnos adelante a mis hermanos y a mí.

—¿Cuántos hermanos tienes? —le pregunté, genuinamente interesada.

Mason levantó tres dedos mientras daba un sorbo al champán.

—Mis hermanos están todos pirados, pero los quiero —dijo con más acento bostoniano que nunca, lo que indicaba que se había relajado.

¡Qué sexis son los acentos, joder! Me iba a costar mucho dejar las manos quietas si Mason resultaba ser un tío majo.

Me miró entornando los ojos, que se oscurecieron.

—Ya verás cuando se enteren de que me he ligado a un chochete como tú.

«Y el gilipollas apollardado vuelve a la vida, señores...» Respiré hondo y sacudí

la cabeza soltando el aire lentamente.

—Tres hermanos, vale. ¿Son mayores que tú o más pequeños?

—Todos son más pequeños que yo. Brayden tiene veintiuno; Connor, diecinueve, y el menor, Shaun, diecisiete. Aún no ha acabado el instituto.

Me incliné hacia adelante y dejé la copa vacía en el soporte.

—Vaya, cuatro chicos.

Mason asintió.

—Sí. Brayden estudia Formación Profesional y trabaja de camarero. Dejó embarazada a una chica durante su último año de instituto. —Hice una mueca—. La muy zorra le endilgó a la criatura y se largó. —Me quedé boquiabierta. ¿Cómo podía alguien abandonar a un bebé que era carne de su carne? Bueno, vale. Mi madre también lo hizo pero, igualmente, cada vez que oigo que alguien abandona a un niño me hierve la sangre—. Así que Bray sigue viviendo en casa de mi padre con su hija Eleanor.

—Eleanor —repetí—, es un nombre bastante anticuado, ¿no?

Él sonrió y miró por la ventanilla con expresión melancólica.

—Sí, se lo puso por mi madre.

—¿Tus padres están separados?

Él negó con la cabeza.

—No. Mamá murió hace diez años. El cáncer de mama se la llevó demasiado pronto. En casa sólo ha habido hombres durante mucho tiempo. Hasta que llegó Eleanor.

Me eché hacia adelante y le apoyé la mano en la rodilla.

—Lo siento, no debería haber preguntado.

Él sacudió la mano, quitándole importancia.

—Ha pasado mucho tiempo. No importa. Luego está Connor, que va a la Universidad de Boston, y Shaun, que se pasa el día con la mano metida en chochos adolescentes.

Fruncí el ceño y solté un gruñido.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Decidí obviar el detalle de que pronunciar esas palabras en compañía femenina era una muestra de inmadurez. Era una batalla perdida—. Bueno, cuéntame. ¿Qué patrocinadores esperas conseguir?

Cuando llegamos a su apartamento, como él lo llamaba, me sorprendió la esquelética y preciosa rubia que salió a recibirnos. Yo no soy una mujer menuda; soy una mujer normal, de veintitantos años. La chica que nos recibió, en cambio, era delgada como una modelo de pasarela pero, en vez de ir vestida con ropa de diseñador, parecía la Barbie ejecutiva. Era alta, llevaba el pelo rubio recogido en un moño, tenía los ojos azules, los morritos pintados de rosa y un traje que le sentaba como un guante. Era la

viva imagen del dinero y la profesionalidad, aunque ninguna de esas dos cosas justificaban el modo en que miraba a Mason.

—Hola, señor Murphy... —La rubia levantó un dedo cuando él entró en la vivienda, pero hizo un mohín al ver que pasaba de largo sin hacerle el menor caso.

Yo me detuve en el escalón, junto a la mujer. Cuando dejó de observar el culo de Mason mientras éste buscaba algo en el recibidor, se volvió hacia mí. Le sonreí.

—Eh, maleducado. La rubita guapa del traje trataba de llamar tu atención —le dije a Mason sin apartar la vista de ella—. Y te has olvidado de mis maletas. —Sacudí la cabeza mientras decía «gilipollas» entre dientes.

Ella se inclinó hacia mí.

—¿Disculpe?

—Nada, nada. —Le ofrecí la mano—. Soy Mia Saunders, la novia de Mason.

La rubia respiró hondo, como armándose de valor para enfrentarse a algo.

—Sé quién es, Mia. Soy Rachel Denton, la representante de su agencia de relaciones públicas. Fue mi empresa la que sugirió que la contratara. Voy a ayudarlos a engañar al público. Normalmente sería su publicista quien trabajara con él, pero me ofrecí voluntaria. —Se mordió el labio y apartó la mirada.

—Vale, pues en ese caso, uniremos fuerzas para que todo salga bien, supongo. Menudo personaje, ¿eh? —Sonreí justo cuando Mason asomaba la cabeza por la puerta.

—¿Te has perdido, pibón? —Aunque lo dijo sonriendo, sus palabras me molestaron. Puse los ojos en blanco, agarré a Rachel por el hombro y la atraje hacia mí.

Mason pareció darse cuenta de su presencia justo en ese momento. Y cuando digo «darse cuenta», me refiero a que la examinó de arriba abajo... dos veces.

—Rachel, ¿qué haces aquí? Pensaba que Val se encargaría del tema.

Ella negó con la cabeza y se ruborizó. Interesante.

—No. Val está muy ocupada persiguiendo a los patrocinadores y programando las entrevistas, así que me ofrecí voluntaria —repitió Rachel, atusándose la ropa mientras él seguía follándosela con la mirada.

—Pues no creo que eche de menos a Val —replicó Mason con un tono de voz que, curiosamente, no sonó condescendiente ni baboso. Interesante también.

Rachel se echó a reír como una niña pequeña. Sí, no se me ocurre otra manera mejor de describir su risa. La expresión de Mason se suavizó al mirar a la rubia a la cara. Luego abrió la puerta y la sostuvo para que entráramos las dos.

—Eh, no te escaquees. ¿Y las maletas? —le recordé, señalando el coche con la cabeza.

—Oh, sí. —Mason se detuvo, miró a Rachel, retrocedió, chocó contra la puerta y sonrió—. Voy a..., eh..., buscar las maletas.

Observé con interés cómo el capullo arrogante y mujeriego se comportaba como un pagafantas en presencia de su relaciones públicas, a la que tampoco se le daba

nada bien disimular su propio interés. Rachel tenía las mejillas coloradas como manzanas y no dejaba de mordisquearse el labio inferior.

Señalando con el pulgar por encima del hombro, le pregunté:

—¿Te mola?

Ella asintió en silencio, pero al darse cuenta de lo que acababa de confesar, abrió mucho los ojos y rectificó:

—¡No! ¿Qué dice? Se ha hecho una idea equivocada. Mi interés en el señor Murphy es meramente profesional —afirmó, sellando su diatriba verbal con un cruce de brazos y un mohín.

Traté de controlar la risa, pero se me escapó un ronquido.

—Lo que tú digas —repliqué entrando en la casa. Ya profundizaría en ese tema más adelante, por pura curiosidad. Puesto que no iba a mojar con ese cliente, al menos me merecía divertirme un poco por otro lado.

Mason soltó las maletas en el recibidor y nos acompañó al salón. La estancia era un gran rectángulo, muy similar a todos los salones de las típicas casas de ladrillo de Boston. La vivienda tenía más de una planta y probablemente también un sótano. Esperaba ansiosa que nos la enseñara.

En el centro del salón había un gran sofá de cuero negro con muchos módulos. Justo enfrente había una gran pantalla de televisión colgada en la pared de al menos sesenta pulgadas. Había objetos relacionados con el béisbol por todas partes, como camisetas enmarcadas o una hilera de pelotas firmadas sobre la chimenea. Todas estaban protegidas en cajas de vidrio o de plástico, lo que demostraba que Mason Murphy cuidaba de las cosas que le importaban. Tal vez, en el fondo, no fuera tan superficial como aparentaba. Ya que tenía que pasar un mes fingiendo ser su novia, esperaba que así fuera.

—¿Y bien?, ¿qué te trae por aquí, Rach? —le preguntó Mason, mirándola de frente. Además, acababa de llamarla por un diminutivo. Cuando la gente usa un diminutivo, suele significar familiaridad o un pequeño grado de intimidad.

Ella se cruzó de piernas en el sofá, lo que hizo que la falda se le desplazara muslo arriba. Mason no se perdió ni un detalle, con los ojos clavados en la tela de la falda. A mí se me volvió a escapar la risa, pero ninguno de los dos pareció darse cuenta. Creo que se habían olvidado de que estaba en la habitación.

—Sólo quería asegurarme de que quedaban claras las instrucciones para mañana. Será su primera aparición en público en calidad de..., eh... —Se aclaró la garganta y se acomodó un mechón rubio tras la oreja. El pelo se negó a quedarse allí y volvió a deslizarse hacia adelante, acariciándole la mejilla. Una vez más, los ojos de Mason no se perdieron detalle, clavados en el mechón rebelde como si quisiera tocarlo y ser él quien se lo retirara de la cara, aprovechando el momento para acariciarle la piel. Se agarró con fuerza los muslos antes de que ella completara la frase—: Pareja. Tienen que resultar convincentes. Es decir, deben darse la mano, tocarse de vez en cuando, sonreír... —volvió a aclararse la garganta e hizo una mueca, como si le costara

acabar la frase—, besarse, ese tipo de cosas. ¿Tiene algún problema al respecto, señorita Saunders?

Yo la miré con los ojos muy abiertos.

—Tutéame, por favor. Y dime, ¿a ti te supondría algún problema? —le pregunté con franqueza. Me costaba entender la dinámica de ese par. Sólo llevaba diez minutos con ellos y ya me había quedado claro que se deseaban. ¿Por qué demonios no estaban juntos?

Rachel echó la cabeza hacia atrás, como si le hubiera dado un puñetazo.

—¿Perdón? —Se llevó las manos al pecho y contuvo el aliento unos instantes—. ¿Por qué iba a suponerme un problema?

—¿En serio? —Sacudí la cabeza.

—Lo que Mia probablemente quiere saber es si mostrar afecto en público supondrá algún problema para los patrocinadores.

No, no era eso lo que Mia quería saber. ¿En qué planeta había aterrizado al bajar del avión? ¿Ese par eran de verdad? Suspiré y decidí que lo mejor sería seguirles la corriente hasta enterarme de qué iba la cosa.

—Sí, era eso —repuse.

A Rachel le tembló el labio y sus hombros se aflojaron. Fue como observar una campanilla cerrándose al llegar la noche, relajándose lentamente, recogiendo los pétalos para descansar hasta que la llegada del nuevo día volviera a despertarla. O, en este caso, la llegada de una escort cotilla y sin filtro procedente de Las Vegas.

—El equipo ha pasado muchas horas planificando esta campaña —explicó—. Sabemos que es una táctica poco convencional, pero necesitamos que el señor Murphy ofrezca una imagen que el público pueda admirar. La gente necesita ídolos. Entre otras cosas, deberá evitar las peleas en los bares; no podrá beber demasiado y, desde luego, el tabaco está prohibido. La agencia cree que la imagen que ha ofrecido durante el último año, presentándose en público con una mujer distinta en cada acto, no ha ayudado. Pensamos que debe cambiar esa imagen, y tú eres el primer paso en esa dirección.

Me volví hacia Mason. Había apoyado los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Era la pose de un hombre fracasado. Me senté a su lado, llevé una mano a su espalda y se la froté arriba y abajo para consolarlo.

Él me miró.

—La he cagado pero bien.

—Todos la cagamos alguna vez —lo tranquilicé—. Al menos, has contratado a Rachel y tienes un equipo de publicistas que creen que vale la pena apostar por ti y trabajar para cambiar tu imagen. —Seguí acariciándole la fuerte espalda hasta que levantó la cabeza.

Luego enderezó los hombros y miró a Rachel.

—¿Así que quieres demostraciones públicas de afecto?

Ella asintió.

—Las tendrás. —Mason se volvió hacia mí con expresión decidida y una mirada que podría haber fundido el hielo—. Vamos allá. —Me agarró la cabeza con ambas manos y me besó.

Yo ahogué una exclamación y, al abrir la boca, él se lo tomó como una invitación. Al principio no lo era, pero cuando noté el sabor del champán en su lengua, se me despertaron sensaciones que tenía muy olvidadas. Tenía la impresión de que llevaba siglos sin que nadie me besara, aunque en realidad sólo hacía dos semanas. Si unimos eso al delicioso aroma de su colonia, se entiende que no pudiera resistirme. Me perdí en el beso y dejé que su lengua se colara en mi boca, exigente pero juguetona. Yo entré en el juego, echándome hacia adelante, agarrándolo por la pechera de la camisa y ladeando la cabeza porque quería más. Más hombre, más beso. «Mierda, esto no formaba parte del plan.»

Cuando al fin rompimos el beso, los dos estábamos jadeando.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido? —preguntó Mason, volviéndose hacia el lugar donde estaba sentada Rachel, pero la publicista había desaparecido. Oí sus tacones alejándose por el pasillo—. ¿Rachel?

—Nos vemos mañana; ¡buen trabajo! —respondió ella desde la entrada dos segundos antes de cerrar de un portazo.

Mason se echó hacia atrás en el sofá.

—Que me jodan.

Negué con la cabeza y me recliné en el sofá a su lado.

—No seré yo quien lo haga.

Él se echó a reír.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunté.

—Eres una escort despampanante. ¿Qué tiene de raro que me apetezca darte un beso?

Aunque sus ojos brillaban de lujuria, no me dejé engañar. Había sido un beso mecánico. Sí, ese hombre era guapísimo, y no iba a negar que besarlo había puesto en marcha mi fábrica de fluidos, pero la atracción y el interés sincero eran dos cosas totalmente distintas.

—Te gusta Rachel —comenté, buscando su complicidad.

Él frunció los labios y cerró los ojos.

—Claro que me gusta. Es muy maja, y pago un buen dinero a su agencia, así que todos estamos contentos. ¿Por qué no iba a gustarme?

—No te hagas el tonto. Sabes de qué hablo.

—Mira, no sé tú, pero yo tengo hambre y tú tienes que instalarte. Hay un montón de cosas en bolsas que han comprado Val y Rachel. No he guardado nada; lo he dejado todo encima de la cama.

»¿Pizza te va bien?

Se levantó rápidamente y se dirigió a la puerta, pero luego lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos.

—Gracias por haber aceptado el trabajo —me dijo ofreciéndome la mano y ayudándome a levantarme—. Tu habitación es la primera a la derecha, a menos que prefieras compartir la mía —añadió meneando las cejas y moviendo las caderas adelante y atrás.

Yo solté el aire con fuerza y negué con la cabeza. Cuando me dirigí hacia la puerta, me dio una palmada en el culo.

—Menudo culito tienes, Mia.

Me detuve en seco, me apoyé una mano en la cadera y lo fulminé con la mirada.

—Si no quieres que te corte la mano, más te vale mantenerla lejos de mi trasero.

Él retrocedió con los brazos en alto.

—Vale, vale, sólo estaba ensayando un poco para mañana. No ha sido falta.

—Guárdate tus excusas para el árbitro. Las necesitarás —dije dirigiéndome a la escalera con paso firme, convencida de que había dicho la última palabra.

Sin embargo, mientras subía la escalera me llegó su voz:

—Cielo, ¿no sabes que siempre juego para ganar?

«Oh, oh...»

Los días en que una chica como yo se vuelve loca con la ropa son tan poco frecuentes que deberían ser declarados fiesta nacional. Habría que resaltarlos de otro color en el calendario y rodearlos con un círculo pintado con rotulador. Mientras me ponía unos vaqueros ceñidos de la marca True Religion y una camiseta, también ceñida, de los Red Sox, me venían ganas de hacerle una reverencia a la tía Millie por haberme conseguido este cliente. Iba a pasar un mes con un famoso lanzador de béisbol. Vale, sí, le faltaba pulirse un poco, era inmaduro y necesitaba unos azotes..., y no de los buenos, pero todo quedaba compensado por poder ir a trabajar en camiseta y vaqueros. Cuando me puse las zapatillas Converse rojas, estuve a punto de derretirme allí mismo.

Me miré al espejo y me pasé una mano por mi trasero redondeado. Sí, todavía se mantenía tan firme como siempre. No había engordado ni un gramo desde que había empezado esta aventura. Seguía teniendo una talla cuarenta y dos, pero tenía las carnes prietas donde las necesitaba y suaves donde quería. Al parecer, el conjunto general era satisfactorio porque no dejaban de salirme nuevos clientes, y cada vez estaba más cerca de quitarme de encima la deuda con Blaine. Ya había conseguido el dinero para cuatro pagos; me faltaban seis. Si lograba llenar todos los meses, podría dejar esta vida atrás antes de las vacaciones. Aunque, ¿a quién quería engañar? Estaba ganando cien mil dólares al mes, a veces con veinte mil dólares de propina. ¿Por qué iba a dejar un trabajo así?

Mientras me recogía la larga melena morena en dos trenzas monísimas —otra cosa que había descubierto que excitaba mucho a los hombres como Mason— y me ponía una gorra de béisbol, empecé a pensar en Wes. De todos los hombres que he conocido hasta este momento, él es el único que me gustaría seguir viendo en cuanto todo esto acabe. Cuando estamos juntos, no necesito nada más. Cuando estamos separados, no me cuesta tanto pensar en razones para justificar su ausencia. Me repito que lo nuestro no puede ser o que nuestra conexión de hecho no es tan fuerte como quiero imaginarme. En realidad, lo que estoy haciendo es tratar de proteger mi corazón, pero lo echo de menos.

Llevaba dos semanas sin saber nada de él. No iba a pasar nada por una llamada. Busqué el teléfono y marqué su número. Sonó varias veces antes de que una voz femenina que no reconocí respondiera.

—Hola —dijo entre risas.

—Eh..., hola, creo que me he equivocado de número.

Ella se echó a reír y oí unas pisadas que resonaban con fuerza sobre el suelo de madera, seguidas de unas carcajadas que reconocí: era Wes.

—¿Quieres hablar con Weston? —preguntó la sugerente voz femenina. Forzando la memoria, la reconocí. Cerré los ojos y respiré hondo. Era Gina DeLuca, una de las estrellas más hermosas y solicitadas de Hollywood. Y actualmente estaba

protagonizando la película de Wes *Código de honor*.

A través del teléfono me llegaron más ruidos.

—Gina..., me estás buscando y ¡me vas a encontrar! —exclamó Wes con la voz ronca, incitante—. Ven aquí, nena —la llamó, obviamente persiguiéndola por la casa.

—Siento tener que colgar. Wes tendrá que llamarte en otro momento. Está muy ocupado —dijo Gina, y gritó.

—Te atrapé —dijo Wes antes de lo que obviamente eran besos, seguidos por un gemido femenino.

»Apaga ese teléfono —gruñó él, y ella siguió gimiendo. Al parecer, se había olvidado por completo del teléfono.

Sentí que un cuchillo afilado se me clavaba en el corazón, pero ni siquiera el dolor me hizo colgar. Estaba atrapada, como un conductor que no puede dejar de mirar el lugar del accidente, pero por teléfono. No tenía ningún derecho a estar dolida, ninguno en absoluto, pero eso no cambiaba el hecho de que me había sentido como si me abrieran en canal al oír cómo Wes se lo montaba con otra mujer.

¿Era eso lo que él sentía siempre que yo iba a casa de un cliente nuevo cada mes? Probablemente no, si me basaba en el sonido de besos húmedos que me llegaba a través del teléfono.

—Es tu teléfono, no el mío. Es una chica. Toma —dijo Gina y, con esas palabras, el tiempo se detuvo.

El corazón empezó a latirme como un timbal, como si estuviera marcando el paso de los segundos que faltaban antes de que él se diera cuenta de quién había llamado y de lo que había oído.

—Joder —lo oí maldecir mientras me pareció que el móvil cambiaba de manos.

—¿Qué pasa, cariño? De acuerdo, tú ganas. Vuelve a la cama. —Gina se disculpó, aunque su voz me llegaba cada vez desde más lejos.

Wes gruñó.

—Mia —dijo entonces con voz consternada—, lo siento. Esto... no debería haber pasado.

Yo negué con la cabeza, aunque él no pudiera verme. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no tenía ninguna intención de dejarlas caer. Si lo hiciera, me convertiría en una masa gelatinosa y no sería capaz de hacer mi trabajo, que consistía en fingir ser la feliz novia del buenorro lanzador de los Red Sox, Mason Murphy.

—No, no, si no pasa nada. Yo sólo..., esto, llamaba para saludarte, así que, ¡hola!

—Hola —respondió él abatido—. Joder, Mia. No es..., eh..., técnicamente esto no es... ¡Mierda! —Oí que se cerraba una puerta y el sonido de los pájaros en la distancia.

Con toda probabilidad ahora Wes tenía delante una panorámica de Malibú que llegaba hasta donde alcanzaba la vista. Si hubiera estado allí, lo habría abrazado por la cintura y habría hecho lo mismo. Pero ya no podía ser. Ahora tenía a Gina para eso.

—Esto no cambia nada —dijo con un nudo en la garganta.

Resoplé.

—¿Ah, no? Pues yo creo que lo cambia todo.

—¿Por qué? —preguntó él con la voz ronca—. Seguimos siendo amigos, ¿no?

—Sí, claro, amigos. Somos amigos.

—Y esto con Gina... es del todo informal. Ya sabes, un desahogo. Ella es consciente de que no me comprometo. Bueno, al menos no con ella.

—¿Ah, sí? ¿Te comprometerías conmigo?

Wes soltó el aire lentamente.

—Si te respondo con el corazón en la mano, ¿cambiarás tu vida? Porque te he dado esa oportunidad más de una vez y no la has aprovechado. Decidimos darnos este año de tiempo. ¿Te estás echando atrás?

Una lágrima traidora se me escapó del ojo y se deslizó mejilla abajo. Putas hormonas.

—No, Wes. No me echo atrás. Yo sólo... —respiré hondo—, supongo que no esperaba que hubieras pasado página tan rápido.

—¿Qué te hace pensar que he pasado página? ¿Gina? Dime que no estuviste un mes entero follando con el franchute cuando te fuiste de aquí.

—Wes... —traté de advertirle, pero él me interrumpió.

—Es la verdad. Lo mío con Gina es lo mismo. No estamos juntos. Sabes que lo dejaría todo por estar contigo pero, aunque suene a tópico, los hombres tenemos necesidades. Aunque creo que es mejor que no entremos en detalles.

Mordiéndome el labio inferior, me senté en la cama.

—No, tienes razón. Es tremendamente injusto por mi parte echarte nada en cara, pero es que, Wes... —Se me rompió la voz y no pude seguir hablando.

—Sí, nena, dime... Por favor, Mia, joder. Haré lo que sea por seguir estando en tu corazón. No ha cambiado nada.

Pero no era verdad. Era como si hubiéramos vuelto a la casilla de salida y tuviera otra vez el corazón encerrado en la caja de Pandora.

—Es sólo que no quiero perderte —admití.

—Mia, siempre estarás en mis pensamientos, y cuando estés lista para algo más y le des una oportunidad sincera a lo nuestro, ya nos ocuparemos de que funcione. Tú y yo.

—Sí, vale. Sólo una cosa, Wes.

—Lo que quieras, nena.

—No te olvides de mí —le dije antes de colgar y apagar el teléfono.

No podía seguir hablando con él ni un segundo más. Tenía un trabajo por delante. Lo primero ahora era deshacer el equipaje y guardarlo todo en el armario para poder concentrarme.

«Mason Murphy, más vale que te prepares, porque ésta va a ser la mejor actuación de mi vida.»

Los aromas mezclados de las palomitas, los perritos calientes, la cerveza y la hierba del campo me asaltaron la nariz. Para una chica como yo, era como estar en el paraíso. Mason me llevó de la mano y me guió por los túneles del estadio. Lo que más me costó fue mantener mi actitud fría y molona mientras cruzábamos el vestuario. Sí, he dicho el vestuario. Lleno de tíos buenísimos medio desnudos —¡y algunos desnudos del todo!— que charlaban despreocupadamente antes del partido. Si hubiera sido otro tipo de chica, me habría tapado los ojos o habría fingido ser recatada, pero no, yo no era de ésas. Miré a todos lados como si fuera un adolescente salido de los que observan a su vecina cambiarse de ropa a través de las lamas de la persiana con unos prismáticos.

—Eh, Junior, te presento a mi novia —le dijo Mason a Junior González, el nuevo receptor del equipo.

Por un momento, dejé salir a la pequeña fan que llevaba dentro y estrujé el bíceps de Mason como si estuviera escurriendo una toalla para no abalanzarme sobre el jugador hispano. Él me dio unos golpecitos en la mano y me guiñó el ojo.

—Colega —le dijo a su compañero de equipo—, creo que tienes una fan.

El receptor era grande y muy musculado. Los pantalones que llevaba se tensaban sobre unos muslos del tamaño de troncos de árbol. Su sola visión me provocó un cosquilleo entre las piernas. Junior era moreno y llevaba el pelo, fuerte y espeso, muy corto por arriba. Sus ojos eran del color del chocolate, que combinaba muy bien con el tono moca de su piel y el blanco de sus dientes.

—Hola, mamita. Cuánto bueno por aquí —me dijo moviendo las cejas.

Fingí que me desmayaba contra Mason y suspiré. Ambos hombres se echaron a reír y yo me quedé disfrutando de la perfección del cuerpo de Junior González, el mejor receptor de toda la liga y un perfecto ejemplar de masculinidad.

—Eres increíble —le dije al fin, tartamudeando.

Él me examinó de arriba abajo y luego miró a su amigo mientras me respondía.

—Tú tampoco estás nada mal. ¿Quieres darle una patada a este capullo y quedarte con un hombre de verdad, cariño? —me preguntó, aunque se notaba que estaba bromeando porque no hizo ningún gesto para invitarme a acercarme a él.

Mason se echó a reír.

Yo rechacé su ofrecimiento negando con la cabeza, aunque me habría encantado aceptarlo. Seguro que Junior González lograba distraerme y quitarme de la cabeza a cierto surfista y cineasta rubio que en esos momentos debía de estar tirándose a una diosa con un cuerpo por el que muchos hombres no dudarían en lanzarse sobre una espada.

—Mace me ha contado que estarás por aquí... todo el mes —comentó Junior ladeando la cabeza y dándome a entender con la mirada que sabía el auténtico motivo de mi presencia.

—Sí, todo el mes. —Le di una palmada a Mason en el pecho y luego fingí curarlo

con unas caricias, intentando dar una imagen de chica mala y juguetona.

Él hizo una mueca y se frotó el pecho.

—Tranquila, tigresa. Te lo juro —le dijo a su amigo—, era la tía más buena que tenían en el catálogo de la agencia de escorts, pero resulta que es una estrecha. Qué mala suerte la mía.

Al oírlo, quise volver a pegarle, pero esta vez con más saña.

Junior cerró los ojos, bajó la cabeza y la sacudió lentamente de un lado a otro.

—Tío, ¿cuándo vas a aprender que no puedes tratar a las damas como si fueran un trozo de carne? Chica —añadió volviéndose hacia mí—, espero que le enseñes una lección.

Yo le guiñé un ojo y le di un empujón a Mason para que se pusiera en marcha.

—Yo también lo espero.

—Jooo... deer. —Junior se echó a reír—. Buena suerte. La vas a necesitar.

—La diosa Fortuna nunca me ha ayudado en el pasado. No creo que le dé por empezar a ayudarme ahora —repliqué por encima del hombro.

Mason frunció el ceño.

—Ya me tiene a mí. ¿Para qué necesita suerte?

—Vamos, cielo, enséñame mi sitio —le dije con voz almibarada mientras le acariciaba el costado.

Él me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la sien.

El béisbol tiene algo interesante que la mayor parte del público desconoce: una camarilla secreta, muy exclusiva, conocida con el nombre de *wag*, las iniciales de *Wives and Girlfriends*, es decir, las «Esposas y Novias» de los jugadores. Llegábamos con el tiempo justo, así que Mason me soltó en medio de la sección de las *wags* y se largó tras ponerme un fajo de billetes de veinte dólares en la mano. No hay nada como un fajo de billetes cambiando de mano para que los demás te señalen como a una fulana. Sólo por eso no pensaba devolverle ni un penique. Me lo gastaría todo en cerveza, salchichas y chucherías.

Encontré mi asiento y me senté discretamente para no entrar con mal pie en ese gallinero donde las gallinas estaban charlando por los codos. Ellas, en cambio, no tuvieron ningún problema en examinarme de arriba abajo. Todas eran más o menos de mi edad, como mucho, cinco años arriba o abajo.

—Hola. —Las saludé con la mano, tratando de ser amable. Cuatro cabezas se volvieron en mi dirección—. Soy Mia.

Una de las chicas, supongo que la líder del grupo, se inclinó hacia mí.

—¿Eres la acompañante de Mace para esta noche?

Fruncí el ceño antes de responder:

—No. Estaré con él todo el mes. Acabo de llegar de Las Vegas. Somos viejos amigos, pero queremos dar un paso más en nuestra relación. Este mes nos ayudará a

decidir si le damos una oportunidad a lo nuestro o no.

Una rubia sentada dos asientos más allá trató de disimular la risa sin mucho éxito.

—¿Estás hablando de una relación seria, a largo plazo?

La morena que suponía que era la cabecilla frunció los labios.

—Nunca hemos visto a Mace saliendo con nadie antes. Hasta ahora ha sido un firme defensor de la teoría del tiro triple: «Tírales la caña, tíratelas y tíralas a la calle».

—Vaya. Pues lo siento por las tías a las que se ha tirado en el pasado —repliqué como si la cosa no fuera conmigo.

Una rubita de aspecto dulce que llevaba el pelo recogido en una adorable cola de caballo me apoyó la mano en la rodilla.

—No le hagas caso; no conoce a Mace. Yo lo conozco mejor y estoy segura de que es capaz de comprometerse en una relación con la chica adecuada. Y probablemente esa chica seas tú —añadió con una sonrisa y una voz que me recordaron a un ángel. Tenía unos ojos marrones muy bonitos y una mirada amable.

—Soy Mia Saunders —me presenté, ofreciéndole la mano.

Ella me la estrechó.

—Kristine, pero puedes llamarme Kris. Estoy con Junior —dijo, ruborizándose ligeramente—. Sólo llevamos tres meses juntos, pero estoy loca por él. —Juntó las manos sobre el regazo y sonrió con timidez—. Por eso conozco a Mace. Son como hermanos. Bueno, no es que a Mason le falten hermanos propios. Y Junior también tiene su propio clan.

Yo me eché a reír.

—¿Junior también tiene tanta familia?

—¿Tanta? ¡Tiene aún más! Junior es uno de nueve hermanos.

—¡Caray! —exclamé.

Al ver que un vendedor ambulante se acercaba a nosotras, alcé la mano:

—¡Aquí, aquí! Me muero de hambre. ¿Un bratwurst y una cerveza?

La cara de Kris se encendió como si el sol acabara de iluminarla. Entendí que Junior se sintiera atraído por ella. Era guapa y dulce como un ángel.

—¡Vale, gracias! ¡Qué amable! ¿Lo veis, chicas? Mia no es una zorra, es maja —les dijo a las demás.

—El jurado todavía está deliberando —replicó la morena.

Yo me encogí de hombros.

—Me da igual. No estoy aquí para gustaros a vosotras. He venido para ver a mi hombre patear unos cuantos culos en el terreno de juego. Si él lanza y Junior es el receptor, no podemos perder. ¿A que no? —le dije a Kris levantando una mano en el aire.

Ella me chocó los cinco y vitoreó.

—¡Eh, mi chico sale el primero! —dijo una de las otras acompañantes—. Soy Chrissy, por cierto —añadió la sexi pelirroja.

—Encantada, Chrissy.

—¡Y yo soy Morgan! —afirmó una preciosa chica con el pelo castaño. La morena refunfuñó, pero se dio cuenta de que estaba perdiendo la batalla. Esa partida era mía —. Ésta es Sarah —dijo Morgan, señalando a la morena con el pulgar—. Está de morros porque anoche discutió con su chico por culpa de una fan. Juega de segunda base.

—Ya, normal —asentí—. Es que tu novio está que cruje. No me extraña que las mujeres se le echen encima todo el tiempo.

La morena cambió de actitud. Encorvó la espalda y dejó de mostrarse a la defensiva.

—La muy zorra tuvo el cuajo de sentársele encima mientras yo estaba en el baño. Él no hizo nada. Bueno, no hizo gran cosa. Jugueté un poco como si le hiciera gracia, la agarró de las caderas..., esas cosas. —Frunció el ceño y luego soltó un grito agudo, como el que proferiría un animal que se estuviera muriendo.

Al parecer, conectar con mujeres era más fácil de lo que me imaginaba. Hasta ese momento sólo podía hablar por Gin y por Maddy, pero mi arsenal de amistades femeninas iba creciendo. Tenía a Jennifer en Malibú, que estaba felizmente embarazada. Y a la hermana de Tony, Angie, también felizmente embarazada. Pero ese tipo de relación de grupo era nueva para mí. Al parecer, el truco para entrar en la camarilla estaba en criticar a tu hombre. Tomé nota del curioso comportamiento; dejé que Sarah se desahogara quejándose de lo capullo que era su novio y, al final de la primera entrada, era mi nueva mejor amiga. Las invité a todas a bratwursts y cervezas con mis doscientos pavos y me compré un enorme dedo de gomaespuma. ¡Era la caña! Cuando el partido acabara, me lo llevaría. ¡Me encantaba!

Durante la primera carrera de la segunda entrada, salté y grité a todo pulmón, agitando el dedo de gomaespuma en el aire.

—¡Vamos, Mason, cariño! ¡Ése es mi hombre, Mason Murphy, eliminando bateadores a derecha e izquierda!

Y en ese momento empecé a oír los clics. Varios fotógrafos tenían sus enormes cámaras enfocadas hacia mí. Había llegado la hora del espectáculo. Le lancé besos a Mason, que, en un momento del partido, se quitó la gorra y se cubrió el corazón con ella. Luego volvió a ponérsela y eliminó al siguiente bateador. La verdad es que esto se nos daba la mar de bien.

Durante la séptima entrada, Mason regresó al banquillo, situado pocas filas por delante de donde estábamos nosotras. Las *wag*stenían buenos asientos, joder. Me abrí paso hasta el punto más cercano al banquillo. Mason se subió a uno de los bancos de madera y se inclinó sobre la barandilla. Me agarró del cuello y sonrió a las cámaras antes de darme un beso apasionado. El tipo sabía besar, eso era verdad, y dimos un buen espectáculo a los fotógrafos, pero lo cierto es que no me excité. No sentí calor ni se me humedecieron las bragas. Sólo fue un beso agradable con un tipo guapo.

Cuando me aparté, él frunció las cejas.

—Te has quedado fría, ¿eh? Vaya, tú sí que sabes herir a un hombre, nena —me susurró al oído, y luego se apartó lo justo para mirarme a los ojos. Sus ojos verdes eran preciosos, pero no eran los ojos verdes en los que quería estar perdiéndome en ese momento.

Le dirigí una sonrisa radiante, le rodeé los anchos hombros con las manos y me colgué de su cuello. Cuando él le dio la vuelta a mi gorra, apoyé la frente en la suya.

—Lo siento. Es que no puedo dejar de pensar en Rachel —dije. Lo que no era del todo verdad. Me entristecía pensar en la tímida rubia que tan descaradamente deseaba a Mason aunque no quisiera reconocerlo, pero básicamente la culpa de que tuviera el corazón roto era de Wes.

Mace me agarró por la nuca, me plantó un beso en la frente y se apartó. Luego me guiñó un ojo.

—No pienses en ella —dijo—. Yo no lo hago. —Su tono era arrogante pero no sincero—. Hasta luego, bomboncito.

Me lo quedé mirando mientras se alejaba, simulando echar ya de menos a mi atractiva estrella del béisbol. En una situación normal así habría sido, pero estaba muy rara. Desde que había oído la voz de Gina DeLuca al otro lado del teléfono de Wes, había perdido una parte de mí. La intensidad con la que habitualmente lo hacía todo se había amortiguado hasta convertirse en un ritmo lento y sordo que me permitía hacer las cosas pero sin pasión.

Era injusto y del todo absurdo pensar que me esperaría, sobre todo sabiendo que yo me estaba tirando a todos los clientes que me apetecía. Sin embargo, cuando se había presentado en Chicago, siguiendo aquel impulso, algo en mí cambió, y pensé que tal vez sería capaz de esperarlo. El sexo era sexo. Me gustaba mucho. A cualquier mujer con sangre en las venas le gusta el sexo. Pero acostarse con Wes era mucho más que eso. Era una experiencia de las que te cambian la vida. Alec era increíble en la cama: era divertido, sensual, exótico. Estar con él había sido genial; lo había disfrutado muchísimo, pero no tenía el alma implicada en la relación como con Wes. Tenía miedo de que, aunque él pensara que las cosas con Gina no eran serias, ella se diera cuenta de lo buen partido que era Wes y que, al final, me quedara sin él. Pero era lo que había. De momento, ayudar a mi familia tenía prioridad sobre todo lo demás.

Mientras tanto, me centraría en el trabajo y tal vez lograra mejorar otras vidas. Empezando por la de Mason. No era un caso perdido. Bajo toda esa chulería había un caballero. La vida lo había enseñado a vivir el presente, y haber ganado tanto dinero no lo había ayudado a respetar a la gente que lo rodeaba. Me pregunté si sería feliz. Lo dudaba mucho si tenía que contratar los servicios de una escort para que se hiciera pasar por su novia formal. Lo que quiero decir es que ese hombre tenía hordas de mujeres que gritaban su nombre, tratando de llamar su atención. Necesitaba conocer más cosas sobre la juventud de Mason. Me iría bien saber qué lo motivaba, y qué lo había convertido en el mujeriego que era ahora. ¿O tal vez el mujeriego que

aparentaba ser?... En cualquier caso, iba a pasar un mes con él, y no pensaba desperdiciar el tiempo llorando sobre una jarra de cerveza. No, pasaría esas semanas bebiéndome la cerveza al lado de un jugador de béisbol que estaba buenísimo y de sus compañeros de equipo, que tampoco estaban nada mal.

«¡Que empiece el partido!»

3

La primera semana como novia oficial de Mason «Mace» Murphy acabó siendo una auténtica pasada. Tuve la sensación de estar de vacaciones todo el tiempo. El equipo jugó cuatro veces en casa, y de los cuatro partidos ganó tres. Tengo que admitir que ser la novia de un jugador de béisbol de éxito... ¡es alucinante! Nos pasábamos las noches de fiesta, como si fuera el último día de 1999, con la diferencia de que esta vez los artículos de prensa mostraron a Mason siempre con la misma chica —yo—, sin fumar y bebiendo con moderación. Esta vez los *paparazzi* se quedaron sin fotos de Mason borracho y, aunque la prensa se hizo eco de las buenas noticias, en realidad se notaba que estaban esperando a que volviera a caer del pedestal y se mostrara como el chico malo que era. Bueno, pues ya podían ir esperando, porque mientras yo estuviera al mando de la operación, eso no iba a suceder.

A lo largo de la semana también había tenido tiempo para reflexionar sobre mis sentimientos en lo que se refería a Wes y a Gina, a quienes había empezado a llamar cariñosamente *Wesina*. Sé que no me estaba comportando como una adulta, pero no había contestado a las llamadas ni a los mensajes de Wes. Él no había dejado de llamarme ni un día y, cuando no le respondía, me dejaba un mensaje, pero yo no había sido capaz de hablar con él desde que me enteré de que se estaba tirando a la perfecta actriz de Hollywood Gina DeLuca. Sabía que, si no quería perderlo también como amigo, tenía que responderle en algún momento. Por eso, cuando un zumbido me indicó que tenía un mensaje suyo, no lo ignoré ni lo borré inmediatamente.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Estaba en una localización y me he acordado de ti. El mar siempre me recordará a ti. Por favor, háblame.

Bajo el texto había una preciosa imagen del océano. Sobre la arena se veía una tabla de surf. ¡Oh, cómo echaba de menos surfear! Cuando por fin volviera a California, estaría tan oxidada que Wes tendría que enseñarme otra vez desde cero. Aunque, después de todo, eso no era tan mala idea, me dije con una risita. Sin pensarlo mucho, le mandé un mensaje.

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Estás en el paraíso. Pilla unas cuantas olas por mí, ¿vale? Echo de menos surfear contigo.

Antes de guardar el móvil en el bolso, éste sonó con un nuevo mensaje de texto.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¡Estás viva! Joder, nena. Estaba muy preocupado. Pensaba que no querías hablar conmigo nunca más. Me alegro de que no sea así. ¿Cómo estás?

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Béisbol, birras, buenorros y Boston... ¿Qué más se puede pedir?

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Suena como un sueño hecho realidad. Pero ¿qué me dices del resto de las letras del abecedario?

Puse los ojos en blanco y escribí la respuesta con rabia. Las cosas entre Wes y yo estaban muy tensas y habíamos dejado pasar demasiado tiempo. Debíamos encontrar la manera de hacer que funcionara. Lo que había entre nosotros era importante para ambos. Que no pudiéramos estar juntos no implicaba que no nos importara el otro. Y no significaba que no pudiéramos encontrar la manera de superar que los dos íbamos a tener relaciones con miembros del sexo opuesto. No podía pedirle que me fuera fiel si yo no estaba dispuesta a ofrecerle lo mismo.

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

¿Para qué quiero otras letras si estoy disfrutando de la «B»?

Para no perder la costumbre, me pilló desprevenida y sacó temas serios mientras yo disfrutaba de nuestra charla desenfadada:

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

La letra «C» también mola bastante: California, cariñitos, compromiso, Channing... Carne en barra...

Me eché a reír. Sólo Wes era capaz de mezclar bromas en medio de algo tan serio.

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Si la memoria no me falla, ya disfruté de la carne en barra de Channing... Y fue jodidamente fantástico.

Sabía que mi respuesta era bastante atrevida, pero deseaba recuperar nuestra relación de siempre, ligera, divertida. Si quería que lo nuestro durara, era importante mantener el buen humor. Sí, claro, saber que se tiraba a Gina me seguía doliendo, pero había tenido una semana para hacerme a la idea y, por mucho que me apeteciera dejarlo todo, plantarme en California en el primer vuelo y recuperar a mi hombre, en ese momento no podía hacerlo. Tenía que esperar que las cosas entre Wes y Gina se mantuvieran en un plano informal. Y, si no, no me quedaba otra que aceptar la

situación. Le había dejado claro que no podía comprometerme con él actualmente y debía mantenerme firme por mucho que me doliera.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Cuando quieras una segunda ronda, aquí estaré, esperándote.

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

¡Loco! Vete a surfear. No dejes escapar esas olas. Charlamos dentro de un par de días. El deber me llama.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Loco por ti.

Eso fue lo último que escribió antes de que se hiciera el silencio en las ondas. Loco por mí. Yo también estaba loca por él, pero no pensaba ponerme seria. Necesitábamos tiempo, mucho tiempo, para superar las cosas. Él sabía que me estaba follando a otros hombres; yo sabía que se estaba follando a Gina, y ésa era la cruda realidad.

—¿Qué ha puesto esa sonrisa en tu cara, bomboncito? —preguntó Mace, que acababa de entrar en la suite del hotel con un traje de tres piezas que robaba el aliento.

Joder, ese hombre estaba de muerte con la equipación de los Red Sox y estaba arrebatador con unos vaqueros gastados agujereados en la rodilla, pero con traje exudaba un aire poderoso que me gustaba... mucho. Mason sonrió y meneó las cejas varias veces mientras se daba una vuelta completa para que pudiera verlo bien.

—¿Te gusta lo que ves?

Asentí.

—Ya lo sabes. ¡Qué ganas tengo de que Rachel te vea así! Lleva escondiéndose toda la semana.

Él frunció el ceño al oír el nombre de la relaciones públicas.

—Te has hecho una idea equivocada sobre Rach y yo. Tienes que quitártela de la cabeza.

Negué con la cabeza.

—Ni hablar. Vi cómo os mirabais la semana pasada. Sé que a esa chica le gustas; lo que no sé es por qué lo disimula.

—No le gusto. Y no se está escondiendo. Nos acompañará a Power Up.

En ese momento llamaron a la puerta. Con una gran sonrisa, fui a abrir tan deprisa como pude subida a mis zapatos de tacón de aguja. Y, al hacerlo, allí estaba ella, vestida con otro traje de chaqueta, esta vez de color gris. La blusa rosa pálido acentuaba el tono de sus mejillas. Esta vez llevaba el cabello recogido en una coleta

baja. Se la había peinado de tal manera que el pelo le cubría la goma y parecía que éste se sostuviera solo, sin ayuda. Tenía que aprender a hacerlo. Molaba mucho. Además, así podría enseñarles a Maddy y a Gin.

—Hola, Rachel, ¿qué tal? —la saludé abriendo la puerta del todo.

Ella me examinó de arriba abajo. Me había puesto una falda de tubo de cuero negro y una vapososa blusa blanca. La falda me marcaba el trasero y la blusa dejaba a la vista una buena ración de escote. Me parecía un conjunto atractivo y adecuado para la novia de un famoso jugador profesional, pero ella hizo una mueca de disgusto.

—Ese conjunto es demasiado sexi y descarado. Se suponía que esa falda era para llevarla con una camisa.

Los bonitos labios de Rachel se fruncieron en una mueca acusatoria. Por primera vez en bastantes días, me sentí acomplejada.

—Aah, vale. Pensaba que las camisas eran para llevar con pantalones.

En ese momento, Mace hizo su aparición. Nada más verlo, Rachel se quedó sin aliento. La oí inspirar hondo y olvidarse de soltar el aire. Abrió mucho los ojos y se mordió el labio inferior. Mace la ponía como una moto. ¿Cómo era posible que él no se diera cuenta? Me volví y vi que Mason estaba dando otra vuelta en redondo, igual que había hecho conmigo pero lentamente, como si quisiera impresionarla más aún.

Cuando acabó, sonrió con ganas.

—¿Crees que transmito la imagen de persona responsable que buscan los directivos de Power Up y de Quick Runners?

Rachel asintió en silencio.

—Al parecer, tú vas perfecto, pero yo parezco una buscona —murmuré mientras cogía mi bolso.

Mason frunció el ceño, me abrazó por la cintura y me acercó a él. Cuando topé contra su pecho, me dirigió una mirada de preocupación.

—Eh, estás perfecta. Muy sexi. Llevas toda la semana saliendo en la prensa en vaqueros y camiseta. Es un buen momento para que te vean arreglada y juvenil. Así es como me gustan las mujeres. Además, ¿crees que la gente se lo tragaría si me vieran al lado de una ejecutiva estirada con pinta de llevar un palo metido en el culo todo el día?

De repente, Rachel encorvó la espalda. Ella era la viva imagen de una profesional estirada, y en ese momento me pareció que apretaba el culo con tanta fuerza que podría haber cagado diamantes. La operación «Juntar a Mason con Rachel» se complicaba. Iba a tener que imaginar y llevar a cabo nuevas estrategias si quería triunfar.

Besé a Mason en la mejilla y limpié el rastro de pintalabios de su piel recién afeitada.

—Hablando de chicas sexis, no me dirás que a Rachel no le queda bien ese traje... —dije señalándola con la cabeza.

Él sonrió, lo que hizo que se le formaran hoyuelos en las mejillas.

—Me la tiraría —fueron las estúpidas palabras que salieron de su boca. Podías pulir el aspecto externo de un mujeriego, pero pulirlo por dentro era mucho más difícil.

Al oírlo, le di un puñetazo en el brazo.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes de comportarte como un capullo integral?!

Él se frotó el bíceps.

—Lo siento, Rach, pero es la verdad. Te follaría con ganas. —Le di otro puñetazo —. ¡Ay! Deja de pegarme, joder.

—¡Pues no digas más gilipolleces!

Rachel se interpuso entre ambos.

—¡Parad los dos! Mia, no pasa nada. Ya estoy acostumbrada a los modales groseros del señor Murphy.

Yo hice una mueca de disgusto y me llevé la mano a la cadera.

—Eso no hace que su actitud deje de ser inmadura y de mal gusto.

Rachel se echó a reír. Su risa era como un repique de campanas. Hasta eso era dulce.

—Tienes razón, pero muchas gracias por el piropo, señor Murphy.

Una oleada de calor me llegó desde Mason, que prácticamente gruñó al replicar:

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que me llames Mason o Mace, Rachel? Hace dos años que nos conocemos. Nuestra relación va más allá de lo puramente profesional. Al menos, eso es lo que a mí me gusta pensar.

Ella levantó la vista hacia los ojos verdes de Mason y se retorció las manos.

—Sí, eh..., tienes razón. Lo siento. Es la fuerza de la costumbre, ya sabes. ¿Nos vamos?

—¿Quieres que me cambie de ropa? —le pregunté con cierta brusquedad, pero necesitaba saberlo para sentirme segura. Estaba con Mason para mejorar su imagen. Al salir de la habitación pensaba que mi aspecto era de lo más cañero, pero ahora ya no estaba tan segura.

Rachel volvió a examinarme de arriba abajo.

—Estás preciosa, Mia, de verdad, como siempre. Lo siento, no he reaccionado bien al verte, pero estás perfecta. No hagamos esperar a nuestros posibles patrocinadores. —Rachel abrió la puerta y los tres salimos.

El equipo de Power Up estaba formado por gente sorprendentemente aburrida. Para ser una empresa que fabricaba una bebida energética dirigida a un público joven y atlético, el equipo no podía ser más soso. Las oficinas estaban decoradas en blanco y negro, con imágenes del producto alineadas sobre fondo blanco. No había ni una sola foto divertida de deportistas haciendo actividades como escalada, natación, automovilismo o motociclismo, o sosteniendo una botella de Power Up en la mano,

como uno se imaginaría. Si alguien me hubiera pedido la opinión —cosa que no hicieron y, por tanto, me quedé calladita—, habría dicho que ellos necesitaban a Mace mucho más que Mace a ellos. Si tenían intención de competir contra las grandes marcas del ramo, como Gatorade, les resultaba imprescindible hacer un buen cambio de imagen.

Rachel, sin embargo, estaba en su salsa, y dejó bien claro por qué podía permitirse llevar trajes a medida y cobrar la tarifa que Mason le pagara. Se ganó a todos aquellos hombres de negocios, que pronto estuvieron comiendo de su mano. No sólo les prometió que Mason cada vez aparecería más en los medios de comunicación, sino también les garantizó que sus promedios demostraban que estaba en las Grandes Ligas y que de ahí no iba a moverlo nadie. Les aseguró que a los jóvenes les encantaba su imagen de chico malo reformado. Propuso varias maneras en las que la empresa y Mason podrían colaborar para mejorar sus respectivas imágenes, y afirmó que su agencia estaría encantada de colaborar con el equipo de marketing de la empresa para idear campañas conjuntas que llevaran tanto a Mason como a Power Up a un nivel superior. En ese momento, el agente del lanzador sacó el tema del dinero.

Al parecer, ser la imagen de una empresa de bebidas energéticas valía millones. Cuando empezaron a hablar de cantidades que superaban las decenas de millón, estuve a punto de echar el desayuno. Me costaba entender que se pudiera pagar tanto dinero por hacer unas cuantas fotos, salir en algunos anuncios y acudir a cuatro eventos promocionales. Aunque, claro, no podía olvidar que a mí me estaban pagando cien de los grandes por sentarme allí y estar monísima. Había gente que estaba como una cabra en todas partes. Así era como vivía la otra mitad de la sociedad. Ahora que yo era una chica florero, lo estaba viviendo todo en directo y a todo color.

Cuando acabó la reunión con los de Power Up, que dijeron que estudiarían el tema y darían una respuesta en el plazo de una semana, subimos a una limusina que nos llevó a las oficinas de Quick Runners. Querían ser los próximos Nike o Adidas, y sólo necesitaban una pizca extra de glamour que les diera el empujón definitivo. Mason Murphy, el mejor lanzador del momento, era su as en la manga, y Rachel se aseguró de que les quedara claro. Esta oficina era todo lo contrario de la primera. Si el equipo de Power Up estaba formado por un montón de tipos estirados vestidos con trajes, ésta parecía estar llena de profesionales recién salidos de la universidad, con vaqueros, polos y zapatillas deportivas. Salimos de allí con un acuerdo verbal que ascendía a tropecientos millones. Siempre y cuando Mason mantuviera su imagen impoluta, ellos estaban interesados en la colaboración.

Tan pronto como entramos en el ascensor, el equipo nos saludó haciendo chocar las palmas de las manos con las nuestras mientras se cerraban las puertas. En cuanto acabaron de cerrarse, Mason se volvió hacia Rachel y la agarró por las mejillas.

—¡Eres jodidamente increíble, mujer! —exclamó antes de acercarla a él y

plantarle un beso en los morros.

Yo me quedé quieta en un rincón, con las manos unidas frente al pecho, conteniéndome para no empezar a vitorear de alegría. Cuando él se apartó, Rachel parecía aturdida y medio colocada. Mason se volvió entonces hacia mí y me abrazó por la cintura. En ese momento fue cuando empecé a gritar y a dar saltos de alegría.

—¿La has visto?! ¿Has visto con qué soltura se mueve por los despachos?! ¡Joder, joder, los ha dejado K.O.!

Mason abrazó a Rachel y la atrajo hacia sí. Nos tenía a las dos agarradas, una bajo cada brazo.

—Señoras, ésta ha sido una gran victoria para el equipo Murphy.

Me eché a reír.

—¿El equipo Murphy?

Él asintió con entusiasmo.

—Sí, el equipo Murphy. Tú —dijo sacudiéndome los hombros— y nuestra reina, Rachel. —La sacudió a ella—. Y, por supuesto, la cara bonita del equipo, es decir, *moi*.

Rachel y yo suspiramos.

—Eres un creído —le dije—. No cabes en ti de tan creído que eres.

—Sí, sí que lo soy, pero eso ahora no importa. Ahora es el momento de celebrar la victoria. Hay algo que sí cabe en mí: ¡alcohol!

Rachel abrió mucho los ojos.

—Mason, no podemos irnos de juerga. Hay mucha gente pendiente de ti, ¡gente con cámaras! Y mañana tienes partido.

—Tienes razón, será mejor que nos quedemos en el hotel. Invitaré a un par de colegas; que se traigan a sus chicas. Pedimos unas pizzas y unas cervezas. No hace falta más para pasarlo bien. ¿Os apuntáis?

¿Cervezas, chicos, pizza? Eh..., ¡sí!

—¡Joder, y tanto! —exclamé—. Venga, Rach, suéltate el pelo y vente. Hay que celebrarlo.

Mason clavó la mirada en el pelo de la relaciones públicas.

—Nunca te he visto con el pelo suelto. —Enredó el puño en la coleta de Rachel y luego la dejó ir—. Me encantaría ver este pelo de oro suelto, enmarcándote la cara. Estarías preciosa. —Se inclinó hacia ella y hundió la nariz en su cuello. Rachel parecía estar a punto de caerse al suelo, de sorpresa o de miedo. Tal vez un poco de cada. Mason inspiró hondo—. ¡Dios, qué bien hueles! De aquí es de donde sale ese dichoso olor a almendras que me persigue. Eres tú. Siempre has sido tú. Hueles tan bien que te comería. —Gruñó con la cara pegada a su cuello y se apartó lo justo para mirarla, como si fuera un león contemplando un jugoso bistec.

En ese momento, las puertas se abrieron con un pitido y el hechizo se rompió. Rachel salió tan deprisa como le permitieron sus zapatos de tacón al aire de la tarde neoyorquina.

—Ya es hora de volver. ¿Vamos a encargar esas pizzas y esas cervezas? ¿Llamas tú a tus amigos, Mason? —preguntó sacando el móvil y pasando por alto los ojos de perrito abandonado con que él la estaba mirando.

Mason cerró los ojos, inspiró hondo y entró en la limusina.

—Sí, Rach, yo los llamo.

Entré en el coche, me senté junto a Mace y le apoyé una mano en la rodilla para animarlo.

—¿Lo ves? —dijo él antes de llevarse el teléfono a la oreja—. Te lo advertí. Es inútil.

Nuestra suite estaba llena de jugadores de los Red Sox y, curiosamente, también había unos cuantos de los Yankees. Habíamos encargado un par de barriles de cerveza y al menos dos docenas de pizzas, que estaban siendo devoradas a la velocidad del rayo. Las mujeres superaban en número a los hombres, lo que me pareció raro. Lo normal habría sido que los sexos estuvieran igualados pero, al parecer, alguno de los jugadores había invitado a alguna grupi y ésta había invitado a sus amigas, etcétera. Y ahora, en la suite había mujeres normales, vestidas con vaqueros y camisetas, pero también había otras que se habían puesto el uniforme oficial de zorrón y que parecían decididas a no salir de allí sin haberse llevado una polla famosa a la boca para hacer una nueva muesca en las cabeceras de sus camas.

La fiesta fue subiendo de tono y acabó saliéndose tanto de madre que me escondí con Rachel en mi habitación; nos sentamos las dos en la cama y nos fuimos pasando una botella de Jameson.

—Sabes que podrías tener a Mace si lo quisieras de verdad —le espeté, puesto que el alcohol me había soltado la lengua.

Ella hizo una mueca y dejó escapar el aire como si fuera una rueda pinchada. Señalándose la ropa, preguntó:

—¿Crees que se conformaría con esto?

Seguía vestida con la elegante falda de tubo gris y la blusa rosa, pero ahora la llevaba desabrochada, arrugada y medio por fuera. La coleta se le había torcido y el rímel se le había corrido. No quería pensar en cómo estaría yo. Me había quitado la blusa y la había sustituido por un top, pero me había dejado puesta la falda de cuero porque, como habría dicho mi amiga Ginelle, «era teta». Hacía años que usábamos esa expresión cada vez que algo nos gustaba mucho, porque había pocas cosas en el mundo que tuvieran tanto éxito como un buen par de tetas.

Me puse de rodillas y le quité la goma de la coleta. Su larga melena dorada le enmarcó el rostro, haciendo que todavía estuviera más guapa.

—¡Uau, estás buenísima! —Le di otro trago al whisky, que ya empezaba a gustarme, y le devolví la botella. Luego saqué un pañuelo de papel del bolso, lo chupé y le limpié las manchas de rímel de debajo de los ojos—. Ya está. Ahora aún

estás más guapa. Pero tienes que soltarte un poco. Estás siempre tan tensa, tan preocupada por todo —dije arrastrando las palabras, y me eché hacia atrás, apoyándome en los almohadones.

Rachel frunció los labios en un gesto que ya me iba habituando a ver y que indicaba que estaba pensando en lo que acababa de oír antes de comentarlo. Me gustaba que fuera reflexiva.

—Tienes razón —dijo—. Tengo que ser más como tú: ¡joven, libre, dispuesta a comerme el mundo! —Levantó un puño en el aire tratando de mostrar decisión, pero no lo hizo muy convencida y acabó recordándome a la estatua de la Libertad.

Se me escapó una risilla que fue creciendo hasta convertirse en una risa abierta, con ronquidos y todo.

Rachel me señaló la cara con la mano y se contagió de mis risas. Cuando logré controlarme al fin, la agarré de la mano.

—Ve a por él. ¡Esta noche! —Le sujeté las mejillas y ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué? —Le estaba apretando las mejillas con tanta fuerza que el sonido salió como si fuera el graznido de un ave, lo que me provocó otro ataque de risa, aunque esta vez lo controlé antes.

—Ahora en serio, tía. Tienes que ir a buscar a Mace y decirle que te mola.

Rachel abrió mucho la boca y negó con la cabeza.

—¿Crees que debería decirle que me gusta... de verdad?

La escena me resultaba muy familiar, pero mi cerebro estaba flotando en un lago de whisky irlandés y no lograba recordar de qué me sonaba. De todos modos, sabía que mi idea era buena, así que la animé.

—¡Yo te ayudo!

Tiré de ella para que se levantara de la cama y, cuando estuvo de pie ante mí, le desabroché dos botones de la blusa para dejar a la vista un buen trozo de escote. Rachel me dio una palmada en la mano.

—¿Qué haces?

Yo gruñí.

—A ver, bobita. A los hombres les gustan cuatro cosas, y la primera de las cuatro son las tetas. Tú tienes de eso, así que hay que enseñarlas.

Ella asintió y sacó pecho.

—¡Bien, muy bien! ¡Haz eso cuando veas a Mace! En segundo lugar, a los hombres les gusta el pelo. —Se lo ahuequé, asegurándome de que se viera suave y sexi—. Perfecto. —Me pellizqué el labio inferior con dos dedos mientras me tambaleaba sobre los talones—. ¡El culo! ¡La tercera es el culo! —Le di la vuelta y se lo miré. La raja de la falda era diminuta, así que me agaché y la rompí hasta media pierna para dejar más carne a la vista. Luego le di una palmada en el trasero—. ¡Excelente!

—No sé. No lo veo claro —protestó Rachel con un hilo de voz.

—No, no, no. ¡Todo va a salir bien! Ya verás. —Me apoyé un dedo en la sien—.

No sé por qué número iba, pero: ¡bocas! —Fui descalza a buscar la bolsa de maquillaje y saqué un brillo de labios que extendí sobre los morritos fruncidos de Rachel—. A los hombres les encantan los labios brillantes. Les hace pensar que les chuparás la polla. ¿Te gustaría chuparle la polla a Mason? —le pregunté, borracha perdida.

Sus mejillas se volvieron del color de las cerezas, pero susurró:

—Sí.

—Vale. Eso ya será la segunda fase. La primera es conseguir que se fije en ti para que puedas decirle que te gusta... de verdad. —Cogí la botella de Jameson y di un buen trago, sintiendo cómo me quemaba el estómago antes de devolvérsela a Rachel—. Ahora tú.

Ella dio un sorbo y luego las dos volvimos a la fiesta. Tenía una misión y, aunque era una misión estúpida, estaba convencida de que funcionaría.

Pero... me equivoqué.

¿Os acordáis de aquel viejo refrán que dice que el infierno está lleno de buenas intenciones? Pues quien fuera que lo inventara lo clavó. Cuando abandonamos el refugio de nuestra fiesta privada de chicas, no tenía ni idea de lo que nos íbamos a encontrar fuera, pero el ambiente no tenía nada que ver con la fiesta de cervezas y pizza de hacía un rato. Había gente por todas partes. Y la suite estaba llena de humo, y no precisamente del que sale de los cigarrillos que se venden en los estancos, sino del que se compra a un tipo llamado Bud, que te asegura que puede llevarte a una realidad alternativa de una sola calada. Aquello no iba nada bien.

La sala estaba abarrotada. Tuve que clavar las garras en Rachel para no perderla entre el gentío. ¿Qué coño había pasado y cuánto tiempo habíamos estado encerradas en la habitación? Teniendo en cuenta que me costaba mucho andar derecha, debía de haber transcurrido un buen rato. No reconocí a ninguno de los presentes hasta que llegamos al dormitorio de Mason.

Si yo no estaba preparada para lo que iba a ver a continuación, imaginaos lo poco preparada que estaba Rachel, la dulce e inocente Rachel, que se había enamorado de Mason Murphy. La habitación se hallaba a oscuras y la música sonaba tan alta que no se veía ni se oía nada. Tiré de la mano de Rachel y entré en la habitación, imaginándome que Mason se había ido a dormir. ¿Qué mejor manera de sorprenderlo que encontrándose en la cama con una mujer guapa por la que sentía algo? Pero, claro, eso no fue lo que sucedió. Al fin, di con el interruptor y encendí la luz.

Mason estaba en la cama, efectivamente, pero no estaba solo. Y cuando digo que no estaba solo no me refiero a que estaba con una mujer, sino que eran dos las grupis poco vestidas que lo acompañaban. Contemplé sorprendida, horrorizada y cada vez más cachonda cómo una morena —que en mi estado de embriaguez me pareció que tenía muy buena técnica— le chupaba la polla y se la metía hasta la garganta, lo que no era fácil. Pero, además, había una exuberante rubia vuelta de cara a la pared, que tenía las piernas a lado y lado de la cabeza de Mason y cuyo culo se veía brillar cada vez que rotaba las caderas. Él le metía y le sacaba la lengua del coño como un auténtico profesional, dándose un atracón de sexo mientras ella lo montaba como si fuera un semental. Era una de las imágenes más eróticas que había visto nunca. Sin embargo, aunque lo que me hubiera apetecido hacer era sentarme y disfrutar del espectáculo —y hacerme un dedito, ya puestos—, un sollozo se abrió camino entre la sinfonía de gemidos.

La cara de Rachel estaba bañada en lágrimas, y se había cubierto la boca con la mano. Justo cuando iba a sacarla de allí, oímos a la rubia gritar:

—¡Me corro!

Miré por encima del hombro y vi cómo Mason le agarraba las nalgas con fuerza y gruñía contra su coño mientras ella gritaba. Luego alzó las caderas y la morena se llevó la mano al clítoris y se frotó mientras cabalgaba sobre la pelvis del lanzador. Él

se corrió, eyaculando en la boca de la chica, aunque parte de su semen se escurrió fuera cuando ella lo siguió poco después. Joder, nunca había visto algo tan excitante en directo en toda mi vida. Cuando al fin me volví hacia Rachel, se había ido. La puerta estaba entornada, pero yo estaba demasiado borracha para perseguirla y consolarla.

—Mierda —suspiré con fuerza.

—Y ¿tú quién coño eres? —preguntó la morena, incorporándose y limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Yo me crucé de brazos. Mason se apartó a la rubia de la cara y me miró.

—Mia, bomboncito, te presento a... —Miró a derecha y a izquierda antes de decir —: Coñito Sabroso y Superchupona —y se echó a reír.

Las chicas le devolvieron la sonrisa.

—¡Será posible! ¡Y yo que te había traído un regalo! —lo reñí, llevándome una mano a la cadera y dando una patada al suelo.

Sus ojos vidriosos y sus mejillas coloradas me dijeron que no sólo estaba saciado sexualmente, sino también borracho y probablemente colocado. Ambas cosas eran muy malas para su imagen. Gracias a Dios que estábamos en su suite privada o podría perder a sus nuevos patrocinadores sólo horas después de haberlos conseguido.

—Por favor, dime que el regalo lo llevas debajo de la ropa. Ya verás lo rápido que me libro de estas dos zorras para probar tu dulce coñito.

Ahugué una exclamación de sorpresa, pero cuando me recuperé, grité:

—¡SERÁS CAPULLO! ¡Deja de pensar con la polla, joder!

En ese momento, dicha polla estaba dura y lista para el segundo asalto. Le eché un vistazo. La verdad era que, como verga, era bonita: larga, gruesa, dura. La morena se la rodeó con la mano y la acarició arriba y abajo. Él jadeó pero mantuvo la mirada fija en mí.

—¿Estás segura de que no te apetece? Invita la casa.

Negué con la cabeza.

—Había traído a Rachel. Estaba lista para decirte que le gustas... de verdad. Pero cuando te ha visto follándote a estos dos putones, ha salido corriendo.

Mis palabras lo hicieron reaccionar. Se quitó de encima a la fulana morena y se levantó de la cama, con lo que se libró también de la fulana rubia.

—¿Rachel ha estado aquí, en mi habitación? —preguntó señalando el suelo—. ¿Me ha visto follando con estas zorras? —Fruncí los labios y le dirigí la mirada que se merecía como idiota rematado que era—. ¡Que me jodan!

—Vale, cariño. Pero vuelve a la cama. Ahora me toca a mí mamártela —dijo la fulana rubia.

Él arrugó el ceño y se sentó de nuevo en la cama.

—¡Largo de mi habitación! —les ordenó gruñendo, pero el putón moreno no se dio por aludido. Lo abrazó por detrás y le frotó las tetas operadas contra la espalda.

—Vamos, cariño, vuelve. Te haremos sentir mucho mejor, como antes.

—¡Que os larguéis ahora mismo! —bramó Mace levantándose, y se dirigió hacia el baño.

—¿Estáis sordas? —pregunté abriendo la puerta.

—Lo que pasa es que lo quieres para ti sola.

—Bueno, teniendo en cuenta que soy su novia..., pues te diré que sí. Y ahora, ¡largo!

Acababa de echar a las chicas de la habitación cuando Mason salió vestido con unos vaqueros y rebuscó en su maleta hasta que encontró una camiseta.

—Tengo que ir a buscarla.

Me froté la cara con una mano y lo agarré con la otra.

—Y ¿qué le vas a decir?: ¿«Siento mucho que me hayas pillado tirándome a dos zorriones»? No creo que funcione, la verdad.

Él se mesó el pelo con las dos manos y volvió a sentarse en la cama.

—No puedo dejar las cosas así.

—Técnicamente, no le debes fidelidad. Además, la culpa ha sido mía por traerla sin avisar.

Mason soltó el aire angustiado.

—No, tú sólo tratabas de ayudar pero, como siempre, yo estaba pensando con la polla.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté. Cuando lo había dejado con los chicos, estaban tomando pizza y cervezas.

Sacudió la cabeza.

—Estaba charlando tranquilamente con los colegas y, a la que me he dado cuenta, Rachel y tú habíais desaparecido. Las dos grupis se me han echado encima y, cuanto más bebía, menos me importaba todo. Sólo quería sentir... algo. ¿Sabes a lo que me refiero? Os he buscado. A ti, a Rachel, pero ellas seguían atacándome y al final he cedido. —Con la espalda encorvada, preguntó—: ¿Me odias?

Le rodeé los hombros con el brazo.

—No, no te odio. Lo que he visto me ha impresionado. Muy muy sexi... —Él sonrió. Dios, ese hombre era arrebatador como él solo cuando sonreía con sinceridad—. Pero no creo que a tu chica, a la que deseas de verdad, le haya hecho ninguna gracia verlo. Estaba muy triste. Lloraba y todo.

Él alzó la cabeza bruscamente.

—¿Qué dices?, ¿la he hecho llorar? Sospechaba que yo le gustaba, pero te aseguro, Mia, que las cosas nunca han sido así entre nosotros. Siempre se ha mostrado inalcanzable... Perfecta, profesional, bonita..., todo lo que quieras. Pero a las chicas como ella no les gustan los tipos como yo. Jugamos en ligas del todo distintas.

Mason se frotó la barbilla con las manos callosas y el sonido me provocó un escalofrío en la espalda. Me recordó a otro momento y a otro hombre, al que adoraba.

—Te entiendo —repuse—. Hay un tipo que me gusta. Y está fuera de mi alcance; juega en otra liga. Sin embargo, quiero pensar que algún día coincidiremos y que, cuando lo hagamos, los dos estaremos en la misma liga al mismo tiempo. ¿Por qué no haces lo mismo?

—¿Te gusta un tío?

Sonreí. Por supuesto, tenía que quedarse con eso.

—Sí, pero ahora no es buen momento para lo nuestro. Cuando lo sea, si es que alguna vez lo es, lo será, y ya nos encargaremos de que funcione. Quiero creerlo. Pero tú sí que puedes hacer algo ahora.

Mason miró al infinito y luego se volvió hacia mí y me clavó sus ojos verdes, como si estuviera buscando en mi mirada la respuesta a todas las preguntas del universo.

—Demuéstrale qué tipo de hombre puedes ser. Qué hombre puedes ser aquí dentro. —Le señalé el corazón—. Vive como si fueras el hombre que quieres ser. Ella se dará cuenta y volverá a ti.

—¿De verdad lo crees?

Yo sonreí y lo atraje hacia mi pecho. Olía a sexo y a perfume barato.

—Estoy convencida.

—Gracias, Mia. Eres muy guapa, ¿lo sabes?

Yo reí con la cara hundida en su cuello.

—Tú tampoco estás mal, vaquero, pero hueles igual que un burdel. Hazle un favor al mundo y dúchate. Yo me ocupo de Rachel; tú ocúpate de ti.

Mason se levantó y me ofreció las manos para ayudarme.

—Yo me ocupo de mí —repitió.

—Y, mientras te ocupas de ti, ¿te importaría ocuparte también de echar a toda esa gente que está ahí fuera? No puedo dormir con gente por todas partes, follando en el sofá y fumando hierba con la música a toda pastilla.

Abrió la puerta y miró en lo que se había convertido la fiesta.

—Me cago en la puta. No pienso volver a emborracharme nunca más.

Me aguanté la risa.

—Nunca digas «nunca jamás».

El resto de nuestra visita a Nueva York pasó volando. El equipo tenía tres partidos en Nueva York, de los que perdió uno y ganó dos. De momento, iban muy bien situados en la clasificación. Quick Runners contrató a Mason como imagen de marca para un nuevo modelo de zapatilla válida para cualquier tipo de deporte. Servía tanto para correr como para caminar, para jugar a la pelota y un montón de deportes más. Los de Power Up aún no habían dicho nada. Al parecer, se habían enterado de que Mason era la nueva imagen de Quick Runner y querían asegurarse de que tener la misma imagen que ellos no iba a perjudicar su nueva campaña. Sin embargo, eso no fue

malo para Mason, todo lo contrario, ya que durante ese tiempo le surgieron un par de ofertas más: una de ropa y artículos de béisbol y otra de barritas energéticas. Se había corrido la voz con rapidez acerca de la nueva etapa en la vida del lanzador. Él se dedicaba a jugar con garra y a no llamar la atención en lugares públicos. Parte de todo eso se conseguía yendo más a menudo a casa de su padre, y hacia allí nos dirigíamos en ese mismo momento. Finalmente iba a conocer a su familia.

Cuando llegamos a la pequeña casa en las afueras de Boston, Mason entró con decisión, sin llamar a la puerta.

—¡Aquí, chico! —dijo una voz potente, acompañada por el chillido excitado de un niño.

Mason me dio la mano y me guio a través de la pintoresca casita, cuyos suelos estaban cubiertos de muñecas y de animales de peluche. Seguro que algún niño los había dejado tirados para irse a jugar con otra cosa. Las habitaciones estaban a oscuras, pero se notaba que en la casa vivía gente. El ambiente general era acogedor, y las fotografías que colgaban de las paredes indicaban que en otra época allí había vivido una mujer. Aun así, por la capa de polvo que las cubría y la falta de adornos femeninos, se notaba que habían pasado unos años desde entonces.

En el centro de una de las paredes había una foto de boda. Una pelirroja, pálida y hermosa, que llevaba un vestido de novia muy anticuado, abrazaba a un hombre grande, con el pelo castaño oscuro y unos ojos amables. Un hombre que era la viva imagen de Mason. De tal palo, tal astilla.

Al llegar a la cocina, me asaltó un aroma de carne asada. Se me hizo la boca agua al notar el olor de la salvia y el romero, junto con lo que fuera que se hubiera cocinado. Sobre la encimera había un enorme asado, y un hombre que nos daba la espalda, lo estaba cortando y dejando los pedazos en una bandeja. Una niña pequeña, también pelirroja, se fijó en mí en cuanto metí un pie en la cocina. Se levantó y aplaudió. No tendría más de cuatro años.

—¡Has venido! —gritó de esa manera en que sólo pueden hacerlo los niños pequeños, usando todo el cuerpo para expresar su alegría.

Le dirigí una sonrisa mientras el hombre se volvía hacia nosotros. Caramba. No me había equivocado. Era igual que Mason o, mejor dicho, era tal como Mason podría ser dentro de veinticinco años.

—Hola, papá. Te presento a Mia. Ella es, eh...

El hombre sonrió y me ofreció la mano.

—La mujer que todo el mundo dice que es la novia de mi hijo.

No estaba segura de cómo quería llevar el tema Mason, así que no hice ningún comentario.

—Es un placer conocerlo, señor Murphy.

—Llámame Mick. Todo el mundo me llama así, excepto mis hijos, porque les doy una paliza si no son respetuosos con sus mayores.

Le propiné un codazo a Mason.

—Tu padre es fantástico.

—Sí, por desgracia, cuando estoy con él dejo de ser tan guay.

—¡Y, que no se te olvide, chico! Ahora, venga, a poner la mesa.

Mason procedió a poner la mesa mientras yo me presentaba a Eleanor, a la que le gustaba que la llamaran Ellie. La niña me enseñó el resto de la casa y me mostró cada uno de sus juguetes. Tenía una habitación de princesita y estaba muy orgullosa de ella. Yo miré a mi alrededor, examinándola en detalle. Nunca había tenido nada parecido de niña. Más que una habitación, parecía un templo dedicado a todas las cosas que una niña puede desear. Maddy y yo siempre habíamos compartido habitación, y ninguna de las dos tuvo nunca una afición que destacara por encima de las demás. Me entristecí un poco al pensar en lo que me había perdido de pequeña, pero me alegré mucho por Ellie. Aunque en la casa faltaba el toque femenino, la estaban criando como se merecía.

Se me formó un nudo en el estómago cuando Ellie se colocó una corona en la cabeza y me puso otra a mí.

—Tú puedes ser la reina y yo seré la princesa —me propuso.

Asentí y abracé su cuerpecito menudo. Ella me estrechó con fuerza antes de que otro clon de la familia Murphy nos interrumpiera. Me pregunté si ninguno habría salido a su madre.

—Tú debes de ser Mia.

Asentí y me incorporé, pero Ellie no me soltó la mano.

—Papi, ella es la reina Mia y yo soy la princesa Ellie. ¿Tú qué quieres ser?, ¿el rey o el príncipe? —le preguntó muy solemne.

—Quiero que la princesa Ellie se lave las manos antes de comer y deje que la reina Mia vuelva con su rey —respondió siguiéndole el juego.

Ellie me miró con sus enormes ojos azules, que debía de haber heredado de su madre, porque su padre tenía los mismos ojos verdes que el resto de los hombres Murphy.

—¿Me guardarás un sitio a tu lado en la mesa, reina Mia? —me preguntó con aquella vocecita que era tan mona que no se podía aguantar.

—Por supuesto que te lo guardaré, princesa Ellie; será un honor. —Le hice una reverencia y ella aplaudió, dio una vuelta de puntillas y salió corriendo pasillo abajo.

El hombretón de pelo cobrizo y ojos verdes me tendió la mano.

—Lo siento. Ellie no tiene mucha compañía femenina. Soy Brayden.

Yo le estreché la mano y la mantuve apretada mientras replicaba:

—No hay problema. Al contrario, me lo he pasado muy bien. No recuerdo la última vez que jugué con un niño pequeño.

Y, en efecto, no lo recordaba. No había ningún niño en mi familia. Ninguna de mis amigas tenía hijos. Bueno, técnicamente, dos de mis recientes amistades estaban embarazadas. Luego estaban Tony y Héctor y sus respectivas familias, pero cuando me encontraba con ellos, los niños no estaban por ahí. Así que, en realidad, hacía

años que no interactuaba con un niño cara a cara. Era divertido. Me lo había pasado muy bien.

Brayden me acompañó a la mesa, donde me senté y charlé con su hermano y su padre. Cuando estuvo completa, con la comida y todo, un torbellino entró a la carrera por la puerta de atrás, se detuvo derrapando y soltó la mochila en el suelo, a su espalda.

—¡Joder, Mace, qué buena que está tu novia! —gritó un adolescente alto, desgarrado y larguirucho, también pelirrojo y con los ojos tan verdes como los de sus hermanos.

—¡Esa boca! —lo reprendió Mick, apuntándolo con el tenedor.

—Lo siento, papá, pero..., jopé..., menuda chica tan guapa te has buscado, Mace. —El muchacho me examinó de arriba abajo—. Soy Shaun; ¿cómo estás, bomboncito?

Oh, no, por favor. Acababa de llamarme *bomboncito*.

—Vaya, ya veo quién es el modelo para esta mente joven e impresionable —reprendí a Mason, fulminándolo con la mirada. Al menos tuvo la decencia de parecer arrepentido.

—Shaun, no llames a las chicas *bomboncito*. No les gusta.

—Claro que les gusta. Se lo he dicho a una chica hoy mismo y me ha dejado meterle la lengua hasta la garganta.

Abrí unos ojos como platos mientras Brayden le tapaba las orejas a Ellie.

—Te voy a dar una paliza que te vas a enterar como no cuides lo que dices delante de mi hija. Y deja de faltar al respeto a las mujeres. ¡Le estás dando un ejemplo de mierda! —lo riñó apretando los dientes.

La pobre Ellie trataba de liberarse golpeando las manos de su padre.

—¡Papiiiiiiiii, para! ¡Si haces eso, no oigo nada! —Arrugó la naricilla y me miró—. ¿El tío Mace te hace eso alguna vez?

Los hombres se echaron a reír. Yo sonreí y le di un golpecito con el dedo en la punta de la nariz.

—No, porque yo soy una adulta, pero tu padre te está protegiendo porque no quiere que oigas cosas que no son adecuadas para ti. Es muy buen padre.

Ella asintió y se metió una cucharada llena de puré de patatas en la boca, lo que la hizo parecer un conejito rechoncho.

—Si quieres conservar a alguna mujer en el futuro —añadí mirando a Shaun—, asegúrate de llamarla de una manera que la haga sentir única y especial, no otra de tantas. Recuérdalo.

Él me miró como sólo sabe mirar un adolescente que únicamente tiene la mente llena de sexo.

—Si eso me asegura conseguir a una tía tan buena como tú, haré lo que me digas, bomboncito.

Mason dejó caer la cabeza sobre la mesa. Brayden negó en silencio y yo me

mordí la lengua para no soltarle alguna grosería. El patriarca, en cambio, no tuvo el menor problema en ponerlo de vuelta y media, cosa que hizo en el salón, tras llevárselo de la mesa agarrado por la oreja. Cuando volvieron, tanto Mason como Brayden sonrieron incómodos, y Ellie siguió comiendo tranquilamente el puré. En cuanto se le acabó, pidió más.

—Siento haber sido maleducado, Mia. Trataré de ser más respetuoso —musitó Shaun de mala gana.

—Gracias, Shaun. Eso ha sido muy amable por tu parte. Y ahora contadme historias vergonzosas sobre Mason —dije cambiando de tema, y todos los hombres de la mesa excepto Mace sonrieron y empezaron a contarme anécdotas.

Para cuando acabamos de comer, me dolía tanto la barriga de reírme que no sólo me costaba respirar, sino que además no me veía capaz de comerme la tarta de queso. Me explicaron un montón de historias, con todo lujo de detalles. Pasaron horas hablándome de las locuras de Mason. De joven era el payaso de la clase; pensaba que era el inventor más importante del mundo y no tenía ningún éxito con las mujeres. Al ver lo bueno que estaba ahora, me costaba de creer. Si pasabas por alto lo capullo que era con las mujeres, era un hombre muy atractivo. Y, como seguíamos trabajando en ello, iba progresando. Aún no lo suficiente como para que Rachel lo perdonara, pero esperaba poder echarle una mano también con eso.

Los hombres recogieron. Otra cosa que me pareció genial de aquella familia fue que los invitados nunca fregaban los platos, ya fueran hombres o mujeres. Supongo que estaban acostumbrados a apañárselas solos. Era revelador pero triste. Mientras ellos recogían la cocina, yo me dediqué a mirar todas las fotos que encontré. Había muchas de Eleanor, la madre. Fotos de ella con cada uno de sus hijos por separado; otras con todos los chicos a la vez, y otras en las que parecía feliz con su marido Mick. Se los veía francamente bien, una familia sólida y feliz. La mujer de las fotografías había luchado contra el cáncer y con toda probabilidad habría dado todo lo que tenía para permanecer con su familia, mientras que mi madre, sana como una manzana, había abandonado a la suya para hacer realidad sus deseos egoístas. Ni siquiera estaba segura de dónde estaba y, aunque fingía que no me importaba, lo hacía. Tanto que me cabreaba mucho.

Mason se acercó a mí por detrás y me apoyó una mano en el hombro, pero no dijo nada.

—Tu madre era una mujer preciosa.

—Sí que lo era. Era la madre perfecta, se preocupaba mucho por nosotros. Pero cuando el cáncer la atacó, lo hizo de una manera tan fulminante que no pudimos evitarlo. Papá se lamenta de que no le hicieran pruebas antes. Él tiene cuarenta y cinco años. Mi madre murió con treinta y cinco. Si le preguntas a mi padre, te dirá que vivieron juntos diecisiete años maravillosos. Luego se marchó. Mi madre siempre decía que empezaría a hacerse pruebas a los cuarenta, como todo el mundo. Pero no llegó a tiempo. —La voz de Mason mostraba lo mucho que la echaba de menos. Lo

entendía perfectamente.

Pensé en la preciosa Eleonor, que se había marchado de este mundo dejando atrás a cuatro hijos y a un marido que la necesitaba. Pero habían seguido adelante, apoyándose los unos en los otros, y gracias a eso continuaban siendo una familia.

—Deberíamos hacer algo por tu madre.

Mason frunció el ceño, sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Mientras pensaba en ello, la idea tomó forma en mi mente y despegó. Sería perfecto.

—Con respecto al cáncer de mama. Deberíamos hacer algo para luchar contra esa enfermedad. Eres un jugador de primer nivel. Deberíamos hacer algún acto de caridad para recaudar fondos y donar los beneficios a algún grupo de concienciación que luche contra el cáncer en Boston. Tú y yo podríamos ponernos pulseras rosa, y podríamos hacer camisetas rosa para las *wags*. Si el equipo quisiera colaborar, sería bienvenido. Serviría para honrar la memoria de tu madre y a las mujeres que están luchando en la actualidad contra la enfermedad; también serviría para concienciar a la gente de que debe hacerse pruebas antes de los cuarenta si tienen antecedentes familiares. Además, eso mejoraría tu imagen.

Mason sonrió, y el diente ligeramente torcido brilló junto con los demás, blancos y relucientes.

—Podríamos ayudar a otras mujeres como mi madre —dijo, como si lo que estuviera oyendo fuera la mejor idea del mundo desde la invención de la liga de béisbol—. ¡Me encanta! ¡Es una idea brillante! —Me levantó en vilo y me hizo dar vueltas—. ¿Por dónde empezarías?

Durante la hora siguiente, nos sentamos frente a la tarta de queso que Mick había preparado porque era la favorita de Eleanor, y hablamos sobre cómo podríamos ayudar a concienciar a la sociedad acerca del cáncer usando la fama de Mason como punto de partida.

«Piensa en rosa» fue el nombre que le dimos a la campaña. Una vez en Boston, Mason y yo nos pusimos manos a la obra. Encargamos que nos hicieran unas pulseras especiales de silicona para repartirlas durante los partidos y también camisetas para las *wags*. Nos costaron una pasta, ya que hicimos un pedido urgente para tenerlas listas en veinticuatro horas. Yo me encargué una camiseta especial por mi cuenta y la pagué sin que Mace supiera nada. Llevaba el número de Mason tanto delante como detrás, y encima ponía «Para Eleanor». Era monísima, y sabía que él apreciaría el detalle.

Mientras Mason entrenaba, yo me quedaba en su casa, diseñando el plan para recaudar fondos. Rachel estaba entusiasmada con la idea, y se ofreció a ayudarme en todo lo que pudiera para que recaudáramos un montón de dinero, además de potenciar la imagen de Mason. No habíamos vuelto a tocar el tema de la pesadilla de la otra noche y no parecía tener ganas de hacerlo. Cada vez que nos veíamos, se parapetaba tras una fachada totalmente profesional. Tenía que encontrar la manera de volver a ganarme su confianza para poder recomendarle a Mason como potencial novio, aunque, de momento, no tenía ni idea de cómo hacerlo. La orgía que había presenciado había tirado por tierra todo el trabajo que yo había hecho para convencerla de que el lanzador estaba interesado en ella. Probablemente, ahora le parecía un tipo mucho menos deseable. A mí me parecía mucho más deseable, pero eso era porque necesitaba un polvo con urgencia. Pensar en aquella morena chupándole la polla y en Mason bajándose al pilón de la rubia me había servido de inspiración durante un par de sesiones en la ducha la semana pasada. No obstante, necesitaba algo más que masturbarme. Necesitaba un polvo de verdad. Pero Mason no estaba en mis planes y, por desgracia, el rubio californiano que sí lo estaba se encontraba en esos momentos en pleno rodaje —entre otras cosas— con la actriz protagonista.

Suspiré y seguí redactando mi plan. Necesitaba refuerzos. Saqué el teléfono y marqué.

—¿Qué pasa, putón? —respondió Ginelle. Sólo oír su voz me hizo feliz, aunque al mismo tiempo me hizo sentir añoranza de mi hogar.

—Estoy planificando una gala benéfica.

El sonido de Gin mascando chicle fue sustituido por el de su risa, tan atronadora que tuve que dejar de escribir.

—Pero, a ver, ¿no estabas ya metida de lleno en eso? ¿No estás recaudando fondos para salvarle el culo a tu padre? Ya sabes, tumbada de espaldas, en una cama... —Volvió a partirse de risa por su propia broma.

Suspiré.

—No es para mí, ¡es para Mason!

Ella hizo un ruido extraño, como si acabara de atragantarse.

—¿El jugador de béisbol millonario necesita dinero? ¿Por qué?

Solté un gruñido.

—Calla y escucha, zorra. Queremos hacerle una limpieza de imagen apoyando a la asociación local de lucha contra el cáncer de mama. Su madre murió demasiado joven por culpa de esa enfermedad y quiere hacer algo para contribuir a luchar contra ella. Y, como él está muy ocupado jugando y entrenando, yo estoy pensando en maneras de recaudar fondos; ¿lo entiendes ahora?

Me volvió a llegar el sonido de Gin mascando chicle. A decir verdad, prefería mil veces ese sonido al de oírla inhalando uno de esos cigarrillos que son auténtico cáncer de liar.

—Vale, y ¿en qué habías pensado? —me preguntó.

Mi mejor amiga era tremendamente creativa. Seguro que se le ocurría alguna buena idea. Le conté lo que habíamos planeado hasta ese momento. Íbamos a alquilar algún hotel pijo del centro de la ciudad. Casi todo el equipo se había mostrado interesado en participar, así como algunos de los amigos de Mason. Un famoso DJ se había ofrecido para pinchar gratis, y un cocinero serviría la comida sin cobrarnos nada.

—Subastaremos objetos de los jugadores, cosas relacionadas con el béisbol. Pero, no sé, creo que necesitaríamos algo más potente, con más gancho, para recaudar una pasta gansa.

Ginelle hizo una pausa tan larga que llegué a dudar de que siguiera allí.

—¿Y bien?

—Estoy pensando, no me seas agonías, que se te va a hacer un nudo en las bragas... Bueno, eso si llevas bragas, claro —comentó, y tenía razón, no llevaba bragas, pero porque llevaba unas mallas muy ajustadas y se habrían notado las costuras.

—¡Cállate!

Gin se echó a reír, y el sonido me calentó el corazón. Esperé pacientemente mientras hacía búsquedas en Google sobre otros eventos benéficos para inspirarme.

—Vale, a ver —dijo por último—: tienes a un montón de tíos cachas que van a acudir al evento. Unos veinte más o menos, ¿no?

—Sí —respondí sin saber adónde quería ir a parar con aquello.

—Y ¿por qué, en vez de subastar sus cosas, no los subastas a ellos? Contratas a un subastador, ya sabes, un tipo de esos que hablan muy deprisa; te aseguras de que los jugadores lleven ropa sexi, como esmóquines o la camiseta del equipo..., pero que se la quiten en el escenario... ¡A las ricachonas les encantan esas cosas!

Qué buena idea. Ya me estaba imaginando a las mujeres, cargaditas de champán, peleándose unas con otras para conseguir a un jugador de béisbol sin camiseta.

—¡Gin, joder..., es una idea brillante!

Ella soltó el aire y me la imaginé, satisfecha, enroscándose un mechón de pelo en el dedo.

—Lo sé, soy así de buena.

—Lo eres. ¿Te he dicho últimamente que te quiero, nena?

Era una broma entre nosotras que se remontaba a nuestra época de instituto, cuando hablábamos usando frases de nuestras canciones favoritas. Nos encantaban las canciones de la década de los noventa. Éramos niñas en aquel tiempo, pero aun así nos gustaban los tontos raps de la época.

Empecé a darle vueltas a la idea de Gin. Lo mejor sería subastar una cita con cada jugador. A cambio del dinero, el jugador tendría que comprometerse a hacer lo que quisiera la mejor postora durante cuatro horas. Incluso las mujeres casadas se avendrían si era por una buena causa.

—Gin, creo que sacaremos un montón de pasta con esto.

—Pues claro. Esos hombres están cañón. ¿Qué zorra rica no querría llevar a uno de esos bombones del brazo?

Pues sí. Gin, como siempre, tenía razón.

—Voy a diseñar el plan. ¡Gracias, gracias, gracias!

—Tranquila, puedes pagarme con fotos de esos tiarrones desnudos de cintura para arriba. No es broma. Si hacéis la subasta y no me envías fotos de todos los jugadores, encontraré la manera de ponerte en evidencia en el futuro. Y sabes que tengo algunas fotos tuyas muy comprometidas...

—¡Perra! —le grité, sabiendo que era verdad; que tenía fotos de las dos en situaciones comprometidas como para llenar un baúl—. No te atreverías...

Ella chasqueó la lengua.

—No lo dudes. Quiero fotos de todos los tíos semidesnudos. Fotos individuales, enviadas directamente a mi teléfono. Y no te olvides de Mason. Quiero una foto de ese cabronazo tan sexi.

Me eché a reír mientras Rachel entraba en la cocina, donde me había instalado. La saludé con la mano. Ella se dirigió a la cafetera y se sirvió una taza de café.

—Tú ganas, sucia zorra chantajista —dije, y a Rachel estuvo a punto de caérsele la taza de la impresión. Aunque no pude explicarle lo que pasaba, negué con la cabeza, tratando de tranquilizarla—. Tendrás tus fotos. Eres muy dura negociando.

—Ya me conoces y, por cierto, Mads está bien. Ese chico con el que sale es un encanto. Sigue siendo virgen, se lo pregunté, pero no creo que aguante mucho. Ese chico es muy mono, está loco por ella, y a ella sólo le importa hacerlo feliz. La verdad es que los dos son monísimos. Ya te digo, de momento me parece un buen tipo. Creo que no es una mala opción para desvirgarse.

Yo gruñí y apoyé la cabeza en la mano.

—¿Crees que ella le va a entregar su virginidad? ¿De verdad?

—Sí, no puede permanecer casta y pura eternamente, Mia. Ya es una mujer. Tiene diecinueve años. Joder, ni me acuerdo de cuándo perdí yo la mía. Hace siglos de eso. Si te soy sincera, no recuerdo haber estado alguna vez sin pollas calientes a mi alrededor.

Esta vez, más que gruñir, gemí con sentimiento.

—Gin, por Dios, no pronuncies el nombre de mi hermana y la palabra *polla* en la misma frase. Me estás provocando urticaria. Y te lo advierto: no la animes a entregarse a ese chico o te perseguiré, te clavaré a una pared, te raparé el pelo de todas partes, te echaré miel en los pezones y dejaré que las hormigas se den un festín.

—¡Jesús bendito clavado en la cruz! Eres una retorcida. ¿Serías capaz de hacerme eso? Necesito cambiar de amigas. ¡La mía es una jodida psicópata! —exclamó antes de partirse de risa.

Yo me eché a reír también, imaginándomela pegada a una pared, con miel en las tetas y mechones de pelo mal cortado por todas partes.

Cuando logré controlarme, respiré hondo.

—Tienes razón, no sería capaz de hacerte eso, pero, por favor, cuando la veas dile que me llame, ¿vale?

—Claro. Tengo que ir a ensayar el nuevo número. Ya me contarás cómo va todo..., ¡y no te olvides de mi recompensa!

Yo negué con la cabeza.

—Eh, zorrón, te quiero, y estoy muy orgullosa de ti por haber dejado esos cigarrillos rellenos de cáncer. Quiero que estés en mi vida mucho tiempo para que podamos envejecer juntas, mudarnos a una casa en la playa y criar a un montón de gatos.

—Siempre me han gustado mucho los animales —replicó Ginelle suspirando ruidosamente—, los gatitos, los conejitos...

—¡Ya sabía yo que te gustaba el conejo, cacho guarra! —exclamé, y le colgué el teléfono antes de que pudiera decir nada más—. Ah, la vida es bella —dije cerrando los ojos con un suspiro.

Cuando volví a abrirlos, me encontré con que Rachel se había acercado y me estaba mirando con fijeza.

—¿Te están chantajeando? —me preguntó con unos ojos como platos.

Me eché a reír a carcajadas y sacudí la cabeza.

—No, era Gin, mi mejor amiga. Siempre estamos igual.

—¿Siempre os amenazáis y os llamáis cosas como ésas? —preguntó en un tono exageradamente agudo; no entendí por qué.

—Eh..., sí, claro. ¿Tú no haces lo mismo con tu mejor amiga?

Ella negó asombrada con la cabeza.

—No, no lo hacemos. Nos decimos cosas agradables, comemos y vamos de compras juntas.

Hice una mueca. ¿Iban de compras? ¡Puaj! Gin y yo nunca haríamos algo así. Beber cerveza, buscar tíos buenos, jugar a las cartas, ir al casino, a conciertos..., vale. ¿De compras? No.

—Joder, no mola nada ser tú —dije con sinceridad.

—No estoy de acuerdo —replicó ella con una soltura que me hizo sonreír.

Así que tenía sangre en las venas, después de todo. Eso era bueno. Cuando estuviera con Mason, él encendería una hoguera tan grande bajo sus pies que Rachel se quemaría si no tuviera un poco de fuego propio.

La idea de subastar hombres no le hizo mucha gracia a Rachel, pero Mason se mostró entusiasmado. Llamó a todos sus compañeros de equipo y logró que veinte de ellos aceptaran ser subastados al mejor postor. Ninguno tuvo problema con lo de quitarse la ropa; bueno..., la camisa. Conseguí tirantes de color rosa para todos ellos y les pedí que fueran elegantes a la gala. El plan era que se sacaran la chaqueta y la camisa y se quedaran sólo con los tirantes. Además, también pensaba pintar un lacito rosa sobre el pecho de los jugadores, concretamente sobre el corazón, para seguir con el tema de la gala.

Cuando Mason llegó a casa, Rachel, él y yo hablamos de otras iniciativas, mientras él preparaba unos filetes a la barbacoa en la terraza y yo me encargaba del acompañamiento. Se nos ocurrieron un montón de ideas para hacer correr la voz en el mínimo tiempo posible. También pensamos en maneras de involucrar al padre y a los hermanos de Mason, para que ellos también pudieran honrar la memoria de su madre. Le dije que le pidiera a su padre que trajera una foto de su esposa, ampliada y enmarcada; la pondríamos en un lugar preferente en una de las mesas. Y, si otros jugadores también habían perdido a algún ser querido por culpa de la enfermedad, podían hacer lo mismo. Así, los donantes pondrían cara a la razón real que había dado pie al evento.

También nos aseguramos de que el presidente de la asociación de lucha contra el cáncer de la región pudiera asistir para pronunciar unas palabras.

—Mia, Rachel, tengo que admitirlo. Sois la caña preparando eventos en tan poco tiempo. —Mason sonrió, me atrajo hacia sí y me dio un beso en la mejilla.

Luego se dirigió hacia Rachel, que se tensó al ver que se acercaba.

Él bajó la voz pero, aun así, oí lo que decía:

—Rachel, siento lo que viste la semana pasada. No debería haber pasado. No fue propio del hombre que quiero ser —se disculpó mirándola fijamente. Ella asintió con la cabeza pero no dijo nada. Mason se acercó un poco más, inspiró hondo con la nariz pegada a su pelo y la besó en la mejilla—. Muchas gracias por tu ayuda. No tenías por qué hacerlo, pero te lo agradezco mucho.

Rachel alzó la cabeza y pestañeó, con sus ojos azules fijos en los de Mason. ¿Podía ser más obvio que esos dos estaban enamorados? Tenía que subir las apuestas para que las cosas avanzaran en la dirección correcta.

—Mason, sabes que te ayudaría con cualquier cosa que necesitaras —dijo ella al fin, también en voz baja.

Él le enredó los dedos en el pelo, en la zona de la nuca, mientras con el pulgar le acariciaba el labio inferior. Rachel contuvo el aliento y yo observé con atención por si

se decidía de una vez y la besaba.

—Lo que estás haciendo por mi madre significa mucho. No lo olvidaré. Siempre estaré aquí cuando me necesites. Llámame, a cualquier hora, en cualquier lugar. ¿Lo entiendes? —dijo antes de inclinarse y besarla en la frente como si fuera un objeto valioso y delicado.

En ese momento lo entendí. Para Mason, ella era especial, valiosa y delicada, distinta de las demás mujeres. Sentía que debía tratarla con delicadeza, manipularla con cuidado, como si fuera de cristal. Caray. Cuando se liaran de una vez, ese hombre estaría perdido. Aunque llevaba años siendo un mujeriego, siempre que miraba a Rachel veía algo más; veía un futuro que deseaba desesperadamente pero que no sabía cómo conseguir. Por suerte, yo seguiría a su lado para asegurarme de que lo hiciera.

—Sí —respondió ella con una sonrisa, mientras él se alejaba e iba a ocuparse de los filetes.

Me llevé una mano a la cara y aguardé a que él desapareciera en la terraza. Rachel no le quitó el ojo de encima.

—¿Qué?, ¿muy coladita? —le pregunté meneando las cejas.

Ella se volvió hacia mí con los ojos entornados.

—No sé a qué te refieres. La semana pasada me emborraché y me pasé de la raya. Tal vez te di una impresión equivocada sobre mis sentimientos hacia mi cliente — declaró, haciendo hincapié en la palabra *cliente*, aunque no supe si lo decía para convencerme a mí o a ella misma.

Ladeé la cabeza antes de dar un sorbo a mi cerveza.

—A mí no me engañas, y te aseguro que a Mace tampoco. Le gustas mucho, cielo, y pronto te lo demostraré.

Rachel gruñó y negó con la cabeza.

—Para ya, Mia. ¿Te has olvidado de que eres su novia?

—Finjo ser su novia. No te olvides de que esto para mí es un trabajo. Las fans adoran a Mason, y tú y yo estamos trabajando en una campaña de recogida de fondos que va a servir para mejorar su imagen profesional pero, sobre todo, que lo va a ayudar a él como persona. Va a hacer algo para honrar la memoria de su madre. La quería mucho y la echa de menos. Todos los miembros de la familia Murphy la echan de menos. Y tu implicación con la campaña demuestra que te preocupas por Mason no sólo a nivel profesional, sino también personal. Te gusta pero sientes algo más por él, admítelo —la pinché, y esperé su respuesta.

Rachel se pasó la lengua por los labios y se mordió el inferior. Bajó la cabeza y asintió.

—Vale, lo admito. Hace mucho tiempo que siento algo por Mason. Jolín, creo que me enamoré el día en que nos conocimos, hace dos años. Pero eso no ha impedido que él haya salido con un ejército de mujeres y que se haya bebido incluso el agua de los floreros hasta acabar por los suelos. Y yo me he pasado casi todo ese tiempo

recogiendo los pedazos después de cada juerga. La verdad es que eso no ayuda a tener una buena opinión sobre alguien.

—Tienes toda la razón, pero obviamente lo que sientes por él no ha cambiado, o no estarías ayudándolo. Está claro que te importa o no te preocuparías tanto por su imagen. Y creo que te cuesta tanto ocultar tus sentimientos que estás a punto de reventar. He visto cómo lo miras, cómo se te ilumina la cara cuando él entra en una habitación. No puedes engañarme. Y tal vez hayas podido engañarlo a él durante estos dos años, pero ya se le ha caído la venda de los ojos, cielo. Ahora te ve como a una mujer, y le gusta lo que ve.

Rachel se llevó las manos a la cara y se la frotó inquieta.

—¿Cómo puedes estar tan segura? No quiero ser la siguiente en su larga lista de mujeres de usar y tirar. Prefiero no acostarme con él y seguir estando en su vida a probarlo y luego perderlo para siempre cuando se despierte a mi lado y se dé cuenta de que no soy la chica que busca. Si echas un vistazo a su lista de conquistas, te darás cuenta de que no soy su tipo. —Me señaló e hizo un movimiento circular con el dedo—. No te ofendas, pero tú sí que eres su tipo. Le gustan las mujeres exuberantes, sexis, con curvas, y un hombre como él no tiene que esforzarse en conseguir las. Le salen de debajo de las piedras. —Suspiró y escondió la cara entre las manos.

—Cariño, los hombres no se casan con las mujeres como yo. Conmigo ligan y follan. Mason nunca se quedaría con alguien como yo. Él quiere lo mismo que tuvo su padre: una esposa, hijos, la enchilada completa. Y tú le darás eso y más. Yo soy una escort que sabe servir mesas, actuar un poco y volver locos a los hombres en la cama. De eso último estoy bastante orgullosa, no voy a negarlo, pero con esto no lograré atrapar al príncipe azul..., como mucho, a algún motero vestido de cuero negro. Creo que deberías abrirte más a Mason, y creo que deberías hacerlo pronto, teniendo en cuenta que yo me marcharé dentro de dos semanas.

Esta vez, cuando me respondió lo hizo apoyada en la mesa, con los labios fruncidos.

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar? Sobre todo después del fiasco de la semana pasada.

—Lo de la semana pasada me la suda.

—Y no fue lo único que sudó esa noche... —ironizó Rachel.

Me quedé boquiabierta.

—¡Acabas de hacer un chiste sexual! —exclamé antes de echarme a reír.

Ella se ruborizó.

—¡Es verdad!

—¡Aún hay esperanza, aleluya! —exclamé, y las dos nos echamos a reír—. De todos modos, no te preocupes mucho. Mason es muy facilón.

—¡Qué me vas a contar! —replicó ella ágilmente. Su ironía me sorprendió.

Sacudí la cabeza y la miré con admiración.

—Dos bromas en una misma noche. Saca la agenda, chica, tenemos que marcar la

fecha en el calendario. La señora estirada ha perdido el palo del culo y ha dejado salir su zorrita interior.

Ella se volvió hacia la terraza y, al ver que Mason no nos había oído, se tranquilizó.

—De todos modos, me gustaría que me aconsejaras. No tengo experiencia a la hora de acercarme a los hombres cuando quiero...

—¿Follar? —traté de ayudarla.

—Por Dios, no. Bueno, sí, pero la palabra que buscaba era *cita*. Señor, Mia, eres igual que él. ¿Por qué tenéis que ser tan bastos?

Joder, era eso, ¿verdad? ¿Era como Mason? Qué va, lo que pasaba era que ella era una señoritinga estirada. Al menos, eso me dije para olvidarme del tema.

Me hice un nudo con el pelo y me lo recogí con la pinza que llevaba colgando del top.

—Mira, lo que vas a hacer es lo siguiente: durante la gala benéfica, te tomas un par de copas de champán para soltarte un poco. Coqueteas con él toda la noche. Nada exagerado. Ya sabes, unas caricias por aquí —le dije, acariciándole el brazo arriba y abajo—, o le das la mano, así. —La cogí de la mano, la ayudé a levantarse y paseé con ella por la habitación. Me detuve, saqué la cadera, pestañee y, de repente, aparté la mirada—. Asegúrate de que no pierda detalle de tus encantos.

Al oír esa palabra, Rachel frunció mucho los labios.

—Yo es que, en realidad, no tengo de eso —murmuró.

La contemplé como si le hubieran salido cuernos.

—A ver, toda mujer tiene ciertas partes en su cuerpo que atraen al sexo opuesto. —La miré de arriba abajo—. Tienes unas piernas espectaculares. Ponte falda corta. Cómprate un sujetador con *push-up* para levantar esas domingas y asegúrate de que Mason pueda verlas. Es decir, ponte un vestido escotado. —Cuando ella asintió, yo seguí hablando—: Ah, y lleva el pelo suelto. ¿Te acuerdas de que él comentó que le gustaría verte con la melena suelta? Hazte unas ondas que caigan suavemente por tus hombros. Y, si el vestido tiene la espalda escotada, mejor que mejor —añadí meneando las cejas.

—¿Por qué? —me preguntó, y a mí me vinieron ganas de gruñir y de darle una colleja.

¿Era posible ser tan inocente en lo que a hombres se refería? ¡Rachel tenía veintitantos años, por Dios, no era ninguna niña! Debía de tener una mínima idea de cómo pensaban los hombres.

En vez de decirle eso, me limité a responder:

—Porque cuando los hombres ven piel desnuda, piensan en sexo. Y que piense en ti y en sexo en el mismo momento es algo bueno si tu objetivo es acostarte con él.

—Quiero estar con Mason, no sólo..., eh..., acostarme con él.

Esta vez no pude controlarme más y solté el aire con impaciencia.

—Para los hombres, el sexo es sinónimo de pasárselo bien con una mujer. Si

puedes llevarte bien con él dentro y fuera del dormitorio, tendrás mucho ganado. Aunque para los hombres lo principal es el sexo. Es un instinto animal. ¿Has tomado nota de todo? ¿Lista para seducir a Mason este fin de semana? —le pregunté entusiasmada sin mucha razón.

—Pensaré en ello.

Fruncí el ceño pero no dije nada. Sabía que era inútil tratar de que esa chica fuera más lanzada. Ella hacía las cosas a su manera y necesitaba unos días para darle vueltas al tema antes de tomar una decisión.

—¿Me lo prometes?

Rachel sonrió y, en efecto, su sonrisa iluminaba una habitación por sí sola.

—Te lo prometo.

Mason entró en ese momento y cerró la puerta de la terraza con el pie.

—¿Y bien?, ¿las dos mujeres más hermosas del mundo tienen hambre o qué?

Yo sacudí la cabeza.

—El que nace ligón ligón se queda —comenté riendo.

Pensaba que Rachel pondría mala cara, pero también se echó a reír. Bien. Progresábamos adecuadamente.

6

Al entrar en el hotel de lujo donde iba a celebrarse la gala, Mason y yo nos quedamos con la boca abierta. El techo estaba totalmente cubierto de globos de color rosa. Las paredes eran negras, pero estaban adornadas con un montón de cintas —sobre las que estaba escrito nuestro lema, «Piensa en rosa»— del mismo color. En el centro de la sala, una bola de discoteca daba vueltas, lanzando motas de luz blanca en todas direcciones.

Pronto llegarían los chicos y se abrirían las puertas al público. El jefe de camareros estaba dando instrucciones al personal. Todos los camareros llevaban una camiseta rosa con el lema impreso. Las camareras vestían un top en el que se leía «Salvad las tetas». Era burdo pero divertido y, desde luego, muy adecuado para un entorno de jugadores de béisbol.

Mason y yo, en cambio, íbamos de punta en blanco. Él llevaba un traje negro impecable, una camisa rosa, los tirantes rosa que llevaban todos los jugadores y una corbata también rosa llena de lazos contra el cáncer. Tenía un aspecto muy formal y profesional. Llevaba el pelo ligeramente engominado y peinado hacia atrás. Sus ojos verdes recorrían la sala observándolo todo. Los manteles eran negros, lo que hacía destacar aún más el rosa de las flores que componían los centros de mesa. Las velitas se reflejaban en los pétalos, creando ambiente. Era bonito, elegante, juvenil y muy moderno.

—Mia —susurró Mason, obviamente impresionado por lo que estaba viendo.

Yo me hinché orgullosa. Era mi primer evento benéfico y todo tenía un aspecto espectacular. Claro que buena parte del mérito era de la despampanante rubia que se acercaba a nosotros. Al salir de casa, pensaba que yo estaba impresionante con mi vestido de cóctel de lentejuelas rosa, que captaban la luz y la repartían por todas partes como si fuera la bola del techo, pero ni me acercaba al nivel de Rachel. La relaciones públicas se aproximó desde el fondo de la sala. Llevaba un vestido sin tirantes de color rosa pálido que le llegaba a la rodilla, con una abertura lateral muy sexi y un escote en forma de corazón que dejaba al descubierto buena parte de sus pechos. Llevaba el pelo suelto al estilo de las actrices de Hollywood de los años cuarenta, y se había pintado los labios de color rojo intenso. El lápiz de ojos negro destacaba el azul de sus iris de gata. No esperaba que se vistiera así, la verdad. Era como un cruce entre una *pin-up* y una dama de la alta sociedad.

Mason permaneció observándola en silencio mientras se acercaba, con los dientes apretados y los ojos muy brillantes. A mí nunca me había mirado así. Al parecer, las miradas ardientes las reservaba para la alta rubia que me estaba haciendo sentir como una fulana barata al lado de su elegancia.

—Estáis guapísimos —nos dijo al llegar a nuestro lado.

Mason la contempló de arriba abajo, la agarró por la cintura para acercarla a él, luego le cogió la cara entre las manos y la miró con fijeza a los ojos. Ella no dijo ni

una palabra y le permitió que la manoseara tanto como quisiera, y yo sabía por qué. Porque era un gesto propio de un macho alfa; era supersexi y, cuando un hombre como Mace te agarraba de esa manera, tú te dejabas hacer y dabas las gracias al cielo.

—Estás jodidamente preciosa —le dijo él, clavándole la mirada—. Todos los invitados te desearán.

—Pero yo sólo deseo a uno —respondió ella con total confianza.

Si no hubiera estado tratando de encogerme y desaparecer en las profundidades de la sala para darles intimidad, le habría chocado los cinco. Muy bien dicho, atrevida y sexi. Así se hacían las cosas.

—¿Ah, sí? ¿Lo conozco? —replicó él, acariciándole el rostro con la nariz.

Rachel se estremeció y yo casi pude percibir sus sensaciones. Era como contemplar una picante película extranjera, pero entendiendo lo que decían los protagonistas.

La rubia se pasó la lengua por los labios y Mason no se perdió detalle del gesto. Lo había atrapado bien. Él no tenía nada que hacer.

—Tal vez, pero tendremos que esperar a ver cómo van las cosas esta noche —susurró ella con los labios prácticamente pegados a los de él.

—Bueno, pero resérvame un baile, ¿vale?

Ella sonrió.

—Tendré que comprobar mi carnet de baile, no vaya a estar ya lleno.

—Sé que tendrás un lugar para mí. Yo me ocuparé de ello —replicó Mace con una sonrisa canalla.

Rachel se inclinó hacia él, aunque enseguida le dio un empujón en el pecho y se alejó. Mason se lo permitió, pero el calor que desprendía la pareja no disminuyó. O eso, o alguien había encendido la calefacción, pero yo tenía mucho calor.

En ese momento llegó un grupo de jugadores, vestidos prácticamente igual que Mason, con trajes negros y complementos rosa a mogollón. Era alucinante. Me moría de ganas de ver cómo salía la subasta.

Al acordarme de ello, cogí a Rachel de la mano y la llevé a la mesa de los objetos que se iban a subastar. Había botellas de vino carísimas, afiliaciones gratuitas a varios clubes, viajes, cruceros..., un montón de cosas.

—¿Has invitado a todos los vips?

Rachel cogió la lista de asistentes y asintió.

—Sí, hay cuatrocientos asistentes confirmados, de los que ganan un sueldo de siete cifras al año.

—¡Joder, no sabía que hubiera tantos ricos en este país!

—Bueno, piensa que nos movemos en el mundillo de las *celebrities*. Entre los invitados hay figuras del deporte, dueños de equipos, patrocinadores, ese tipo de gente. Hay muchas organizaciones que harán acto de presencia y donarán dinero sólo para mantener una buena relación con los jugadores o con otros inversores. Es un círculo vicioso de personas, negocios y dinero. Les gusta exhibir su riqueza, pero

dando imagen de generosidad.

—No me importan sus razones, siempre y cuando salgamos de aquí esta noche habiendo recaudado una buena cantidad de pasta. ¿Crees que llegaremos a los cien mil dólares? ¿O al menos cincuenta mil?

Rachel echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas. Tanto rio que tuvo que llevarse los dedos a los ojos para impedir que las lágrimas le estropearan el maquillaje.

—Mia, si no llegamos al millón será un fracaso.

Un millón de dólares... En una noche... Yo trabajando como escort para ricachones durante un año para conseguir esa suma y poder pagar la deuda de mi padre, y esa noche íbamos a recaudar esa cantidad en unas horas.

—Increíble —dije casi sin aliento.

Ella me apoyó la mano en el hombro y me dio un fuerte apretón.

—Es otro nivel de vida. No te preocupes por ellos; se lo pueden permitir.

—Ya me imagino. Además, es por una buena causa. Y Mason estará encantado si logramos recaudar tanto dinero.

—Venga, vamos a ponerlo todo en marcha. La gente empieza a llegar.

Las tres horas siguientes volaron. Fue un no parar de conocer gente, codearse con ricachones, beber champán, bailar al ritmo de la música que pinchaba el DJ y de reírme con las *wags*. Todo el mundo se lo estaba pasando en grande, y la mesa de objetos que se subastaban estaba llena de ofertas por valor de miles de dólares. Aunque la subasta de jugadores fuera un desastre —cosa que no iba a suceder—, los objetos solos ya recaudarían una pequeña fortuna, lo que me hacía muy feliz.

Mientras bailaba en la pista, bebía de la copa de champán rosado. Esa noche, todas las bebidas eran rosa y se servían en abundancia.

En un momento dado, Rachel se acercó a mí, me agarró de la mano y me sacó de la pista de baile. Yo protesté haciendo una mueca.

—Eh, no me mires así. ¡Ha llegado la hora de subastar hombres! Te estoy guardando un asiento de los buenos.

«Qué detalle», pensé. Oh, sí..., jugadores de béisbol más buenos que el pan quitándose la ropa... Mmm. Cuando saqué el móvil, que llevaba guardado en el escote, Rachel sacudió la cabeza.

—No me puedo creer que te quepa un móvil en el sujetador. Los hombres deben de volverse locos con tus pechos.

Yo bajé la vista hacia mis redondos melones y sonreí.

—De momento, nadie se ha quejado —dije, y me eché a reír.

El encargado de la subasta subió al escenario y se situó tras el estrado.

—Esta noche tenemos algo muy especial para las damas. La gala entera va dedicada a las mujeres, por eso queremos que tengan algo que las motive a pujar.

¡Caballeros, a escenaaaaaa! —exclamó alargando la palabra mientras veinte jugadores iban saltando al escenario y colocándose en fila.

Era algo digno de ver. Miraras donde miraras, todos esos hombres eran un espectáculo para la vista.

—Y lo que tenemos aquí esta noche es nada más y nada menos que... ¡una cita con un jugador de los Red Sox! Estos hombres se han comprometido a acudir durante cuatro horas al lugar de elección de la mejor postora en su compañía. —Bajando la voz, el encargado de la subasta añadió en tono cómplice—: Dentro de unos límites, señoras.

Cuando el DJ hizo sonar una música de *striptease*, el tercera base se adelantó.

—¡Oh, Dios mío, es Jacob Moore! —exclamó una de las invitadas, levantando la pala rosa antes de que el subastador tuviera tiempo de decir nada.

—Bien, bien, parece que tenemos alguna postora ansiosa —comentó—. ¿Qué te parece si te quitas la chaqueta y dejas que las damas vean lo que escondes ahí debajo, Jake? —Jacob le siguió el juego. Su pelo rubio y sus ojos azules brillaban a la luz de los focos—. ¿Qué tal si empezamos la subasta en mil dólares?

¡La madre que me parió! Mil dólares como oferta inicial. No me lo podía creer.

No hace falta que diga que las pujas fueron muy superiores. Jacob se pavoneó por el escenario y, en cuanto empezó a desabrocharse la camisa, las ofertas subieron hasta los cuarenta mil.

—Hay por aquí unas cuantas tipas muy ricas y muy salidas —le comenté a Rachel mientras le sacaba una foto a Jake y se la enviaba a Gin.

Mi amiga me respondió inmediatamente:

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

Te odio. Que corran esas fotos. Aunque lo que me gustaría en realidad es que se corrieran esos tiarrones... entre mis piernas.

Me eché a reír y le enseñé el mensaje a Rachel. Ella sacudió la cabeza.

—No me puedo creer que tengas a tu amiga en el móvil como «Zorrón-come-conejos».

—¿Por qué no? Es divertido.

Rachel se encogió de hombros.

—Si tú lo dices...

El siguiente miembro del equipo, que jugaba de jardinero, obtuvo veinte mil dólares. Luego salió el jardinero izquierdo. Había una mujer junto al escenario que prácticamente babeaba contemplando su piel de chocolate; era como el color del chocolate sin leche. Obtuvo cincuenta mil dólares. La mujer no pensaba dejarlo escapar: había abierto la puja con veinticinco mil.

Le di un codazo a Rachel, saqué una foto de esa belleza de ébano y se la envié a Gin.

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

Jooodeeer. A ese culito de chocolate le daría yo un buen mordisco. Me pregunto si se derretiría en mi boca y no en mi mano...

Estaba un poco achispada por las copas que me había tomado. Las palabras de Gin me hicieron perder el control y me eché a reír a carcajadas, que no eran nada elegantes y que me hicieron perderme la foto del siguiente jugador. No le dije nada a Gin. Se habría enfadado como una mona.

—¿Qué me dices, Rachel? ¿No crees que deberíamos unirnos a la puja, para hacer subir las ofertas?

—Podemos, aunque ya están bastante animadas. Si no me he descontado, han salido ya ocho chicos y hemos conseguido trescientos mil dólares. Los dos últimos han conseguido cincuenta mil cada uno.

El siguiente en salir fue Junior. Kris, su preciosa novia, se acercó a mí saltando.

—¡Junior me ha dado permiso para que lo compre! —gritó entusiasmada.

Esto iba a ser divertido. Había un montón de mujeres en la sala con ganas de llevarse un trozo de Junior González. Ese hombre era delicioso. Y esa noche no era una excepción.

—Con permiso, Kris —dije levantando el móvil para hacerle una foto cuando su brillante tableta de chocolate quedó a la vista. El lazo rosa resaltaba sobre la piel oscura, creando un contraste que me dejó la boca seca.

—¡Yo, yo, aquí! —gritó Kristine—. ¡Quiero comprarlo! ¡Me lanzo en sus brazos. Quiero que me atrape como a una pelota! —siguió gritando, y yo tomé otra foto.

Bueno, para ser sincera, hice varias: de frente, de perfil y una de su culito prieto. Cuando apretó las nalgas, todas las mujeres presentes empezaron a gritar. Le envié las fotos a Ginelle y el sonido del mensaje entrante se mezcló con los gritos de las asistentes.

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

¡Oh, Dios mío, Junior! ¡Te quiero, Junior! ¡Díselo!

Mientras aún estaba leyendo el primer mensaje, me entró el siguiente:

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

¡Menudo CULO! Que Dios se apiade de mi alma pecadora. Dejaría que ese hombre me atrapara, me lanzara, me bateara y cubriera todas mis bases siempre y cuando lo hiciera desnudo y luego me follara hasta hacerme perder el sentido.

Las asistentes se volvieron locas con Junior. Cada vez que una pujaba, Kris ponía morritos. Al final, estaba como una moto. Empezó a gritarle al subastador y a

fulminar con la mirada a todas las que se atrevían a aumentar las ofertas.

—¡Cien mil dólares! —gritó en un momento dado.

Casi me caí de culo, pero Rachel me agarró en el último instante.

—¡Kristine! ¿Tienes permiso para gastarte tanto dinero? —le pregunté, preocupada por si Junior se enfadaba luego con ella.

Pero la chica asintió, sin dejar de menear la pala de apuestas con garbo. Era divertidísimo, digno de ver. Luego se volvió hacia mí.

—Él quería hacer una donación a la causa. Así consigo que nadie se lleve a mi hombre y él logra donar dinero en honor de la madre de Mace. Le apetece mucho. Ya sabes que para él Mace es un hermano nacido de otra madre. Siempre lo dice.

La cara de Kristine se iluminó, y se echó a saltar y a bailar cuando el subastador anunció:

—¡Adjudicado a la rubia menuda por cien mil dólares!

En vez de volver a su sitio, Junior saltó del escenario con la mirada fija en su presa, abrazó a su chica y le plantó un beso en los morros.

—¡Has estado genial, cariño! —exclamó haciéndola girar como si no pesara nada.

Ella se pavoneó y le llenó la cara de besos. Esos dos estaban hechos el uno para el otro. Sí, ya sé que normalmente un macho hispano religioso y chapado a la antigua preferiría estar con una mujer latina, pero el caso es que las cosas les funcionan. Me encantaría poder presenciar la primera vez que él la llevara a casa de su madre. Me estremecí al pensar en ello, pero al ver lo mucho que se querían estaba segura de que a él debían de importarles una mierda las viejas costumbres. Tenía a su duendecilla, lo demás daba igual.

Uno tras otro, todos fueron siendo subastados. Se habían alcanzado cifras que ascendían hasta los ciento cincuenta mil dólares. Entonces llegó el turno de Mace, que se había colocado el último de la fila.

—Y al fin llega el turno del hombre que estaban esperando: ¡Mason Murphy! Es capaz de lanzar una pelota a ciento sesenta kilómetros por hora. Ha estado en la lista de los hombres más sexis del planeta, y esta noche está aquí, al alcance de sus manos. La apuesta arranca con cincuenta mil dólares —anunció el subastador, y la sala se llenó de palas levantadas que crearon un auténtico mar de color rosa—. Ya veo que no es una oferta lo bastante alta. ¡Subámosla a cien mil!

Al menos, diez palas siguieron en alto. Cuando la oferta había ascendido a doscientos cincuenta mil, sólo una pala se mantenía levantada.

—¿He oído doscientos cincuenta mil dólares? A la una, a las dos..., adjudicado a la dama del vestido de satén rosa.

Al volverme hacia la izquierda, vi que, efectivamente, la pala que quedaba en alto pertenecía a Rachel. Mason le guiñó un ojo al público y, siguiendo el ejemplo de Junior, saltó del escenario, se acercó a ella y la abrazó.

—¿Acabas de comprarme por un cuarto de millón de dólares? —preguntó, tan asombrado como yo misma.

—La empresa me dijo cuál era el tope. Estás a punto de firmar varios contratos millonarios, imagen de marca, anuncios... Las comisiones que cobraremos por cada uno de esos contratos son muy elevadas. Nos lo podemos permitir. Queremos tener al cliente satisfecho —añadió con coquetería, y sus labios brillaron bajo la luz del escenario, volviéndolos irresistibles.

¿Se podían permitir hacer una donación de un cuarto de millón de dólares para tener satisfecho al cliente?! ¡Joder, me había equivocado de carrera!

—No sé qué decir —admitió Mason mirándola con cariño.

—Podrías probar con «gracias». Sería un buen comienzo —replicó ella alzando una ceja. Por primera vez vi a la dulce e inocente Rachel sonreír con ironía. Me encantó.

Él le cogió el rostro entre las manos, pero los fotógrafos comenzaron a disparar sus cámaras. Esto no favorecería a su imagen. En vez de besarla, la abrazó con fuerza, le dio las gracias al oído, se acercó a mí y me acarició el pelo. En ese instante, las cámaras se volvieron locas.

—Rachel, aún no hemos acabado —le dijo después—. Quiero quedarme a solas contigo cuando todo esto termine. No huyas de mí. Ven a mi habitación al final del acto para que podamos hablar. Júrame que vendrás.

—Iré —le aseguró ella.

Luego Mason me dio un beso en la mejilla y se alejó para saludar a todos los donantes del acto.

Los invitados siguieron bailando y participando de la fiesta. En un momento de la noche, la voz de Mason se abrió paso entre las conversaciones y las luces aumentaron de intensidad, señalando que el evento llegaba a su fin. Pasaba ya de la medianoche y los pies me estaban matando. Necesitaba un baño caliente, y sabía que lo encontraría en mi suite. Mace había reservado una suite doble en el propio hotel para no tener que volver a su casa, que estaba a media hora de distancia. Estábamos en una de las suites del ático del lujoso hotel, igual que la mayoría de los jugadores y de las *wags*.

Mason se aclaró la garganta y el sonido resonó con fuerza a través del micrófono.

—¿Me pueden conceder un momento de atención, por favor? —pidió, y la multitud se fue acercando lentamente al escenario. El hermoso rostro del lanzador quedó iluminado por un foco—. Sólo quería darles las gracias a todos por haber venido esta noche y por apoyar a la Asociación de Lucha contra el Cáncer de Mama, en concreto, a su central de Boston. Hace diez años, mi padre perdió a su esposa, y mis tres hermanos y yo perdimos a nuestra madre. Sólo tenía treinta y cinco años. No ha pasado ni un solo día sin que la echemos de menos. El cáncer la atacó con violencia y se la llevó enseguida. Ni siquiera llegó a hacerse una mamografía porque no había cumplido los cuarenta años. En ningún momento sus antecedentes familiares le hicieron pensar que podía pasarle a ella. Pero el caso es que le pasó. Espero y

deseo que no sigamos perdiendo a las mujeres que adoramos por culpa de esta devastadora enfermedad.

El aplauso que siguió a sus palabras fue ensordecedor. Mason levantó la mano para pedirles silencio a los presentes y seguir hablando.

—Aunque la gala de esta noche se ha celebrado para honrar la memoria de mi madre, Eleanor Murphy, en realidad el objetivo es salvar a las mujeres que puedan desarrollar la enfermedad en el futuro. Por eso es un placer dar la bienvenida al presidente de la Asociación de Lucha contra el Cáncer de Mama de Boston, que recibirá el cheque por la cantidad recaudada gracias a sus donaciones de hoy.

Al bajar la vista hacia el cheque que acababan de darle, los ojos de Mason empezaron a brillar y, sin poder contenerse, una lágrima le rodó por la mejilla. Se la secó con el dedo.

—Creo que me ha entrado algo en el ojo.

La multitud, emocionada, se echó a reír, y yo con ellos.

Mason sacudió la cabeza con las manos temblorosas. Ver a un tipo tan duro como él abrumado por las emociones contagió a los presentes, que se sintieron invadidos por una mezcla de tristeza y de felicidad muy intensa. Mick Murphy subió al escenario, le dio una palmada en el hombro a su hijo y se lo apretó varias veces. Cómo me habría gustado haber podido contar alguna vez con mi padre, a mi lado, apoyándome en un momento tan especial. Cuando se recuperó lo suficiente, Mace volvió a hablar.

—Con enorme placer y gratitud, le hago entrega de este cheque por valor de un millón doscientos setenta mil dólares. —Mason dio el cheque y la multitud se arrancó en gritos y aplausos tan fuertes que parecía que la sala iba a venirse abajo.

Sentí escalofríos. Habíamos recaudado casi un millón trescientos mil dólares en una sola noche. El presidente de la asociación aceptó el talón con lágrimas en los ojos, aunque él no trató de ocultarlas.

A través del micrófono, el hombre dijo:

—Hijo, yo perdí a mi mujer hace unos años. Se habría sentido muy orgullosa de oírte. Mi hija sigue viva gracias a iniciativas como ésta y a la prueba que se hizo con veinte años. Ni te imaginas lo mucho que te agradezco que hayas llamado la atención sobre esta enfermedad. Gracias a este dinero, ayudaremos a muchas mujeres en Boston, pero gracias a tu fama, llamaremos la atención de muchas más mujeres en todo el mundo. —Luego dio un paso atrás y añadió—: Quiero extender mi agradecimiento a todo el equipo de los Red Sox. Gracias a todos. —Se volvió hacia los invitados—. Y a todos los que habéis participado y donado, os aseguro que le daremos un buen fin a ese dinero inmediatamente. —Se secó las lágrimas de los ojos.

Hay algo en ver a hombres hechos y derechos llorando que nos convierte a las mujeres en bobas lloronas. Todas las mujeres a mi alrededor estaban sorbiendo por la nariz y secándose los ojos con sus pañuelos, y yo no me quedé atrás.

Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Ya en la habitación, salí del agua tibia de la bañera, adormilada. Hacía ya rato que las burbujas habían desaparecido; me había acabado el champán, había comido mi peso en fresas cubiertas de chocolate y no tenía ganas de irme a dormir. Me puse el albornoz para ir a darle las buenas noches a Mason. En la fiesta, había estado muy ocupado con sus hermanos, así que le dije que ya hablaríamos en la habitación o al día siguiente, durante el desayuno. Me dio un besito en los labios para las cámaras que esperaban ansiosas, me cogió de las manos y me dio las gracias por todo. Subí con otra de las *wagsen* el ascensor, y dejamos que los hombres acabaran de estrechar lazos. Estaba impresionada por lo bien que había salido todo. Habíamos reunido una impresionante cantidad de dinero; la imagen de Mason había mejorado una barbaridad, y tanto el equipo de los Red Sox como un montón de ricachones más habían obtenido una importante desgravación fiscal. Y, para acabar de redondearlo todo, habíamos honrado la memoria de la madre de Mason y conseguido que un montón de mujeres pudieran hacerse mamografías antes de los cuarenta años, con lo que probablemente se salvarían vidas.

Me sentía como una madre Teresa del siglo XXI, pero vestida para matar con zapatos de tacón, falda de tubo y chaqueta de cuero. Me aguanté la risa y entré medio borracha en el salón de la suite. Estaba vacío, pero el traje de Mason se hallaba tirado sobre el sofá, por lo que supe que había vuelto. Me dirigí a su dormitorio de puntillas y vi que salía luz por la rendija de la puerta entreabierta.

Al acercarme, empecé a oír voces. A mi mente le costó darse cuenta de lo que estaba oyendo hasta que lo tuve delante de los ojos. A través del resquicio vi dos cuerpos. Mason estaba encima de la mujer, penetrándola por detrás.

—Joder, sí, qué prieta estás —dijo él.

Me quedé observando, incapaz de apartar la mirada, mientras él le acariciaba la espalda con una mano hasta llegar a la nuca. Cuando le apartó la rubia melena de la cara, me di cuenta de quién era. Era Rachel, la dulce y profesional Rachel, que empujaba su culito hacia Mason mientras él la penetraba una y otra vez. La sujetó por el hombro y embistió con fuerza.

—¡Mía...! ¡Ahora eres mía, Rach! Voy a hundirme en tu coño cada día del resto de mi vida —exclamó.

Ella gritó:

—¡Sí, Dios, sí...! ¡Mace, me encanta! ¡Voy a..., voy a...! ¡Oh, Dios mío...!

—Eso es, nena —dijo él, levantándola un poco de la cama para pasarle las manos bajo los pechos y retorcerle ambos pezones a la vez. Los pechos de Rachel no eran muy grandes pero, al parecer, para Mason tenían la medida perfecta y pensaba disfrutar de ellos sin complejos.

Sabía que tenía que irme de allí. No debería estar allí mirando, pero es que era una imagen tan hermosa... A diferencia del espectáculo decadente que había visto la

última vez que me había encontrado a Mason en la cama, esto era realmente bonito. Era como contemplar una obra de arte que estuviera captando un acto de amor.

Mason retorció los pequeños pezones de Rachel hasta que se contrajeron. Yo me mordí el labio inferior y apreté las piernas. Mi sexo estaba húmedo y dolorido, y necesitaba que alguien se ocupara de él. Pero no lo hice. Me pareció que masturbarme mientras los observaba sería ir demasiado lejos.

Justo cuando empezaba a retirarme de espaldas para dejarles intimidad, la mano de Mason se deslizó entre las piernas de Rachel, que tenía el vello rubio depilado hasta formar una línea. Con dos dedos, le acarició el clítoris formando círculos, y ella arqueó la espalda mientras él seguía embistiéndola. Ambos empezaron a gritar a la vez cuando el orgasmo se apoderó de ellos. Era algo erótico, sensual, algo que deseaba fervientemente para mí. Pero no sabía cuándo ni con quién lo encontraría. Durante unas semanas creí que lo había encontrado, pero ahora volvía a estar en la casilla de salida, completamente sola. Podía salir con quien quisiera, igual que Wes.

Wes. Sólo pensar en su nombre ya me humedecía de nuevo entre las piernas.

Volví enseguida a mi habitación, cerré la puerta y me eché sobre la cama. No quería hacer lo que hice a continuación, pero no pude evitarlo. Cogí el móvil, busqué las fotos que había hecho de Wes y de Alec y contemplé su desnuda belleza. Y luego me toqué. No aguanté ni treinta segundos. Comencé a chillar y me tapé la boca con el antebrazo, mordiéndome el alboroz y la carne mientras los temblores me sacudían.

Fue agradable mientras duró pero, más tarde, cuando me quedé a solas en el silencio de la habitación, la sensación que se impuso a todas las demás fue una abrumadora soledad. Por primera vez en mi vida estaba sola, completamente sola.

Tras la gala benéfica, a Mason empezaron a salirle patrocinadores de debajo de las piedras. Resulta que, cuando un joven jugador profesional se vuelve un filántropo, todas las empresas relacionadas con el deporte de una manera o de otra se lo rifan.

Rachel estaba muy ocupada con todo el trabajo previo de filtro y preselección de las empresas que lo querían para que protagonizara sus campañas y anuncios. Yo seguí desempeñando el papel de novia guapa y entregada mientras me atiborraba de cerveza y veía partidos de béisbol gratis. Era alucinante. Habían pasado tres semanas y ya empezaba a lamentar que pronto tendría que renunciar a la buena vida. Sí, ya sabía que, cuando me fuera, iría a parar a casa de otro millonario, así que seguro que no me faltaría de nada, pero no sería lo mismo. Una vez que resolvimos nuestras diferencias iniciales —o, lo que es lo mismo, cuando conseguí que dejara de comportarse como un capullo—, la vida con Mason se convirtió en algo muy fácil y agradable. Era divertido y le gustaba disfrutar de los placeres de la vida. Por primera vez en bastante tiempo, me sentí joven y despreocupada. No tenía que hacer nada, sólo ser yo misma. A Mason le gustaba tal como era. De hecho, pronto nos convertimos en buenos amigos. Parecía que nos conociéramos de toda la vida, aunque sólo hubieran pasado tres semanas. Encajamos perfectamente.

Rachel venía a menudo a su casa. Cuando estaban juntos, eran monísimos. Ella seguía mostrándose tímida, y él iba de culo para complacerla en todo. Me pregunté cómo les irían las cosas cuando yo me marchara. Quiero decir que las fans y el público en general se habían acostumbrado a verme como la novia entregada, una seguidora devota de los Red Sox y la mujer que lo había ayudado a montar un evento benéfico de los que marcaban época.

—Oye, Mace, ¿no crees que deberíamos preparar una ruptura pública? —le pregunté una mañana mientras revolvía unos huevos en la sartén.

Me tocaba a mí preparar el desayuno, y Mason consumía una cantidad alucinante de proteínas. Por eso estaba preparando una docena de huevos para nosotros dos, diez de los cuales se zamparía él, acompañados de beicon y un poco de fruta.

Mace robó un trozo de beicon del plato que tenía junto a la cocina para que se mantuviera caliente y lo mordisqueó pensativo.

—No lo sé. Deberíamos preguntárselo a Rach. Creo que lo mejor sería que ella y yo mantuviéramos nuestra relación en secreto durante unas semanas para que el público no crea que voy saltando de chica en chica, ¿no te parece?

Asentí, cogí el queso rallado y eché un poco sobre los huevos revueltos antes de añadir sal y pimienta.

—Tiene sentido. ¿Cómo os van las cosas, por cierto? —pregunté, aunque en realidad no necesitaba que me lo confirmara, porque sus gritos se oían a kilómetros a la redonda. No habría estado mal que bajaran un poco el volumen. Llevaba toda la semana en un estado de excitación permanente sólo de oírlos al otro lado de la pared.

Él robó otro trozo de beicon y se apoyó en la encimera mientras yo servía el desayuno: dos huevos y dos trozos de beicon para mí; diez huevos y cuatro trozos de beicon para él. Coloqué los platos en la barra de la cocina, donde solíamos desayunar. A ninguno de los dos nos gustaba hacerlo en el comedor; era demasiado formal.

—Van bien —respondió sonriendo—. Nunca me imaginé que esa ropa tan formal escondiera a una tigresa tan apasionada, pero te aseguro que no tengo ninguna queja.

Estuve a punto de atragantarme con los huevos. Mason me dio varias palmadas en la espalda.

—¿Una tigresa? ¿En serio?

Él asintió, y su sonrisa se hizo tan amplia que me enseñó todos los dientes.

—Los mejores polvos de mi vida.

Eso le hizo ganarse un puñetazo en el brazo. Mason se lo frotó.

—Pégame si quieres, pero es la verdad. Es dulce y formal cuando va vestida con esos trajes, pero en cuanto se los quito..., joder, Mia..., esa rubita me pone del revés.

Esta vez le devolví la sonrisa.

—Me alegro mucho, Mace. ¿Crees que llegaréis a algo? —le pregunté, tratando de controlarme para no mostrar un entusiasmo exagerado.

Él asintió y me dio un codazo.

—Esto es serio. No puedo imaginarme que otro hombre le ponga las manos encima. —Se estremeció y gruñó—. Me vuelvo loco sólo de pensarlo. Y digo yo que, si imaginármela con otro hombre hace que sienta ganas de atravesar la pared de un puñetazo, eso querrá decir algo, ¿no?

—Sí —repliqué sin dudar.

—Pues creo que lo hablaré con ella mañana por la noche, cuando lleguemos a Seattle.

¿Seattle? ¿Íbamos a ir a Seattle? Alguien a quien quería mucho vivía en esa ciudad.

—¿Vamos a Seattle?

—Sí, el avión sale mañana a primera hora. Estaremos allí un par de días. Jugaremos tres partidos seguidos, algo rápido. Ya puedes empezar a preparar tus cosas, bomboncito. —Mason dejó su plato limpio con tanta rapidez que pareció que había aspirado el contenido en vez de comérselo.

Me pasé la lengua por los labios y se me ocurrió la manera de librarme un poco de la soledad que me había abrumado durante la última semana.

—Yo, eh..., tengo un amigo en Seattle. Mientras Rachel y tú os dedicáis... a vuestras cosas, ¿te importa si lo invito?

Mason abrió mucho los ojos y sonrió.

—¿Tienes un amigo?

Yo lo miré, entornando los ojos.

—Pues claro. ¿No los tiene todo el mundo?

—¿Qué tipo de amigo? —insistió él, divirtiéndose a mi costa—. ¿Con derechos?

—¿Importa eso? —repliqué poniendo los brazos en jarras. No era de su incumbencia, y no me apetecía entrar en detalles.

Él negó con la cabeza.

—No, te estaba tomando el pelo. No me importa a quién te folles, siempre y cuando la prensa no se entere de que mi falsa novia me está poniendo los cuernos — añadió guiñándome el ojo.

Yo le sonreí, meneando las cejas.

—Seré muy discreta.

Mason se pasó la lengua por los labios y sonrió con ironía.

—Estoy seguro de ello.

El partido se atrasó por culpa de la lluvia. Cuando aterrizamos y nos dirigimos al estadio, el agua caía con tanta fuerza que parecía una cortina. Los árbitros habían decidido posponer el encuentro, pero a los fans no parecía importarles. Los seguidores de los Mariners eran muy entregados, y probablemente estaban acostumbrados a la lluvia. El retraso me permitió enviarle un mensaje a cierto francés muy sexi al que echaba de menos.

De: Mia Saunders

Para: Alec Dubois

Hola, franchute... He venido a pasar un par de días a tu ciudad. ¿Estás libre esta noche?

No me podía creer que estuviera haciendo eso. No había hablado con Alec desde que me había despedido de él hacía casi dos meses. Una hora más tarde me llegó su respuesta:

De: Alec Dubois

Para: Mia Saunders

Ma jolie, me reuniré contigo donde me digas, cuando me digas. ¿Se supone que esto es lo que los americanos llamáis un «polvo seguro»?

Me entró la risa floja al imaginarme a Alec pronunciando las palabras «polvo seguro» con su acento francés. Me abracé al teléfono, sintiéndome ya más alegre y menos sola.

De: Mia Saunders

Para: Alec Dubois

¿Estás interesado?

De: Alec Dubois

Para: Mia Saunders

¿Lo dudas? Ponte poca ropa. Quiero ver *ta peau parfaite* en cuanto abras la puerta.

«Mi piel perfecta.» Quería ver mi piel perfecta. Ese hombre sabía cómo mostrarme que adoraba mi cuerpo. Recordé cómo me acariciaba con un dedo, empezando en la cadera, subiendo por la cintura y desviándose luego entre mis pechos. Me susurraba preciosas palabras de amor en francés mientras me tocaba. Alec me hacía creer que era hermosa. A todos los niveles.

Inmediatamente me subió la temperatura y el deseo se arremolinó en mis venas mientras la excitación al saber que iba a ver a Alec me salía por todos los poros, poniéndome la carne de gallina y acariciándome con su esencia.

Esa noche iba a ver a mi francés. ¡Me moría de ganas!

Abrí la puerta y allí estaba. Alec Dubois, mi franchute. Sin darme la oportunidad de decir siquiera «hola», me agarró por la cintura y me abrazó, levantándome del suelo. Un instante más tarde nos besamos mientras le rodeaba la cintura con las piernas. Él se volvió, cerró la puerta y me empotró contra ella, profundizando en el beso. La parte más dura de su cuerpo se frotó contra la parte del mío que más la deseaba. Gemí, abriendo más la boca. Él aprovechó la invitación para entrar y acariciar mi lengua con la suya.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos los besos de Alec. Cuando besaba, lo hacía con total entrega. En sus besos había pasión, deseo, elegancia. Había tanta elegancia y tanta belleza que me costaba respirar. Alec rompió el beso y apoyó la frente en la mía.

—*Ma jolie*, echaba de menos tu amor —susurró con los labios pegados a los míos.

Sentí lágrimas en los ojos y busqué su mirada. Sus ojos dorados con motas marrones brillaban a la luz de la habitación. Le mordisqueé los labios y le acaricié el cuello con la nariz.

—Yo también te he echado de menos, Alec. No sabía cuánto hasta que te he visto delante de mí.

Me sujetó el cuello con ambas manos, hundiendo los dedos en mi pelo y acariciándome la barbilla y los labios con los pulgares. Parecía estar estudiando mis rasgos del modo en que sólo un artista puede hacerlo, fijando totalmente la atención en los pequeños detalles.

—Has estado triste, *chérie*. ¿Por qué?

Yo negué con la cabeza, ya que no quería hablar de ello.

—Luego. Pero primero, ¿tienes hambre? ¿Te apetece algo?

Alec apretó su erección firmemente contra mi sexo. Espirales de excitación nacieron en mi vientre y se extendieron por brazos y piernas. Apreté los muslos, acercándolo más a mí. Sus ojos brillaron con una intensidad que había echado de menos, ya que reflejaban la necesidad de un hombre que desea con desesperación a su mujer.

—Sí, tengo hambre. Quiero probar tu dulce sexo, *ma jolie*.

Por fin. Ya echaba de menos a mi obsceno francés.

Sin decir nada más, me llevó al dormitorio y cerró la puerta de una patada. Apoyó una rodilla en la cama y me depositó sobre ella como si fuera uno de sus valiosos cuadros.

—Desnúdate —me ordenó—. Quiero ver cómo dejas tu luz al descubierto.

Su modo de hablar y el fuego de su mirada me hicieron arder de lujuria. Sin ninguna delicadeza, me puse de rodillas en la cama y me quité el diminuto vestido por encima de la cabeza. No llevaba nada debajo. Sabía que no le gustaban las barreras entre nosotros.

—*Vous êtes devenue plus belle*—dijo Alec en francés, y las palabras se deslizaron sobre mi piel como una caricia delicada como una pluma e igualmente estimulante.

Aunque mi francés estaba bastante oxidado, entendí que me decía que estaba todavía más guapa que la última vez que nos habíamos visto.

Negué con la cabeza.

—Sólo a tus ojos.

Él me acarició la mejilla.

—No, eres tú la que no te ves como te vemos el resto del mundo.

Me eché a reír.

—Tú no eres el resto del mundo, *franchute*.

Alec me tocó los labios con el pulgar y yo aproveché para succionárselo y acariciarlo con la lengua. Su mirada ambarina se oscureció.

—Oh, *chérie*, ¿ya has olvidado lo que aprendiste a mi lado? —susurró mientras se quitaba la camiseta y dejaba a la vista esos pectorales cuadrados en los que me gustaba hundir los dientes, así como esa tableta de chocolate que me moría de ganas de acariciar.

—No he olvidado lo mucho que me gusta tu cuerpo —repliqué, cerrando los puños, mientras mi respiración se aceleraba y sentía los pechos cada vez más pesados y sensibles.

Alec alzó las dos manos y los sopesó, apretándolos y moldeándolos como si quisiera volver a familiarizarse con mi cuerpo. Gemí cuando me pasó los pulgares por los turgentes pezones. Inhaló profundamente, con la nariz pegada a mi cuello, como si quisiera absorber mi aroma.

Cerré los ojos, gemí y eché la cabeza hacia atrás, ofreciéndome a él. Sentí cómo las puntas de mi melena me acariciaban las nalgas.

—Me encanta cómo me tocas.

Noté humedad en el pecho derecho, seguida de sus dientes mordisqueándome la piel. Una punzada de deseo nació del lugar donde él me succionaba, me atravesó el torso de arriba abajo y se me instaló entre los muslos. El clítoris me latía de manera dolorosa, listo para cuando él me tocara allí. Y estaba segura de que lo haría. Conocía a Alec Dubois y sabía que adoraba sentir el sabor de mi sexo en su lengua.

El francés se dio un banquete con mis pechos, succionándolos, tironeándolos, masajeándolos y mordisqueando las puntas hasta que estuvieron como fresas rojas, maduras. Hice girar las caderas en el aire mientras buscaba algo, cualquier cosa que me ayudara a aliviarme el dolor.

—Alec... —suplicué, y él sonrió sin despegar la boca del pezón y lo succionó por última vez antes de separarse.

Cuando abrí los ojos, supe lo que él acababa de ver: una mujer lista para ser follada. Sólo que Alec no follaba; él hacía el amor, y nunca dejaba que me olvidara de eso.

Se llevó las manos a la cintura, se desabrochó los vaqueros y se los bajó, dejando al descubierto sus muslos bien torneados. Cuando su gruesa polla saltó liberándose, vi que la punta estaba húmeda. Me incliné hacia adelante y lamí la gota de humedad, gruñendo al recordar el sabor familiar.

—*Oui, mon amour*—me dijo—, ocúpate de mí primero para que luego pueda ocuparme yo de ti con calma.

Estaba a cuatro patas sobre la cama cuando él me sujetó del pelo y echó las caderas hacia adelante, metiéndomela en la boca. Yo lo acepté y me la introdujo hasta la garganta, tal como le gustaba.

—*Si bon...*—dijo.

«Qué bueno.» Y no exageraba. Era deliciosamente bueno. Me gustaba todo: su sabor, su olor. Todo me recordaba los buenos ratos que habíamos pasado juntos; me hacía pensar en sexo de calidad, risas, amor y amistad. Todas las cosas que necesitaba en mi vida en ese momento. Con Alec ya no me sentía sola.

Redoblé mis esfuerzos, succionando profundamente y adorando la punta, chupando cada gota de líquido preseminal como si fuera un gatito que diera pequeños lametones a un plato de nata. Él me observó mientras yo me lo metía en la boca una y otra vez. Cuando miré hacia arriba buscando sus ojos, vi que tenía las ventanas de la nariz muy abiertas y los ojos entornados. Su boca formaba una línea recta, pero fue torciéndose a medida que se acercaba al orgasmo. Acepté todo lo que él me daba, disfrutando de cada segundo. Luego, como siempre, sin avisar, se clavó en mi boca y la llenó hasta los bordes con su esencia. Su semen se deslizó garganta abajo en cálidas ráfagas. Me las tragué respetuosamente, succionándolo hasta no dejar ni una gota en su interior. A continuación, me agarró con fuerza por el pelo y me apartó de él.

—*Oh, ma jolie*, ahora voy a demostrarte cómo amarte a ti misma y amar a los demás. Voy a hacerte el amor toda la noche. Esto, mi preciosa Mia, ha sido un comienzo perfecto.

Acabábamos de salir de la ducha tras dos polvos espectaculares.

—Gracias por venir —le dije acurrucada contra su pecho desnudo.

Alec me acarició el brazo y el hombro creando dibujos que no era capaz de clasificar. Tampoco lo intentaba.

Me acarició la coronilla con la barbilla.

—¿Por qué estás tan sola si alguien ha pagado tanto dinero para estar contigo? — me preguntó con curiosidad, aunque no había ni rastro de crítica en sus palabras.

Yo me arrebujé más aún entre sus brazos, le lamí un pezón y luego se lo besé cariñosamente.

—No me acuesto con todos mis clientes, Alec.

Él apretó el abrazo.

—*Vraiment?*—preguntó. «¿De verdad?»

Su escepticismo me hizo reír.

—De verdad —respondí.

—Pues no lo entiendo. ¿Por qué, si te pagan para estar con ellos, no quieren estar contigo de la manera más hermosa posible?

Me reí de nuevo contra su piel cálida. Lógico que él no lo entendiera.

—Ya sabes que podría no haberme acostado contigo...

Él entornó la vista, como si buscara las palabras adecuadas para expresar lo que quería decir.

—*Chérie*, tú y yo estábamos destinados a amarnos. No tuvimos elección. Lo sabes, ¿no?

—*Oui*, pero no me pasa lo mismo con todo el mundo, Alec. No me pagan para follar.

—Yo no follo —insistió con un gruñido ronco que conocía muy bien.

Levanté la cabeza, apoyé los brazos en su pecho y la barbilla en las manos.

—Lo sé muy bien, y es una de las cosas que más me gustan de ti. —Alec me recorrió la espalda con la punta de los dedos, como si estuviera dibujando alguna cosa. Tal vez lo hacía. Al fin y al cabo, era un artista—. Me enseñaste a amar a cualquier persona con la que estuviera, pero eso no implica que tenga que acostarme con todos los hombres con los que esté.

Él frunció el ceño y me miró como si mis palabras lo ofendieran.

—¿Por qué no? Todo el mundo necesita liberar tensiones, conectar físicamente... Hacer el amor es la mejor forma de hacerlo.

Ya, sí..., normal que mi franchute lo viera así.

—Bueno, por ejemplo, el cliente que vino después de ti era gay —repliqué encogiéndome de hombros.

—Pues podrías haber hecho el amor con él y con su pareja a la vez.

Me colocó sobre él, bajó las manos hasta mis caderas y me separó las piernas hasta que quedé montándolo. Se estaba endureciendo bajo mi cuerpo. Alec era, con diferencia, el hombre más viril con el que había estado. Cuando me había dicho que iba a hacerme el amor toda la noche, no dudé de que me quedaría dormida antes de que él se cansara de amarme.

Tracé una línea con la lengua uniendo sus pezones. Al llegar al segundo, lo succioné hasta que se endureció.

—Eso habría sido una auténtica experiencia, pero no se dio el caso —repuse.

—Nunca lo entenderé. Sigue con lo que estabas haciendo.

Ladeé la cabeza y, con un dedo, le reseguí la barba y el bigote. Sus rizos castaño claro se habían secado ya. Tenía el pelo ondulado y tremendamente sexi. Su belleza era muy masculina.

—El tipo con el que estoy ahora es jugador de béisbol. La primera vez que lo vi pensé que me gustaría acostarme con él, pero está enamorado de otra mujer.

—Ah, y a esa otra mujer no le gusta compartir. Pues ya me dirás para qué te necesita —me preguntó.

Sin embargo, me costó centrarme en sus palabras porque en ese momento decidí clavarme hasta el fondo un dedo en la vagina desde atrás. Me folló plácidamente con un dedo hasta que estuve lo bastante húmeda para acoger otro.

—¿Qué estabas diciendo? —me preguntó sonriendo, muy consciente del efecto que causaba en mí.

¡Qué cabrón..., pero era tan sexi!

—Eh..., sí, cuando nos conocimos se comportó como un auténtico capullo, pero luego yo lo ayudé a..., oh, Dios mío... —Dejé caer la cabeza y empujé, dejando que sus dedos alcanzaran el lugar perfecto—. Lo ayudé a conseguir a la chica que él quería.

Alec chasqueó la lengua.

—Lo siento por él, pero más Mia para mí —dijo justo antes de empujar con fuerza con sus gruesos dedos.

Me retorcí sobre ellos gimiendo y jadeando. Las sensaciones eran tan intensas que me estaba rompiendo en pedazos por dentro. Me dejé caer sobre su pecho y lo lamí y lo mordisqueé al tiempo que él me llevaba al orgasmo con los dedos. Mientras aún gritaba, me dio la vuelta, me tumbó sobre la cama y trazó una línea de besos en el centro de mi cuerpo, bajando hacia mi sexo.

—Quiero probar tu crema en mi lengua, *ma jolie*. Necesito recordar tu sabor. Voy a comerte enterita. ¿Has acabado de contar historias?

¿Contar historias? Para él hablar era contar historias. Joder, ese hombre era adorable, además de un jodido pozo de talento.

Apoyándome en los talones, me elevé y me desplacé en dirección a su cara. Él jadeó y clavó la lengua tan profundamente como pudo en mi interior. Usó las manos para separarme los labios y me frotó el sexo con la boca, el bigote y la barba.

—Quiero impregnarme de tu aroma para poder olerlo mientras duerma. Así tendré bonitos sueños con mi preciosa y deliciosa Mia, *oui, ma jolie*?

—¡Joder, sí, claro que sí! —exclamé entre varios gemidos, y grité cuando chupó con más fuerza el gatillo que disparaba mis orgasmos, volviendo a situarme casi en la cresta de la ola.

Alec se tomó su tiempo. Succionó, me penetró otra vez con un dedo, me mordisqueó e incluso me hizo un chupetón en la parte interna del muslo. Una y otra vez, me llevó al borde del orgasmo, pero luego aflojaba el ritmo, hasta que estaba tan exhausta y desesperada por correrme que le rogaba y le suplicaba que acabara de una vez. Tenía el sexo tan húmedo que notaba cómo mis fluidos se deslizaban entre mis nalgas. Alec no los desaprovechó. Me acarició la zona con la lengua hasta alcanzar la diminuta escarapela que tanto le gustaba, abrió la boca bajo mi entrada y bebió. Succionó con tanta fuerza que se le ahuecaron las mejillas. Cuando arqueé la espalda, él me rozó el clítoris con los dientes, lo que hizo que saliera disparada a la estratosfera, sacudiéndome como una posea. Mientras me corría, él se puso un condón, me empaló en su grueso miembro y me penetró con más fuerza que nunca. Estábamos descontrolados, follando salvajemente, como si fuera a ser la última oportunidad que tuviéramos de hacerlo. De repente, se detuvo; me levantó las piernas y me penetró otra vez.

—Amo tu cuerpo.

»Amo tu sexo.

»Amo tu corazón.

»Amo tu alma.

»Te amo, Mia.

Aunque todas esas cosas me las dijo en francés.

Lo que compartimos esa noche fue muy caliente, apasionado, y una de las experiencias sexuales más intensas de mi vida. Ambos alcanzamos un nuevo orgasmo y, cuando vertió los restos de su semilla en mi interior, se desplomó sobre mí. Así unidos, nos quedamos dormidos, conectados física, mental y emocionalmente.

Me desperté en medio de un orgasmo. Tenía las piernas alrededor de la cabeza de Alec, que me estaba llevando al éxtasis con la lengua. Sin mediar palabra, ni siquiera un «buenos días», se puso un condón. Ya había perdido la cuenta de los que habíamos usado durante la noche. Luego se abrió camino lentamente a través de los tejidos hinchados de mi sexo sobreutilizado. A pesar de todo, seguía siendo delicioso. Mi pobre sexo se tensó y latió como si acabara de luchar un combate cuerpo a cuerpo y hubiera ganado. Esta vez, Alec me hizo el amor lentamente, con mucho mimo. Ambos sabíamos que era la última vez, sin embargo yo no quería pensar en ello. Él me había enseñado a tomarme las cosas de otra manera. Tras el encuentro por sorpresa con Wes y ahora con Alec, no pensaba volver a usar las palabras «nunca más» en relación con los hombres a los que amaba.

Cuando acabamos, él se vistió lenta y metódicamente.

—He disfrutado mucho de esta noche contigo, *ma jolie*. Si algún día vuelves por aquí o si necesitas que te recuerde que alguien te ama, llámame, *oui*?

Asentí, me levanté y me puse una bata de seda rosa mientras él se recogía el pelo en un moño desordenado. Dios, qué bien le sentaba el pelo recogido. Me puse de puntillas y le di un beso. Él me abrazó por la cintura y me apretó con fuerza mientras nos besábamos.

Cuando rompimos el beso, me dio otro en la punta de la nariz, como de propina.

—Por desgracia, tengo mucho trabajo; si no, me pasaría el día entero disfrutando de tu cuerpo. —Me sujetó las mejillas y me observó con detenimiento—. La tristeza no te sienta bien. ¿Estás triste por culpa de algún hombre?

Frunciendo los labios, recordé la fatídica llamada telefónica a Wes. Dios, ojalá no lo hubiera llamado por teléfono. Podría haberle enviado sencillamente un mensaje y ambos habríamos continuado con nuestras vidas tan contentos, sabiendo que los sentimientos del otro seguían vivos. Y, sin embargo, aquí estaba, haciendo lo mismo que él: perdiéndome en el cuerpo de otro hombre, perdiéndome en el sexo. Un sexo muy bueno, de esos que hacen que se te encojan los dedos de los pies y que te salga humo de la cabeza, pero seguía siendo sexo con un hombre que no era el que deseaba tener en mi cama.

—Sí, es por un hombre, pero ¿sabes una cosa? Tenerte aquí conmigo esta noche, poder ayudar a Mason a conseguir a su chica..., todas esas cosas me hacen pensar que todo forma parte de un proceso. Tengo que hacer este viaje. Este año será largo pero, si al final del camino el destino quiere que siga con ese hombre, seguiré.

Alec asintió y yo sonreí, porque la idea tenía sentido.

Él me apartó el pelo alborotado de la cara y me acarició la mejilla.

—*Ma jolie*, eres muy joven. Date un poco de tiempo para disfrutar de la vida y de sus placeres. —Apoyó su frente en la mía—. Incluidos los placeres de la carne, *oui*?

Entendí lo que quería decirme. Sus palabras reafirmaron la idea que se estaba

instalando en mi mente: que ese año tenía que centrarme en mí. No en mí como parte de una pareja. Tenía que salvar a mi padre pero, al mismo tiempo, encontrarme a mí misma. El viaje me llevaría a donde tuviera que llevarme. Alec tenía razón: era joven y no estaba comprometida. Wes tampoco lo estaba. No podía echarle en cara que quisiera sentirse conectado a alguien; que quisiera sentirse unido a otra persona aunque sólo fuera durante el breve tiempo en que se juntaban sus cuerpos. Yo había hecho lo mismo. Y, ¿sabéis qué? Me sentía mejor que nunca. Me sentía revitalizada, con fuerzas para afrontar lo que la vida quisiera darme.

—Eres increíble, franchute, ¿lo sabías?

Alec me dirigió esa sonrisa sexi que dejaba mujeres desmayadas a su paso, y juro que sentí su sonrisa en el clítoris.

—Yo ya lo sé, *chérie*. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso muy suave—. Eres tú la que tiene que recordar que eres un regalo del cielo a la humanidad.

Alec siempre sabía qué palabras usar para calmarme o animarme. Era como un mago que utilizaba su magia con mi espíritu.

Lo acompañé al salón de la mano. Habría sido demasiado pedir que Mason y Rachel estuvieran ya fuera, disfrutando del día. Aunque, si hubiera mirado por la ventana, me habría dado cuenta de que estaba lloviendo. Cortinas de agua golpeaban contra la puerta corredera de la terraza, lo que significaba que el entrenamiento se cancelaría o, al menos, se atrasaría.

Rachel y Mason estaban completamente vestidos, sentados en el comedor, y lo que tenían en los platos parecía ser la comida, no el desayuno.

Joder, ¿qué hora era?

Mason miró a Alec y luego a mí, que iba en bata, con el pelo hecho un desastre, probablemente con las mejillas sonrosadas por el último orgasmo. Vamos, que todo en mí gritaba: «¡Me acaban de follar!».

Mace sonrió y me preguntó:

—Hola, bomboncito; ¿has dormido bien?

Fue Alec quien respondió.

—Yo no llamaría *dormir* a lo que hemos hecho —dijo moviendo las cejas de forma seductora. Mi franchute era incorregible.

Rachel no dijo nada. Se había quedado boquiabierta, con el tenedor en el aire y una fresa esperando a ser comida.

—Eh..., éste es Alec —lo presenté—. Él es Mason y ella es su novia, Rachel.

Rachel bajó la mano con brusquedad y el tenedor resonó con fuerza contra el plato.

—Ah, ¿hola? —dijo. Era la primera vez que veía a la impecable profesional quedarse sin palabras, excepto cuando estaba cerca de cierto jugador de béisbol, sexi como un demonio.

Mason saludó alzando la barbilla. Yo le di la vuelta a Alec y lo empujé hacia la puerta. El lugar no era precisamente íntimo, pero a él nunca le había importado lo que

la gente pensara. En vez de salir afuera, me abrazó con fuerza agarrándome por el trasero y por la nuca y me aplastó contra su cuerpo mientras me devoraba la boca. Las lenguas, los dientes y los labios se enzarzaron en el más delicioso beso de despedida.

Cuando a ninguno de los dos nos quedaba aire, me soltó.

—*Je t'aime, Mia* —dijo con todo el amor que sabía que sentía por mí. Ocupaba un lugar en su corazón y siempre estaría allí. Eso me bastaba.

—Yo también te quiero, Alec.

Lo contemplé hasta que entró en el ascensor.

—Hasta la próxima, *ma jolie* —dijo mientras las puertas se cerraban.

Cerré la puerta y volví al comedor. Mason me ofreció la mitad de su sándwich. Me senté y entonces le di un bocado. De pronto, fui consciente de que estaba muerta de hambre.

Ninguno de los dos habló hasta que Mason se volvió hacia mí, con la silla y todo, y apoyó el codo en la mesa.

—¿Y bien?, ¿quieres a ese tipo? —preguntó señalando hacia la puerta con el pulgar por encima del hombro.

—Sí, pero no de la manera que te imaginas. No estoy enamorada de él, pero tenemos algo especial. Cuando estamos juntos, estamos juntos. Solos los dos. Aunque la mayor parte del tiempo cada uno va por su lado.

Rachel cerró los ojos y frunció los labios.

—No lo entiendo. Ha dicho que te ama. Y en francés. ¡Dios mío, eso ha sido muy sexi! —Al ver que Mason la atravesaba con una mirada posesiva, ahogó una exclamación—. ¡Lo siento! —Se metió un trozo de fruta en la boca y bajó la mirada.

Me eché un mechón de pelo hacia atrás, me senté sobre una pierna y, observando a mis dos nuevos amigos, llegué a la conclusión de que no tenía que ocultarles nada. Si realmente eran mis amigos, me aceptarían tal como era, con mis virtudes y mis defectos.

—Alec fue cliente mío. Nos... liamos —dije haciendo un gesto vago con las manos, y ambos asintieron—. Fue increíble. Lo disfruté muchísimo. Me enseñó muchas cosas sobre la gente, sobre amarse a uno mismo y amar a los demás. Así que, sí, lo quiero, pero entre nosotros no habrá anillos, ni matrimonio, ni niños ni nada de eso. —Pensé en nuestra relación mientras contemplaba la lluvia que caía a mares sobre la terraza—. Es una relación de las de: «Me encanta cuando me folla, me preocupo por él y lo quiero como a un amigo». ¿Queda claro?

Cuando ambos negaron con la cabeza al mismo tiempo, gruñí.

—No puedo explicarlo, pero da igual. Olvidadlo.

—Por los ruidos que hacíais, la parte del follar queda bastante clara —dijo Mason—. Joder, guapa, me has puesto tan burro que he tenido que echar mano de Rach un montón de veces. Tantas, que tenía miedo de que se me dislocara la polla —bromeó con descaro—. ¡Au! —protestó cuando Rachel y yo le pegamos un puñetazo a la vez

—. No te quejes, que te ha gustado —dijo frotándose los brazos y mirando a Rachel, que se ruborizó intensamente.

Yo me había acabado el sándwich, así que me levanté.

—Necesito una ducha.

—Nos olemos luego..., adicta al sexo —me dijo Mason mientras me alejaba.

—¡Mira quién fue a hablar, follacaras! —repliqué. Tal vez Mason fuera como mi amiga Ginelle pero en chico. Eso estaría bien.

—Sois como niños —dijo Rachel justo antes de que cerrara la puerta de mi dormitorio.

Durante los dos días siguientes, Mason y los Red Sox ganaron todos los partidos. Todo el mundo estaba de buen humor, y se notaba. Cuando volvimos a Boston, salimos del avión y nos metimos directamente en taxis camino del pub Black Rose, donde trabajaba Brayden, el hermano de Mason. Era el momento de celebrar las victorias, y el equipo era una piña a la hora de las celebraciones. Un puñado de jugadores bajaron en masa de los taxis y los coches particulares y entraron en el local. En cuanto Brayden nos vio entrar, silbó, y una guapa camarera se inclinó sobre lo que parecía un equipo de música y le dio al *play*.

Las notas de *We Are the Champions*, de Queen, llenaron el bar. Era temprano, las cuatro de la tarde y, además, entre semana, por lo que el bar estaba prácticamente desierto, aparte de nosotros. No obstante, eso al equipo le daba igual. Estaban allí para tomarse unas cuantas cervezas y relajarse un poco. Llevaban una temporada jugando al máximo nivel y tenían por delante unos cuantos días de descanso. Ése era el día de celebrar las victorias. Las *wags* se acomodaron al lado o sobre el regazo de sus hombres, y todo el mundo empezó a beber.

Unas cuantas horas después, me encontraba mejor que bien.

—Mace, me voy a ir a casa —dijo Rachel inclinándose hacia él, aunque no demasiado para no despertar sospechas. En el equipo nadie sabía que se estaba tirando a Rachel y no a mí. Bueno, Junior sí lo sabía, pero era el único.

—No, nena, ¿por qué no duermes conmigo? ¿Nos encontramos luego en mi casa? —le propuso con su mejor mirada de cachorrillo adorable. No era nada fácil resistirse a una mirada así.

Ella negó con la cabeza.

—Mañana tengo que trabajar. Debo poner una lavadora y descansar para tener buen aspecto por la mañana. ¿Te paso a buscar mañana y comemos juntos?

Mason asintió y la agarró por el cuello. Rachel y yo abrimos mucho los ojos. Miré a mi alrededor, por si alguien los estaba observando, pero no era así. Además, casi todos los jugadores estaban ya borrachos perdidos.

—Mace —le advertí por miedo a que se dejara llevar.

Pero no lo hizo. Se limitó a apretarle el cuello y luego le dio unas palmaditas en el

hombro.

—Te echaré de menos, nena. Hasta mañana.

Rachel le dirigió una sonrisa muy dulce y después me abrazó, aprovechando para decirme al oído:

—Cuídamelo, ¿vale?

Yo la miré con solemnidad, pero en broma. Me llevé la mano a la frente y le dirigí un saludo marcial.

—Sí, señora.

—Como niños. Te aseguro que estar con vosotros dos es como salir con dos niños adolescentes —replicó ella y, sacudiendo la cabeza, se marchó.

Mace no le apartó la vista del culo. Tenía un culo bonito; pequeño, pero le sacaba partido.

—Menudo culo tiene esa mujer. Joder, ahora mismo le daría un bocado. —Mason gruñó y se acabó el resto de la cerveza—. Ya que no tenemos que conducir, ¿qué te parece si nos emborrachamos? —me propuso.

Brayden se acercó a nosotros.

—¿Qué tal? ¿Cómo lo lleváis? —nos preguntó, y su pelo cobrizo destelló bajo las luces de neón rosadas que brillaban a su espalda.

—A punto de ponernos serios. Tráenos chupitos. ¡Mia, vamos a jugar a un juego! Yo me revolví en mi asiento.

—¡Me encantan los juegos! ¿Cómo se llama? ¿Lo conozco?

—Se llama «¡Y una mierda!».

—Venga ahí, lanzador. Mi amiga Gin y yo somos las putas amas de este juego. Vamos, como que escribimos el libro de instrucciones. ¡No hemos perdido nunca!

Mason le dirigió una sonrisa malvada a Brayden.

—Pon esos vasos en fila, hermano.

Mace me estaba provocando, y yo acepté el reto. Me quité la sudadera de los Red Sox y la dejé sobre el respaldo de la silla. Me quedé con un top de tirantes ajustado que dejaba a mis chicas a la vista de un modo muy favorecedor. Él echó un vistazo y gruñó.

—Esto no es jugar limpio. ¿Estás tratando de distraerme? —preguntó, haciéndome reír.

—Creo que necesitaremos más jugadores.

Junior y Kris estaban sentados cerca de nosotros. Los animamos a que se unieran al juego y Mason les explicó las reglas. Luego empezamos a beber.

—Una vez iba yo paseando por el bosque y pisé una mierda de oso —contó Mason.

En general, las historias estaban más elaboradas; algunas eran muy creativas, pero llevábamos un buen rato jugando y todos habíamos perdido ya varias veces.

Yo era Mierda de Oso. Por eso, cuando él dijo «mierda de oso», yo respondí «¡Y

una mierda!», gritando y dándole una palmada a la barra del bar.

—¿Quién mierda fue? —preguntó Mace, echando la cabeza hacia atrás como si le hubiera dado un puñetazo.

—Mierda de Bebé —respondí yo, riéndome y señalando a Kris.

La dinámica del juego consistía en contar una historia en la que saliera el mote de otro de los jugadores. El aludido tenía que gritar «¡Y una mierda!», y el que acusaba preguntaba: «¿Quién fue?», o algo parecido. Luego, el nuevo acusado acusaba a otro, y éste decía: «¡Y una mierda!», etcétera, etcétera. Yo dominaba el juego, ya que nos habíamos pasado horas jugando con Ginelle cuando éramos adolescentes, aunque eso no impidió que me pasara la noche bebiendo, puesto que siempre acompañaba a los que metían la pata.

—Yo, eh..., mierda. ¡No me acuerdo de qué tenía que decir! —Kris hizo un mohín.

—¡A beber! —exclamamos Mason y yo alegremente.

Todos la acompañamos y nos tomamos un chupito con ella, ya que era más divertido beber todos a la vez que ir por turnos, y seguimos jugando.

Cuando avisaron de que el bar estaba a punto de cerrar, Mason y yo llevábamos una taja impresionante y apenas éramos capaces de sostenernos en pie aguantándonos el uno en el otro. No habíamos cenado; sólo habíamos picado unas cuantas patatas fritas y algunos nachos mientras jugábamos. Había bebido agua cada vez que Brayden me había puesto un vaso delante, pero estoy segura de que cayeron un par de chupitos y tres cervezas por cada vaso de agua.

Brayden nos metió a los dos en un taxi, pagó la carrera por adelantado sacando el dinero de la cartera de Mason, nos dio unas palmaditas en la cabeza y le indicó la dirección al taxista para que nos dejara en casa.

No recuerdo todo el trayecto, pero sé que coreamos cánticos de béisbol, gritamos y soltamos muchos tacos.

Finalmente llegamos a casa de Mason y nos tambaleamos hacia la puerta.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó él, arrastrando las palabras y apoyándose pesadamente en ella.

Yo miré a mi alrededor oscilando en el sitio. La calle era muy bonita. Franjas de color pasaban ante mis ojos a toda velocidad. El viento me revolvía el pelo y me besaba la piel, poniéndome el vello de punta.

—Me encanta tu calle. Es como una obra de arte, llena de halos de luz y de color.

Me tambaleé de nuevo y estuve a punto de caerme escaleras abajo, pero Mason me agarró del brazo y me apoyó en la puerta.

—¡Las llaves! —exclamó de pronto, como si acabara de tocarle la lotería. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves—. ¡Sí! —Alzó el puño y yo traté de chocarle los cinco, pero no funcionó. Sólo conseguí rozarle un poco el puño cerrado.

Juntos nos peleamos con las llaves hasta que logramos abrir la puerta y entrar en

el vestíbulo dando tumbos. Haciendo un gran esfuerzo, nos incorporamos apoyándonos el uno en el otro y subimos la escalera.

—Shhh, despertarás a Rachel —me advirtió Mason, chocando contra la pared y arrastrándome consigo.

Me concentré y le di un empujón para que siguiera avanzando.

—No está aquí —le recordé.

Su mirada se apagó.

—Oh, no, menuda mierda. Tenía tantas ganas de follármela... ¡Joder! —Se pasó una mano por la cara.

—Vamos, no pasa nada. Puedes follártela mañana —lo animé, tropezando hacia adelante.

Él me empujó contra la pared y su enorme pecho aplastó el mío.

—¡Qué bien hueles, Mia, joder! ¿Te he dicho alguna vez lo bien que hueles?

Yo sacudí la cabeza y pestañeeé varias veces.

—No, pero es superamable de tu parte. Deberías ser así de amable más a menudo. Me gustas. La verdad es que eres supermolón cuando no te comportas como un capullo integral.

Él me agarró por las caderas.

—Echo de menos a Rachel —admitió, apoyando la cabeza en los mullidos cojines que eran mis pechos.

Le acaricié la espalda y luego su sedoso pelo, mientras le arañaba el cuero cabelludo.

—No pasa nada. Volverá pronto. Y mañana nos preparará la comida, ya verás. Es una chica muy maja —comenté, aunque no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

La verdad es que sonaba como una cateta, pero aunque me hubiera esforzado en aparentar ser una mujer culta y educada, el alcohol me estaba pasando factura. Y..., bueno, no había acabado la carrera, así que técnicamente podía considerárseme una cateta. Pero todo eso no importaba ya, porque estaba ganando cien mil de los grandes al año. No..., al mes. ¡Ay, yo qué sé! ¡Qué más da! Un montón de pasta.

Mientras le daba vueltas a mi posición en la vida, Mason había levantado los brazos y me estaba metiendo mano en las tetas, contemplándolas del todo embobado.

—Tienes unas tetas increíbles —me dijo—. Rach tiene las tetas pequeñas, pero me gustan. Las tuyas son perfectas para follarlas. ¿Puedo follarte las tetas? ¡Sería alucinante! —exclamó alegremente.

De un empujón me lo quité de encima. Chocó contra la pared del pasillo y estuvo a punto de caerse al suelo.

—No, idiota; no puedes follarme las tetas, pero gracias. —Le sonreí y me sostuve los pechos, apreciando su tamaño y su peso—. Son unas buenas peras. A los hombres les gustan. Es uno de mis mayores atractivos.

Mason sacudió de forma vigorosa la cabeza tantas veces que, en mi estado de embriaguez, me preocupó que se le fuera a romper el cuello.

—No, no, no —protestó—. Tienes unas tetas geniales, igual que el culo, hasta un ciego lo vería. Pero todos los hombres te adorarían de rodillas por tu pelo y tus ojos. Tus ojos son como dos diamantes verdes. —Se acercó y me sujetó la cara entre las manos, ladeándola hacia la luz de la lámpara—. Exacto, son como piedras preciosas. ¡Tus ojos son dos joyas! —exclamó, y a continuación me acarició el cuello con la mandíbula, como si buscara hacerse un hueco. Todo su cuerpo pareció desplomarse sobre el mío—. Estoy cansado.

Al oírlo, me di cuenta de que yo también lo estaba. Los brazos y las piernas me pesaban como si llevara una caja de piedras en cada mano y alguien me hubiera dejado caer una roca de una tonelada sobre el pecho. En realidad se trataba de Mason, que se estaba quedando dormido encima de mí.

—No, no, no —dije sacudiéndolo—. Tenemos que llegar a la habitación y meterte en la cama. —Tiré de él y fuimos andando como pudimos hasta su enorme cama—. Vale, venga, desnúdate.

Él levantó la barbilla y se quitó la camiseta. Joder. Tenía el vello dorado y unos músculos perfectos. Me acordé de mi franchute. Él también tenía un cuerpo muy sexi.

—Tu turno.

En mi estado de embriaguez, las palabras de Mason me parecieron totalmente lógicas. Me saqué la camiseta de tirantes y luego ambos nos quitamos los vaqueros al mismo tiempo. Yo me quedé en bragas y sujetador; él, en bóxer.

—¿Vamos a follar? —me preguntó tambaleándose.

Yo bajé la vista hacia su aparato, donde no parecía estar pasando nada.

—¡No, idiota! —Aparté las sábanas—. No vamos a follar, ¿cómo tengo que decírtelo? Además —añadí riéndome—, mírate. Aunque quisieras, no ibas a poder. El J&B te ha hecho efecto. No sabía que las siglas querían decir «Joder, qué Bajona». —Me metí bajo las sábanas y, en cuanto la cabeza me tocó la almohada, empecé a dormirme.

Mason dio un par de vueltas por la habitación antes de meterse en la cama.

—No quiere decir «Boder, qué Jabona» —protestó él con lengua de trapo, haciéndome reír a pesar del sueño—. Quiere decir, «Joder, qué Bajona». —Me agarró por la cintura y me atrajo hacia sí—. *Nas* noches, Rach —dijo abrazándome con más fuerza.

—No soy Rach; soy Mia —repliqué pegándome a su pecho y disfrutando de su calor.

—Mmm, vale, *nas* noches, Mia —dijo antes de que ambos cayéramos en el sueño de los justos, o, más exactamente, en el sueño de los borrachos.

Oí ruidos apagados en el piso de abajo y me imaginé que Mason estaría preparando el desayuno. Me dolía mucho la cabeza. Era como si una banda de música estuviera tocando una marcha militar de John Philip Sousa dentro de mi cabeza. En vez de

abrir los ojos, me arrebujé más profundamente entre las sábanas.

—Oh, joder. Me cago en la puta..., mi cabeza —oí decir a Mace, pero no desde el piso de abajo, ni desde la puerta, ni desde los pies de la cama. Sus palabras retumbaron justo al lado de mi oreja, uniéndose a los tambores que sonaban en mi mente.

Pestañee varias veces y abrí los ojos. Al tratar de liberarme del cuerpo que tenía pegado al mío, las sábanas cayeron a la altura de mis caderas, dejando a la vista que sólo iba vestida en ropa interior.

—¿Qué demonios...? —dije mirando a Mason, que dormía a mi lado a pecho descubierto.

Él entreabrió los ojos.

Nada de eso tenía sentido. Me dolía horrores la cabeza. Me llevé las manos a las sienes tratando de controlar la presión que las atenazaba mientras intentaba recordar qué había pasado la noche anterior.

Justo en ese momento se abrió la puerta y entró Rachel, muy animada y elegantemente vestida con uno de sus trajes de chaqueta.

—Despierta, dormilón —exclamó, pero entonces me vio. Mace se sentó en la cama de un salto, dejando al descubierto su torso desnudo—. Oh, Dios mío. —Los ojos de Rachel se llenaron al instante de lágrimas. Se cubrió la boca, como si quisiera evitar que el horror se le escapara por los labios—. No... —murmuró, y empezó a temblar como una hoja.

Mason me miró confundido. Luego miró a Rachel y se levantó como si la cama quemara, lo que empeoró aún más las cosas cuando Rachel comprobó que sólo llevaba puesto el bóxer. La chica hizo un sonido angustioso, como si le faltara el aire, y yo negué con la cabeza.

—No, Rach, no, por favor. No es lo que parece —dije levantándome también y dejando a la vista la minúscula braguita de encaje blanco que apenas me tapaba nada y que hacía juego con el sujetador de balconcillo del que mis pechos estaban a punto de escaparse. Si me hubiera echado hacia adelante, seguro que se me habrían visto los pezones.

Tiré de la colcha y me cubrí con ella.

Rachel me señaló.

—Pues lo que parece es que acabas de acostarte con mi novio. Lo que no debería extrañarme tanto, ¡teniendo en cuenta que eres una prostituta! —gritó, y sus palabras me golpearon el corazón y el alma, que era exactamente lo que ella pretendía. Su insulto se me clavó como un cuchillo y me hizo el cuerpo pedacitos.

—¡Rachel, no ha pasado nada! —Mason trató de acercarse, pero ella se lo impidió levantando una mano, como si fuera una barrera.

—¿Cómo pude confiar en ti, un mujeriego...? Pensaba que habías cambiado, pero no es verdad. No has cambiado nada; lo único que has hecho ha sido ocultar tu auténtica naturaleza —gruñó Rachel mientras no dejaban de caerle lágrimas por las

mejillas—. ¡Yo te quería, Mason! ¡Iba a decírtelo cuando Mia se marchara y nos quedáramos solos! —gritó y sollozó al mismo tiempo.

Luego se volvió en redondo y salió corriendo de la habitación.

—¡Sois tal para cual! —nos gritó desde el pasillo.

Después de eso, ya sólo oímos el ruido de sus tacones al bajar la escalera y la puerta al cerrarse violentamente.

Mason se pasó las manos por la cabeza y se tiró del pelo.

—Joder, joder, joder..., no me puedo creer que nos hayamos acostado juntos. ¡Mierda! —exclamó recorriendo la habitación de punta a punta.

Yo recogí el top del suelo, me lo puse y cogí también los pantalones. Mientras él se dirigía hacia el otro lado, me los puse y le dije:

—Mason, no nos hemos acostado.

Él se volvió hacia mí, me miró como si acabara de decir algo tremendamente estúpido y luego señaló la cama.

—¿Perdona?

Solté el aire con fastidio. Necesitaba un café y un puñado de ibuprofenos, deprisa. Tenía que librarme de los hombrecillos que estaban haciendo obras en mi cabeza, taladrándome el cerebro con sus diminutas herramientas mientras se reían de mí por haber bebido tanto la noche anterior o no podría pensar con claridad.

—Nos acostamos en la misma cama, pero no hicimos nada. Estábamos borrachos como cubas. Créeme, si me hubieras follado, lo recordaría. Estoy cien por cien segura de que no lo hicimos.

Él me miró de arriba abajo.

—Sí —replicó con una sonrisa canalla—, lo recordarías. —Inmediatamente, se acordó del lío en el que estábamos metidos e hizo una mueca—. ¡Mierda, lo siento! —se disculpó. Era evidente que se sentía muy culpable por lo sucedido—. ¿Cómo voy a convencerla de que no ha pasado nada esta noche, Mia? Rachel me conoce y sabe que éste es justo el tipo de cosas que hacía antes de estar con ella. —Derrotado, se dejó caer sobre la cama.

Me senté a su lado.

—De acuerdo, esto es lo que vamos a hacer. Nos ducharemos, después comeremos un poco, tomaremos café y nos meteremos alguna sustancia potente en el cuerpo. —Cuando él alzó las cejas, especifiqué—: Ibuprofeno o paracetamol, idiota. A continuación la llamaremos por teléfono. Te arrastrarás un poco y le explicarás que estábamos borrachos, que no follamos y que, aunque lo que ha visto tenía mala pinta, en realidad no pasó nada. Sólo dormimos uno al lado del otro.

Mace se apretó las sienes con los pulgares y abrió las manos.

—Recuerdo haberte tocado las tetas —gruñó y me dirigió una mirada de culpabilidad—, y también te pregunté si podía follártelas.

—Bueno, yo esa parte me la saltaría. Fue una idiotez por culpa del alcohol. Sólo lo sabemos nosotros. No pasa nada.

—No, no pasa nada —refunfuñó él con la espalda encorvada.

Hundió la cara entre las manos y apoyó los codos en las rodillas. Era la viva imagen del hombre que ha perdido el rumbo, que siente que su mundo ya no tiene sentido.

—¿La amas? —le pregunté, acariciándole la espalda desnuda.

Él alzó la cara y me miró con fijeza. Luego cerró los ojos y asintió de modo solemne.

—Tienes que decírselo, Mace. Probablemente sea la única manera que tienes de salir de este lío.

Él hinchó los carrillos y soltó el aire despacio.

—No me creerá. La conozco. Pensará que lo hago para salir del paso. Debería habérselo dicho en cuanto me di cuenta. Tal vez entonces me habría creído.

Mason amaba a Rachel. Menudo milagro. El machista y mujeriego donjuán había cambiado mucho desde mi llegada, hacía ya casi un mes.

—¿Cuándo te diste cuenta?

Se levantó y empezó a recorrer la habitación de punta a punta de nuevo. Luego se acercó a la ventana y se quedó observando la calle.

—La noche en que hicimos el amor por primera vez. Fue..., simplemente fue. Supe que era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida. Pero ahora la he cagado, ¡joder! —Dio un paso atrás y pegó una palmada a la pared. Por suerte, no le pegó un puñetazo o tendría que haber dejado de jugar.

Me acerqué a él y le apoyé la frente en la espalda.

—Lo arreglaremos, ya verás como sí. Al final, todo saldrá bien.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque no hay otra opción. Si ella es la mujer de tu vida, tenemos que encontrar la manera de hacérselo ver. La encontraremos. Juntos, haremos que la recuperes. En la vida hay que correr riesgos; hay que adentrarse en lo desconocido.

—Gracias, Mia; eres una buena amiga.

—Lo sé —repliqué, y le di un golpe de cadera—. Bueno, pues vamos a empezar. Lo primero, la ducha. Luego, pastillas, comida y mucha agua, por ese orden.

Le tendí la mano para que me la estrechara y él se la quedó mirando y sonrió. Supongo que pensaba que hacía tonterías.

—¿Trato hecho?

Mason me la estrechó y la sacudió.

—Trato hecho.

Conseguir hablar con Rachel fue mucho más difícil de lo que imaginaba. Faltaban dos días para mi partida, y Mason aún no había logrado hablar con la esquiva rubia. Cada vez que yo la telefoneaba, me saltaba el buzón de voz. Le dejé un montón de mensajes, rogándole que me llamara o que llamara a Mason, pero que nos escuchara. Nada. La única respuesta fue el sonido de los grillos. Esa mujer era dura de pelar. Empezaba a creer que no le daría a Mason otra oportunidad, y eso me partía el corazón.

Aunque las palabras de Rachel me habían hecho daño, entendía por qué me había dicho lo que me dijo. Cuando crees que has perdido algo que querías desde hace tiempo, arremetes contra quien tienes delante. Es normal. Y, si encuentras a tu novio en la cama con una morena, la morena es un buen objetivo para los insultos. En realidad me lo merecía. No me gustaba que me viera como a una fulana, pero yo misma tenía problemas con el tema. Era una escort que se había acostado con sus dos primeros clientes. No me había acostado con los dos siguientes, pero Rachel no lo sabía.

Mi móvil sonó y respondí.

—¿Hola?

—Hola, preciosa, ¿estás lista para tu siguiente cliente? —La voz de la tía Millie fue como un bálsamo relajante para mis nervios alterados.

Llevaba dos días sintiéndome como una mierda sabiendo que Mason y Rachel estaban sufriendo. Aún estaba tratando de asimilar mi parte de culpa en todo aquello y no paraba de buscar la manera de arreglarlo, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Suspiré.

—La verdad es que sí. Y, cuanto antes, mejor.

Era la primera vez que me pasaba desde que había empezado a trabajar para mi tía, pero lo cierto es que tenía muchas ganas de marcharme de allí. Al no encontrar una solución, la huida me parecía una buena idea.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Ese jugador tan guapo no te trata bien?

Negué con la cabeza, aunque ella no me veía.

—No, no es eso; me trata muy bien. En cuanto dejó de comportarse como un patán y aprendió un par de cosas sobre cómo tratar a las mujeres, se convirtió en una muy buena compañía.

La tía Millie bajó el tono de voz y añadió:

—Ajá, en ese caso, espero que en cualquier momento llegue el ingreso adicional, ¿eh?

—¡Tía Millie! Por Dios, ¿qué te crees?, ¿que me voy tirando a todos mis clientes?

—Cielo, eres joven, preciosa, y acompañas a hombres guapísimos e increíblemente ricos. Por supuesto que lo creo. Si yo estuviera en tu lugar, es lo que haría. De hecho, lo hice. Te aseguro que me he acostado con un montón de guapos millonarios.

Tuve que sentarme, y me mordí la uña del pulgar unos instantes antes de preguntarle:

—¿Tú también fuiste escort?

—Preciosa, ¿cómo piensas que he aprendido todo lo que sé sobre el negocio? ¿Cuánto puedo cobrar, adónde enviar a las chicas...? Por supuesto que lo experimenté todo personalmente. Es la única manera de poder dirigir la agencia de escorts que tiene más éxito del país. He hecho de todo, cariño, y, por supuesto, me he acostado con clientes. Aunque en esa época no se pagaba por separado. Se

consideraba parte del servicio. Pero eso ha cambiado. Como bien sabes, mi empresa no es un burdel. Llevo una agencia seria que paga sus impuestos. Tengo los libros de contabilidad al día y paso todas las auditorías. Y si a mis chicas les apetece ir un paso más allá, me parece lógico que los clientes respondan con un regalo al regalo que les hacen ellas. ¿Lo entiendes ahora?

—Ya veo. Me parece muy bien, pero no lo sabía. Siempre pensé que eras empresaria.

—Y lo soy, pero veinte años atrás me dedicaba a lo mismo que tú ahora. Lo que pasa es que no era tan lista como tú. —Al oír eso, agucé el oído—. Por aquella época, conocí y me enamoré de uno de mis clientes, y él me jodió la vida. —La verdad es que podría decirse que la historia se estaba repitiendo, aunque no estaba segura de haberme enamorado de Wes... todavía. La tía Millie siguió hablando—: Ahora trato a los hombres igual que trato a las mujeres. Disfruto de ellos cuando estoy con ellos, nada más y nada menos. Sin expectativas. Sólo espero pasar un buen rato y reírme en su compañía.

Eso era muy sabio. Se parecía mucho a lo que yo estaba tratando de hacer con mis clientes, pero no lo había logrado porque tenía el corazón demasiado implicado. Las cosas con Wes estaban cada vez más difíciles a nivel emocional. Con Alec todo era divertido y placentero. Cuando me separaba de él, nunca tenía la sensación de haber perdido algo porque, en realidad, nunca había sido mío. Siempre que Alec y yo estábamos juntos, lo disfrutábamos intensamente pero, al separarnos, cada uno seguía con su vida como si no hubiera pasado nada. Disfrutábamos de otras cosas y de otras personas sin ningún tipo de remordimiento porque la nuestra no era una relación... de ésas.

Ojalá pudiera tener ese tipo de relación con Wes. En ese preciso momento, me juré que volvería a levantar la pared alrededor de mi corazón para lograrlo. Cuando Wes y yo estábamos juntos, era increíble, asombroso. No había nadie con quien me gustara más estar. Alec ocupaba el segundo lugar, aunque, con él, siempre sabíamos que la cosa tenía las horas contadas, por lo que disfrutábamos más de cada segundo. Cada encuentro era salvaje, apasionado, y se convertía en material de preciosos recuerdos. Si se trataba de Wes, nuestras citas estaban cuajadas de significado, llenas de sentimientos complejos y de emociones que ninguno de los dos debería haber compartido con el otro. Ahí era donde nos habíamos equivocado. Porque Wes y yo juntos nos convertíamos automáticamente en algo más. De alguna manera, teníamos que arreglarlo. Necesitábamos marcar límites para dejar de hacernos daño. Pero, claro, este problema tampoco iba a poder resolverlo ese día, y mucho menos en medio del lío que tenía organizado con Rachel y Mason.

Respiré hondo y me reafirmé en mis convicciones.

—Tienes razón, gracias por el consejo.

—De nada —replicó mi tía. A través del auricular me llegó el sonido de sus uñas golpeando el teclado del ordenador—. Siento que el jugador de béisbol y tú no

congeniarais. Este mes debe de habérsete hecho muy largo.

Sonreí al acordarme de Alec.

—Bueno, técnicamente, me reuní con un viejo amigo mientras estábamos en Seattle.

—Ajá, y parece que ese viejo amigo y tú os lo pasasteis bien, ¿no?

—Pues sí. —Para cambiar de tema, porque no sabía cuál era la política de empresa sobre volver a acostarse con clientes, y aunque tal vez a mi tía pudiera parecerle que mi reencuentro con Wes del mes pasado o con Alec de hacía unos días eran temas laborales, para mí eran temas del todo personales, le pregunté—: ¿Vas a mantenerme en ascuas mucho más tiempo sobre cuál va a ser mi siguiente destino?

—Oh, mi querida niña. Esto va a ser muy divertido. ¿Has estado alguna vez en Hawái?

Surf, arena y loción bronceadora.

—¿De verdad? ¿Voy a ir a Hawái?

—Sí, preciosa. Y atenta al dato: ¡vas a ser modelo!

Gruñí.

—¿Como con Alec?

Había sido divertido hacer de musa, pero la experiencia había sido intensa y había reabierto muchos temas de mi pasado que no me apetecía volver a revivir. Lo último que quería era una segunda ronda.

Oí que tecleaba un poco más y a continuación chasqueó la lengua.

—No, cielo. Harás de modelo para un famoso diseñador de ropa de baño. Se llama Angel d'Amico. Te ha elegido porque te ha visto en las revistas de cotilleo. Tu nombre ha aparecido al lado de varios famosos, y eso es bueno para el negocio. Está empezando una nueva línea y necesita llamar la atención. Te gustará saber que está diseñando bañadores para mujeres de verdad, con curvas.

—¿Y eso?

—Sus bañadores no empiezan en la talla 32. Empiezan en la 38 y suben a partir de ahí. Y quiere que en sus anuncios salgan mujeres auténticas, con carne en los huesos. Ya sabes, de esas que no pueden contener sus pechos en triangulitos de tela. Le gusta tu cuerpo. Le gusta que tengas una 90D de pecho y cintura de avispa. Su lema es que la belleza no entiende de tallas o algo parecido.

Vaya, la verdad es que sonaba estupendamente. Un diseñador de moda que trabajaba para mujeres con cuerpos reales.

—Uau, suena divertido. Y, además, en Hawái. ¡Alucinante! —Me eché a bailar por la habitación, sin acabar de creerme que iba a viajar a una isla.

—El vuelo será muy largo y con algunas escalas, cariño. Son seis horas desde Boston hasta la costa Oeste y luego cinco horas más desde California. ¿Quieres hacer escala en California y pasar allí un par de días?

En vez de en mi familia, en lo primero que pensé fue en que tal vez podría ver a Wes si no estaba rodando. Sin embargo, de inmediato me quité la idea de la cabeza.

Sólo serviría para alargar el drama, para añadir más mierda emocional a lo nuestro.

No, quería pasármelo bien; disfrutar de Hawái. Me enrollaría con algún isleño buenorro y me lo follaría hasta dejarlo bizco. Sí, ése sería mi nuevo plan.

—No, gracias. Prefiero hacer escala en Las Vegas para ver a Maddy, a Ginelle y a papá. —Gin me había dicho que creía que Mads estaba a punto de dar el gran paso con su novio. Tal vez necesitara una charla cara a cara con su hermana mayor antes de lanzarse—. Le diré a Gin que pida hora en el salón de belleza.

La tía Millie ahogó una exclamación, como si acabara de acordarse de algo.

—Por cierto, querida, vas a tener que depilarte por completo. A la cera.

—Siempre lo hago.

—No, cielo, me refiero a un completo, completo. No sólo las ingles brasileñas. Vas a anunciar biquinis. No puede asomar absolutamente nada, ni siquiera un pelillo, mientras estés rodando en el océano.

Solté un gruñido.

—Mierda, eso no mola. Duele mucho —protesté, porque ya empezaba a sentir las tiras de cera caliente y pegajosa adhiriéndose a mis partes más íntimas y siendo arrancadas de cuajo. ¡Ay!

—Sí, preciosa, duele. Pero consuélate pensando en que va a ser un regalo de trabajo. El diseñador es italiano; tiene cincuenta años y está casado con una modelo retirada llamada Rosa que se ocupa de las modelos. No tendrás que estar trabajando todo el tiempo. Sólo habrá sesiones fotográficas uno o dos días por semana. El resto del tiempo lo tendrás libre. Y dispondrás de un bungalow de dos habitaciones en la playa para ti sola.

—¿Para mí sola? ¿No tendré que dormir en la misma casa que el cliente?

—No. La desventaja es que tampoco te suministrarán ropa. Sólo te necesitan para rodar los anuncios, y únicamente se espera de ti que los acompañes a un par de fiestas. Así que el resto del tiempo es para ti y puedes ir vestida como quieras. Lo bueno es que podrás quedarte los bañadores; ¿qué te parece?

Un mes en Hawái. Mi vida acababa de mejorar muchísimo.

—¿Crees que podría llevar a Gin y a Maddy?

De los veinte mil dólares extras que me habían dado Wes y Alec, había ahorrado lo suficiente como para poder pagarles el billete. Podrían dormir conmigo, así que sólo necesitábamos los billetes de avión y la comida.

—Mientras te presentes los días de rodaje, puedes hacer lo que quieras. ¿Quieres que reserve billetes?

—Sí, por favor, pero te llamaré para confirmarte la fecha. Tengo que hablar con ellas. Le preguntaré a Maddy cuándo empieza las vacaciones de primavera y a Gin si puede tomarse unos días libres. ¡Oh, Dios mío! Voy a ir a Hawái, y mi hermana y mi amiga van a venir a visitarme. ¡Hoy es el mejor día de mi vida! —exclamé, y mi tía se echó a reír.

—Me alegro mucho de verte tan contenta, preciosa. Piensa en esto mientras te

estén arrancando hasta el último pelo de tus partes bajas. —Yo resoplé—. Te enviaré un correo electrónico con los detalles del vuelo y con información general. Prefieres volar temprano como siempre, ¿no?

—Sí, me gusta marcharme por la mañana.

En realidad, me gustaba escabullirme de la casa sin que el cliente se diera cuenta de que me iba. Me había funcionado bien las tres veces anteriores, y no encontraba una razón para cambiar la dinámica.

—Te quiero, tía Millie.

—Yo también te quiero, preciosa —replicó ella, y colgó sin despedirse.

Ahora que ya tenía mi futuro próximo resuelto, ya sólo me faltaba encontrar la manera de que Rachel y Mason volvieran a estar juntos.

Cuando me estaba guardando el móvil en el bolsillo, volvió a sonar.

—¿Hola?

—¿Es Mia Saunders? —preguntó una voz solemne y tranquila.

—Sí; ¿puedo saber quién la llama?

—Llamo del Hospital General de Massachusetts. Su novio, Mason Murphy, está en urgencias.

—¡Oh, Dios mío! —Miré a mi alrededor, notando que el pánico se adueñaba de mí. Cogí el bolso que tenía sobre el tocador, bajé la escalera corriendo y salí del edificio—. ¿Está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Tiene unos cuantos chichones y moratones y está en observación por un traumatismo en la cabeza. Tuvo un pequeño accidente de coche con otros dos jugadores, que también están aquí. ¿Puede venir? También ha pedido que llamemos a una tal Rachel Denton, pero no contesta.

—Yo me pondré en contacto con ella. ¿Seguro que Mason está bien?

—Sí, señora. Podrá marcharse hoy mismo. Lo están vendando. Seguramente le darán el alta dentro de unas horas. Estaría bien que viniera alguien a buscarlo.

—Claro, claro, no se preocupe. Avisaré también a su familia.

—Bien, hasta pronto.

Al colgar, me quedé frente a la casa de Mason sin tener ni idea de por dónde empezar. No sabía el número de su padre, y Rachel no respondía al teléfono. Entonces recordé que su hermano trabajaba en el pub Black Rose. Aunque él no estuviera, alguien del local podría decirme cómo contactar con su familia.

Llamé a información y allí me facilitaron el número del pub.

—Black Rose, Brayden al habla.

Al oír la voz del hermano de Mason, me temblaron las rodillas de alivio.

Me senté en los escalones de la entrada a la casa para calmarme.

—Brayden, soy Mia. Tu hermano ha tenido un topetazo con el coche. Nada grave, pero está en el hospital.

—¿Cómo? ¿Seguro que está bien?

—Sí, sí. Sólo algunos raspones y moratones. Está en observación por el golpe.

Voy hacia allí, pero tengo que localizar a Rachel, su novia —dije, olvidando por un momento mi rol.

—Pensaba que su novia eras tú... —repuso él extrañado.

Suspiré y levanté el brazo para parar un taxi.

—No, era una farsa. Su auténtica novia es Rachel, la rubia de la otra noche. Lo que pasa es que se ha enfadado con nosotros porque cree que Mason la ha engañado conmigo y no responde al teléfono. Mason está herido y quiere a la mujer que ama a su lado. Tengo que encontrarla.

En ese momento Brayden hizo algo que no esperaba: se echó a reír con ganas.

—¿No me has oído?

—Mia, Mia..., ¿estás hablando de esa rubia que siempre está cerca de él? ¿La de los ojazos azules, delgada, que todo el tiempo va con trajes que le sientan de miedo? —En esos momentos, un taxi me vio y se detuvo. Yo subí y estaba a punto de decirle que me llevara al hospital cuando Brayden añadió—: Está aquí, en el pub, bebiendo como un pez. ¿Quieres que no la deje beber más?

Al parecer, la suerte estaba de mi lado. Tal vez había luna llena o algo así. A mí nunca me pasaban esas cosas.

—Sí, por favor, échale agua al whisky o lo que beba. Estaré ahí dentro de quince minutos. —Me volví hacia el taxista y añadí—: Al pub Black Rose y, si se da prisa, le daré veinte dólares de propina.

—¡Váyalo preparando, señora! Mi mujer me pegó la bronca ayer porque no conseguía ningún extra. ¡Veinte dólares me vendrán muy bien!

—¡Si estamos allí en diez minutos, le doy cuarenta!

El taxi arrancó quemando rueda, dio la vuelta en redondo y salió a toda velocidad en dirección al pub. Debía de hacerle falta el dinero porque llegamos en once minutos. Por un minuto no escatimé. Le pagué la carrera y le lancé los cuarenta dólares extras sobre el asiento.

—¡Gracias, tío! —exclamé saltando del taxi.

Abrí la puerta del pub y busqué a Rachel entre los parroquianos.

La encontré sentada a la barra, con la espalda encorvada, bebiendo para olvidar las penas. Tenía el pelo hecho un desastre. Le salían mechones en todas direcciones del elaborado moño, ahora medio deshecho.

—¡Gracias a Dios! —grité mientras me acercaba.

Ella frunció el ceño, pero incluso así seguía siendo preciosa. Era una de esas mujeres que ves en la tienda o en la cola de correos y piensas: «¿Por qué no podré ser yo así de elegante?».

—¡Rach, menos mal que te he encontrado! —Me senté a su lado, en otro taburete.

—¡Yupi! —exclamó ella, levantando un dedo y haciéndolo girar como si fuera un tornado—. Pues yo no me alegro de verte, ladrona de novios. —Entornó los ojos y me fulminó con ellos, lanzándome puñales muy afilados con la mirada. No me gustó nada que me mirara así.

—Rach —volví a empezar, pero ella me interrumpió.

—¿Es que no tienes bastantes hombres? Mírate —dijo examinándome de arriba abajo—, eres perfecta. Eres el tipo de mujer que le gusta a Mason Murphy. Él también es perfecto; ya lo sabes, ¿qué te voy a contar? Y los perfectos, ya se sabe: Dios los cría y ellos se juntan. —Le dio un trago a lo que fuera que tenía en la copa. Parecía algún tipo de Martini afrutado—. ¿Sabes? —me preguntó señalándome con el dedo—. Me alegro de que pasara lo que pasó. Al menos, ahora sé a qué atenerme. No podría estar con un hombre como él. Los tipos con gustos tan exquisitos como él nunca podrían ser felices al lado de alguien como yo. ¡No cuando pueden tener a alguien tan exótico como tú!

Gruñí y la agarré por los hombros. Ella se mordió el labio y por fin dejó de hablar.

—Escúchame —le dije sacudiéndola—. Mason te ama. ¡A ti! —Rachel abrió mucho los ojos y empezó a derrumbarse. Frunció los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas. Negó con la cabeza, resistiéndose a creerlo—. ¡Que sí! Si lo dejaras hablar cinco jodidos segundos, te darías cuenta. ¿Te has tomado la molestia de escuchar alguno de los mensajes que te hemos dejado en el contestador? —En ese momento empezó a temblar y sacudió la cabeza mientras las lágrimas le caían por las mejillas—. ¡Joder! Para ser una mujer tan inteligente, puedes llegar a ser de lo más obtusa —la acusé.

Ella se encogió y se rodeó el torso con los brazos, haciéndose un ovillo.

—Márchate.

—¡No puedo! —bramé perdiendo la paciencia. Sentí que un calor abrasador me recorría el cuerpo entero mientras le chillaba a la cara—: ¡Mason está en el hospital y quiere ver a su novia! ¡La de verdad!

—Voy a vomitar. —Rachel palideció y se tapó la boca con la mano.

Como de la nada, apareció un cubo. El hermano de Mason se lo puso delante de la cara y ella no aguantó más y echó todo el alcohol que había bebido esa tarde. Le froté la espalda y miré a Brayden, cuya cara mostraba tristeza y preocupación.

Cuando Rachel acabó de echarlo todo, él se llevó el cubo de allí mientras yo acompañaba a una temblorosa Rachel al lavabo. Se enjuagó con agua y luego se metió un chicle en la boca para enmascarar los olores y sabores. Le quité las horquillas que le quedaban y dejé que el pelo le cayera libremente sobre los hombros. Rebusqué en su bolso, que seguía llevando cruzado sobre el pecho a pesar de que había pasado media tarde bebiendo. Encontré un cepillo, le deshice los nudos con cuidado y se lo cepillé hasta que quedó brillante como el oro. Con la toallita húmeda que le di, se limpió los restos de rímel de los ojos y las mejillas. Y después le pasé un pañuelo de papel para que se sonara la nariz. Tras mucho rebuscar, encontré brillo de labios y colorete en el bolso y se lo di también. Era evidente que la mujer no se maquillaba mucho, pero eso era mejor que nada.

—¿Qué le ha pasado a Mason? —preguntó con voz temblorosa, cada vez más parecida a la Rachel que había considerado mi amiga.

—Sufrió un accidente de coche con otros jugadores. Se ha dado un golpe en la cabeza y está en observación, pero le darán el alta pronto. Yo aún no lo he visto. Quiere verte a ti, por eso te estaba buscando.

Rachel ahogó un sollozo.

—¿Quiere verme a mí?

Asentí y le apoyé una mano en el hombro.

—Rachel, te juro que no pasó nada entre nosotros. Ambos estábamos borrachos. Muy borrachos. Teníamos tanto alcohol en el cuerpo que nos salían llamas por la boca. Te aseguro que pensé que me metía en mi cama. Caímos sobre la de Mason y nos quedamos fritos. Ya está. No pasó nada más.

Ella cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Te creo.

Respiré profundamente, liberándome del dolor y la culpabilidad que hacía días que sentía.

—Gracias a Dios. Sin ti, Mason había perdido el rumbo. Pensaba que no iba a recuperarte nunca.

—No estoy diciendo que lo nuestro sea posible, Mia. Como ya te he dicho antes, verlo a tu lado me abrió los ojos. No creo que yo sea la mujer Mason que necesita a su lado. Creo que él necesita a una mujer divertida, que tenga tiempo para acompañarlo a los partidos, que pueda pasarse el día cruzando el país en avión para estar junto a él. Yo no podría hacer eso. Estoy demasiado ocupada con mi trabajo.

—Pero ¿qué dices? Si tú pasas mucho tiempo con él. Trabajas en su agencia de

relaciones públicas y siempre lo acompaña a las reuniones con los patrocinadores y todo eso. Te necesita a su lado.

Ella ladeó la cabeza.

—Bueno, en eso te doy la razón...

Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. La estaba convenciendo.

—Y, si tú no lo acompaña, ¿quién evitará que la cague en esas reuniones? Ya lo has visto: está pez en esos temas. Si no fueras con él, le tomarían el pelo. Si tiene todos los patrocinadores que tiene es gracias a ti. Ahora que las empresas se han fijado en él, va a necesitar a una relaciones públicas que trabaje para él en exclusiva. Y estoy convencida de que tú eres la persona perfecta para el puesto. Él sólo se fía de ti.

Rachel enderezó la espalda y se apartó el pelo de la cara.

—Tienes razón. Le habrían tomado el pelo. Es demasiado despreocupado y generoso. A él en realidad lo que le importa es el deporte, no el dinero, pero no está bien que le paguen menos de lo que merece.

—Exacto. Y para eso estás tú, Rachel. —Le señalé el pecho—. Eres justo lo que necesita.

Sus ojos se iluminaron, como si volviera a ser consciente de su valía profesional.

—¡Tenemos que ir a buscarlo! Me necesita.

—Brayden, te llamaré cuando sepa algo más —le dije mientras salíamos a toda prisa del bar. Él alzó la barbilla en un movimiento molón que significaba «Claro, nena» o algo así, propio de machos alfa—. Cárgalo a la cuenta de Mason.

—Ya lo he hecho —replicó él con una sonrisa—. Y ésta también —añadió, llevándose una jarra de cerveza a los labios y dando un buen trago.

Sacudiendo la cabeza, salí del local.

Cuando llegamos, aquello, más que un hospital, daba la impresión de ser un manicomio. Al parecer, un tráiler había tenido un accidente en la autopista y había causado una colisión en cadena con catorce vehículos implicados. Por todos lados se veía gente con la cabeza, los brazos o las piernas vendados. Encogiéndome de la impresión, me dirigí a la recepcionista.

—Me llamo Mia Saunders y venimos a ver a Mason Murphy.

La mujer buscó su nombre en el ordenador.

—Lo han llevado a una habitación. Segunda planta, habitación 130.

—Gracias. —Rachel y yo llamamos el ascensor y esperamos. Y esperamos—. ¡Joder, a la mierda! —exclamé, y fuimos a buscar la escalera.

Dos pisos más arriba, nos pusimos a buscar la habitación.

Cuando la encontramos, nos detuvimos un momento antes de entrar. Cogí a Rachel de las manos y, por un momento, estuvimos conectadas, como si fuéramos hermanas o amigas de las buenas. Nos consolamos mutuamente y nos

intercambiamos energía. Tras respirar hondo un par de veces, nos volvimos hacia la puerta. Yo abrí y entré primero. Rachel me siguió con discreción.

Mason estaba tumbado en la cama, con los ojos cerrados. A la tenue luz de la habitación, vi a su padre, sentado en la esquina.

—Mia, cariño, por fin te han localizado —dijo Mick, levantándose para darme un abrazo.

Yo le rodeé la espalda con un brazo mientras Rachel se acercaba a la cama de Mason.

Éste abrió los ojos y se pasó la lengua por el labio partido. En la frente le habían dado seis o siete puntos. Tenía varios cortes y arañazos en los brazos pero, aparte de eso, no parecía que se hubiese roto nada.

—Rachel... —Levantó una mano y ella la cogió entre las suyas. Durante el trayecto en coche había dejado de llorar, pero ahora las lágrimas volvían a caerle por las mejillas, yendo a parar a la mano de Mason, que sostenía pegada a su cara.

—Cariño, estoy bien. Sufría por ti.

—Eh..., creo que me he perdido algo. —Mick se aclaró la garganta y me abrazó con más fuerza, como si quisiera protegerme. Era tan buena persona que se preocupaba por su hijo y por su falsa novia.

Yo le devolví el abrazo y negué con la cabeza.

—Todo va bien —le susurré.

Rachel se volvió hacia Mick y lo miró como si fuera un ratoncillo asustado, pero Mason tiró de su mano.

—Eh, preciosa, mírame. Lo siento. No pasó nada, te lo juro —le dijo, repitiendo las palabras que yo le había dicho poco antes—. No podría. Sólo te quiero a ti; no me interesa nadie más.

—No hables; tienes que descansar —replicó ella con la voz ronca, como si acabara de fumarse un paquete de cigarrillos sin filtro.

Mason negó con la cabeza e hizo una mueca de dolor. Rachel alzó la mano para acariciarle el lado de la cara donde no tenía heridas. Daba la sensación de haberse golpeado la cabeza contra el cristal. Probablemente, al romperse, se había hecho el resto de los cortes y las heridas.

—No necesito descansar. ¡Necesito que la mujer que amo me escuche! —gruñó, y su padre y yo permanecimos muy quietos, a la expectativa.

Para mí, la escena era muy hermosa, pero para su padre debía de resultar, por lo menos, confusa.

—Mason... —Rachel no fue capaz de seguir.

Él tiró de su mano y la atrajo hacia la cama.

—Es verdad, te quiero. Desde la primera noche. Y no jodería lo que tenemos por acostarme con otra mujer. ¡Lo que pasó con Mia fue del todo inocente!

Al ver que se alteraba, ella le llevó dos dedos a los labios.

—Ya me lo ha contado Mia. Te creo; siento haber dudado de ti.

—Te he dado razones para hacerlo, pero tras el accidente... No ha pasado nada, pero podría haber sido más grave... La idea de no tenerte a mi lado... No puedo soportarlo —dijo con la voz entrecortada por la emoción—. Te necesito siempre a mi lado.

Los grandes ojos azules de Rachel estaban empañados en lágrimas, pero fijos en su hombre.

—Pues ahí estaré siempre que me necesites, porque yo también te quiero.

Sentí ganas de ponerme a saltar de alegría y de subir a la azotea para compartir las buenas noticias con todo el mundo, pero tuve que conformarme con sonreír.

—Hijo —dijo Mick alegremente, acercándose a Mason por el otro lado de la cama—, creo que tienes algo que contarme.

—Papá, te presento a Rachel. Va a ser mi relaciones públicas a jornada completa..., si acepta mi oferta. —Ella asintió con una amplia sonrisa—. Y, además, es mi novia. La de verdad.

La sonrisa que Rachel nos dirigió fue tan brillante que iluminó la habitación, igual que la primera vez que la vi.

—Hola, señor Murphy. Soy Rachel Denton y estoy enamorada de su hijo.

Mick la miró, luego miró a su hijo y después a mí. Señalándome con el pulgar, preguntó:

—Y ¿qué pasa con ella?

—Es una escort —respondió Mason tranquilamente.

Me vinieron ganas de aplastarle la cabeza contra la pared. Mick abrió tanto los ojos que estuve a punto de verle el cerebro.

—Oh, no, no, no. No de las que está usted pensando —protestó Rachel.

—No, papá, no. La contratamos para mejorar mi imagen. Necesitaba una novia formal y, en aquel momento, Rachel y yo aún no estábamos juntos. De hecho, fue Mia la que nos animó a lanzarnos.

Era cierto.

—Siento no haberte contado la verdad, Mick, pero formaba parte de mi trabajo. ¿Me perdonas? —pregunté batiendo las pestañas en un intento de darle lástima.

—¿Y a mí? —añadió Mason con una mirada de cachorrillo abandonado.

Mick refunfuñó y le plantó una mano en el hombro, apoyándolo, como siempre.

—Hijo, si esta bella dama es tu novia y la amas como dices, estoy seguro de que yo también la querré. Pero, como vuelvas a engañarme, te voy a dar una tunda que te va a dejar peor que el accidente. ¿Me has oído?

Mason frunció el ceño, y Rachel y yo nos echamos a reír.

—Sí, papá. Te he oído.

Era temprano. El sol todavía no había asomado por el horizonte cuando cerré la cremallera de la maleta y la bajé a la planta baja, procurando no hacer ruido. Mason y

Rachel seguían durmiendo en el dormitorio principal. Cuando el médico le dio el alta a Mason, volvimos a casa y, aunque era tarde, su padre se encargó de preparar algo de cena. Dijo que los resfriados se curaban comiendo bien. Obviamente, Mason no estaba resfriado, había sufrido un pequeño accidente de coche, pero a ninguno de los tres nos pareció prudente hacérselo notar. Tuve la sensación de que su padre necesitaba hacer algo para ayudar, y también que necesitaba estar cerca de su hijo para asegurarse de que estaba bien.

En cuanto la cena estuvo lista, los hermanos de Mason empezaron a dejarse caer por la casa. Shaun acudió con su nueva novia. Cuando fui a comer a su casa, me había enseñado la foto de una chica, pero ya había cambiado de novia. Los adolescentes son así. Joder, yo también era así, saltando de hombre en hombre cada mes, sin saber adónde iría el mes siguiente. Sus hermanos le tomaron un poco el pelo a Mason por haber tenido un accidente y por tener dos novias, lo que hizo que Rachel, poco acostumbrada a ser el centro de atención de la familia Murphy, se sintiera algo incómoda. Aun así, estaba segura de que pronto encajaría. Ellie se encargaría de eso. Con su melena rubia y sus ojos azules, Rachel era la viva imagen de una princesa de cuento. Al igual que la madre de Mason, ella era una mujer elegante, de aspecto distinguido, belleza clásica y voz suave. Estaba convencida de que Mace y ella lograrían tener una relación duradera, siempre y cuando se comunicaran.

Crucé la casa casi a oscuras, preparé café y me lo bebí mirando por la ventana. Mi estancia con Mason había sido francamente interesante. Me lo había pasado muy bien viendo los partidos desde los asientos privilegiados de las *wags*. Me había encantado tratar con los jugadores y conocer desde dentro la vida de una *wag*. Y, más que todo eso, me había gustado aprender el funcionamiento de un equipo de béisbol. Era un grupo de hombres que se apoyaban unos a otros en todo momento y que jugaban al béisbol como si fueran una orquesta bien afinada. Ningún jugador era menos importante que los demás. Era el funcionamiento del conjunto lo que de verdad era hermoso de contemplar. Era una fan de los Red Sox mucho más entregada ahora que cuando había llegado a Boston, y ya entonces era fan incondicional.

También echaría de menos al resto de las esposas y las novias de los jugadores. Eran como una pequeña camarilla, y me había gustado mucho formar parte de su club. Me costaría mucho olvidarme de Sarah, de Morgan y, por supuesto, de la pequeña Kris. Eran buenas chicas que apoyaban a sus hombres al cien por cien. En silencio, les envié mis buenos deseos.

Sin embargo, lo más destacado de aquel mes había sido ver cómo una pareja se enamoraba. Dos personas que estaban convencidas de que no eran buenas la una para la otra habían acabado entendiendo que lo único que no podían soportar era estar separadas. Rachel y Mason se complementaban perfectamente. Eran como el yin y el yang.

Estaba encantada de comprobar que Mason se estaba reformando y ya no era un

cerdo. Supongo que nunca lo fue, que en realidad era su manera de defenderse de todo; levantando una barrera a su alrededor; una barrera que mantuviera alejadas a las mujeres decentes, puesto que no se sentía digno de ellas. No obstante, cuando empezó a cambiar y a descubrir cuál era su papel en el gran esquema de las cosas, le fue más fácil darse cuenta de que no necesitaba barreras. Podía mostrarse tal como era. Y, cuando lo hizo y vio que lo aceptaban, se le abrió un mundo de felicidad, encabezado por la señorita que en ese mismo momento dormía a su lado y que estaba dispuesta a cuidar de él a todos los niveles: en los negocios, pero también física, mental y emocionalmente.

A Rachel le hizo falta estar a punto de perder a Mason para darse cuenta de que ella era lo que él necesitaba. Mason no necesitaba nada más. Se había enamorado de ella tal como era. Estaba segura de que algún día la pareja recorrería junta el camino del altar.

Me acabé el café y saqué papel y bolígrafo.

Mason:

Hay una cosa que desconoces de mí, y es que no me gustan las despedidas. Son incómodas y desagradables, y precisamente por eso me marchó mientras estás durmiendo en brazos de la mujer que amas. La mujer que siempre estuviste destinado a amar.

Es un honor que me eligieras para ser tu novia de pega. Durante este último mes me lo he pasado mejor que en todos los últimos años juntos. Y he aprendido unas cuantas cosas. Me llevo conmigo la lección de que hay que mostrar siempre la mejor cara de uno mismo y que hay que estar abierto a lo que tenemos delante. Es importante dedicarle atención a encontrar la felicidad. Demasiado a menudo estamos inmersos en la vorágine cotidiana y no lo hacemos, por falta de tiempo o porque pensamos que la vida ya no puede mejorar, incluso cuando no somos felices. Tú le diste prioridad a la felicidad y ésta se presentó en forma de una preciosa y dulce rubia. Trátala bien. Está siendo muy valiente entregándose a ti por completo.

Rachel:

Cuida de él. Necesita una mujer fuerte a su lado, que no le deje pasar ni una ni media. Sé que tú eres esa mujer.

Os echaré de menos a los dos y me acordaré de vosotros a menudo. Gracias por mostrarme cómo puede ser la vida si uno elige anteponer la felicidad. Sé que algún día encontraré a la persona correcta y, cuando lo haga, y el momento sea el adecuado, no la dejaré escapar.

No os dejéis escapar el uno al otro.

Con todo mi amor,

MIA

Dejé la nota en la cocina, sobre la encimera. Saqué la maleta rodando de la casa, la bajé por la escalera y subí al taxi.

—Al Aeropuerto Internacional Logan.

Dejé la ciudad atrás mientras el sol empezaba a alzarse sobre el horizonte, iluminándola con una suave gama de azules y dorados. Había sido un gran mes. Entre los partidos de béisbol y los ratos compartidos con Mason, con Rachel y con el resto del equipo, me lo había pasado muy bien. Además, había tenido la oportunidad de estrenarme como organizadora de eventos. La gala benéfica que habíamos montado había sido un exitazo, y ayudaría a un montón de mujeres a luchar contra el cáncer de mama. En resumen, había sido un mes inolvidable.

El taxi me dejó en el aeropuerto, en la zona de salidas. Hice el *check-in*, pasé el control de seguridad y me dirigí a un Starbucks, donde me tomé otro café y un trozo de tarta de limón.

No obstante, había algo que no me dejaba estar tranquila, una sensación de alerta, y, cuanto más trataba de olvidarme de ella, más agresiva se volvía. Cogí el teléfono y sentí que el corazón se me detenía un momento al ver que había recibido un mensaje de Wes. Hacía dos semanas que no hablaba con él.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Seguimos siendo amigos?

Me quedé un buen rato dándoles vueltas a esas palabras. ¿Seguíamos siendo amigos? ¿Era eso lo que éramos Wes y yo, amigos? Amantes, sí, pero amigos... Antes de descubrir que se estaba acostando con Gina, le habría dicho que sí. Por supuesto, amigos con derechos. Pensé en Ginelle y en lo que nos convertía en amigas: la confianza y una historia en común. Y, sobre todo, que no me gustaría que dejara de tener un lugar en mi vida. Me sentiría perdida sin el ancla de su amistad. ¿Tenía todo eso con Wes?

La respuesta era un «sí» rotundo. Estaba segura de que, si lo llamaba en ese momento y le decía que lo necesitaba, él lo dejaría todo para estar a mi lado. Héctor también lo haría. Y Tony. Incluso Alec. Y Mason, sí, Mason también. Porque eran mis amigos. Gente con la que había compartido parte de mi existencia y que habían dejado huella en mi alma. Ahora son unas de las huellas que forman el camino de mi vida.

Le respondí, tecleando rápidamente.

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Sí, siempre siempre seremos amigos. No puedo imaginarme la vida sin ti.

Paseé por el aeropuerto, compré una revista y esperé junto a la puerta de

embarque. Poco después, el móvil me avisó de que había entrado un nuevo mensaje.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Yo siento lo mismo. ¿Aún hay sitio en tu vida para algo más o te he perdido para siempre?

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

No podrías perderme, pero, de momento, cada uno debe seguir su camino.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Sigues adelante con tu plan?

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Sí.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Cuándo podré volver a verte?

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Cuando el destino quiera que nos veamos.

Tras escribir esas palabras, apagué el teléfono y subí al avión que iba a llevarme a Las Vegas. Un par de días con mi hermana y mi mejor amiga eran justo lo que necesitaba antes de pasar un mes en Hawái. Tenía muchísimas ganas de ir. Sol, surf y loción bronceadora. ¡Que suba la temperatura!

MAYO

1

¡Mierda de escalas! De Boston había ido a Chicago y luego a Denver, donde di las gracias a lo más sagrado por haberme puesto las botas mientras corría tan rápido como me permitían las piernas cruzando el aeropuerto de punta a punta para coger otro avión, que pillé por los pelos. Sí, fui esa persona que todos los ocupantes del avión saben que está perdida en algún lugar del aeropuerto mientras esperan con impaciencia que suba al aparato.

Más de ciento cincuenta pares de ojos me fulminaron con la mirada en el momento en que me abría camino arrastrando la maleta entre los molestos pasajeros para llegar a mi sitio. A partir de ahí, las cosas fueron de mal en peor. Me senté en medio de un hombre muy rotundo y una niña de ocho años, muy curiosa, que viajaba sola. Sus padres estaban divorciados y ahora tenía dos familias. Odiaba a la mujer a la que había bautizado como su *monstruista* así como a la hija mayor de ésta, que, según la niña, era muy cruel con ella.

Se dirigía a casa de su madre, que trabajaba en un espectáculo en el Strip de Las Vegas. Normal. Cuando vivías en Las Vegas, en el corazón de Las Vegas, o trabajabas en un casino, o eras camarera o actuabas en algún espectáculo para los turistas. Si vivías a las afueras, ya había otro tipo de empleos disponibles.

Y si conocía todos esos detalles sobre la vida de Chasity es porque la pequeña se encargó de contármelo absolutamente todo acerca de su vida. Y no exagero nada. Supe que su color favorito era el lila, pero no el fuerte sino el flojito, así que supongo que se refería al color lavanda. Le gustaban mucho los animales, sobre todo los caballos. Lo que más le gustaba de pasar tiempo en casa de su padre, en Denver, era que vivía en una finca con animales. Eso daba muchos puntos a ojos de una niña de ocho años. Lo malo era que no tenía más remedio que soportar a su madrastra, y eso le restaba muchos puntos también. Luego estaba el tema de la culpabilidad. Su madre tenía muy pocos amigos y ninguna familia. La niña sentía que era su obligación hacerle compañía porque «a nadie le gusta estar solo. La gente necesita estar con otra gente». Al menos, eso era lo que opinaba la pequeña Chasity, sincera hasta decir basta y cargada de buenas intenciones.

Cuando el piloto anunció que aterrizábamos al cabo de veinte minutos, elevé una oración al Señor, pidiéndole que la pequeña Chasity y su madre encontraran el equilibrio en la vida. También di las gracias a los profesionales de la medicina que habían inventado los anticonceptivos. Pasar un rato al lado de aquella niña de ocho años hizo que me reafirmara en la convicción de que no estaba preparada para procrear. Era muy probable que no llegara a estarlo nunca; había que ser de una determinada forma para traer un hijo al mundo. Además, tenía la sensación de haber criado a mi hermana pequeña, Maddy. Me había salido bastante bien. Seguro que si criaba a otro, me saldría un demonio; mejor no tentar a la suerte. Como ya he comentado, la suerte y yo no nos llevábamos muy bien. Era una mala pécora, y no

tenía ganas de que volviera a fijarse en mí.

En la salida de equipajes esperé a que llegara la maleta extra que había facturado y que iba llena de material deportivo de los Red Sox, varios vaqueros y la ropa que había sacado de mi estancia en Chicago. Lo dejaría todo en casa de papá. Así Mads podría ponerse lo que quisiera y sentirse como una princesa con la ropa que Héctor y Rachel habían elegido para mí.

En cuanto conecté el teléfono, una serie de pitidos me indicaron la entrada de mensajes.

De: Mason Murphy

Para: Mia Saunders

La carta era muy bonita, bomboncito, pero habría preferido despedirme de ti en persona. Rachel y yo queríamos acompañarte al aeropuerto. Está dolida. Y yo, cabreado. Más te vale encontrar la manera de compensarnos. ;-)

No era la primera vez que un cliente —o debería decir mejor un amigo— se sentía decepcionado por mi modo de marcharme. A Wes no le extrañó mucho mi sigilosa despedida, estilo ninja. Alec lo aceptó con deportividad, y Héctor se echó a llorar. El latino me envió un mensaje lacrimógeno, quejándose porque le había arruinado la despedida perfecta. Dijo que lo había visto en una película y lo había organizado todo, con palomas al vuelo y no sé qué historias. No estoy segura; creo que en aquel momento Tony le quitó el teléfono y aportó su granito de arena a la indignación, culpándome de haberlo dejado con un novio llorón y diciéndome que le debía una.

El siguiente mensaje era de mi chófer.

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

¡Epa! Estoy fuera, dando vueltas. No me hagas esperar. No quiero que me pongan una multa por tu culpa, caraculo.

Riendo, cogí mi equipaje y busqué entre los coches hasta que distinguí el Honda de Ginelle. La saludé con la mano y ella se detuvo ante mí frente a la puerta, mal aparcada.

—¡Ya era hora, zorra! —me saludó mientras yo metía la maleta gigante y la de mano en el asiento de atrás.

Cuando entré de un salto en el asiento del pasajero, hizo estallar un gran globo de chicle que agitó sus mechones rubios alrededor de su cuello.

Alcé la barbilla.

—Hola, cariño, gracias por venir a buscarme —le dije con descaro.

Con un brusco movimiento de muñeca, volvió a meterse en el carril derecho, haciendo chirriar los neumáticos. Ginelle no era buena conductora, aunque tal vez podría haber competido en las carreras del circuito NASCAR. Sus maniobras eran

espectaculares, igual que su capacidad para tomar decisiones en milésimas de segundo cuando estaba al volante, pero se arriesgaba demasiado. De momento no había tenido ningún accidente, y a esa idea me aferré mientras nos incorporábamos a la autopista.

Inspiré lentamente, eché la cabeza hacia atrás y disfruté del silencio. Era mi mejor amiga, y eso significaba que podíamos estar en silencio sin sentirnos incómodas. Los sonidos de la autopista, de los globos de chicle y el aroma del champú de limón de Ginelle casi me hicieron llorar. Estaba en casa. Todo me resultaba familiar, y eso me gustaba. Eso era lo que había conocido toda mi vida. No significaba que fuera a pasar el resto de mis días allí, pero siempre que volvía lo disfrutaba mucho.

Gin me llevó a casa de mi padre y de Maddy. Se había dado cuenta de que estaba en modo contemplativo y no me obligó a charlar por charlar, pero me cogió de la mano y me la apretó en un gesto de solidaridad entre hermanas. No compartíamos padres, pero era lo mejor que me había pasado en la vida.

—Te quiero —susurré, y hasta ese momento no me di cuenta de lo sensible que estaba.

Ella me miró con su precioso y dulce rostro. Frunció los labios de un modo que me hizo sospechar que iba a devolverme las palabras, pero en vez de eso, dijo:

—Lo sé.

Me eché a reír a carcajadas. Ésa era Gin. En todo momento sabía exactamente lo que necesitaba. Y, tras un largo y pesado día de viaje, necesitaba reírme un poco. Siempre era duro separarme de mis clientes, y se me estaba haciendo durísimo separarme de Mason, a quien consideraba ya más que un amigo, un hermano. Además, saber que sólo tenía tres días escasos antes de ir a mi siguiente destino me ponía nerviosa. En Boston me había pasado del tiempo estipulado por dos días. Por lo general me quedaba en casa del cliente unos veinticuatro días, para poder disponer de unos seis para asuntos propios y para los desplazamientos. Ni siquiera había vuelto a California desde enero, y ya sólo faltaban tres días para que empezara mayo. Otro mes que acababa, otros cien mil dólares que se iban a la cuenta de Blaine.

Le di a Ginelle un sobre con el cheque.

—¿Te importa dejarlo en la recepción del hotel? Así me ahorro el sello.

—Ningún problema, guapa. —Gin cogió el sobre con el último pago de Blaine y se lo metió en el bolso mientras se acercaba a la acera, frente a la casa en la que nació—. Tendrás hambre, supongo. Mads te está preparando una cena de bienvenida: pastel de carne, puré de patatas, maíz y el famoso pastel de chocolate y cerezas de tu padre de postre —anunció antes de bajar del coche y sacar una caja de cervezas del maletero.

—No te imaginas cuánto te quiero en este momento —le dije sin perder de vista la caja de cervezas.

A continuación me volví hacia mi destartada casa, que tenía un diminuto porche iluminado por una bombilla pelada. Detrás de las cortinas vi a mi hermanita poniendo

la mesa. Para mí. Porque yo volvía a casa. ¿Puede haber una sensación mejor?

Gin me rodeó los hombros con el brazo y me empujó para que entrara.

—Que ya lo sé, pesada. ¿No me has oído antes? —Puso los ojos en blanco y suspiró teatralmente.

Yo negué con la cabeza y la abracé con fuerza.

Abrí la puerta y el delicioso olor de la carne, las verduras y el ajo me asaltó la nariz.

—¡Mads, ya estoy aquí! —exclamé mientras soltaba la maleta de mano en la mesa auxiliar de la entrada.

Luego esperé a oír el grito de mi hermana. Maddy siempre gritaba como una niña pequeña cuando estaba entusiasmada. No me decepcionó. El grito fue seguido por el resto de mi hermana, que se abalanzó sobre mí. Cada día estaba más alta. Me mantuve firme, pero con esfuerzo. A punto estuvo de tirarme al suelo.

—Pequeña, te he echado de menos.

Abracé con fuerza su esbelto talle. Llevaba casi dos meses sin verla y estaba cambiada. Había comenzado a llenar las aristas que el rápido crecimiento de la adolescencia había dejado en su cuerpo. Empezaba a notarse que era hija de mamá. Parecía que ambas íbamos a heredar sus curvas voluptuosas.

Las tetas le habían crecido, sin duda, y las caderas parecían un poco más mullidas. Rompí el abrazo, alejándome de su aroma a almendras y cerezas, y la miré a los ojos. La enorme sonrisa que tanto me gustaba le llenaba media cara.

—La chica más bonita del mundo, pero sólo cuando sonrío —le dije repitiendo la frase que tantas veces le había dicho a lo largo de la última década. Se ruborizó y me dio otro abrazo, mucho más apretado, como si no quisiera soltarme—. ¿Qué pasa? —Le sujeté la cara entre las manos y la miré a los ojos.

Maddy sacudió la cabeza y dejó que el flequillo demasiado largo que llevaba le cubriera los ojos.

—Nada. Es que estoy muy contenta de que estés aquí. He preparado tu comida favorita.

—Lo huelo. —En ese preciso instante, mi estómago decidió anunciar que llevaba todo el día sin comer con un rugido exagerado.

—La sopa está lista —dijo Maddy cogiéndome de la mano y llevándome hacia la cocina.

Ginelle nos siguió. Bien, sí, aquello estaba muy bien y era justo lo que necesitaba.

—¡Vamos a ir a Hawái! —resonó por la habitación, a una cantidad de decibelios capaz de romper el cristal.

—¡Madre mía! Cálmate un poco —pedí tapándome los oídos con las manos.

—¿Me tomas el pelo? ¿Voy a ir a Hawái? Si nunca he salido de Nevada excepto para ir a visitarte a California. Y ahora voy a cruzar el jodido océano lleno de

ballenas y de peces y de todo. ¡Joder, joder! —exclamó Ginelle metiéndose otro chicle en la boca, seguido de un sorbo de cerveza. ¡Qué asco! Aunque no le dije nada porque, gracias a los chicles, había dejado de fumar, y eso era un gran avance.

Tras darle un trago a mi botellín, lo dejé sobre la mesa de fórmica.

—Cálmate. Sí, os voy a pagar el viaje a las dos. Tenéis que poner os de acuerdo sobre la fecha que os va mejor. Podéis veniros una semanita y quedaros en el bungalow que tendré para mí sola. —Levanté las manos para que no volvieran a interrumpirme—. No, aún no sé cómo serán las habitaciones. Tal vez tengamos que compartir cama, pero vamos, aunque sea así, vendréis, ¿no? Os saldrá gratis.

—¡Ya te digo! ¡Aunque tenga que dormir en el jodido suelo!

Gruñí.

—Gin, ¿puedes hablar un poco mejor cuando Mads esté con nosotras?

—Vamos, hombre, que ya no soy una niña —protestó Maddy—. De hecho..., soy oficialmente una mujer desde la semana pasada —añadió en un tono muy digno, meramente informativo. Desde luego, no eran las palabras que deseaba oír en labios de mi hermanita.

Cerré los ojos y alargué la mano. Estuve a punto de tirar la cerveza, pero Gin lo impidió.

—Mads —susurré.

Ella frunció los labios y sonrió con timidez mientras trazaba líneas sobre la mesa.

—¿Podríamos hablar sobre esto más tarde? —preguntó mirando a Ginelle. Aunque Gin y yo éramos como hermanas, Maddy no tenía la misma confianza con ella.

Mi amiga miró el reloj sin disimulo.

—Vaya, qué tarde se ha hecho. ¡Tengo que irme! —exclamó—. Parece que voy a tener que comprarme un bañador. Ah, y mañana a la una tenemos cita en el *spa* para hacerte la puesta a punto. Un día de chicas, las tres juntas. Mola, ¿eh?

—Gin..., gracias. Por todo. Ya sabes que... —empecé a decir, sin embargo Ginelle, como siempre, me puso las cosas fáciles.

No la molestó en absoluto que Maddy quisiera estar a solas conmigo. Me abrazó, le dio un beso en la coronilla a mi hermana y le alborotó el pelo.

—¡Os veo mañana, zorras!

—¡Chao! —nos despedimos Maddy y yo a la vez.

La tensión en la cocina aumentó, pero no era una tensión mala, sino de las de «Si- tienes-algo-que-decir-suéltalo-de-una-puñetera-vez».

—No estaba planeado —empezó a decir mi hermana mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. Quería hablarlo contigo primero, pero nos lo estábamos pasando tan bien... Él me quiere; me quiere de verdad, y yo también lo quiero y...

Le cubrí la mano con la mía y, mirándola a esos ojos tan bonitos que tiene, le pregunté:

—¿Qué tal? ¿Cómo fue?

Ella se humedeció los labios mientras inclinaba la cabeza.

—Me dolió. Sangré un poco, pero fue taaan despacio... Tanto que temblaba por el esfuerzo. Tenía miedo de hacerme daño y, bueno, la verdad es que sólo me dolió al principio.

Yo sonreí, notando que también se me llenaban los ojos de lágrimas. Mi pequeña había crecido. Las lágrimas me cayeron por las mejillas.

—¿Disfrutaste?

Ella asintió con entusiasmo.

—Y ya lo hemos hecho dos veces más desde ese día. —Se echó a reír—. ¡Y ha sido mil veces mejor que la primera!

Yo reí también y asentí. Conocía la sensación.

—¿Y el resto de la relación? ¿Cómo se porta contigo después de haberlo hecho? ¿Igual que antes?

Sus ojos se iluminaron como un pastel de cumpleaños repleto de velas encendidas.

—Oh, es el mejor novio. Cada día me dice que soy la chica más guapa del mundo. Me dice que me quiere y que un día nos casaremos. —Maddy se agarró las manos ante el pecho y se quedó mirando al infinito con la vista clavada en la pared de la cocina—. Él lo es todo para mí, Mia. Es todo lo que siempre soñé. Es todo lo que me dijiste que debía buscar en un hombre antes de dar el gran paso. ¡Soy tan feliz!

Arrastré la silla hacia ella y la abracé. Necesitaba sentirla cerca.

—Me alegro mucho de que fuera una buena experiencia y de que el hombre al que amas te quiera por ser como eres. Porque... es así, ¿no? ¿Te quiere por tu belleza interior, no sólo porque seas guapa?

Ella asintió frenéticamente con la cabeza pegada a la mía mientras yo le acariciaba el pelo.

—Eso creo. Me lo dice siempre. Y quiere hablar contigo. Le dije que esta noche no era un buen momento, pero que tal vez mañana querrías ir a cenar a su casa para conocer a sus padres. Ellos desean conocer a mi familia y..., bueno, tú eres la única familia que puedo presentarle.

Me invadió una oleada de remordimiento, acompañada de enfado contra mi madre por habernos abandonado y de lástima porque mi padre no hubiera sido capaz de aguantar la presión y no pudiera acompañarnos en los momentos importantes de la vida. Al menos, en los de la vida de Maddy. Ella se lo merecía todo.

Sosteniéndole la cara entre las manos, me incliné hacia ella y le di un suave beso en los labios.

—Me encantará conocer a los padres de tu novio y tener una charla con él.

Una vez más, esa cara que podía iluminar cien ciudades brilló de ilusión y de felicidad. Se levantó de un salto y se acercó a la cafetera. Echó varias cucharadas de café descafeinado mientras bailoteaba al ritmo de una canción que sólo ella oía.

—Esto hay que celebrarlo. ¡Esto se merece chocolate!

—Suenan bien, pequeñaja. Llevo desde mi cumpleaños soñando con volver a comer pastel de chocolate y cerezas.

Esa noche charlamos como hermanas, poniéndonos al día de todo. Le hablé de mis clientes y de lo mucho que había llegado a apreciarlos a todos. Era fan de los Red Sox, igual que yo, y por eso el que más la impresionó fue Mason. Cuando le diera la camiseta firmada, la foto y la gorra, iba a flipar. Por supuesto, le prometí que le presentaría a Mason y al resto del equipo si se daba la ocasión.

En cuanto salió el tema de Wes, se lo conté todo. Lo necesitaba.

—¡Qué cabrón! —exclamó cuando le conté que Gina había respondido al teléfono y que luego él había admitido que se la estaba tirando.

Sacudí la cabeza.

—Gracias por tu apoyo. Yo pensé lo mismo al principio, pero si le das unas vueltas verás que no es así. ¿Qué debería hacer Wes? ¿Esperar a que yo me decida mientras me divierto con unos cuantos tipos sin hacer nada, encerrado en casa?

Ella me miró muy seria.

—No parece muy justo —admitió.

—No, no lo sería. No te digo que no me haya dolido. Durante más de una semana me negué a hablar con él, pero al final me hice a la idea. Y, encima, poco después, me vi con Alec y..., ya sabes, una cosa llevó a la otra.

Maddy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo viste y una cosa llevó a la otra? ¿Cómo se enteró él de que ibas a estar en Seattle?

Sorbí el café con la mirada perdida.

—Eh..., los detalles los tengo un poco borrosos. —Traté de salir del paso, pero no coló.

—¡Y una mierda! Lo llamaste para frungir con él, ¿a que sí? —me acusó ella, aunque se estaba aguantando la risa.

—¿*Frungir*? ¿Qué demonios significa eso? Creo que el término más adecuado sería *un polvo de emergencia*, y te aseguro, hermanita, que a ese hombre deberían recetarlos todos los médicos como tratamiento de emergencia —dije sintiéndome muy orgullosa y satisfecha mientras me zampaba un segundo trozo de pastel.

La risita de Maddy me hizo reír con ganas. Seguía siendo tan joven e inocente... Esperaba que ese noviete suyo fuera un tipo legal, y que no se estuviera aprovechando de ella. Supongo que lo descubriría al día siguiente, cuando me reuniera con sus padres. Un escalofrío de inquietud me recorrió la espalda.

¿Era eso lo que sentían los padres y las madres que iban a conocer a sus consuegros? A ver, no era una petición de mano; sólo era una cena. Las familias normales hacen esas cosas, ¿no?

No tenía ni repajolera idea.

Esa misma noche, después de acostarnos, le envié un mensaje a Angie, la hermana de Tony. Nos habíamos hecho bastante amigas en Chicago. Si alguien podía

aconsejarme sobre lo que debía hacer en esa situación, era ella.

De: Mia Saunders

Para: Angelina Fasano

Hola, Angie, soy Mia. Perdona la hora. Una preguntita. Cuando los padres del novio invitan a los de la novia a cenar, ¿es serio?

Sorprendentemente, Angie me respondió enseguida. Eché un vistazo al reloj. Eran las tres de la madrugada aquí; en Chicago eran las cinco.

De: Angelina Fasano

Para: Mia Saunders

Hola, guapa. Qué pregunta tan rara, pero sí, es una formalidad. Quieren asegurarse de que la chica es lo bastante buena para su hijo conociendo a su familia. ¿Por qué lo preguntas?

Joder. Tendría que llamar a Héctor al día siguiente para preguntarle qué tenía que ponerme. Él lo sabría. Lo primero era asegurarme de dar la imagen de hermana mayor responsable. No hablar del trabajo. No sacar el tema de que el borrachuzo de papá estaba en un centro para convalecientes del gobierno porque mi exnovio, el tiburón prestamista, le había dado una paliza que había estado a punto de mandarlo al otro barrio. Joder, me sonaba fatal hasta a mí.

Gruñí, rompiendo el silencio de la habitación, y le respondí a Angie.

De: Mia Saunders

Para: Angelina Fasano

El primer novio formal de mi hermana, ufff.

De: Angelina Fasano

Para: Mia Saunders

No querría estar en tu lugar, ja, ja, ja.

Tras pasar el día de mano en mano, recibiendo el trato que nos merecíamos como las estrellas de Hollywood que Gin, Maddy y yo fingimos ser, lo último que me apetecía era cenar con desconocidos. Peor aún, no me apetecía nada que esos desconocidos pensaran que mis genes o yo no estábamos a su altura. Mientras me preparaba para la gran ocasión con los padres del novio de Maddy, refunfuñé varias veces. Mi hermana, en cambio, bailaba por la casa, deteniéndose para mirarse cada vez que pasaba ante un espejo, alisándose el vestido de amplio vuelo y colocándose cabellos inexistentes en la cola de caballo como si fuera la mujer más feliz del mundo.

Se la veía joven, despreocupada y muy bonita. En Las Vegas, a finales de abril ya se podía ir vestido de verano, y a Maddy le quedaba genial. La miré de arriba abajo. Era la viva imagen de la vecinita de al lado. Tenía el pelo rubio y unos preciosos ojos verdes, el único rasgo físico que compartíamos. Un día sería una esposa perfecta en un barrio residencial de una gran ciudad. Hasta donde me alcanzaba la memoria, mi hermana siempre había querido casarse, tener una casa rodeada por una verja de madera blanca y un montón de niños. Justo todo lo contrario que yo.

—Y ¿en qué quiere especializarse Matt? —le pregunté mientras me rizaba los últimos mechones de mi oscura melena.

—En botánica, ¿te acuerdas que te lo comenté? —Maddy suspiró y se sentó en la cama, enlazando las manos sobre el regazo.

Asentí y la miré a través del espejo.

—¿Y tú? ¿Lo has decidido ya? Hace un par de meses dudabas entre unas cuantas asignaturas de ciencias...

Por dentro, iba repitiendo: «Por favor, patología forense, no; patología forense, no...». Me estaba imaginando a la gente preguntándome: «¿A qué se dedica tu hermana?». «A cortar gente en pedacitos.» Hice una mueca, pero la disimulé enseguida, ya que no quería influir en su decisión. Aunque una parte de mí deseaba tomar todas las decisiones importantes por ella, racionalmente sabía que debía ser ella quien lo hiciera. Mi dulce hermanita era ya una adulta, y era hora de empezar a tratarla como tal.

Ella inspiró, dobló una pierna y se sentó sobre el pie.

—Pues la verdad es que sí. Voy a estudiar bioquímica.

Me volví hacia ella, repitiendo la palabra para mí.

Eso de la bioquímica tenía algo que ver con la biología, ¿no? ¡Al menos no sería forense!

—Vale. Y ¿eso qué es exactamente? ¿A qué te dedicarás cuando acabes los estudios?

Maddy se acomodó y se pasó la lengua por los labios. Mientras hablaba, se fue animando. Se le encendieron las mejillas, la sonrisa se le hizo más amplia y los ojos se le iluminaron. Reconozco que no la escuché con mucha atención porque, la

verdad, empezó a decir cosas muy raras y puse el filtro.

—... básicamente, los bioquímicos estudiamos aspectos del sistema inmunológico, las expresiones de los genes, aislando, analizando y sintetizando distintos productos. Podría trabajar con mutaciones del cáncer, dirigir un laboratorio o tener mi propio equipo de investigación. Las opciones son muy numerosas.

Escuchar la cantidad de caminos que se abrían ante el futuro de mi hermana me hizo sonreír con ganas.

—¡Qué orgullosa estoy de ti! Mads, eso de la bioquímica suena complicado, pero creo que es perfecto para ti. ¿Cuántos años son? Sigues queriendo doctorarte y hacer un máster, ¿no? —Ella se mordió el labio inferior y apartó la vista—. Maddy, sé que estás preocupada por los gastos, pero no debes estarlo. Ya he pagado lo que debíamos de la matrícula de este año y de los pasados. —Me miró con los ojos muy abiertos, igual que la boca. Yo sonreí. Me encantaba darle sorpresas—. Cuando acabe este año habré terminado de pagar la deuda de papá, pero además habré ahorrado lo suficiente como para pagarte la carrera. ¡No quiero que te conformes con menos! —«Como hice yo», quería añadir, pero me callé. Mi destino en esos instantes era incierto. De momento, lo mejor me parecía dejarme llevar por la corriente y ganar el dinero que necesitaba para asegurar la supervivencia de mi familia.

Maddy se levantó de la cama de un brinco, se acercó a mí y me abrazó con los ojos llenos de lágrimas. El brillo hacía que aún fueran más parecidos a las joyas.

—Te quiero. Cuando sea una científica rica, te compraré una casa al lado de la mía. Así dará igual en qué parte del mundo estés, siempre sabrás dónde está tu hogar: cerca de mí. —Me dio un beso en la mejilla y yo le di unas palmaditas en la cabeza—. Y no te preocupes: presentaré papeles para pedir una beca porque, para llegar al puesto que quiero ocupar en ese campo, necesitaré el doctorado.

Doctorado. La palabra me provocó un chute de adrenalina que me atravesó el pecho y se extendió por brazos y piernas. Se me puso el vello de punta y di rienda suelta a mi entusiasmo.

—¡Una doctora en la familia! —exclamé maravillada con el tono que usaría una madre orgullosa.

Maddy puso los ojos en blanco y asintió con una mezcla de mohín y sonrisa irónica.

—Sí. Doctora... en bioquímica —dijo riéndose.

—Joder, qué más da el tipo de doctora. Mi hermanita va a ser doctora y científica. Me has alegrado el año entero, pequeña.

Sacudiendo la cabeza con incredulidad, me imaginé el futuro. Vi a Maddy cruzar el estrado para recibir el diploma, entrando en alguna empresa llevando una bata blanca que le daba autoridad. Sí, mi pequeña iba a llegar muy lejos, y yo haría lo que estuviera en mi mano para asegurarme de que cumplía todos sus sueños. Me quedé mirando al infinito, perdida en mis ensoñaciones, hasta que Maddy me hizo cosquillas en el brazo.

—Ya suponía que te haría ilusión. ¿Nos vamos ya? Me muero de ganas de ver a Matt.

Matt. Su novio. Con el que acababa de perder la virginidad. Más le valía merecerla. O valía su peso en oro o le machacaría el culo con tanta rapidez que ni lo vería venir. Nada iba a interponerse entre Maddy y el éxito. Nada.

Los padres de Matt eran los clásicos padres que salían en las series de televisión antiguas, de esos que todo el mundo quería pero que nadie tenía. Matt Rains era la excepción. Tenía una pareja de padres perfectos. Su madre, Tiffany, era alta. Su pelo era oscuro, igual que los ojos. Su padre, de unos treinta centímetros más alto que ella, tenía el pelo castaño y unos ojos de un asombroso azul claro. Matt, el joven al que mi hermana estaba mirando con ojos de cordero degollado, era guapísimo y con un aire entre empollón y chic. Llevaba una camisa de vestir que le cubría lo que parecían ser unos hombros fuertes y bien definidos. Estaba claro que se cuidaba y que entrenaba. Tenía el pelo oscuro, ondulado, pero peinado hacia atrás; la nariz recta, lo que le servía para aguantar las gafas de pasta negra. Lo que decía: entre empollón y chic. Y tenía los ojos del mismo color que su padre, unos ojos que no se habían apartado de mi hermana durante toda la cena.

—Mia, me han contado que vuestro padre está en el hospital —comentó Trent Rains mientras su esposa servía el postre.

Asentí.

—Sí, sufrió un desgraciado accidente. Lleva unos cuantos meses en coma, pero rezamos cada día para que se despierte.

La expresión de Tiffany se suavizó, y me apoyó una mano en el hombro.

—Lo siento. Debe de ser duro para dos mujeres solas abrirse camino en la vida. —Sacudió la cabeza, pero no como si le diéramos lástima, sino más bien como si la idea la entristeciera.

Estuve a punto de replicarle algo no muy amable pero, con esfuerzo, me mordí la lengua. Esa familia estaba siendo cordial y no se merecía mi amargura. Aun así, lo que había estado a punto de decir, y que me estaba quemando la lengua como si fuera ácido, era que yo llevaba cuidando de nosotras desde que tenía diez años y que las cosas no nos habían ido tan mal. Por suerte, logré controlarme y no quedar como una auténtica bruja. Sonreí y bebí un poco de café. Mierda, es que hasta el café sabía mejor que en casa. Probablemente tomaban un café de esos sofisticados, de los que hay que moler cada día.

—Un momento de atención, por favor —dijo Matt levantándose y dándole la mano a mi hermana. Ella lo miró con diamantes en los ojos—. Tengo algo que anunciar.

Cada vez que una persona afirma que tiene algo que anunciar, por lo general significa que está a punto de organizarse una buena. Horrorizada, vi a Matt tirar del

brazo de Maddy y rodearle los hombros. Si me hubieran preguntado, habría dicho que estaban demasiado pegados, pero nadie me preguntó.

Matt inclinó la cabeza y pegó la frente a la de mi hermana. Una sensación de devoción completa y absoluta impregnó el ambiente.

—Le he pedido a Madison que sea mi esposa, y ¡ella ha aceptado! —anunció con entusiasmo y una enorme sonrisa.

Su madre empezó a soltar gritos y su padre llenó la sala con unas risotadas que me recordaron a Papá Noel.

¿Qué hice yo? Estuve a punto de mearme encima.

«Pero ¿qué coño...?»

Maddy, que sonreía como nunca la había visto hacerlo, se volvió hacia mí y, en ese instante, su sonrisa se apagó y la barbilla le empezó a temblar, seguida del labio inferior. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no las dejó caer.

—Por favor, Mia —la oí susurrar.

Sacudí la cabeza, me levanté y salí de la casa. Me quedé en el porche de la familia Rains, contemplando la vista del desierto. Si hubiera permanecido en la mesa, habría perdido los papeles. Habría arrancado a mi pequeña de las garras de esa familia de serie televisiva y le habría quitado de la cabeza la idea de casarse... ¡a los diecinueve años! Joder, era ridículo.

Caminé por el porche, arriba y abajo. Estaba sofocada y me sudaban la frente y el labio superior. Mientras le daba vueltas a la cabeza, tratando de encontrar la manera de salir de allí sin parecer la hermana malvada, oí que la puerta se abría y se cerraba otra vez a mi espalda.

Al volverme, vi que era Matt. Tenía una expresión de remordimiento en la cara, pero no lo suficientemente grande como para pensar que iba a echarse atrás.

—Lo siento. Sé que debería haberte pedido permiso antes, pero después de lo que sucedió el fin de semana pasado...

—¿Te refieres a cuando robaste la virginidad de mi hermana?! —grité sin reconocer mi propia voz. Parecía el grito de una *banshee*.

Él echó la cabeza hacia atrás, como si acabara de golpearlo.

—No creo que sea asunto tuyo, ya que Madison es una mujer adulta que toma sus propias decisiones y a la que quiero muchísimo. Maddie me hizo un regalo muy valioso que siempre llevaré en mi corazón y que no deseo que comparta con ningún otro hombre en toda su vida. —Lo dijo con tanta convicción que juraría que creció un par de centímetros mientras pronunciaba esas palabras destinadas a llevarme a su terreno. De momento, no lo estaba consiguiendo.

Tirando de un mechón de pelo, me apoyé en la barandilla.

—¿Qué necesidad hay de que os caséis ahora mismo? ¿Por qué tanta prisa?

Él se acercó y se detuvo frente a mí.

—Nadie ha hablado de casarse ahora mismo. Primero queremos graduarnos, y aún nos faltan dos años. —Oír eso hizo que el pánico que se había apoderado de mí

cediera un poco y que el enfado adquiriera una proporción manejable—. Sólo nos hemos comprometido. Quería que ella supiera que soy suyo y que ella es mía. Me parece importante porque tenemos previsto irnos a vivir juntos... pronto.

En ese momento, la frustración me atropelló como si fuera un rodillo aplastando masa.

—¿En serio? —gruñí.

Él asintió.

—No me gusta el lugar donde vive, y mucho menos me gusta que tenga que estar allí sola. Los días que pasó sin coche, casi me volví loco pensando que iba a tener que cruzar ese vecindario de noche a pie. Luego le compraste el coche y las cosas mejoraron un poco, pero tu padre no duerme allí, Mia, y tú tampoco. —Esa última parte de la frase me golpeó como un sartenazo en la cara. El rostro de Matt se tornó más duro, casi frío, y su tono se volvió más serio—. Está sola, sin protección. —Negó con la cabeza—. Es inaceptable —concluyó con un resoplido, como si fuera un anciano indignado y no un veinteañero que aún tenía que convertirse en un hombre.

Los hombros se me encorvaron por el peso del fracaso. El chico tenía razón; mucha razón. A mí me hacía tan poca gracia como a él que Maddy viviera allí sola. Lo odiaba. Había sido una fuente constante de preocupación durante estos últimos meses. Justo por eso le había pedido a Ginelle que se pasara por casa cada noche al volver del trabajo, para que se asegurara de que estaba bien.

Inspiré lentamente por la nariz y solté el aire aún más despacio.

—Tienes razón: no es un sitio seguro.

Matt asintió, pero guardó silencio. Me gustó que me diera tiempo para que acabara de expresar mis preocupaciones. Estábamos en Las Vegas. Podrían haber pasado por una de las miles de capillas de la calle principal si hubieran querido. Agarré la barandilla, clavando las uñas en la madera blanca y mirando el desierto.

—Es que tengo miedo de que cometa una equivocación: sois tan jóvenes...

—Por eso vamos a tomarnos las cosas con calma. Primero nos iremos a vivir juntos, para ver qué tal nos va. Nos apoyaremos mutuamente y nos graduaremos a la vez. A los dos nos quedan dos años más, aparte de este curso.

Yo salté porque eso no era del todo cierto. Mads tenía previsto doctorarse. Sería la primera doctora de la familia.

—Pero Maddy quiere sacarse el doctorado. ¿Qué harás? ¿La mantendrás mientras ella estudia?

Él asintió con entusiasmo.

—Por supuesto. ¡Se lo propuse yo! Ella es la primera de la clase; saca mejores notas que yo, y eso que me dejó el culo estudiando. Tiene un talento natural y una mente privilegiada. De hecho, es la mejor de toda la promoción. Será una maravillosa científica. Y yo seré el tipo orgulloso que le dé palmaditas en la espalda mientras ella recibe todos los premios y da todas las charlas que le pedirán que ofrezca en el futuro. Estaré siempre a su lado y la animaré, igual que ella hará conmigo. —Matt me apoyó

una mano en el brazo para obligarme a mirarlo a los ojos—. No nos estamos tomando el tema a la ligera y no somos unos descerebrados. Pero estamos enamorados y no quiero arriesgarme a perderla.

Los ojos del chico desprendían tanta convicción que no pude seguir enfadada por más tiempo. La rabia se escurrió de mi cuerpo dando vueltas como si hubiera quitado el tapón de la bañera. Pero con ella se me fueron también las fuerzas. Me sentía agotada y derrotada.

—¿Puedo salir ya? —preguntó la voz de Maddy a través de la mosquitera de la puerta.

—Sí, pequeña, puedes salir. A ver, enséñame ese anillo —ordené fulminando con la mirada a Matt, en broma, para aligerar el ambiente—. ¡Más te vale que exista un anillo! —Intenté fruncir el ceño, pero me olvidé de todo en cuanto vi aparecer a Maddy dando saltitos con la mano izquierda extendida.

El anillo no era enorme, pero tampoco era pequeño. Parecía antiguo.

—Era de mi abuela. Mamá me lo dio el primer día que invité a Madison a cenar a casa —dijo Matt, y se echó a reír.

—Es precioso.

Levanté la vista hacia la cara de mi hermana, que parecía extrañamente nerviosa e insegura de sí misma. Dios, esperaba que estar junto a Matt le hiciera ganar confianza. Si era capaz de enfrentarse a una hermana sobreprotectora y loca de remate, podría enseñarle a tener más confianza en sí misma.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Maddy.

—Soy tan feliz, Mia. Por favor, alégrate por mí. No puedo soportar decepcionarte.

Desde que era una niña, y sobre todo después de que mamá nos dejara, yo había sido su único referente femenino. Con el paso de los años, cada vez llevaba peor la idea de que me había hecho daño o me había decepcionado de alguna manera. Esa chiquilla preferiría caminar sobre ascuas a arriesgarse a decepcionarme.

—¡Oh, tontita, ven aquí! —La abracé y ella se echó a llorar con suavidad, con la cara hundida en mi cuello.

La dejé desahogarse, para que se liberara del miedo y de los nervios mientras le acariciaba la espalda y le cantaba su canción. *Three Little Birds* era la canción que siempre le cantaba cuando era pequeña. La aprendí escuchando un CD de Bob Marley que ponía siempre mi padre cuando estaba borracho. Él solía escuchar *No Woman, No Cry* en bucle mientras yo me ocupaba de Maddy y de mí misma. Cantar la canción de Mads me hacía creer que, algún día, las cosas se arreglarían.

Maddy apartó la cara y se secó las lágrimas con los pulgares.

—Siento haber reaccionado así —dije. Luego miré a Matt de reojo—. Tus padres probablemente piensan que estoy como una cabra.

Él se echó a reír.

—No, creo que lo entienden perfectamente. Lo que pasa es que se ponen en

nuestro lugar, porque su relación fue también muy impulsiva y a la familia le costó aceptarlo. Se conocieron y se casaron en un plazo de tres meses. Para ellos, lo único que hago es seguir sus pasos. Pero te prometo, Mia, que esto no ha sido un impulso. Terminaremos la carrera, pero me sentiré mucho más tranquilo si ella lleva mi anillo en el dedo y si vive en mi apartamento, que está justo enfrente de la facultad.

—¿Vives enfrente de la facultad? —El lado maternal que sólo hacía acto de presencia cuando se trataba de mi hermana pequeña volvió a asomar la cabeza como si fuera un barco perdido en un océano oscuro y acabara de ver la luz de un faro.

Él me dirigió una sonrisa amplia y asintió con la cabeza mientras rodeaba a Maddy con un brazo.

—¿Estás bien, preciosa? —le susurró al oído, aunque como estaba cerca, lo oí.

Me fijé en el mimo y la preocupación con que trataba a mi hermana. Era un buen tipo. Con toda probabilidad, un ángel entre el océano de pecadores que vivían en Las Vegas.

—Si a Mia le parece bien, a mí también —respondió ella mirándome.

Gruñí.

—Vale, vale, te doy mi bendición.

Mis palabras provocaron una reacción. Una reacción saltarina, ruidosa y muy adolescente, para ser exactos.

Tras unos cuantos consejos por mi parte, volvimos a entrar en la casa. Tiffany y Trent Rains nos estaban esperando con paciencia en el salón.

—Mi chico cuidará de tu hermana estupendamente, te lo aseguro —afirmó el señor Rains radiante de orgullo—. Tiene la cabeza bien amueblada, pero no hay quien detenga a un hombre enamorado, y menos a un Rains. Cuando un hombre de la familia Rains se enamora, lo hace rápida e intensamente, y lo hace para siempre. — Pasando un brazo sobre los hombros de su esposa, añadió encantado—: Y eso es así.

Me senté y contemplé a la pareja feliz.

—Maddy y yo no tuvimos una infancia fácil —expliqué—. Sólo nos hemos tenido la una a la otra. Al oír que mi hermanita se iba a casar a los diecinueve años, se me han cruzado los cables. No he reaccionado bien, lo siento.

Tiffany se levantó y se sentó a mi lado en el diván.

—No te preocupes. Cuando Matt nos lo comentó, esta misma semana, yo también me quedé muy asombrada. A ver, sabía que estaba enamorado de ella porque llevan dos meses casi sin despegarse, pero lo del compromiso fue una sorpresa.

Dos meses. Llevaban dos meses juntos y ya se habían comprometido. Es que no me cabía en la cabeza.

—Me parece tan repentino...

—Estas cosas pasan en la familia Rains —dijo Tiffany, sonriéndole a su esposo. Sus ojos marrones brillaban llenos de amor, adoración y lealtad.

Quería que mi hermana tuviera todas esas cosas. Tal vez si se casaba con el joven Rains las conseguiría. «Pero, por favor, Dios, ¡que sea después de graduarse!»

Tiffany me consoló acariciándome la espalda en un gesto maternal que hacía tantos años que no recibía que ni me acordaba de cuándo había sido la última vez.

—Todo saldrá bien —me aseguró—. Acabarán los estudios y después planearemos la boda. Tenemos mucho tiempo.

Tiempo. Últimamente tenía la sensación de que nunca tenía el tiempo suficiente.

El resto de mi estancia en Las Vegas fue un absoluto torbellino. Gin, por supuesto, opinó que el compromiso de Maddy era lo más divertido que había oído en mucho tiempo. Esa mala zorra sabía exactamente qué teclas pulsar para sacarme de quicio, y se pasó el resto de mi estancia pulsándolas. Hacía comentarios sobre Matt y Maddy, diciendo que se escaparían y se casarían en una capilla cutre, o que ella se quedaría embarazada a la primera de cambio. Esa broma me hizo tan poca gracia que senté a Maddy y le di una buena charla sobre la importancia de no saltarse ni un solo día la píldora anticonceptiva. Me juró que nunca se la saltaba y que se la tomaba cada noche antes de acostarse. Tras esa embarazosa conversación —sobre todo para ella—, le pedí que uniéramos los meñiques y que me jurara que no se casaría sin mí. No se me ocurrió otra manera de asegurarme de que las cosas seguirían como hasta ese momento. En sus diecinueve años de vida nunca habíamos roto una promesa que nos hubiéramos hecho con los meñiques unidos. Era algo sagrado, así que, cuando ella me besó el dedo y yo besé el suyo, supe que no me defraudaría.

Sentada en el avión, reflexioné sobre mi reacción cuando me había enterado de que ese par de adolescentes iban a casarse. ¿Por qué me había puesto tan a la defensiva? ¿Sería porque no quería que mi hermana tuviera su final feliz antes que yo? Gin, desde luego, se encargaba de tomarme el pelo al respecto todos los días. Pero no, no era eso. Yo no quería lo mismo que ella. En realidad, la respuesta era mucho más sencilla: no soportaba la idea de perderla.

Llevaba toda la vida cuidando de mi hermana. Cuando se fuera a vivir con ese chico, él sería su apoyo en la vida y empezaría a perderla. Los padres de Matt me habían informado de que ellos pagaban el apartamento de su hijo en la facultad y que Maddy sólo necesitaría dinero para sus gastos. Dijeron que no les importaba pagar un poco más en la factura de comida de su hijo, ya que consideraban a Maddy como un nuevo miembro de la familia. Qué fácil todo, ¿no? Ahora mi hermana era parte de su familia y ellos le pagaban los gastos.

Asegurarme de que tuviera casa y un plato en la mesa había sido mi responsabilidad durante casi quince años, y ahora no sabía cómo adaptarme a la nueva situación. Por el momento, continuaría pagando el alquiler de casa de mi padre y le seguiría enviando varios cientos de dólares a Maddy para libros o lo que necesitara. Mi hermana se mataba a estudiar; no quería que se sintiera obligada a buscar un trabajo. Quería que se mantuviera donde estaba ahora: en la autopista hacia el éxito rápido. Lo único que tenía que hacer era aceptar que Matt Rains estaría a su

otro lado, dándole también la mano durante el trayecto.

Bueno, al menos no había cambiado nada respecto al viaje a Hawái. Cuando Maddy se lo contó a Matt, él se desinfló, lo que secretamente me alegró mucho. Sí, lo sé, estoy hecha una auténtica bruja, pero no pienso disculparme. Según mi hermana, él entendió que necesitábamos «tiempo de chicas», sobre todo después del *shock* de las noticias. Al final, el muy capullo me había felicitado por la iniciativa y me había dado su bendición... ¡Como si la necesitara! Qué gracia. Ese chavalín pronto aprendería quién mandaba allí. Sólo me quedaba esperar que ese alguien fuera yo.

Tatuajes tribales negros. Músculos grandes, torneados, dignos de babear por ellos, envueltos en intrincados diseños que se distribuían sobre la bronceada piel masculina. Desde el hombro izquierdo, pasando por el prominente bíceps, la caja torácica y la cintura, los tatuajes se colaban dentro del pareo que cubría su esencia masculina y seguían descendiendo. Los gruesos trazos de tinta continuaban por el muslo, que tenía el tamaño de un tronco de árbol, por la pantorrilla, que parecía tallada en mármol, y se detenían bruscamente en el tobillo.

Apenas notaba que la arena me estaba quemando las plantas de los pies mientras permanecía embobada contemplando la magnífica criatura que tenía ante los ojos. Él se volvió de lado, ofreciéndome una visión muy agradable de su torneada espalda; la espalda de un hombre que bien podría levantarme en brazos —a mí y a dos amigas— y lanzarme al océano que tenía detrás sin esfuerzo. Se oyó el sonido de una cámara que disparaba sin cesar y entonces él me vio. No, no es que me viera, es que sus ojos buscaron los míos a través de los diez metros que nos separaban. Y esos ojos, del color del cacao más oscuro e intenso, chisporrotearon mientras no se perdían ni un centímetro de mi cuerpo.

La mirada del desconocido me recorrió de arriba abajo como una caricia de fuego, tan ardiente que me abaniqué la cara tratando de librarme de la sensación de calor que se había apoderado de mi piel. Una voz que hablaba con acento italiano dio entonces algunas órdenes y, finalmente, el señor Tatuaje apartó la mirada, liberándome. Pero, en vez de alegrarme por haber recuperado la libertad, me invadió una extraña y molesta sensación de pérdida. Ese hombre tenía una manera de mirar que era una llamada, un faro de deseo que le lanzaba señales a mi mente. Y ésta las recogió. De inmediato, la zona entre mis muslos comenzó a hincharse y a ablandarse. Permanecí allí, observando cómo el hombre de la cámara tomaba aproximadamente una docena más de fotos antes de hacer un gesto brusco con la mano.

— *Finito!* —exclamó, seguido de un—: *Perfetto!*

Obligándome a apartar la mirada del exageradamente delicioso ejemplar masculino, miré al fotógrafo, que volvió la atención hacia mí. Llevaba un sombrero de paja, tipo fedora, de color marrón, pantalones cortos de camuflaje y una camisa de lino blanca abrochada por un solo botón que no lograba ocultar el cuerpo esbelto que había bajo la ropa. Me dirigió una amplia sonrisa mientras se acercaba, levantando arena a cada paso. Yo permanecí inmóvil en el lugar donde el conductor de la limusina había sugerido que esperara cuando aparcó. Había señalado una carpa en medio de la playa y había dicho que el jefe era el hombre de la cámara. No me imaginaba que mi cliente fuera a hacer las fotos él en persona para la campaña. Tampoco es que me importara mucho. El trabajo era trabajo y, siempre y cuando al final del mes recibiera un cheque por valor de cien mil dólares, estaba dispuesta a todo.

Mientras se acercaba, me fijé en su amable sonrisa, los dientes blancos y las arruguitas que tenía en las comisuras de los ojos y de la boca. Era un hombre guapo, que había madurado bien. Tenía bastantes canas, que asomaban por debajo del sombrero de paja.

— *Bella donna* —dijo ofreciéndome un cálido abrazo antes de inclinarse ante mí y darme dos besos en las mejillas, aunque sin llegar a tocarme—. Soy Angel d'Amico y tú eres aún más hermosa de lo que me imaginé cuando mi esposa me dijo que debía contratarte para la campaña de la nueva colección.

Al oír que su marido la mencionaba, una escultural mujer latina salió de debajo de la carpa blanca, y su piel de canela brilló al sol. Llevaba un pañuelo de color rojo pasión anudado alrededor del cuello, que ondeaba al viento. Tenía una larga melena negra que flotaba tras ella como si tuviera a alguien encargado de llevar siempre un ventilador enfocándole la cara para acentuar sus exóticos rasgos. ¿Y su marido hablaba de belleza? Esa mujer la tenía a raudales. Angel juntó las manos dando una palmada al ver que se acercaba a nosotros.

—Ah, mi esposa. Roba el aliento, ¿eh? —preguntó, marcando aún más su acento italiano.

Yo asentí, porque, efectivamente, me había quedado sin aliento; era así de impresionante.

Ella me dirigió una amplia sonrisa.

—Mia, qué maravilla que formes parte de nuestro proyecto. —Se inclinó y me besó en las mejillas sin tocarme, igual que su marido.

A esa distancia pude ver que la edad también había dejado huella en su rostro, pero no por eso era menos hermosa. La tía Millie me había contado que tanto el diseñador como su esposa rondaban los cincuenta, pero la verdad era que ambos aparentaban cuarenta y pocos.

—Soy Rosa, la mujer de Angel. Estamos encantados de que hayas venido.

Me subí un poco la bolsa que llevaba colgando al hombro y me aparté el pelo de la frente.

—Y yo estoy muy contenta de haber venido. La isla, bueno..., lo poco que he visto hasta ahora, es preciosa.

—Lo es. Puedes pasar los próximos dos días explorándola. Acabamos de tomar las fotos con Tai y queremos hacer unas cuantas fotos tuyas, individuales. —Angel miró por encima del hombro mientras el señor Tatuaje se bebía una botella de agua de un trago y cogía una camisa que le ofrecía alguien que parecía ser un asistente—. Tai, acércate. Te presentaré a tu compañera de este mes.

«¿Compañera?» La tía Millie no me había comentado nada sobre un compañero. Justo cuando estaba a punto de preguntarle a qué se refería, el hombre llamado Tai se desplazó hacia nosotros. Y cuando digo *desplazar*, podría estar hablando de que la Tierra se dividió en dos partes para abrirle camino a él. Todos los demás sonidos parecieron amortiguarse y perdí de vista cuanto nos rodeaba. No existía nada aparte

de ese hombre que avanzaba sobre la arena. Era espectacular. Los músculos de sus gigantescas piernas se tensaban y se destensaban a cada paso. Los abdominales se ondulaban, tirando de la piel que cubría cada uno de los montículos de músculo. Su pecho brillaba como un ópalo, suave, un auténtico torbellino de colores..., aunque tal vez fuera un efecto secundario del calor, que ya me estaba afectando la vista.

Cuando llegó junto al pequeño grupo que formábamos los tres, estuve a punto de dar un paso atrás para compensar la aportación que hacía con la gran masa de su cuerpo. Aunque estábamos en un espacio abierto, de pronto la playa me pareció un lugar demasiado reducido para albergar tanto magnetismo animal y perfección masculina. Probablemente el propio océano estaba llorando lágrimas saladas, deseando que honrara sus aterciopeladas profundidades con su presencia.

Angel extendió la mano en mi dirección.

—Tai Niko, te presento a Mia Saunders. Se alojará en el bungalow al lado del tuyo y será tu compañera en todas las sesiones de fotos por parejas. Seréis la pareja tropical para la campaña «La belleza no entiende de tallas».

Los ojos marrones de Tai se quedaron clavados en los míos mientras se pasaba la lengua por el labio inferior de un modo muy seductor. Luego hizo un sonido como si se estuviera besando los dientes antes de fruncir sus carnosos labios rosados. Hice un esfuerzo para no caer desmayada a sus pies, pero ese hombre generaba tanto calor que era como estar frente a una pared de fuego. Luego inspiró lentamente, abriendo mucho las ventanas de la nariz mientras me recorría con la mirada de arriba abajo. Yo no dije nada. Ni siquiera podía moverme o respirar bajo su mirada escrutadora.

—Eres una mujer radiante. Disfrutaré mucho trabajándote —manifestó, aunque sus ojos anunciaban que estaba pensando en mucho más que trabajar. ¿Perdón?... ¿Lo había oído mal?

—¿Quieres decir «trabajando conmigo»? —le pregunté para dejar las cosas claras al tiempo que sacudía la cabeza.

Él bajó la mirada y se quedó observándome los pies. En ese momento me di cuenta de que tenía muy poco pelo, casi nada, apenas una pelusilla. Me recordó a Dwayne Johnson, *The Rock*. Al volver a mirarlo, me fijé en que, efectivamente, se parecía mucho a él, y no sólo en el pelo. El actor era un gigante, tenía la piel de color café con leche, oscurecida aún más por los rayos del sol tropical. Y llevaba muchos tatuajes, aunque los de Tai tenían un aire mucho más tradicional, a causa de sus rasgos samoanos y de su herencia cultural.

Tai volvió a fruncir esos labios tan sexis y sonrió con ironía.

—No, no quería decir eso.

Joder. Ese mes prometía ser de lo más intenso. Esperaba que entre las atracciones del mes se incluyeran montar —o ser montada— sobre un samoano de dos metros y aspecto de dios del sexo llamado Tai.

Un rayo de luz atravesó la habitación y aterrizó en mi cara, despertándome de un sueño glorioso en el que jugaba al Twister con un sexi samoano. Desnudos.

Me levanté e inicié el día con calma. Me preparé café y desayuné un poco de piña natural y de otras frutas tropicales que encontré en la bien surtida nevera. El bungalow que los D'Amico me habían reservado era el tipo de sitio donde la gente sueña con pasar sus vacaciones. Estábamos al sur de Honolulu, en la misma playa de Diamond Head. Si abría la puerta del apartamento, me encontraba con la arena antes de dar diez pasos. El telón de fondo era una vista del océano que parecía no tener fin. Abrí, dejando entrar la brisa marina de la mañana y el sonido de las olas.

No pude esperar más. Me puse un biquini blanco, cogí una toalla y me dirigí al mar. Hacía demasiado tiempo que no pisaba una playa. La última vez que lo hice, estaba con Wes.

Wes. No pensaba dedicarle mis pensamientos. Cuando llegué al aeropuerto de Las Vegas, vi una foto de Gina DeLuca en la portada de un diario sensacionalista con el titular: «GINA TIENE UN NUEVO AMOR». En la foto aparecía la guapa actriz comiendo nada más y nada menos que con mi Wes. Vale, no era mi Wes, pero yo lo había visto primero, así que, por la ley de la propiedad, seguía siendo mío, ¿no? Aunque ella era la nueva dueña y, si no recordaba mal, la posesión suponía nueve décimas partes de la ley. ¿En qué coño estaba pensando? Yo no era la dueña de Wes, ni él era mi dueño. Tal vez fuera el dueño de un trozo de mi corazón, pero no de la enchilada entera. Lo habíamos dejado muy claro la última vez que nos habíamos visto. Aunque aún existían sentimientos entre nosotros, ambos habíamos acordado dejarlos aparcados mientras seguíamos adelante con nuestras vidas. Y eso era exactamente lo que pensaba hacer.

Vivir mi vida.

Solté la toalla en la arena, a unos diez metros de la orilla. Examiné el agua, de color azul verdoso, tan clara que se veía el fondo al menos a treinta metros, hasta que se volvía más profundo. Sólo había un surfista con un bañador negro cogiendo unas cuantas olas, de tamaño considerable, en la distancia. Desde luego, era muy hábil sobre la tabla. Lo estuve observando un rato, hipnotizada por sus movimientos. Primero hizo unos cuantos movimientos de tobillo y luego un giro de trescientos sesenta grados, cayendo con su gran cuerpo sobre la tabla y remando de espaldas. Instantes más tarde, volvía a estar de pie, surfeando una ola en forma de «A» como un auténtico profesional.

Poco después, el surfista se acercó a mí sobre una ola orillera. Todo pareció suceder a cámara lenta. Las espirales dibujadas sobre su cuerpo, desde el hombro hasta el tobillo, fueron lo primero en captar mi atención. Luego dejé vagar los ojos por la superficie del pecho más ancho que he tenido el placer de ver nunca. Hasta ese momento el mayor había sido el de Tony, que no era nada despreciable, pero al lado

de este gigante era insignificante. Un hombre como Tai Niko hacía que una mujer como yo, que medía un metro setenta y que gastaba una talla 42 —aunque en realidad necesitaría una 44 por mis enormes peras y por el pandero que Dios me había dado— se sintiera diminuta en comparación. Me encantaba sentirme pequeña.

Cuando llegó a la orilla, el surfista bajó de un salto con elegancia, como si fuera algo que hiciera todos los días, antes de agacharse y recoger la tabla. Se la puso bajo el brazo y la llevó como si no pesara nada.

—Hola, *haole*—me saludó, y yo fruncí los ojos mientras tomaba nota mental de buscar la palabra *haole* en la Wikipedia.

—No te había reconocido. Se te da muy bien —comenté, señalando el mar con la barbilla y esforzándome por encontrar una buena razón para no quedarme embobada observándolo y babeando.

Su mandíbula cincelada se movió cuando sonrió con ironía.

—Normal. Doy clases de surf los días en los que no estoy trabajando como modelo o en los espectáculos que hace mi familia.

—¿Das clases?

—Sí, ¿por qué? ¿Quieres que te enseñe? —preguntó en tono seductor.

Ésa era la ocasión perfecta para entrar en el juego del coqueteo.

—¿Vas a enseñarme a montar? ¿Tú a mí? —Alcé una ceja.

Él frunció los labios de aquel modo tan delicioso, mientras sus ojos recorrían de arriba abajo mis curvas cubiertas apenas por el biquini.

—Te enseñaré lo que es montar todo el día y toda la noche, criatura.

Cuando pronunció la palabra *criatura* no lo dijo en el tono en que una abuela se refiere a un niño que ve por la calle. No. Lo pronunció haciendo vibrar mucho la «R», como si estuviera gruñendo. Y ese gruñido resonó en mi interior, atravesando mi cuerpo con agujonazos de deseo que llegaron hasta mis pies. Los dedos se me encogieron de manera instintiva y el sexo se me contrajo de un modo delicioso.

—¿Seguimos hablando de surf? —lo provoqué.

Quería que mis palabras sonaran juguetonas, aunque me imaginaba que jugar con él en serio sería mucho más divertido. Mi sexo y yo estábamos totalmente a favor de la propuesta.

—¿Tú qué crees? —Sus ojos se habían oscurecido y se veían negros por completo. Las profundidades de esos ojos estaban cuajadas de lujuria, lo que hizo que mis partes femeninas saltaran de alegría y bailaran *Los pajaritos*.

Había llegado la hora de la verdad. El momento del todo o nada. Y pensaba convertir esa frase en mi nuevo lema, porque pensaba disfrutar de todo lo que Tai tenía para ofrecerme y no perderme nada.

—Cariño, acepto cualquier cosa me estés ofreciendo —respondí con audacia, sabiendo que estaba provocando a la bestia. Aun así, estaba preparada para asumir las consecuencias. Tan preparada que me temblaban las rodillas.

Tai abrió las ventanas de la nariz mientras inspiraba con fuerza. Soltó la tabla de

surf, que cayó en la arena con un ruido sordo. Un instante después, me rodeó la cintura con su manaza y me atrajo hacia su pecho mientras me aplastaba los labios en un beso intenso. Fue un beso salvaje, brutal, hambriento.

Nos comimos la boca mutuamente. Nos mordimos los labios, nos mordisqueamos la lengua. Nos lamimos, probando, consumiéndonos, asaltándonos el uno al otro. No hubo dudas, preguntas ni discusiones. Tai me levantó, deslizando las manos bajo las nalgas, que me había estado apretando. Yo le rodeé la cintura con las piernas y lo abracé con fuerza, incapaz de renunciar a su adictivo sabor ni un instante. Hasta que noté que perdía la parte de arriba del biquini, que mi espalda chocaba contra una superficie blanda como una nube y que los labios de Tai se cerraban alrededor de mi pezón, no me di cuenta de que ya no estábamos en la playa. En ese momento no me importó. Lo deseaba más que el aire que respiraba.

Le agarré la cabeza casi rapada y la mantuve pegada a mi pecho con gran satisfacción. Casi tanta como cuando le clavé las uñas en el cráneo, dejándole marcas en forma de media luna. Mi agresividad no pareció preocuparlo en absoluto. Él era todavía más bruto que yo. Cuando me clavó los dientes en el pezón, grité. Tai me soltó el pecho hinchado, me sonrió como un demente y se volvió hacia el otro, sometiéndolo a la misma deliciosa tortura que a su hermano gemelo. Me tocaba por todas partes, apretando el segundo pecho, mis redondeadas nalgas, y sujetándome la cabeza con ambas manos mientras volvía a apoderarse de mi boca.

Le gustaba el poder, se notaba.

—Voy a follarte duro, luego, con suavidad, y acabaremos con algo a medio camino. Y después, volveré a empezar —dijo con una voz tan ronca que parecía un gruñido, apartándose un momento y alargando el brazo largo y musculado hacia la mesilla de noche para hacerse con una caja de condones.

Gracias a Dios, uno de los dos podía pensar con claridad. Mi mente era una nebulosa de lujuria tan intensa que lo único en lo que podía pensar era en que me clavara esa enorme erección profundamente, hasta que no me acordara ni de mi nombre.

Cuando se bajó el bañador, me apoyé en los antebrazos. Esa visión alimentaría mis fantasías durante décadas. El tatuaje no desaparecía en la cintura. No, esa obra de arte cubría por completo el lado izquierdo de su cuerpo. Los oscuros diseños formaban tantos símbolos e imágenes que no podía asimilarlos todos. Me dirigió una mirada traviesa. Se rodeó el enorme miembro con la mano y se lo acarició despacio. Y, cuando digo *enorme*, me refiero a una de esas pollas que sabes que te van a hacer daño la primera vez que te penetren. Aun así, estaba dispuesta a soportar el dolor como una insignia de honor, sin quejarme. Estaba dispuesta a aceptarla en mi interior una y otra vez, porque no se encuentran pollas como ésas demasiado a menudo.

—Joder, eres enorme... por todas partes —comenté, observando con descaro sus rasgos perfectos, que parecían tallados por un escultor.

Él me miró mientras me retorció en la cama girando las caderas inútilmente, con

el cuerpo cada vez más acalorado y el sexo más húmedo cuanto más se acariciaba su deliciosa carne. No podía evitar que me cayera la baba en respuesta al irresistible espectáculo que era su cuerpo desnudo. Tampoco quería.

Me sentía lasciva, dolorida, hinchada.

Ésas eran las tres principales sensaciones que se mezclaban en mi cuerpo sobreexcitado mientras lo miraba.

—Quítate el biquini —me pidió, con la voz tan ronca que era casi un gruñido. No, no se trataba de una petición sino de una orden. Debería haberme resistido a su intento de dominación, pero estaba tan cachonda que no pensé, sólo actué. Tiré de los cordeles a lado y lado de mis caderas y dejé que la tela cayera, igual que mis muslos —. Más..., separa más las piernas. Quiero ver tu flor abierta y húmeda.

Él ahogó una exclamación cuando lo obedecí. Me mordí el labio inferior para contener un gemido mientras me mostraba ante él de un modo que muchos considerarían denigrante para la mujer, pero que a mí me pareció sexi, caliente, prohibido, e hizo que mi deseo aumentara hasta límites casi insoportables.

Tai siguió observándome a placer mientras se acariciaba el miembro. Al ver aparecer una gota de líquido en la punta, me pasé la lengua por los labios.

—¿Quieres probar un poco, criatura? —me ofreció en ese tono de voz tan grave que me provocaba escalofríos.

No pude responderle. Había perdido de vista la habitación. En mi mundo ya sólo existían él y la necesidad de unir todas las partes de mi cuerpo a las del suyo. Asentí, y él dejó de masturbarse.

—Lámeme. Pruébame. Esto lo has provocado tú.

Me eché hacia adelante y, poniéndome a cuatro patas, me acerqué a él. Me incliné hasta que pudo notar mi aliento en su piel. Sólo entonces alcé la vista. Sus ojos estaban oscuros como la noche y se estaba mordiendo el labio inferior entre sus dientes blancos y bonitos. Sin dejar de mirarlo a los ojos, saqué la lengua y lamí la gota de esencia. Su sabor salado y picante hizo que una nueva oleada de humedad se acumulara entre mis piernas.

Tai inspiró con fuerza.

—Puedo oler tu flor, criatura —dijo antes de soltar el aire lentamente—. Huele a la luz del sol. Voy a darme un festín con tu cuerpo hasta que te desmayes. ¿Te parece bien?

En vez de responder, engullí su miembro y me lo metí hasta la garganta. Él me agarró por el pelo, pero no tiró de él. Sus dedos se limitaron a acariciarme el cuero cabelludo mientras yo le daba placer. Sus caricias me provocaban unas sensaciones muy agradables y desconocidas hasta ese momento. Apoyándome en una sola mano, levanté la otra y le rodeé con ella la base del pene. Aunque una de las habilidades de las que más orgullosa me sentía era la de poder meterme la polla de mis amantes hasta la garganta, con Tai no llegaba ni a la mitad. Aunque para mí era algo normal, me habían dicho que muchas mujeres no podían hacerlo. Pensar que semejante

miembro iba a estar partiéndome en dos dentro de poco me hizo darme más prisa, pero él lo impidió.

—Más despacio, criatura. —Tiró de mí y su pene se separó de mi boca con un sonido húmedo. Luego se subió a la cama y se tumbó, como si fuera un bufet libre.

Dudaba sobre cuál iba a ser el siguiente plato. ¿Un poco más de su succulenta polla? Tal vez podría probar esas apetitosas ondulaciones que tenía entre pectoral y pectoral.

—Móntame la cara. Quiero comerte mientras tú me succionas. Y quiero que te comas todo lo que tengo para ti; hasta la última gota. —Su tono era autoritario, en plan «Yo soy el que manda en la cama».

Y, desde luego, funcionaba. Me monté sobre sus anchos hombros y él me agarró por las caderas. Antes de poder moverme para acercarme a su boca, Tai levantó la cara y hundió la lengua profundamente entre mis pliegues.

—Oh, ¡joder...! —grité, sacudiéndome sobre su cara mientras él me agarraba con fuerza por los muslos, abriéndome más, abriéndome tanto que debía de parecer una rana a punto de saltar de una hoja desde un nenúfar.

La verdad era que estaba a punto de saltar... ¡directa al éxtasis! No podía hacer otra cosa más que montar sobre su cara; me había olvidado por completo de su placer. Tai era un comecoños de primera categoría. Repito: ¡de primera categoría! Sin duda, uno de los tres mejores que había conocido, sólo comparable a Alec y a Wes. Pero Tai disfrutaba como si hubiera pasado diez años encerrado en una cárcel y como si, durante esos diez años, su único deseo hubiera sido probar mi coño.

Poco después me estaba corriendo sobre su lengua. Y eso pareció espolearlo. A través del ruido que hacía mientras me devoraba, me pareció distinguir gruñidos y alguna palabra.

—Azúcar.

»Empapada.

»Mmm...

»Todo el día.

»Me pasaré todo el día comiéndote —fue lo último que oí antes de desplomarme sobre su cuerpo al acabar. Fui a aterrizar al lado de una polla dura como una piedra que a punto estuvo de saltarme un ojo.

Me incorporé débilmente y le rodeé la enorme verga con los labios, sintiendo que me reanimaba sólo con notar su sabor. La chupé, la succioné, la mordisqueé y la acaricié, dándole todo hasta que él empezó a alzar las caderas para responder a mis caricias.

Su pene se oscureció y adquirió un aspecto más agresivo, anunciando que estaba a punto de estallar. Me sentí muy orgullosa de ser capaz de darle placer a ese ser gigantesco y de llevarlo al éxtasis del mismo modo que él me había llevado a mí. Cuando me clavó dos dedos en el centro de mi sexo empapado, mi cuerpo se tensó como un tambor. Si me penetraba otra vez, iba a perder el control y, si lo perdía, me

iba a encontrar en medio de un orgasmo del tamaño de un huracán, de esos que no tenía desde que había estado con mi franchute. Los gruesos dedos de Tai sabían exactamente lo que debían tocar, y se centraron en el nervio escondido capaz de hacerme volar. Lo excitó con las yemas de los dedos una y otra vez, hasta que no pude hacer otra cosa más que succionar la punta de su pene con tanta fuerza como si mi vida dependiera de ello. En ese momento, habría ganado la competición con el último modelo de aspiradoras.

Tai me presionó con fuerza con la mano y me levantó las caderas del colchón para penetrar más profundamente en mi boca. Sentí como si estuviera surfeando. Una tras otra, oleadas de calor me recorrieron el cuerpo mientras me corría contra sus dedos y su boca. En ese instante, su esencia salió disparada hacia mi garganta en borbotones largos y viscosos. Cuando lo hube dejado seco y él hubo retirado los dedos de entre mis muslos, ambos nos relajamos y suspiramos. Había liberado al fin la tensión sexual acumulada durante muchos días. Como si no pesara nada, Tai me dio la vuelta, me apoyó en su lado no tatuado y me abrazó.

—Ya lo usaremos la próxima vez —comentó divertido, sosteniendo el condón sin usar entre dos dedos.

—Trato hecho —repliqué riendo y acurrucándome junto a él. Olía a mar, a sexo y a mí, una combinación deliciosa.

Había otro hombre que también solía oler a mar. Cerré los ojos, esforzándome en no pensar en él en ese momento. Acababa de echar un polvo increíble y pensaba echar muchos más, pronto.

«Ahora no —me dije—. Disfruta del sexi samoano mientras puedas.»

Tai me acarició la espalda arriba y abajo y luego me llevó la mano a la nuca y me rozó el cuero cabelludo. Estoy segura de que ronroneé como un gato bajo el embrujo de sus manos mágicas.

—¿Te gusta, *haole*?

Le apoyé la barbilla en el pecho y reseguí con el dedo alguno de los tatuajes que le cubrían el corazón.

—¿Qué significa *haole*?

Él sonrió, se echó hacia adelante y me besó la frente. Fue un gesto increíblemente dulce para alguien que acababa de tratarme como un dominante en un club de BDSM. Bueno, he exagerado un poco... No tenía ni idea de lo que se hacía en esos clubes, pero era evidente que ese hombre era un macho alfa y que lo de dominar se le daba de miedo.

— *Haole* significa «extranjero».

—Pues prefiero que me llames *criatura* —protesté lamiéndole un pezón.

Él se echó a reír con ganas, y el sonido de sus carcajadas me retumbó en el oído, sacudiéndome hasta lo más hondo. Noté que el deseo volvía a hacer su aparición. Y sólo por oírlo reír. Ay, Dios..., ¿dónde me había metido?

—Tomo nota, *criatura* —replicó con ese timbre de voz que empezaba a adorar.

Me incorporó y se apoderó de mis labios. Y no estoy exagerando. Tai Niko no hacía nada a medias, al menos en la cama. Durante el poco tiempo que habíamos pasado juntos ya me había quedado claro que ponía todo su entusiasmo a la hora de dar placer. Se entregó a ese beso como si estuviera compitiendo para ganar una medalla olímpica. Desde luego, si se hubiera presentado, la habría ganado.

Curiosamente, al final no usamos el condón tal como habíamos previsto porque, justo cuando el último beso empezaba a caldearse, Tai recibió una llamada. Y luego otra. Y otra. Y otra. Al parecer, la cena del domingo por la noche era un acontecimiento importante en la familia Niko. Por eso ahora, aunque sólo hacía un día que conocía a Tai, y a pesar de que nuestra relación consistía básicamente en que nos habíamos comido el uno al otro, estaba a punto de conocer a su familia. A toda su familia.

—Ya verás, Mia. Mi familia es genial. Son los mejores. Sin embargo, no te olvides de que eres blanca y vienes del continente, así que, si bromean llamándote *haole*, tú sígueles la corriente. Nuestro pueblo está realmente orgulloso de su herencia cultural, de nuestro legado y de nuestra estirpe. Te recibirán con los brazos abiertos y te tratarán muy bien..., siempre y cuando no crean que mantenemos una relación seria.

—Pues entonces no habrá ningún problema, porque no la tenemos. Estoy aquí para hacer mi trabajo; me marcharé dentro de un mes. Eso es todo. Se lo dejaré bien claro a tu familia las veces que haga falta. Pero si nos divertimos un poco durante estas semanas —añadí dándole un codazo juguetón en su gigantesco bíceps—, no hacemos daño a nadie, ¿no?

Él frunció los labios en una sonrisa tan sexi que quise cubrirla con los míos y zampármela enterita.

—Tienes toda la razón, criatura. Vamos. Primero te presentaré a mi padre, luego a mis hermanos y, por último, a mi madre.

Fruncí el ceño sin poder evitarlo.

—¿Por qué tu madre la última?

Él negó con la cabeza.

—Porque aquí dejamos lo mejor para el final —respondió, aunque no me quedé muy convencida. Tal vez lo había dicho sólo para evitar que le diera una patada en las pelotas.

Cuando llegamos a nuestro destino, decir que me quedé boquiabierta sería quedarme corta. Por alguna razón, me había imaginado que iríamos a un sitio de aspecto isleño y tribal, pero la casa que tenía delante estaba pintada del mismo tono de azul que el cielo. Tenía molduras blancas y un porche que la rodeaba por completo. La finca contaba con una gran superficie de césped salpicada de palmeras. La carretera de acceso a la casa estaba llena de coches aparcados. Sin exagerar, habría unos veinte. ¡Veinte coches para una cena familiar! Si yo invitara a toda mi familia a cenar, cabríamos todos en el mismo vehículo.

En cuanto apagamos el motor, oí un ruido de fondo. Había voces por todas partes. Venían de dentro de la casa, pero también de fuera, de la parte trasera de la vivienda. Aun así, lo que más me impresionó fue el sonido de las risas que llegaban desde todas partes. Allí se respiraba felicidad. La noté desde el mismo momento en que puse un

pie en el suelo, y seguí notándola mientras cruzábamos la moderna casa de estilo colonial situada en el corazón de la isla de Oahu.

En silencio, Tai me llevó de la mano por toda la propiedad. Había gente en cada una de las habitaciones. Todos levantaban la vista y nos miraban pasar con sonrisas en sus rostros del color del azúcar moreno. No nos juzgaban; sólo nos miraban con una curiosidad que impregnaba el húmedo aire a nuestro paso.

Finalmente llegamos a la puerta trasera y volvimos a salir al exterior, que era donde se estaba celebrando la fiesta.

—¿Es una ocasión especial? —pregunté.

Tai inclinó la cabeza hacia atrás y empezó a reír a carcajadas. Varios rostros se volvieron al oír el retumbar de su voz de barítono.

—Mia, todos los domingos por la noche son así. Mi familia está muy unida. Todo el mundo participa trayendo alguna bandeja con la que se podría alimentar de cuarenta a cincuenta personas. Y luego, de lo que sobra, se llevan lo que quieren en esa misma bandeja. Está todo muy organizado.

Le apreté la mano.

—Pero nosotros no hemos traído nada —protesté mordiéndome el labio inferior, sintiéndome preocupada porque no estábamos siguiendo el protocolo samoano para fiestas y cenas.

—Claro que hemos traído algo. ¿Qué eres tú, si no?

—¿Yo? —Fruncí las cejas con tanta fuerza que noté una punzada en la nariz.

Tai me atrajo hacia la calidez de su gran cuerpo. Yo lo rodeé con los brazos, agarrándole el culo, que tenía duro como una piedra. Madre mía, menudo mordisco le daría si pudiera. Una vez más, lamenté que nos hubieran interrumpido y que no hubiéramos podido consumir el polvo como a mí me habría gustado. Es decir, que al acabar me costara caminar.

Él se pasó la lengua por esos labios pecaminosos, apoyó la frente en la mía y me dijo en un tono de voz tan ronco que la sentí resonar en mí:

—No me mires como si quisieras que te follara, criatura, o te clavaré a la pared más cercana y que se jodan los que no quieran oírnos. Y te aseguro que nos oirían. No hay nada mejor para hacer gritar a una mujer que estar enterrado en su flor hasta las pelotas.

Vale, lo admito, eso me dejó sin palabras. En silencio, lo seguí hasta que Tai se detuvo ante otra especie de mamut humano. Éste iba sin camisa, vestido sólo con unos pantalones cortos. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que la mayoría de los presentes llevaban ropa de playa. Tai, en cambio, llevaba pantalones cortos de camuflaje y un polo. Iba con ese *look* que Héctor, mi mejor amigo gay de Chicago, definía como chic-golfista. Aunque Tai podría ponerse lo que quisiera —o no llevar nada— y seguiría estando para chuparse los dedos.

— *Tama* —dijo anunciando nuestra presencia con una palabra samoana que debía de significar «padre», o «papá», al hombre que estaba al lado de la barbacoa.

Al ver que Tai bajaba la mirada, yo hice lo mismo.

—Hijo, ¿quién es esta chica que has traído a nuestra casa? —preguntó en un tono de voz acogedor y amistoso.

Él alzó la vista y sonrió.

— *Tama*, te presento a Mia Saunders. Mia, él es mi padre, Afano Niko. —Yo alargué la mano y el hombre me la estrechó—. Trabaja conmigo en la nueva campaña de bañadores.

Su padre alzó tanto las cejas que éstas casi tocaron el nacimiento del pelo.

—¿Otra modelo? Pensaba que habías aprendido de tus errores —refunfuñó, aunque parecía más preocupado que molesto. Obviamente, algo había pasado, y a su padre no le habían quedado ganas de repetir la experiencia.

—Mia no es mi novia, *tama*. Sólo es una buena amiga. Pasará con nosotros este mes y luego se marchará.

Eso pareció animar a su padre. Le dio una palmada a su hijo en el hombro y apretó.

—Ah, muy bien, muy bien. En ese caso, que coma y que charle con todos. Que se empape de cultura samoana mientras pueda.

Tai me dirigió una amplia sonrisa.

—Eso mismo he pensado yo.

Luego conocí a los hermanos de Tai. Todos eran enormes, guapos, y sus tatuajes eran variaciones de los de él, es decir, tenían los mismos motivos, pero en diferentes partes del cuerpo. Tai y su padre compartían el sol que nacía en el hombro y cuyos rayos descendían por el brazo y se extendían por el pecho. En Tao, el hermano mayor de Tai, vi la misma tortuga. Otros dos de sus hermanos compartían franjas con motivos tribales alrededor de los antebrazos y de las piernas. Tai tenía bastantes diseños más, pero nos habíamos vestido y habíamos salido del bungalow con tanta prisa que no me había dado tiempo a descubrirlos todos.

Cuando sus tres hermanos acabaron de tomarme el pelo y de tirarme la caña, Tai volvió a entrar en la casa y me llevó a la cocina. Iba ya por el segundo vaso de un licor que era especialidad de la familia que los Niko llamaban LiliKoi's Passion, que Tai tradujo como «pasión por la fruta de la pasión» o algo parecido. Lo que sé seguro es que estaba delicioso y que me provocó un calorcillo en el vientre y una sensación de libertad en la mente. La última vez que me había emborrachado había acabado en la cama con mi cliente, Mason Murphy, en ropa interior, lo que no le gustó ni un pelo a su novia, aunque no llegara a pasar nada. Mace era como un hermano para mí. Y, como sucedía con cualquier bebida alcohólica que se preciara, me hizo pensar en todas las personas a las que me gustaría volver a ver, como Héctor y Tony, Mace y Rachel, o Jennifer, la esposa del director de cine de Malibú, que ya debía de estar embarazada de varios meses. Y, por supuesto..., a Wes. De momento, habíamos vuelto a intercambiar mensajes de texto, y con eso me conformaba. Verlo comiendo con Gina en la portada de mi revista de cotilleos favorita no me había provocado

muchas ganas de quedar con él. No. Estaba en Hawái; había venido a trabajar y a pasármelo bien. A trabajar empezaría dentro de un par de días, y a pasármelo bien ya había empezado, entre los cálidos y torneados brazos de mi versión particular de The Rock.

Tai se detuvo delante de una mujer diminuta. Tenía el pelo largo y moreno, recogido en complicadas trenzas. Estaba removiendo alguna cosa en una olla con sus fuertes antebrazos.

— *Tina* —dijo Tai en voz alta para que lo oyera, y volvió a bajar la mirada.

Esta vez ya me quedó claro que era un signo de respeto. Mientras hablaba con los hermanos de Tai me había fijado en que trataban así a todos sus mayores. No sabía si sería algo propio de la cultura samoana o sólo de la familia Niko, pero en cualquier caso era muestra de la veneración que esa familia sentía por sus padres, lo que probablemente significaba que se lo merecían.

La mujer se volvió sobre sus pies descalzos. Llevaba una falda tipo pareo, de color naranja intenso, que le llegaba hasta los tobillos, una camiseta de tirantes del mismo color y una especie de blusa blanca muy fina encima, que supuse que serviría para dar un toque más discreto al conjunto. El resto de las mujeres de la familia no se molestaban con esas cosas. Enseñaban toda la piel que les apetecía. Todas tenían bonitos cuerpos y los lucían vestidas con biquinis mientras charlaban con sus parientes. Seguramente yo parecía demasiado arreglada con mis shorts blancos y mi camiseta de tirantes verde. Al menos, mi cabello había adquirido un ondulado natural gracias a la humedad, lo que le daba cuerpo y brillo. El clima tropical me sentaba bien. Mi pelo estaba fantástico y no había tenido que hacerle nada.

—Mi niño de corazón dulce y puro —dijo la madre, dándole palmaditas sobre el pecho. Luego lo agarró por el cuello para que se inclinara y lo besó en las mejillas y en la frente.

Tenía los ojos marrones, idénticos a los de Tai, y llenos de amor maternal. No recordaba la última vez que mi madre me había mirado así. Supuse que nunca.

— *Tina*, te presento a Mia Saunders, una compañera de trabajo. Le estoy enseñando la isla y compartiendo con ella nuestra cultura durante su estancia entre nosotros. Mia, te presento a mi madre, Masina.

—Eh..., ¿no se llamaba Tina?

Madre e hijo se echaron a reír. La risa de Tai era ronca y, como siempre, me provocó un escalofrío que me llegó a los dedos de los pies, pero la de su madre era muy suave.

— *Tina* significa «madre» en samoano. Mis hijos usan ese idioma cuando se dirigen a uno de los nuestros.

Yo hice un gesto con la mano, notando que me ruborizaba.

—Vaya, lo siento. Tai es la primera persona samoana que he conocido. Me alegro mucho de conocerla, señora Niko.

Le ofrecí la mano y ella la estrechó ligeramente, aunque luego me dio un abrazo.

Me besó las mejillas y después la frente, con delicadeza. Me sujetó la cara entre las manos, colocando los pulgares sobre las sienes.

—Estás muy perdida, en medio de un largo viaje. No tengas miedo. Serás muy feliz durante el trayecto antes de comprometerte con tu «para siempre».

Si en ese momento se hubiera levantado una ligera brisa, me habría caído al suelo. Permanecí inmóvil, incapaz de reaccionar. Lo único que pude decir fue:

—¿Eh?

—*Tina*... —Tai reprendió a su madre y tiró de mí—. Mi madre es muy espiritual. Tiene el don de la visión.

—¿La visión? —Me acerqué más a él, mirando a la encantadora mujer.

Tai asintió a regañadientes mientras su madre me daba unas palmaditas en el hombro.

—Todo saldrá como está previsto, Mia. No permitas que mi hijo mezcle su destino con el tuyo. Por desgracia, no están ligados. —Masina frunció el ceño e hizo un mohín con los labios—. No te queda mucho tiempo, así que aprovéchalo —añadió con una enorme sonrisa. Su amplia nariz y sus mejillas redondeadas le daban un aspecto etéreo.

Tai suspiró.

—Mia no es mi novia. Somos amigos. Trabajaremos juntos este mes y salimos de vez en cuando.

—Lo sé, corazón puro. No esperes nada más; esta mujer no es tu «para siempre» —replicó ella con total seriedad. Era una advertencia en toda regla, y las advertencias de una madre hay que escucharlas—. Ahora, marchaos. —Nos echó con un gesto de la mano—. Tengo un montón de cosas que preparar para el postre.

Tai me pasó el brazo por los hombros y entonces volvió a sacarme al jardín. A esas alturas, ya me había acabado la segunda copa y necesitaba una tercera urgentemente. Sacudiendo el vaso, me dirigí hacia la barra llena de jarras transparentes llenas de líquido de color fresa.

Cuando volvimos al bungalow tras haber tomado demasiados Lilikoi's Passion, nos sentamos en la playa, encima de la arena. El único sonido que se oía era el de las olas del mar, que rompían con fuerza sobre la arena. La luz de la luna se reflejaba sobre el océano oscuro y la blanca espuma. Desde donde estábamos, el océano parecía no tener fin. Semejaba una gigantesca masa dispuesta a engullirnos cuando se le antojara. Me encantaba el mar, pero al mismo tiempo me daba mucho miedo. Me infundía un gran respeto. Nunca se me habría ocurrido subestimarlos.

Me recliné sobre los antebrazos y crucé los tobillos mirando al hombre descamisado que tenía al lado.

—¿Qué significan todos esos tatuajes?

—Todos significan algo, criatura. ¿Cuál de ellos en particular te ha llamado la

atención? —Sus ojos eran tan oscuros como el mar a su espalda, pero no daban tanto miedo. No me importaría nada caer prisionera en esos dos pozos negros.

Me incorporé y le señalé el sol antes de reseguir cada rayo con el dedo, haciendo que se le pusiera la carne de gallina a mi paso.

—Ése fue el primero que me hice. Fue un gran honor para mí. En mi cultura, el sol suele simbolizar riqueza, brillo, grandeza y liderazgo. Para mí, los rayos del sol que se extienden hacia mi corazón muestran mi deseo de actuar siguiendo el dictado del mismo. Espero ser rico en el amor, como mi *tama*. Y algún día espero ser un gran hombre, capaz de estar al frente de la empresa familiar. Y en esto, mi *tama* también es mi modelo. Por eso le pedí a mi padre compartir ese tatuaje con él.

—Es muy especial.

El pecho de Tai se hinchó cuando inspiró hondo.

—En la cultura samoana, para llevar *tatau*, es decir, tatuajes, tienes que ganártelos. Y debes tener un miembro de la familia dispuesto a compartirlos contigo para unir vuestras vidas para siempre.

Se levantó y se bajó los pantalones, quedando totalmente desnudo. Se volvió de lado, dejando a la vista su pene semierecto, nada comparable a los niveles que alcanzaba cuando estaba excitado. Con un movimiento de la mano, trazó el diseño que le recorría las costillas hasta llegar a una media luna con un molinillo de juguete en el centro.

—Éste lo recibí de mi hermano Tao. Se lo hizo buscando armonía en su vida. Luchó mucho. Se peleaba con mis padres, conmigo, con nuestros hermanos y hermanas, con los otros niños en el colegio... Pero cuando al fin encontró su camino en la vida, quiso compartirlo conmigo.

Me llevé las rodillas al pecho y me las abracé.

—¿Y la tortuga?

Él se echó a reír y se llevó la mano a los abdominales. Aunque más que abdominales, deberían llamarse cuadraditos de la lujuria. Cada cuadradito despertaba en mí sentimientos lascivos. Quería lamer y mordisquear cada uno de los músculos del torso y la cintura, con tatuajes y todo. Joder, es que los tatuajes eran lo que más me apetecía comerme.

—Le pedí a mi hermano pequeño que la compartiera conmigo. La tortuga simboliza la longevidad, el bienestar y la paz. Es algo que deseo para mí y también para mi familia.

—¿Y las olas y las espirales? ¿Significan algo o son sólo de relleno? —pregunté abiertamente, y él se echó a reír.

Negando con la cabeza, se pasó un dedo por las espirales que le recorrían todo el cuerpo. A esas alturas, el pene se le había endurecido mucho, y yo ya había escuchado suficientes cuentos antes de meterme en la cama, pero sentía curiosidad por saber por qué se había tatuado la mitad del cuerpo y había dejado la otra mitad sin rastro de tinta.

—En nuestra cultura, el océano desempeña un papel muy importante. No sólo porque nos rodea por todas partes y estamos a su merced, sino también porque, históricamente, los samoanos creían que, cuando moríamos, íbamos a parar al mar. Por eso, y por mi afición al surf, le he dado un lugar en mi vida y en la vida de mi familia.

Tai siguió hablando. Me mostró diseños que compartía con su otro hermano, con sus primos, etcétera. Incluso, rompiendo las normas, se había tatuado la flor que todas sus hermanas llevaban en el pie.

Me había fijado en la cena, pero no había dicho nada. Me llamó la atención que todas las mujeres de la casa llevaran justo el mismo tatuaje en el mismo sitio. Resultó que era una marca de familia, la versión femenina de los tatuajes que Tai llevaba para honrar a su linaje.

—La última pregunta, ¿te lo prometo!

Él puso los ojos en blanco y se sentó, apoyando el culo desnudo en la toalla que habíamos cogido. Yo me mordí el labio mientras me daba un banquete visual con su miembro erecto. Deseaba notarlo dentro de mí con las mismas ganas que deseaba ganar un millón de dólares para poder pagar las deudas de papá.

—De acuerdo, criatura, pregunta lo que quieras pero, mientras tanto, vete quitando la ropa. Despacio.

Miré a mi alrededor, como si de repente fuera a aparecer alguien en una playa privada. Pero es que, al ser de Las Vegas, siempre esperabas que te saliera un perverso de detrás de los arbustos. Sin embargo, aquí no había arbustos, sólo kilómetros y kilómetros de arena y palmeras. Me levanté, me quité la camiseta de tirantes, me desabroché los shorts y los dejé caer sobre la arena.

—Continúa.

—¿Con qué?, ¿con la pregunta o quitándome ropa? —le pregunté en tono seductor.

Él alzó las cejas como si fuera obvio.

—Con las dos cosas.

Me desabroché el sujetador pero me lo sostuve con los brazos, impidiendo que cayera.

—¿Por qué no tienes ningún *tatau* en la parte derecha del cuerpo? —Usé la palabra samoana para ver qué tal se me daba y él sonrió, así que debía de haberla pronunciado bien. ¡Viva yo!

—Los melones.

—¿Perdón?

—Quiero verte los melones. Baja los brazos.

Solté el sujetador y dejé que mis chicas rebotaran libremente. Aunque usaba una copa D, eran bastante respingonas. Levanté las manos para acariciármelas con descaro. Tai gruñó y se echó hacia atrás, separando las piernas.

—¿Ves esto, criatura? —me preguntó, sacudiendo la cabeza como si estuviera

indignado.

—Como para no verlo. Respóndeme rápido para que podamos llegar al final feliz de la noche.

Él me pidió que me acercara moviendo el dedo índice, pero yo negué con la cabeza. Tai repitió el gesto con el dedo y no pude seguir resistiéndome. Era absurdo negar que tenía los muslos empapados y que el deseo me latía desbocado por las venas. Al llegar frente a él, me sentó con brusquedad sobre su regazo. Sin decir ni una palabra, deslizó dos dedos entre mis pliegues y los hundió profundamente, mientras con el pulgar me acariciaba el nudo de nervios que se moría de ganas de que le hicieran caso. Eché la cabeza hacia atrás y arqueé la espalda, dándole el acceso perfecto a mis pechos, que atacó con apetito.

Tai me hizo rebotar sobre su regazo, hundiendo los dedos en mí con fuerza y follándome deliciosamente con ellos. Cuando me mordió el pezón mientras hacía girar el pulgar sobre mi clítoris, perdí el mundo de vista. Todo dejó de existir excepto un orgasmo enorme y maravilloso.

En cuanto volví a la Tierra, él me besó en la boca. Fue un beso largo, intenso, hipnótico. Tan pronto como apartó los labios, volví a sentirme embriagada, pero esta vez no era por culpa del alcohol. Estaba borracha de Tai. Y dispuesta a convertirme en su esclava si él me daba otra dosis de ese placer tan dulce.

—La otra mitad de mi cuerpo está pura para mí. Esa parte de mi vida es sólo mía y sólo la compartiré con mi esposa y mis hijos. Cuando llegue el momento adecuado, espero compartir mis diseños con mis hijos y, si tengo suerte, con mis nietos.

Mi pelo le cayó sobre la cara cuando presioné la frente contra la suya. Nuestros labios estaban muy cerca, rozándose, compartiendo la humedad de nuestros alientos.

—Eres increíble; no puedes ser real —susurré contra sus labios—. Los hombres no son tan altruistas.

—Oh, cariño, no tengo ni un pelo de altruista. Te lo demostraré cuando haga lo que planeo hacer con ese endiablado cuerpo tuyo.

—Sí, por favor.

Y, sin más, me agarró por las nalgas y me llevó en brazos al bungalow.

La polla, en concreto, la polla de Tai, dejaba huella. Una huella enorme. Tenía el espacio entre las piernas hinchado de tan trabajado tras la sesión de sexo de la noche anterior. Ese hombre gozaba de un apetito insaciable. Me había follado tantas veces que ahora me sentía vacía, como si me faltara la sensación de plenitud que él me daba. La noche pasada había sido una de éstas para no olvidar. Había estado llena de puro sexo, sucio, depravado, sin aditivos. De esas noches que todas las mujeres desean pero que muy pocas llegan a disfrutar.

Mientras subía la escalera de la preciosa casa de la playa donde iba a hacerse la sesión de fotos, no podía ocultar la enorme sonrisa que se me había instalado en la cara. Era mi primera toma de contacto con la campaña «La belleza no entiende de tallas» para los bañadores D'Amico. Llamé a la puerta y me abrió un tipo delgado, con aire de hípster.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! —exclamó a modo de saludo—. Eres Mia, ¿verdad? —preguntó, haciéndome un gesto con la mano para que lo siguiera.

Iba vestido completamente de negro y llevaba unos vaqueros tan ajustados que parecía que los llevaba pegados a los palillos que tenía por piernas, con una camiseta negra metida de cualquier manera por dentro. Tenía la cintura del tamaño de mi muslo aproximadamente. Lo seguí a buen ritmo, y las chancletas resonaron con fuerza en el suelo de embaldosado.

—Aquí está —anunció cuando entramos en el salón.

Unas cuantas personas levantaron la cabeza, pero no hubo más reacciones. El salón no era la típica sala de estar con sofás y tele. Había sido transformado en una especie de camerino, con espacio para vestuario, peluquería y maquillaje. En una de las paredes había una estantería llena de bañadores y pareos. Otra de las paredes tenía una hilera de espejos con sillas delante. Todas estaban llenas de gente a la que estaban peinando mientras sonaba música de fondo.

El hombre, que todavía no se había presentado, apoyó las manos sobre el respaldo de una silla de cuero.

—Siéntate —me ordenó, y yo lo obedecí, más que nada porque no sabía qué hacer.

Los grandes ventanales estaban abiertos. Al otro lado de las puertas de la terraza vi que Angel, el diseñador y fotógrafo, estaba colocando material en el enorme jardín con piscina con la ayuda de varios asistentes. Cuando había hecho de modelo para Alec, estábamos prácticamente solos, y a él no le preocupaban temas como la peluquería o el maquillaje. Su arte estaba a otro nivel. Esto, en cambio, me recordó a los rodajes de anuncios publicitarios que había hecho durante mi breve etapa como actriz antes de dedicarme al mundo de las escorts.

—Soy Raúl, tu estilista, maquillador y peluquero, todo en uno. Soy tu chico para todo —me dijo, guiñándome el ojo.

Lo miré de arriba abajo. Tenía un aspecto tétrico, de adolescente gótico, y pensé que le vendrían de maravilla unos cuantos bocadoillos. La única nota de color en su cuerpo la ponía su pelo lila. Lo llevaba afeitado por los lados y con la parte central bastante larga y peinada hacia atrás, estilo Pompadour, creo que lo llamaban. De hecho, le llegaba hasta la nuca. Me pregunté si alguna vez se lo peinaría todo hacia arriba, como un mohicano. Me recogió el pelo en una cola de caballo y me maquilló rápidamente. Mientras me peinaba, charlamos un poco de todo, añadiendo unos preciosos tirabuzones a mi pelo natural.

Raúl gritó unas cuantas órdenes a su alrededor y una mujer muy alta y delgada, con los ojos saltones, trajo un biquini y se lo dio. Él la miró de arriba abajo lentamente, se pasó la lengua por los labios y le dio las gracias.

La mujer se pavoneó un poco ante él y se fue a ayudar a otro estilista.

—¿Es tu novia? —le pregunté a Raúl mientras daba los últimos toques a mi peinado.

—Aún no —respondió él en tono de confianza—, pero estoy trabajando en ello. Es tímida. No quiero apabullarla, pero este fin de semana saldremos juntos.

—Bien por ti. —Le dirigí una sonrisa, que él me devolvió mientras ahuecaba y ponía laca en su creación, asegurándose de que no quedaba ni un pelo fuera de lugar.

Con un último ahuecado y una última ráfaga de laca, anunció que estaba lista. Me miré en el espejo y casi no me reconocí. ¡Estaba increíble! Tenía el pelo brillante, con volumen y lleno de rizos que se movían con elegancia cuando volvía la cabeza de lado a lado. El maquillaje también era espectacular. Raúl era el Miguel Ángel de los maquilladores. Mis ojos verdes brillaban tanto que hasta yo me maravillé de lo bonitos que eran. Eran uno de mis mejores rasgos. El resto del maquillaje era bastante natural, para darme un aspecto bronceado y saludable, aunque fuera salud «de bote».

—¡Eres un genio!

—Lo sé.

Me dio un biquini negro, brillante. La parte de arriba era tipo top de tirantes. La de abajo tenía dos cordeles blancos en las caderas. Iba a ir más cubierta de lo normal en mí cuando iba a la playa. Para ser la primera vez que me ponía ante la cámara de Ángel, era de agradecer.

—Cámbiate ahí, con las otras chicas —me indicó.

Entré en una habitación, donde me encontré con varias mujeres, de tipos, tallas y grados de desnudez variados. Los asistentes iban de mujer en mujer, aplicándoles productos en espray por todo el cuerpo y haciendo que los bañadores quedaran adheridos a la piel de determinadas zonas.

Una mujer de piel negra y curvas contundentes se acercó a mí. Llevaba puesto un bañador de aspecto complicado, con tiras que se cruzaban en la zona del pecho y que se hacían más anchas en la cintura. Todas las tiras se unían en la cadera, donde la parte de abajo se convertía en unos shorts. Le quedaba muy bien, tanto por la forma como por el color blanco, que contrastaba de maravilla con su piel de color café. Se

notaba que se sentía muy cómoda con sus curvas.

—Hola, chica, soy MiChelle —me dijo, pronunciándolo como si fueran dos palabras y ofreciéndome la mano.

Yo se la estreché sonriendo.

—Mia —dije mirando a mi alrededor.

El resto de las chicas saludaron con la mano.

MiChelle me pasó un brazo por los hombros.

—Mira, esa zorra rubia y buenorra de ahí es Taylor —dijo señalando a una mujer a la que estaban ayudando a meter sus voluminosos pechos dentro de un bañador. Tenía una melena rubia preciosa que le caía hasta su ancho trasero. Yo diría que debía de usar una talla 48, o tal vez una 50. El bañador negro le quedaba espectacular.

Taylor me saludó con la mano.

—Y ésa de ahí —MiChelle señaló a una morena con el pelo cortado como si fuera una de las chicas del famoso vídeo de Robert Palmer; no le faltaban ni los labios rojos— es mi chica, Lindsay.

Lindsay era un poco más pequeña. Debía de usar la 46 o la 48. MiChelle me llevó un poco más adentro de la habitación, donde estaban dos gemelas idénticas. Les habían recogido el pelo en elaborados moños y las dos llevaban el mismo bañador, pero en colores distintos. Eran pelirrojas. Tenían melenas caoba con mechchas de color caramelo y un mechón entero rubio cerca de la cara.

—¡Hola! —me saludaron las dos a la vez, y luego se echaron a reír como adolescentes. De hecho, al fijarme más, me di cuenta de que eran dos adolescentes con un montón de maquillaje encima.

—Son Misty y Marcia, las pequeñas del equipo. Las vigilamos entre todos para que no se metan en líos. No queremos que se conviertan en dos zorritas isleñas tan jovencitas, ¿verdad, chicas?

Ellas se echaron a reír otra vez y me recordaron a Maddy. Qué ganas tenía de que mi hermana y Ginelle vinieran a verme a finales de mes. Las gemelas también estaban dentro de la categoría de tallas grandes, pero juraría que debían de gastar una talla 44. Pesaban algo más que yo, pero no mucho.

MiChelle me llevó a un rincón libre y me aguantó el traje de baño mientras yo me quitaba la ropa. Siguió poniéndome al día sobre mis compañeras.

—Las gemelas tienen sólo dieciséis años. Están aquí solas, sin su familia. Su agencia de modelos les ha asignado un acompañante, pero a ese hijo de puta no le vemos el pelo. Su padre está soltero y se ha quedado en casa, trabajando para pagar los gastos de sus hijas, pero, como puedes ver, le han salido preciosas y la agencia de modelos fue a buscarlas. Este trabajo es muy importante para ellas. Gracias a las sesiones, podrán ir a la universidad. Por eso su padre las dejó venir.

Cuando acabé de ponerme el biquini, una asistente me roció el trasero con un spray para asegurarse de que no se movía durante la sesión. También aplicó cinta adhesiva en el pecho, para mantener la parte superior tal como querían que saliera en

las fotos. Luego se echó aceite en las manos y me frotó todo el cuerpo hasta que quedé brillante. MiChelle estaba de pie, con los brazos en cruz y las piernas bien abiertas, sometiéndose al mismo tratamiento.

Cuando alguien llamó a la puerta con decisión, todas guardamos silencio.

—Mia y MiChelle, os toca —dijo una voz atronadora desde la puerta.

—Empieza el espectáculo —comentó MiChelle.

Angel era asombroso, como fotógrafo y como ser humano. Trabajar con él y con MiChelle durante esa primera jornada fue lo mejor del día. El anuncio llevaba por título «Yin y yang», y se basaba en el contraste de nuestros tonos de piel. Angel nos colocó a las dos en forma de media luna. Los pies de la una tocando la cabeza de la otra. Nos tomó las fotos desde arriba. En un momento de la sesión hizo que nos agarráramos al tobillo y a la mano de la otra. La postura era un poco complicada, pero el resultado quedó bastante filosófico.

Cuando acabamos, MiChelle y yo nos reunimos con las otras chicas y nos pusimos hasta el culo de pizza. Tal vez no fuera lo que deberíamos hacer, como modelos que éramos pero, como MiChelle se encargó de hacernos notar, la pizza llevaba espinacas, alcachofas, tomates, pimientos verdes, aceitunas y pollo. Todo eran cosas sanas. A mí su explicación me convenció y, al parecer, convenció también al resto de las chicas. Mientras comíamos, nos quejamos de que nos hubieran puesto la etiqueta de modelos de tallas grandes. No era agradable pensar que nos habían contratado por tener el tipo que teníamos, que no era el tipo que la sociedad creía que deberíamos tener.

Durante los dos días siguientes, me hicieron fotos individuales y fotos de grupo con las demás chicas. Tai tenía fiesta. Por desgracia, yo trabajaba desde el alba hasta que me caía muerta de cansancio por las noches. Ser modelo no era tarea fácil. Esas mujeres se partían el culo trabajando. Algunas partes eran divertidas, no digo que no. Cada día empezábamos muy animadas, pero luego, cuando tenías que mantener los dedos de los pies estirados durante más de una hora, el pecho arqueado y el culo metido hacia adentro para no parecer que estabas en la barra de un bar, te ibas agotando. Después estaban los retoques constantes de pelo y maquillaje; los cambios de ropa y de escenario... Iba a acabar con una rampa permanente por culpa de intentar poner los pies igual que la muñeca Barbie todo el santo día.

Por fin iba a volver a pasar el día con Tai. Sonreí pensando en toda aquella extensión de piel cálida, masculina y deliciosa y en cómo me rodearía con ella. Esperaba que volviéramos a tener una noche en la que pudiéramos cumplir los deseos sexuales del otro. Sin embargo, a él parecía apetecerle más enseñarme la isla. Y, por mucho que deseaba quedarme con él en la cama todo el día, también quería conocer lo que me rodeaba y vivir la isla a fondo.

El primer enclave que visitamos no estaba lejos de Honolulu. Era un lugar situado

en el centro de la parte inferior de la isla, llamado el mirador de Pali. Desde lo alto de la montaña, hay una vista panorámica del lado de barlovento de la costa de Oahu. Los vientos alisios soplan con tanta fuerza en ese lugar que el pelo me azotaba la cara como si fuera un látigo hasta que Tai me dejó su gorra de béisbol.

—Increíble, ¿eh? —comentó mientras disfrutábamos de la mágica vista.

—Es algo inolvidable.

Mientras estábamos allí, descubrí que ése había sido el escenario de una de las batallas más sangrientas en la historia de Hawái. Durante la batalla de Nu'uaniu, casi cuatrocientos soldados que defendían Oahu de la invasión de Kamehameha I quedaron atrapados en el valle y más tarde los obligaron a retroceder hasta que cayeron por el precipicio y murieron.

—Qué triste —dije pensando en toda aquella gente que había perecido en la batalla mientras descendíamos hacia el coche.

Tai recuperó su gorra y el pelo me volvió a caer libremente sobre los hombros y la espalda.

—Mejor así —comentó sonriendo antes de colocarse la gorra en la cabeza—. Si eso te ha puesto triste, será mejor que no vayamos a Pearl Harbor.

—Bien pensado.

—¿Tienes hambre?

—Me comería un buey.

—¿Te gusta la cerveza hawaiana?

—Y ¿a quién no? —respondí enarcando las cejas para dar énfasis a mis palabras.

Me llevó a un lugar en el extremo sur de la isla llamado Destilería Kona. Estaba en medio de lo que parecía ser un centro comercial, por lo que pensé que no estaría tan bien como Tai decía. Sin embargo, nunca me había alegrado tanto de equivocarme.

La camarera nos condujo a través del comedor hasta una zona trasera que parecía estar colgada sobre la bahía. Al fondo se veían los barcos atracados. Los patrones podían atracar la embarcación, subir y comer. La vista era tan impresionante como la del mirador de Pali, pero distinta. El restaurante quedaba atrapado entre dos cordilleras que se adentraban en el agua. El paisaje estaba salpicado de todo tipo de verdes, amarillos, marrones, lilas, azules y los demás colores del arcoíris, como si fuera la obra de un pintor. Ahora entendía por qué tantos artistas pintaban esas montañas. Eran preciosas e inspiraban paz en todos aquellos que tenían la suerte de verlas.

Pedimos un montón de cervezas y nos sentamos a charlar. Hablamos de la vida en la isla, de la cultura samoana, de mi vida en casa, de surf y del futuro. Tai se bebió una cerveza rubia que llevaba por nombre «La Gran Ola». Yo elegí una de sabor más intenso llamada «Náufrago». Ambos nombres me parecieron muy adecuados para el momento actual de nuestras vidas. Me sentía como un náufrago, tratando de mantenerme a flote durante ese año, saltando de sitio en sitio, mientras que Tai

siempre estaba buscando su gran ola, ese algo que lo hiciera sentirse completo. Me imaginé que lo encontraría cuando conociera a la mujer de su vida y sentara la cabeza. De momento, yo estaba encantada de que estuviera compartiendo ese mes conmigo.

—Muy bien. Ya hemos estado en el mirador y has tomado comida y cerveza local. ¿Qué te parece si ahora te alimentamos el alma? —sugirió.

—¿El alma? ¿Tienes algo que pueda alimentarme el alma?

Él sonrió y puso el jeep en marcha. Llegamos después de una media hora de carretera, aunque el camino se me hizo cortísimo, puesto que las vistas eran espectaculares. A cada rato, el paisaje fluía, variaba. Cada montaña, cada playa era distinta.

Finalmente llegamos a un lugar llamado valle de los Templos, en el Memorial Park. Entramos con el vehículo y cruzamos lo que parecía ser un cementerio, aunque no se parecía a los cementerios de Estados Unidos. No había bloques de hormigón ni placas de bronce en el suelo. No, no se parecía a ningún cementerio que hubiera visto. En muchas de las áreas vimos grandes lápidas de mármol negro con letras doradas grabadas que se alzaban como centinelas guardando el lugar de reposo eterno del ser humano enterrado debajo. Tanto en las vistas del lugar como en la calidad de las lápidas, se notaba que los hawaianos reverenciaban a sus difuntos. En vez de sentirme invadida de tristeza y sensación de muerte, me llené de compasión y de amor por las personas que me estaban permitiendo compartir con ellos el lugar de su último reposo.

Tai se detuvo en una zona de aparcamiento, bajamos del coche y me dio la mano. Recorrimos un largo camino hasta llegar a un templo rojo de estilo japonés, situado ante una cordillera.

—Es el Byodo-In —dijo en voz baja, casi susurrando—. Es un templo budista donde no se practican ceremonias. Puede entrar quien quiera a meditar, a rezar o simplemente a disfrutar del entorno. Todo el mundo es bienvenido. Ven, vamos a echar un vistazo.

Tai tuvo que tirar de mí para que me moviera de lo maravillada que estaba. El edificio, apaisado, encajaba a la perfección con el entorno, sobre todo con la cordillera que se extendía a su espalda. Uno de los lados estaba flanqueado por un bosque de bambú; en el otro lado quedaba el cementerio. Decir que era uno de los sitios más hermosos que había visto sería quitarle valor al gozo que el lugar aportaba al cuerpo, a la mente y al alma. Me invadió un profundo sentimiento de paz y de humanidad que me entraba por los poros, me humedecía los ojos y me abrazaba el corazón.

—Nunca había visto nada igual. —Me volví hacia Tai y él se inclinó hacia mí y me besó con suavidad.

—Me alegro, pero aún no has visto lo mejor.

Recorrimos los caminos de grava, deteniéndonos para contemplar los estanques

de peces koi que había por todas partes. Los caminitos quedaban cubiertos por las ramas colgantes de los árboles, lo que añadía un aura de misterio al lugar. A la entrada del templo había una campana gigante. A su lado había un tronco. Y, cuando digo un tronco, me refiero a un árbol cortado, tumbado y colgado a la misma altura que la campana. Los visitantes podían tirar de la pesada sogá a la que estaba atado para que golpeará la campana. Por supuesto, lo hice.

La primera vez, el tronco apenas se movió y la campana casi no sonó. ¡Qué rabia!
—Espera un momento, criatura.

Tai le entregó su teléfono a una pareja de japoneses que estaban haciendo cola detrás de nosotros para acceder a la campana. El hombre levantó el teléfono, preparándose para disparar la cámara. Tai me rodeó la cintura con un brazo al tiempo que se enroscaba la cuerda en el otro y tiraba de ella con su fuerza sobrehumana. El tronco retrocedió y se estrelló contra la campana con un «GONG» atronador. Volvió a retroceder y a golpear la campana con otro «GONG». El tercer impacto fue un poco más suave que los anteriores: «gong».

Yo di varios saltos de entusiasmo, aplaudí, le eché las manos al cuello y le planté un beso húmedo y agradecido en los labios. Él me abrazó y llevó el beso a otro nivel. Me succionó y mordió la boca, como si quisiera apoderarse de mi entusiasmo bebiéndolo directamente de mis labios.

Entonces, alguien carraspeó a nuestra espalda. Una vez más, me había olvidado de dónde estaba. La japonesa menuda que estaba al lado de su marido me sonrió levantando los dos pulgares sin que su esposo se diera cuenta. Yo me tapé la boca con la mano para que no se me escapara una risa con gruñido de cerdo incorporada.

Tai le dio las gracias al hombre y se metió el móvil en el bolsillo. Luego me tendió la mano y juntos subimos los escalones de madera que llevaban a la entrada del templo. Al ver que él se quitaba los zapatos, hice lo mismo. Me saqué las chancletas y me agarré a la camiseta de Tai, por la espalda, para entrar en aquel espacio oscuro. No parecía haber nadie más allí. En el silencio más absoluto, caminamos hasta llegar frente a una impresionante estatua de Buda, de casi tres metros de altura, situada sobre una plataforma elevada. En el centro había un Buda joven, que reposaba en actitud contemplativa.

—Es una representación del propio Buda; la estatua más grande de este tipo que se encuentra fuera de Japón. La diseñó el famoso escultor Masuzo Inui. Me encanta que esté sentado sobre una flor de loto —dijo Tai sin ocultar la admiración y la veneración que sentía.

—¿Por qué es dorada? —le pregunté observando todos los detalles de la estatua, mientras trataba de grabarme su imagen en la mente para no olvidarla.

—Para resaltar su belleza. Está recubierta por barniz dorado y por tres capas de pan de oro. ¿Ves todas las figuras que la rodean? —me preguntó señalando a una pareja.

Asentí, entorné los ojos y me acerqué a la estatua todo lo que pude sin saltarme el

cordón de seguridad.

—Hay cincuenta y dos *bodhisattvas* o, lo que es lo mismo, seres iluminados rodeándolo. Flotan en nubes, tocan instrumentos, bailan. Representan la cultura de la aristocracia de Fujiwara.

Tras la lección de historia, encendimos dos varillas de incienso y las dejamos frente a la estatua.

—Ahora reza una oración, pide un deseo o envía tu amor a quien creas que más lo necesita.

Tai se sentó frente a la plataforma elevada con las piernas cruzadas. Lo imité. A continuación, unió las palmas de las manos y se las colocó ante el pecho en actitud de oración. Luego cerró los ojos e inclinó la cabeza.

Yo también los cerré e incliné la cabeza pero, en vez de elegir entre una oración, un deseo o enviar mi amor a alguien, hice las tres cosas a la vez:

Por favor, Dios, no permitas que mi padre muera.

Deseo que Maddy consiga todo lo que se proponga en la vida.

Buda, me gustaría enviar luz y amor a Wes para que nunca se sienta solo, ni siquiera cuando esté en una habitación llena de gente.

6

Tai y yo seguimos recorriendo la isla durante toda la tarde. Hicimos una parada en la costa norte y tomamos nada más y nada menos que comida mexicana. No se parecía a la comida mexicana de California, pero era picante y estaba caliente, y me reconfortó el cuerpo y el estómago, justo lo que necesitaba tras unas horas de ver pasar playa tras playa. Durante un buen rato saqué la mano por la ventanilla y jugué con el viento. Tai parecía muy satisfecho conduciendo y dándome la otra mano. En la radio sonaba música hawaiana, muy relajante. No entendía lo que decían, pero igualmente disfrutaba de ella.

—¿Cuándo crees que sentarás la cabeza? —le pregunté, sin venir a cuento.

Él ladeó el cuello y frunció los labios.

—Sueño con ello cada noche, pero no obtengo respuesta.

Frunció el ceño y su estado de ánimo pareció cambiar. Daba la impresión de que al sexi samoano el tema lo preocupaba más de lo que parecía.

Tai era uno de esos hombres con los que las mujeres se casaban. Lo nuestro era otra cosa. Nosotros estábamos divirtiéndonos, compartiendo sexo y amistad, no amor ni compromiso. Aun así, sabía que él tenía muchas ganas de conseguir ambas cosas.

Le apreté la mano, dándole ánimos.

—¿Qué piensa tu madre? Me dijiste que podía ver el futuro. Desde luego, espero que lo que me mencionó a mí se cumpla.

Él suspiró.

— *Tina* dice que conoceré a mi pareja de manera inesperada.

Bajó la cabeza con timidez y me dirigió una mirada de adoración con sus ojos oscuros y ardientes como carbones encendidos.

—Al principio pensé que igual eras tú. —Yo negué con la cabeza inmediatamente—. Lo sé, lo sé: estamos destinados a ser amigos. Además, si hubieras sido tú, *tina* se habría volcado contigo. Pero es frustrante tanta espera. Me siento como si estuviera viviendo a medias; como si la otra mitad de mi vida estuviera viviendo en alguna parte, sin mí.

Dios, ese hombre era un santo. Estaba convencida de que conseguiría lo que se propusiera. La gente que es tan amable, tan buena, y que vienen de familias sólidas, normalmente logran sus objetivos. Tai se lo merecía.

—La encontrarás.

—Bueno..., *tinam* e dio un par de pistas.

Abrí mucho los ojos, me volví de lado en el asiento y me senté sobre una rodilla para observarlo detenidamente.

—Tú dirás. Estoy esperando. —Le propiné un puñetazo en el brazo para dar énfasis a mis palabras, y tuve que sacudir la mano porque me hice daño en el puño—. Joder, no hagas más pesas.

Él se rio y gruñó como un cerdo, sin problemas.

—Eres la primera mujer que me lo pide.

—No te escaquees. ¿Qué te contó Masina sobre tu media naranja?

Tai se pasó una mano por su cabeza rapada casi al cero. Oí el ruido que hacía su pelo al rascar su mano callosa.

—Me dijo que tendría los ojos del color de la hierba recién cortada y el pelo dorado como el sol.

Abrí mucho la boca y me eché a reír.

—¡Hemos de buscar a una rubia de ojos verdes! ¡Es asombroso!

Él se encogió de hombros.

—Eso significa que no es samoana —replicó con el ceño fruncido—. Y eso no será fácil para la familia —añadió con cansancio y cierta inseguridad.

Me acerqué para acariciarle el hombro y luego apoyé la cara en él. Tai me abrazó.

—El amor verdadero nunca es fácil —señalé—. Creo que hay que superar pruebas y dificultades para llegar al final feliz. Forma parte del proceso.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. —Sonreí y le plantifiqué un beso en el hombro.

Él gruñó.

—Pero, mientras tanto, pienso disfrutar de una voluptuosa morena llegada del continente —dijo llevando la mano desde mi rodilla hasta el muslo y, de allí, a mi sexo, que agarró con agresividad.

—Pues, ahora que lo dices, me parece una idea estupenda —repliqué con la voz ronca por el deseo.

En vez de girar a la derecha, en dirección a Honolulu y Diamond Head, donde nos alojábamos, Tai dobló a la izquierda y subió con el jeep por una larga carretera de montaña hasta que lo único que se veía desde los cristales era la densa vegetación.

—¿Adónde vamos?

Me apretó el hombro.

—Ya lo verás. Confía en mí. —Yo fruncí el ceño, los labios, y gruñí—. Eh, eh, afloja ese ceño, criatura.

—Lo haría si estuviéramos en casa y me estuvieras follando ahora mismo.

A Tai se le iluminaron los ojos en respuesta a mi gráfica réplica.

—Confía en mí. Valdrá la pena.

—¿Perderme un orgasmo marca Tai Niko? Lo dudo —refunfuñé medio en serio, medio en broma.

Quería acostarme con él. Habían pasado varios días y estaba más que lista para otra interminable dosis de amor. La canción de Lionel Richie *All Night Long* me rondaba por la mente.

Finalmente, Tai detuvo el jeep en lo alto de un claro. A nuestro alrededor, la oscuridad era absoluta. La única luz provenía de la luna por encima y de las luces de

la ciudad de Honolulu por debajo. La vista era espectacular. Empezaba a acostumbrarme, ya que así parecían ser las vistas desde cualquier rincón de Oahu. Tai me llevó a la parte delantera del vehículo, extendió una toalla sobre el capó y me sentó sobre ella. Luego volvió al coche, bajó las ventanillas y subió el volumen de la música. La tonada hawaiana flotó en el aire, como movida por los vientos tropicales. La noche era cálida y ligeramente bochornosa. Tenía la piel un poco húmeda, pero no lo suficiente como para hacerme sentir incómoda. Tai apagó el motor y regresó con una botella de champán. ¿Dónde la tenía escondida? Ni idea.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté.

—Los hombres de verdad guardan secretos a los que sus mujeres no tienen acceso.

Me eché a reír y acepté el vasito de plástico lleno de champán dulce y burbujeante.

—¿Soy tu mujer? —le pregunté con mala intención.

Tai no podía enamorarse de mí ni yo de él. Su madre ya nos había advertido. Debíamos marcar con claridad los parámetros de nuestra relación. Amistad y diversión, no podía haber nada más entre nosotros.

—Durante los próximos diecisiete días, sí. Luego ya serás el problema de otro tipo.

Abrí la boca para protestar, pero acabé echándome a reír.

—¡Eres lo peor!

—Gracias. Aprendí de la mejor —replicó él guiñándome un ojo.

Estuvimos un rato allí, bebiendo champán hasta que nos achispamos. El champán siempre me ayudaba a liberarme de mis inhibiciones. Miré a Tai de reojo. Estaba sentado sobre la toalla, echado hacia atrás y apoyado en los antebrazos, disfrutando de las vistas. Él no había bebido tanto como yo porque tenía que conducir. Me volví de lado y le acaricié la mandíbula con un dedo, hasta que me miró. Ese hombre podría hacer que mujeres hechas y derechas lloraran contemplando su perfección de tan guapo que era.

Me pasé la lengua por los labios mientras le reseguía los suyos con el dedo. Él asomó la punta de la lengua y me lamió el dedo. Ahogué la respiración cuando me lo mordió. Uno nunca se espera que un simple dedo pueda ser tan sensible, pero en ese momento me pareció que tenía conexión directa con mi clítoris. Mientras él me rodeaba el dedo con la lengua y lo succionaba con fuerza hacia el interior de su boca caliente, mis bragas se iban humedeciendo por momentos. Apreté los muslos y gemí de placer al poder presionar el vacío que sentía entre las piernas.

—Tu flor está madura —afirmó deslizándome un dedo entre los pechos.

Luego me levantó la falda y se dirigió directamente al clítoris, formando círculos sobre él antes de colarse entre mis pliegues hasta el fondo.

Me dejé caer hacia atrás mientras la mano de Tai entraba y salía con suavidad de mi interior. Poco después, añadió otro dedo.

—Puedo oler tu néctar, criatura. ¿Puedo probarlo aquí, al aire libre?

Asentí frenéticamente y lo sujeté por los hombros.

—Por favor —gemí cuando un tercer dedo se unía a los otros dos.

—Y ¿qué te parece si te quito toda la ropa y te follo duro aquí mismo? ¿Te han follado alguna vez sobre el capó de un coche, Mia?

Yo negué con la cabeza.

—Sólo encima de una moto —admití con la voz temblorosa antes de echar la cabeza hacia atrás cuando él empezó a mover la mano más deprisa, follándome con los dedos como si ése fuera su objetivo en la vida.

—¿Ah, sí? —me preguntó con sorpresa, y el sonido de su voz me hizo jadear de deseo—. Ya me contarás esa historia más tarde.

Retiró los dedos de mi interior y me ayudó a bajar del coche. Me quitó las bragas y se las guardó en el bolsillo. Luego me hizo levantar los brazos y me sacó la camiseta. Yo tiré de la suya. Necesitaba sentir su piel morena contra mis pezones erectos. Cuando se la hubo quitado, me aferré a él, uniendo nuestras bocas en un beso brutal que él me devolvió con entusiasmo. Al igual que en nuestros otros encuentros sexuales, nos embalamos enseguida.

Tai rompió el beso y volvió a sentarme sobre el capó aún tibio del jeep. Ya no estaba tan caliente como cuando habíamos aparcado.

—Túmbate —me ordenó—. Quiero verte desnuda y expuesta a mí sobre el capó de mi coche.

Yo hice lo que me pedía, arqueando la espalda porque necesitaba hacer algo. El deseo que me incendiaba el cuerpo, la necesidad de que me tocara... en cualquier parte... estaba alcanzando proporciones épicas.

—Encárgate tú de tocarte las tetas. Yo voy a estar ocupado cuidando de la flor que tienes entre los suaves muslos y recolectando el néctar que empieza a caer y a perderse por la raja del culo.

Dios mío, me decía unas cosas que me llegaban hasta dentro. Me alcanzaban el clítoris, haciendo que latiera desbocado en respuesta a cada palabra obscena. Mi Tai era un hombre muy gráfico, guapo y lascivo al mismo tiempo.

Me llevé las manos a los pechos y me los masajeeé. Cuando me apreté los dos pezones entre los pulgares y los índices, Tai me penetró profundamente con la lengua. Gruñó mientras yo gemía. Entre los dos, parecíamos una jauría de animales salvajes luchando en el bosque. Siempre que Tai se dedicaba al sexo oral, lo hacía como si acabara de descubrir un postre nuevo, exageradamente delicioso. Lamía, succionaba, mordisqueaba y presionaba en los lugares correctos. Cuando me rodeó el clítoris con sus labios carnosos, acariciándolo de forma circular con la lengua, y me separó los muslos lo suficiente como para notar una punzada de dolor, levantó la cara y nuestras miradas se encontraron. Me agarró los muslos con fuerza, abrió la boca, colocó la lengua plana contra mi clítoris y frotó. Yo gemí, suplicándole con los ojos, y traté de alzar las caderas para hacer más presión, pero estaba por completo a su merced. Él

apartó la boca durante un instante y sentí ganas de llorar. No eran sólo ganas. De hecho, se me formaron lágrimas en los ojos por la necesidad de correrme.

—No cierres los ojos. Mírame mientras te llevo al orgasmo —gruñó él antes de lamerme desde la raja hasta el clítoris, situando los labios otra vez sobre el sensible botón, mirándome fijamente y succionando con fuerza.

Todo mi cuerpo se sacudió con el potente orgasmo que recorrió cada centímetro. No podía revolverme porque Tai me tenía del todo inmóvil con sus enormes y masculinas manos. Me corrí y me corrí y, cuando no pude más, le agarré la cabeza con las dos manos y tiré de él. Mi diminuto clítoris se separó de sus labios. Me recordó a una cereza. No pude apartarlo más, pero al menos me dejó la cereza en paz y hundió la lengua hasta el fondo en mi interior, probando mi esencia más íntima.

Lamió hasta la última gota con entusiasmo, como un animal salvaje, y estuve a punto de correrme otra vez. Los ojos de Tai lanzaban llamas y tenía el pene a punto de salirse de los pantalones. Cuando al fin se los quitó, vi su miembro tan erecto que parecía que debía de dolerle. Me deslicé hacia abajo para metérmelo en la boca y devolverle el favor, pero él negó con la cabeza y me dio un preservativo. Lo abrí con los dientes, lo saqué del envoltorio y se lo puse sobre su impresionante miembro.

Luego me levantó las rodillas hasta la altura de sus costillas con tanta brusquedad que tuve que echar las manos hacia atrás rápidamente para no caerme. Apuntó con la polla y me la clavó. Yo grité al recibir algo tan grande en mí. Ese hombre era enorme por todas partes, y su masculinidad no se quedaba atrás. Segundos después, me estaba agarrando con fuerza por detrás de las rodillas y alzándolas aún más, clavándose tan adentro que parecía imposible. Me sujeté de sus hombros y de su cuello como pude. Con toda probabilidad le dejé marcas de arañazos en la espalda, el cuello y la cabeza, pero él no dejó de follarme en ningún momento. Luego se retiró y me dio la vuelta, poniéndome de rodillas sobre el capó. Me eché hacia adelante y me agarré de unos salientes metálicos cercanos a los limpiaparabrisas. Él me asió por las caderas y tiró de mí hacia atrás. Se colocó en posición, me abrió los labios y volvió a clavarse en mí. Estaba tan adentro que sentí que penetraba en territorio inexplorado.

—Voy a abrirte bien y a follarte, criatura. Voy a marcarte para que echas de menos mi polla cuando te vayas. ¿Me oyes?

—Sí —gemí mientras él deslizaba su verga contra todas mis terminaciones nerviosas internas. Noté que me estremecía de arriba abajo. Las paredes de mi sexo se contraían y latían alrededor de su rígida erección.

—¿Echarás de menos mi polla algún día? —prácticamente gritó en su afán de marcarme.

—¡Joder, Tai, sí, claro que sí, pero fóllame! —exclamé al tiempo que él tiraba de mis caderas hacia atrás y yo me sujetaba del coche con todas mis fuerzas.

Me embestía a un ritmo frenético, casi furioso. Luego apoyó un pie en el parachoques, me echó las caderas hacia abajo, pegándome al coche y, con la otra mano, me masajeó el clítoris. Instantes después, salí disparada hacia el segundo

orgasmo.

Flotaba, volaba ingrávida. Así me sentía, aunque sabía que Tai seguía follándome como un dios del sexo mientras movía las caderas con el sudor cayéndole por el pecho, hasta que llegó al clímax con un grito poderoso.

No recuerdo el camino de vuelta a casa, ni recuerdo cómo me metí en mi cama, donde me desperté al día siguiente para ir a trabajar. Tal como Tai esperaba, tenía el sexo dolorido. Me molestaba hasta el contacto de la ropa interior con lo que Tai llamaba mis «delicados pétalos». Con una risita, me dirigí a la ducha dejando que el agua caliente me calmara y relajara los tejidos. Cuando miré hacia abajo, solté una maldición. En la parte delantera de cada muslo tenía cuatro moratones del tamaño de una moneda, y otros dos en la parte de atrás.

Genial. ¿Cómo coño le explicabas eso a un diseñador de bañadores? ¿Qué debía decirle? «Eh..., verás, es que estuve follando como una loca bajo las estrellas en la cima de una montaña, sobre el capó de un coche. ¿Sabes ese sexi samoano que contrataste como modelo? Pues él es el culpable. Se volvió loco y me dejó estas marcas al tiempo que me lo comía todo.» Seguí gruñendo y refunfuñando mientras me preparaba para ir a trabajar.

Cuando llegué al set, situado en la misma playa donde teníamos los bungalows, gracias a Dios, el humor no me había mejorado mucho. Tai alzó la vista y sonrió al verme entrar en la carpa.

—Hola, criatura, estás...

Se interrumpió al ver que lo fulminaba con la mirada desde la puerta. Dejé caer la bolsa y procedí a ignorarlo de manera absurda. Era una actitud propia de una adolescente, lo sé, pero me daba mucha rabia que Angel d'Amico tuviera que usar Photoshop en sus imágenes para disimular los moratones.

Tai me apoyó una de sus manazas en el hombro, pero yo se la aparté de inmediato y le dirigí una mirada asesina.

—¿Qué ha pasado desde que te metí en la cama hasta ahora? ¿Por qué estás así?
—me preguntó preocupado.

—Por tu culpa estoy así. Tú y tus manazas... —refunfuñé levantándome el vestido y enseñándole los diez moratones que tenía en los muslos.

Cuando alcé la vista, esperando que él me estuviera mirando arrepentido, vi que no lo estaba en absoluto. De hecho, se estaba riendo, aunque tratara de disimularlo tapándose la boca. Sentí que me sulfuraba y me llevé las manos a las caderas.

—¿Te estás burlando de mí? —exclamé sin alzar la voz para que nadie más se diera cuenta de mi indignación. Estaba furiosa, pero seguía siendo una profesional y no quería que me colgaran la etiqueta de conflictiva.

En ese momento Raúl se acercó a mí. Esta vez iba vestido de blanco de la cabeza a los pies. Resulta que en realidad no era gótico. Lo que pasaba era que —según sus

propias palabras— por la mañana elegía un color temático y, durante ese día, se entregaba a ese color en cuerpo y alma. Por eso siempre iba vestido de un solo color, desde las uñas de los pies hasta el cuello. Y ese día tocaba blanco. Hasta los pies, en los que llevaba unas Converse de ese color. La excepción era el pelo, que seguía siendo lila. Decía que era su toque de extravagancia.

—¿Qué pasa aquí?

Miré a Tai frunciendo el ceño.

—Nada —respondí con rabia.

—Tiene moratones en las piernas —explicó Tai como si nada. Si hubiera tenido un puñal a mano, se lo habría clavado en el ojo, pero lo único que podía usar en ese momento eran las brochas de las maquilladoras—. Anoche perdimos un poco el control, ya sabes cómo son estas cosas. ¿Se puede hacer algo?

Raúl se aguantó la risa.

—Vamos a verlo.

Yo puse los ojos en blanco y me levanté el vestido. Raúl se arrodilló, me agarró las piernas y entonces examinó las marcas.

—¡Necesito que pongáis diez cucharillas en el congelador ahora mismo! —gritó por encima del hombro. La chica con la que llevaba unos días saliendo fue corriendo a cumplir sus instrucciones—. No te preocupes, cielo. Las cucharillas aclararán los moratones, y luego los cubriremos con maquillaje.

—Oh, gracias. Odiaba la idea de que Angel tuviera que usar Photoshop.

Raúl me dirigió una mirada severa.

—Cariño, es menos probable que Angel d'Amico use Photoshop en una de sus fotos que que le ponga los cuernos a su preciosa esposa. Se considera un artista. Nunca retoca sus fotos. Para él es importante que no haya ningún tipo de filtro.

—Oh, vale. Me ayudarás, ¿verdad? —le pregunté con mi mirada de cachorrito desvalido.

Él me llevó a la silla de peluquería y maquillaje.

—Por ti, cualquier cosa.

—Gracias, Raúl. —Alargué el cuello y lo besé en la mejilla.

—Y ¿yo qué? He sido yo quien le ha pedido ayuda —preguntó Tai desde detrás.

Yo hice una mueca y me eché el pelo por encima del hombro con brusquedad.

—Tú fuiste quien se volvió loco con esas manazas que tienes.

Por fin tuvo la decencia de aparentar estar arrepentido, aunque le duró poco.

—Pues, ¿sabes qué? No me arrepiento. Lo volvería a hacer. ¿Me estás diciendo que te arrepientes de haberlo hecho sobre el capó de mi coche, desnuda y con las piernas abiertas, mientras el aire de la noche te acariciaba tu dulce y húmeda...?

—Joder —exclamó Raúl, que se quedó inmóvil con el peine encima de mi cabeza, los ojos empañados y las mejillas encendidas.

—Ostras, me he olvidado de dónde estábamos. Lo siento, tío. —Esta vez, Tai pareció arrepentido de verdad.

Raúl negó con la cabeza.

—Tranquilo, no pasa nada. Eh..., ¿y si me cuentas dónde aparcaste?

Tai le dio otra palmada en el hombro.

—Claro, colega. Luego hablamos. Nos vemos en el agua. Hoy nos toca sesión de parejas sexis en bañador metiéndose mano en la orilla —me dijo alzando las cejas varias veces.

—¿De verdad? —le pregunté incrédula. Tenía que ser una coincidencia.

—Sí, voy a meterte mano por todas partes.

—No sería la primera vez —resoplé.

—Y no será la última, criatura.

Angel d'Amico era un genio. No sólo había conseguido que Tai y yo tuviéramos más química ante las cámaras que si fuéramos una pareja que llevara años junta. También el resto era espectacular: la iluminación, el entorno, los bañadores..., todo sumaba para conseguir un aire nuevo, fresco. Tenía una perspectiva única. Sabía cómo abordar un tema tan espinoso como la imagen que las mujeres tienen de su cuerpo y llevarlo a un plano superior. Esa campaña era muy vanguardista, no sabría definirla de otra manera. Yo era la modelo con una talla más pequeña; estaba entre la 42 y la 44. El resto estaban entre la 44 y la 50. Todas eran mujeres hermosas con curvas exuberantes de las que estaban orgullosas, por supuesto. Eran mujeres de verdad, con cuerpos de verdad.

—Vamos, chicas, reuníos alrededor del tiarrón —dijo Angel con su marcado acento italiano—. Tai, pon una mano sobre el culo de Taylor y la otra en la cadera de MiChelle. Mia, tú quédate a un lado, aquí, y pon cara..., eh..., ¿cómo se dice?..., cabreada.

Rosa, la esposa de Angel, situó a Taylor y a MiChelle exactamente como su marido quería.

—Mia, cariño, colócate aquí, con las manos en las caderas. Tienes que estar elegante y preciosa pero, al mismo tiempo, muy enfadada. O, como mi marido ha dicho de manera tan elocuente..., cabreada.

Me eché a reír y me coloqué en posición.

—Marcia y Misty, venid aquí, queridas. —Rosa hizo un gesto para que las gemelas se acercaran.

Ellas lo hicieron, con sus melenas pelirrojas flotando al viento mientras se aproximaban corriendo con la exuberancia de los dieciséis años.

—Oh, sí, sí, mi amor. Es perfecto. Eres tan hermosa como inteligente. Te adoro —le dijo Angel a su esposa, situándose tras la cámara.

—Ya lo sé, cariño. Sé que me adoras —replicó ella sonriendo y guiñándole el ojo. —Él se llevó la mano al corazón y le dirigió una mirada que era de pura adoración—. Vamos, a trabajar —lo animó mirándolo por encima del hombro al tiempo que recolocaba el pelo de una de las gemelas.

—Sí, sí. A ver, Tai. Te han pillado con las manos en la masa —dijo Angel divertido— y, al mismo tiempo, también estás mirando a las jovencitas, y tu amor verdadero, la señorita Mia, te descubre. ¿Vale?

Tai asintió y agarró a las dos mujeres. Sentí una punzada de celos cuando vi que sus dedos se hundían en sus carnes con gusto. Mis compañeras se colocaron en posición y yo seguí su ejemplo. No me costó mucho parecer enfadada. Pensé en el disgusto que había tenido al ver las marcas que Tai me había dejado en los muslos, en la frustración que me suponía no saber si mi padre iba a salir o no del coma y en el cabreo que me había provocado ver en otra portada una foto de Wes y de Gina

besándose. ¿Una relación informal? ¡Y una mierda! Le había hecho una foto a la portada con el móvil para mirarla cada vez que sentía una pizca de culpabilidad.

—Muy bien, Mia, estás proyectando un montón de enfado y frustración, *perfetto*! —Angel empezó a disparar la cámara como un poseso. Poco después, Tai se salió del guion y se apartó de las mujeres, que lo miraron sorprendidas. Tai se plantó ante mí, de rodillas, y la cámara se volvió loca—. Sí, Tai, *perfetto* —exclamó Angel.

El samoano se inclinó hacia adelante y me besó el muslo. Luego me agarró por las caderas y me miró como si estuviera muy arrepentido. Cuando le acaricié la cabeza, él me dirigió una sonrisa canalla, como si se sintiera muy satisfecho de sí mismo por haberme ablandado. Pero justo cuando él se había convencido de que lo había perdonado, lo empujé por los hombros y se cayó de culo. Me volví hacia la cámara, saqué la cadera, apoyé la mano allí y le guiñé el ojo al objetivo.

Angel también se cayó de culo de satisfacción y pataleó felizmente en el aire.

—¡Esto es demasiado! ¡Se va directo a la sesión de tomas falsas!

El grupo se echó a reír y tardamos un rato en calmarnos lo suficiente para volver a trabajar. Pasamos un día estupendo. Tai y yo, por supuesto, nos reconciamos gracias al buen ambiente del equipo y, cogidos de la mano, recorrimos la playa de vuelta hacia los bungalows. A la mañana siguiente llegaban mi hermana, Maddy, y Ginelle. Me moría de ganas de verlas.

El taxi se acercó cuanto pudo al bungalow. Tai y yo estábamos esperando en la puerta. Estaba sentada, pero al ver llegar el vehículo me puse en pie de un salto. Ginelle abrió la puerta y salió disparada hacia mí. Cuando estaba a punto de alcanzarme, saltó y se me echó encima, haciendo que rodáramos por el suelo.

—¡Qué cabrona! No me puedo creer que hayas estado viviendo en el paraíso sin mí. Pero las cosas van a cambiar. ¡Ya estoy aquí, zorrón! —exclamó llenándome la cara de besos. Por detrás, oía a Mads partiéndose de risa al vernos.

En ese momento, dos pies muy bronceados y una pierna cubierta de tatuajes tribales entró en nuestro campo de visión.

Ginelle levantó la mirada..., y un poco más, y más, y aún un poco más.

—¡Santa madre de todo lo follable! ¿En qué lugar de esta sagrada tierra has estado escondido todos estos años, bestia sexi? ¡Dios! —Se volvió hacia mí y me preguntó—: ¿Éste es tu cliente? —Cuando yo negué con la cabeza, se volvió de nuevo hacia él y lo examinó de arriba abajo—. Pues espero que te lo estés tirando. —Bajó la vista hacia mí, que seguía aprisionada en el suelo, y asentí con entusiasmo—. ¿Crees que me llevaría a mí a dar un rodeo hawaiano? —Tai no pudo aguantar más la risa. Echó la cabeza hacia atrás y su carcajada se oyó más allá de las palmeras. Yo fruncí el ceño y negué con la cabeza—. No es justo, zorra, tú te quedas con todos los tíos buenorros —protestó Gin haciendo un mohín antes de levantarse.

Tai le ofreció la mano.

— *Aloha*, tú debes de ser Ginelle.

La rubia melena de mi amiga se agitó al viento.

—Ah, ya veo que has oído hablar de mí —dijo sacando pecho—. Todo bueno, espero.

—Todo advertencias —le aclaré yo, cogiendo la mano que Tai me ofrecía para ayudarme a que me levantara. A continuación aparté a mi amiga con un golpe de cadera para llegar junto a mi dulce hermanita—. Ella es Madison, nuestra Maddy. Mi hermana pequeña y el orgullo de mi vida. Él es Tai. —Maddy sonrió ampliamente al oír mis palabras—. ¿Lo ves? —Señalé la cara de mi hermana—. ¿Qué te dije, Tai?

—La chica más bonita del mundo —respondió él—. *Aloha*, Madison.

—¡Exacto! —Le di un gran abrazo a Maddy—. ¿Cómo estás, hermanita? —Di un paso atrás para mirarla a esos ojos verdes pálidos tan parecidos a los míos, que brillaban felices.

—Bien, muy bien, pero estoy preocupada por papá. Mientras estamos aquí, no hay nadie que pueda ocuparse de él si pasa algo. Aunque Matt y su familia se han ofrecido a echarle un vistazo estos días.

Claro, cómo no iban a hacerlo, si eran con toda probabilidad la mejor familia del universo. Me gustaría odiarlos por su perfección, pero en vista de que mi chica iba a unirse a sus filas dentro de un par de años, no debía ser tan dura con ellos. No tenían mala intención. Joder..., no podían tener malas intenciones porque eran una gente de puta madre.

Chasquéé la lengua y abracé a mi hermana por la cintura.

—Vaya, eso es muy amable por su parte. ¿Han dicho algo los médicos últimamente?

Maddy negó con la cabeza mientras Tai llevaba sus maletas. ¡Todas a la vez, de un solo viaje...! Escalofríos de lujuria me recorrieron de arriba abajo ante esa demostración de fuerza y virilidad. Me pasé la lengua por los labios observando su preciosa retaguardia mientras él encabezaba la comitiva en dirección al bungalow.

—Ojalá papá se despertara —comentó Maddy sentándose en uno de los taburetes altos de la cocina.

Yo recorrí la estancia dando saltitos y sacando todas las bebidas alcohólicas y todas las cocteleras que encontré. Estábamos de vacaciones, y no hay vacaciones sin alcohol.

—¿No saben por qué no se despierta? Las heridas de su cuerpo ya están curadas.

Gin abrió mucho los ojos al ver la gran variedad de licores y cocteleras que empezaron a aparecer mientras Maddy respondía.

—Los médicos dicen que se despertará si su cuerpo quiere hacerlo, pero repiten que no debemos hacernos muchas ilusiones, que los golpes en la cabeza le causaron traumatismos muy severos.

Ginelle frunció los labios.

—Qué mierda. Ya sé que estáis muy asustadas, es lo normal.

Maddy se levantó bruscamente, fue hacia las puertas que llevaban a la terraza del bungalow y las abrió de par en par, dejando entrar la brisa marina y llenando la habitación con el intenso aroma del océano. Sabía que, cuando me marchara de allí la semana siguiente, echaría de menos la brisa y el olor del mar.

Examiné las botellas y seleccioné las que quería. Los días pasados detrás de una barra, como camarera, me convertían en una especie de experta en cócteles. «Entre otras cosas», me dije con una sonrisilla. Elegí vodka cítrico, *schnapps* de melocotón, triple seco, zumo de naranja, zumo de piña y mezcla agridulce. Eché hielo en cuatro copas. Tai me observaba apoyado en la encimera, con sus gigantescos brazos cruzados sobre el pecho y una mirada curiosa en su preciosa cara. Gin se lo comía con los ojos de arriba abajo, sin ningún disimulo, aunque él no parecía estar incómodo bajo el escrutinio. Con un cuerpo como el suyo y trabajando en lo que trabajaba, me imagino que estaba acostumbrado a atraer miradas.

—Gin, de verdad, deja de follarte a Tai con la mirada.

Ella puso morritos y apartó la vista, pero al cabo de un momento volvía a estar igual, como si tuviera imanes en los ojos. Se pasó la lengua por el labio inferior.

—¡Gin! —la reñí sacudiendo la cabeza.

Mi amiga cerró los ojos y se los tapó con las manos.

—Lo siento, lo siento. Pero es que ¿tú lo has visto? Está buenísimo. Tai, cariño, estás para comerte.

Él hizo un gesto muy masculino con la barbilla.

—Tú tampoco estás nada mal, pequeña —replicó él con esa voz grave que hacía que moajara las bragas.

Gin, directamente, se fundió. Se llevó una mano al pecho y se dejó caer al suelo.

Le di un codazo a Tai en las costillas.

—¡Au! ¡¿Yo qué he hecho?!

—Le estás dando alas. —Lo fulminé con la mirada y él se echó a reír.

Por último acabé de mezclar todos los ingredientes. Serví cuatro copas y las repartí. Luego, Maddy, Gin, Tai y yo las alzamos.

—¡Mar, sol y mucha diversión! ¡Que viva Hawái! —brindé, e hicimos chocar las copas.

El combinado, que se llamaba «Algo aterciopelado», se deslizó garganta abajo y, al llegar al estómago, los tres tipos de alcohol me calentaron por dentro.

—¿Estáis listas para ir a la playa? —preguntó Tai.

—Hay bañadores para todas en mi habitación. Os vais a morir cuando veáis los que me he podido quedar después de las sesiones de fotos.

Maddy y Gin comenzaron a gritar y salieron corriendo en dirección al dormitorio principal.

—¿Vas a regalarles todos los bañadores que quieran? Son de marca, hechos por un diseñador famoso. Probablemente cuesten varios cientos de dólares cada uno.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué más da? No hay nadie en el mundo a quien quiera más que a esas dos mujeres. Para mí son mucho más importantes que el dinero o que la ropa de diseñador. Tenemos que compartir, ¿no? —declaré, cosa que él hacía con su familia.

Del fondo del bungalow nos llegaron los chillidos de las dos, que se estaban peleando por los bañadores como buenas hermanas.

—¡No te queda bien, eres demasiado alta! —gritó Gin.

—¡Cállate! —replicó Maddy—. Lo que pasa es que tienes envidia porque eres un tapón.

—¡Sí, hombre! —repuso Ginelle—. Eres tú la envidiosa porque a los hombres les gustan mis curvas. ¿A quién no le gusta tener algo que morder?

Tai me abrazó y apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Criatura, tu familia está *crazy*.

—Qué me vas a contar. —Me eché a reír y lo besé. El beso se alargó y, mientras nuestras lenguas bailaban, las manos de Tai descendieron hasta mi culo y me apretaron las nalgas. Cuando me clavó su gruesa erección en la pelvis, jadeé—. Seguimos con esto más tarde, cuando las chicas se queden fritas por el *jet lag*. ¿En tu bungalow?

—Joder, sí.

Al día siguiente, Tai y yo tuvimos sesión de fotos, aunque a media tarde ya habíamos acabado. Tanto Gin como Maddy pasaron la primera mitad del día tomando el sol. Por la noche, Tai había prometido llevarnos a un *luau* donde iba a actuar junto con su familia. Aunque llevaba tres semanas en la isla, aún no lo había visto actuar. Lo había visto surfeando y trabajando, pero no actuando con las espadas de fuego. Tenía muchas ganas de ir. No sabía en qué consistía exactamente eso de la danza con espadas de fuego, pero sonaba a algo exótico y muy excitante, dos adjetivos que me encantaban.

Las tres chicas nos pusimos vestidos de distinta longitud y colorido. Nos dejamos el pelo suelto y lo adornamos con las flores que Tai nos dejó en la cocina. Me pareció un detalle precioso, propio de un caballero. Todo lo contrario de su comportamiento de la noche anterior, cuando me folló duro contra la pared de su bungalow y luego otra vez, por detrás, tumbada sobre la mesa de la cocina. Al parecer, me había echado de menos, y me lo demostró.

Llegamos al resort de cinco estrellas donde iban a actuar. Tai nos había dejado pases para el espectáculo. Se los dimos al empleado de la entrada y nos sorprendimos al ver que nuestros asientos estaban en primera fila, muy cerca del escenario.

Nos sirvieron una increíble selección de comida polinesia. Había pollo y buey *teriyaki*, *lau lau* —un plato a base de cerdo deshuesado—, *poi* hawaiano —una especie de puré de raíces—, ensalada variada, pan de *taroy* todas las frutas imaginables. Nunca había probado una fruta como la hawaiana, y eso que vivía en

California, donde la fruta era fresquísima. Habría renunciado a mi teta izquierda a cambio de poder disfrutar de mangos frescos de Hawái cada día.

—Está increíble —dijo Maddy, metiéndose en la boca un gran trozo de piña—. No puedo parar.

—Ya te digo.

Gin, Maddy y yo comimos, charlamos con nuestros vecinos de mesa y contemplamos la puesta de sol. El escenario tenía una vista privilegiada sobre la playa, para que los comensales disfrutaran del paisaje hasta que el cielo estuviera lo bastante oscuro y pudiera empezar el espectáculo. Cuando el sol se puso, los timbales comenzaron a sonar, creando un ritmo que retumbaba en mi pecho.

El padre de Tai, Afano, salió al escenario. Llevaba un pareo que apenas le cubría sus partes y dejaba a la vista sus espléndidos tatuajes. En las pantorrillas llevaba adornos hechos de paja que le colgaban hasta los pies. Estábamos tan cerca del escenario que oía la hierba seca rozar el suelo.

Afano presentó a los percusionistas, situados a un lado del escenario. Éstos reaccionaron haciendo sonar los tambores y provocando las sonrisas y los aplausos de la gente. Tras dar la bienvenida al público que había acudido a compartir la cultura samoana, dio paso al primer número de la noche. Me quedé de piedra al ver entrar a todas las mujeres de la familia de Tai, incluida su madre, Masina, vestida con un pareo con el que había creado un intrincado diseño. Las jóvenes llevaban cocos en los pechos y pareos cortos que dejaban a la vista sus tonificadas piernas y el resto de sus encantos.

La música empezó a sonar y las mujeres nos deleitaron con sus bailes. Era algo precioso, que sólo había visto en las películas. Incluía el *hula*, aunque había otras danzas, en las que las mujeres elevaban las manos por encima de la cabeza y se movían de lado a lado sacudiendo las caderas y moviendo los pies. Era precioso, y todos los ojos estaban clavados en ellas mientras bailaban.

Tras dos bailes completos, pidieron voluntarias. Gin y yo obligamos a Maddy a levantar el brazo, aunque ella no quería. Al final la eligieron, entre otras mujeres. Masina se colocó al lado de mi chica y me guiñó el ojo. Yo puse las manos como si estuviera rezando e incliné la cabeza para darle las gracias. Que la madre de Tai se ocupara de mi hermana era fantástico; no podía pedir más. Cada una de las chicas enseñó unos pasos a la persona del público elegida. Maddy le cogió el tranquilo enseguida, tal como imaginaba. Mi hermana tenía un talento natural para casi todo, incluido el baile. Masina hizo una señal a los músicos y las espectadoras siguieron los pasos de sus instructoras. Al cabo de un momento, Maddy estaba sonriendo y moviendo los brazos por encima de la cabeza al ritmo de la música, como si lo hubiera hecho toda la vida. Me encantaba verla allí arriba, disfrutando, sabiendo que estaba teniendo esa experiencia gracias a mí. La primera vez que salía del estado de Nevada y era conmigo, a Hawái. Lo recordaría toda la vida, igual que yo. Era algo que podría contar a sus hijos. «Por favor, Dios, que tarde mucho en llegar ese día,

después de que haya conseguido el doctorado.»

La música dejó de sonar y las bailarinas novatas recibieron una larga ovación. La fiesta continuó y, cuanto más tardaba en salir Tai, más nerviosa me ponía. En este tipo de espectáculos, cuanto más tardabas en salir significaba que más peligroso era tu número.

Finalmente, Afano salió vestido de otra manera, aunque igualmente poco tapado. Sus tatuajes se veían muy negros y brillantes, dando imagen de ferocidad.

—Y ahora, por fin, llega el número más esperado. Hay que tener el corazón de un guerrero para poder manejar las espadas de fuego, y mis hijos —se golpeó el pecho con tanta fuerza que retumbó entre el público— son puros de corazón y han limpiado su mente para poder ofrecerles este legado de nuestra cultura. ¡Hombres! —bramó, y Tai y sus tres hermanos salieron al escenario.

Afano y Tai estaban en primera fila, y los tres hermanos, detrás de ellos. Cada uno sostenía un largo palo en la mano. Masina, que llevaba un precioso vestido blanco, salió portando una antorcha y encendió cada extremo del palo. Tras darle una palmadita en la mejilla a cada uno de ellos, se quedó en un extremo del escenario. Los hombres, que estaban plantados en el sitio, inmóviles, con las piernas muy separadas, llevaban adornos de paja en los codos y las pantorrillas. Todos iban vestidos con un pequeño pareo rojo.

—¡Dios mío de mi vida!... ¿Cómo voy a controlarme teniendo todo eso delante? —susurró Gin, lo que le valió un empujón en el hombro.

—Pórtate bien.

—No prometo nada.

Las dos nos echamos a reír, pero no aparté los ojos de Tai en ningún momento. Con un nudo en la garganta, observé a Afano gritar órdenes y a los demás dar fuertes golpes con los pies en el suelo mientras gritaban «¡Hut!». Los dos extremos encendidos de los bastones ardieron inmóviles ante sus caras, hasta que empezaron a hacerlos girar. Los bastones encendidos. Tuve que repetirlo mentalmente varias veces porque no me lo podía creer.

Hacían. Girar. Bastones. Encendidos.

Justo cuando creía que me iba a morir de preocupación, convencida de que estaba a punto de verlos morir quemados, todos arrojaron los bastones al aire y los recogieron. Luego se los lanzaron los unos a los otros, sin dejar de hacerlos girar en ningún momento. Yo tenía un puño muy apretado sobre el regazo y me tapaba la boca con la otra mano.

Los hombres hicieron varios movimientos que desafiaban a la gravedad, a lo más sagrado, y que me provocaron un miedo tan grande que apenas podía respirar.

Luego la cosa empeoró.

El padre y los hermanos de Tai retrocedieron hacia la parte trasera del escenario y permanecieron allí, con las piernas muy separadas, sosteniendo los bastones por encima de sus cabezas, como si estuvieran iluminando el lugar. Los tambores

resonaban con fuerza, haciendo que mi pecho se sacudiera con cada «¡Bum!». Tai se quedó solo en el centro del escenario. Y entonces fue cuando las cosas se pusieron feas.

Mi Tai lanzó el bastón muy arriba, dio un par de saltos mortales, cogió el bastón y lo hizo girar entre las piernas y por detrás de la espalda. Los adornos de paja que llevaba en los brazos y en las piernas podían prender en cualquier momento. Tai se pasó el bastón por detrás de la nuca, girándolo entre dos dedos como si fuera el bastón de una *majorette*, y alargó una mano. Desde atrás, Afano lanzó su bastón al aire. Tai plantó una rodilla en el suelo, levantó el brazo y recogió el bastón en el aire. Yo ahogué una exclamación y cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, mi samoano estaba haciendo girar los dos bastones a la vez. El público aplaudía a rabiar, pero yo permanecía inmóvil, en *shock*. Estaba muerta de miedo.

El espectáculo se me hizo eterno. Tai no dejaba de hacer giros, acrobacias y lanzamientos complicadísimos. El ruido de los tambores no paraba de aumentar de intensidad hasta convertirse en un rugido que me retumbaba en el pecho y en los oídos. Tenía los dedos de los pies encogidos dentro de mis sandalias de plataforma. Los hermanos gritaron «¡Hut!» una y otra vez mientras se acercaban a Tai con ruidosos pisotones y luego lanzaron sus bastones en el aire a diferentes intervalos. Tai hizo un salto mortal, aterrizó de espaldas en el suelo y fue dando patadas a los bastones que fueron a parar a sus manos, uno tras otro. Se levantó y con los cinco bastones formó una letra «H». Sostenía dos palos en vertical en cada mano, y el transversal lo aguantaba con los pulgares. Sus hermanos lo rodearon, lo abrazaron, apagaron las llamas con agua y al final saludaron.

Los cientos de espectadores se levantaron de las sillas y mostraron su aprobación con gritos, silbidos y aplausos. Afano hizo salir a toda su familia a escena para saludar. Tai tenía la mirada clavada en mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas. No puede contenerlas y me cayeron por las mejillas mientras aplaudía con tanta fuerza que me quemaban las manos. Él me dirigió esa sonrisa sexi capaz de derretir los corazones y las bragas de cualquier mujer que se le acercara antes de salir del escenario y de que el maestro de ceremonias anunciara que el *luau* había llegado a su fin.

—Tu novio de mayo tiene un talento que es una pasada —comentó Ginelle abrazándome.

«Mi novio de mayo.»

Supongo que, bien mirado, eso era. Igual que Alec era mi novio de febrero y Wes el de enero. No quería pensar mucho en las implicaciones en ese momento. No había muchas mujeres que tuvieran tantos novios a lo largo de un año, pero ¿cómo, si no, llamabas a una relación monógama en la que te comprometías a estar sólo con un hombre durante un mes? Durante ese período de tiempo salíais juntos, conocíais a sus familias, os divertíais, os contabais vuestros sueños y vuestras esperanzas, dormíais juntos... Si eso no era ser novia de alguien, no sabía cómo llamarlo.

—Sí, es increíble. Vamos a darle las gracias por las invitaciones.

Cuando llegamos a la parte trasera del escenario, la familia ya había recogido sus cosas. Tai estaba allí, vestido con unos pantalones cortos de camuflaje y nada más. Seguía teniendo el pecho brillante por el aceite, que hacía resaltar cada uno de sus deliciosos músculos.

—¿Puedo quedarme con alguno de sus hermanos? —preguntó Gin, señalando a los tres hombres que la estaban mirando descaradamente.

Tao, el mayor, la observaba como si fuera un jugoso bistec y él estuviera muerto de hambre. Por la mirada de Gin, el sentimiento era mutuo.

—Ataca, zorra. Pon su mundo del revés. ¿Por qué no?

—Jolín, chicas, estáis logrando que eche mucho de menos a Matthew —dijo Maddy frunciendo los labios.

—Ajá, así que ya has descubierto las maravillas del sexo. —Mi hermanita sonrió y asintió con entusiasmo—. Chúpate... ¡los pies! —exclamé alzando la mano para que no hiciera ningún comentario. No tenía ningunas ganas de saber si mi hermana pequeña le chupaba algo a su novio. Y le pedí a Dios que no se le ocurriera pedirme consejo.

Al vernos, Tai se acercó a nosotras. Era tan masculino. Sus músculos, que se contraían a cada paso que daba, parecían cincelados en piedra, y yo sabía que eran tan agradables al tacto como a la vista.

—¿Has disfrutado del espectáculo? —me preguntó.

Asentí en silencio y no pude seguir conteniéndome ni un segundo más. Quería comérmelo a bocados. La lujuria se había apoderado de mis venas, me había humedecido el sexo y me había convertido en una descarada que se había dejado la decencia en casa. Me abalancé sobre él, que me sujetó entre sus brazos mientras yo le comía la boca. Él gruñó para demostrarme lo mucho que le gustaba lo que le estaba haciendo y me devolvió el beso con la misma intensidad. Mientras su lengua se apoderaba de mi boca, yo le succioné los labios y me froté contra su erección, que había crecido rápidamente.

—Criatura —dijo con su vozarrón retumbando junto a mis labios—. Aquí no, pero no te preocupes. Seguiremos con esto en cuanto las chicas se duerman. —Llevó los labios a mi oreja y añadió—: Te voy a dar tanto placer por ponerme en este estado que más te vale estar preparada. Voy a tener que esperar, pero me vengaré. Prepárate, porque vamos a quemar las sábanas con el incendio que has provocado. —Y, por el tono en que lo dijo, era algo más que una promesa. Era un hecho.

—¡Oh, Dios, no! —grité—. Más no. No puedo más... ¡Oh, Dios mío, fóllame! —aullé, alzando las caderas y presionándolas contra la boca de Tai mientras le apresaba la cabeza con las manos.

Él me agarró las nalgas y succionó con fuerza, regalándome otro orgasmo. No habría creído que fuera posible de no haberlo experimentado. Acababa de comerme cruda. Había perdido la cuenta de cuántos orgasmos me había dado con la lengua. Sólo sabía que, como no me metiera esa enorme polla dentro enseguida, iba a desmayarme de agotamiento.

Tai gruñó como si fuera un animal salvaje. Ahora sé que ese sonido anunciaba que estaba a punto de perder la cabeza y de follarme como si no hubiera un mañana. Me dio la vuelta, colocándome boca abajo en la cama. Luego tiró de mis caderas hacia atrás, poniéndome a cuatro patas sobre el colchón.

—Agárrate a la cabecera. No puedo más. Tengo que entrar en ese delicioso coño y follarlo duro.

Me sujetó por la cintura, colocó las caderas en posición, apoyó la punta de la polla en mi entrada empapada y se deslizó en mi interior lentamente, centímetro a centímetro. Yo contuve el aliento, esperando una estocada brusca en cualquier instante, pero me sorprendió con su delicadeza. Aunque no por mucho tiempo.

—Así, con suavidad, para que mi polla se humedezca por todas partes con los fluidos de tu coño. —Entró y salió varias veces, despacio. Yo respiré hondo y agaché la cabeza para ver cómo entraba y salía de mi interior. El condón estaba bañado con mis fluidos. Bajé la mano para tocar el lugar donde me penetraba una y otra vez—. Ah, sí, criatura... Cómo te gusta notar que te rompo la flor en dos. No hay nada igual.

Llevó una mano a mi pecho y retorció un pezón, tirando de él, alargándolo. Al notarlo, eché las caderas hacia atrás con fuerza, desplazándolo.

—¿Qué? ¿Qué quieres? Tienes que pedírmelo, *haole*.

Odiaba que me llamara «extranjera» y él lo sabía, por eso lo usaba cuando estábamos haciendo el amor. Aunque lo que hacíamos Tai y yo difícilmente podía llamarse así. Nunca habíamos tenido una noche tranquila, con velas, bombones o esas cosas tan propias del romanticismo. Lo más parecido había sido cuando tomamos champán antes de que me follara como un poseso sobre el capó de su coche. No, Tai y yo follábamos, y lo hacíamos con entusiasmo. Ésa era una de las cosas que más me gustaban de él; que éramos amigos y lo seguiríamos siendo cuando me marchara a vivir mi siguiente aventura. Pero, de momento, me dedicaba a disfrutar de la gruesa polla de Tai, que seguía dándome lo mío con entusiasmo.

—¡Fóllame con esa gruesa polla samoana que Dios te ha dado! —grité, echando las caderas hacia atrás y clavándome en su miembro.

—¿Estás lista para andar como un pato mañana, criatura? —fanfarroneó él.

—¿Tengo el culo de color blanco? —le pregunté con descaro, mirándolo por

encima del hombro y meneando el susodicho.

Él clavó la vista en mis nalgas, con los dedos apretados en mis caderas.

—Oh, sí —respondió embistiendo mi sexo y alcanzando ese punto tan sensible que reservaba para él.

—Pues ahí tienes tu respuesta. Deja de hacer preguntas estúpidas. Los hombres y sus preguntas idiot... ¡Joder! —Mi sexo se contrajo como un cepo cuando Tai se clavó en él bruscamente.

Grité en silencio, ya que tenía el aire retenido en los pulmones mientras me golpeaba sin piedad. Sus pelotas chocaban contra mi carne hinchada, añadiendo un toque de dolor tan agradable que arqueé la espalda, inclinándome un poco hacia atrás. Tai bajó la mano hasta encontrar mi clítoris, que pellizcó con dos dedos. No lo apretó ni lo acarició, sólo lo pinzó, añadiendo más presión a cada embestida. El placer que estaba sintiendo se elevó a cotas tan altas que no pude más. Estallé y me rompí en mil pedazos mientras él sujetaba con fuerza y se perdía en su propio clímax. Esta vez se corrió con un rugido que me recordó al de un león. Gritó con tanta fuerza que, si Maddy y Gin estaban dormidas, debieron de despertarse, ya que hasta las paredes temblaron con el ruido.

Eso es lo último que recuerdo. Luego perdí el mundo de vista.

Cuando me desperté, Tai me estaba limpiando el interior de los muslos con una toalla tibia.

—¿Te he hecho daño? —me preguntó, dirigiéndome una mirada fría con sus ojos oscuros, habitualmente tan ardientes.

Negué con la cabeza.

—¿Quieres volver a tu cama? —Negué de nuevo. Todavía me costaba un poco hablar a causa del zumbido de placer que seguía resonando en mis terminaciones nerviosas—. ¿Estás segura? —Su voz se rompió un poco al preguntar, lo que encendió las alarmas en mi cabeza.

Cuando se sentó a mi lado, me incorporé y me arrastré hasta su regazo. Él me abrazó con fuerza.

—No me has hecho daño.

—Te has desmayado —dijo con tanto sentimiento que abandoné el cálido refugio de su cuello para mirarlo a los ojos.

Le cogí la cara entre las manos y lo obligué a mirarme para que viera que estaba siendo del todo sincera.

—Tai, ésta ha sido una de las mejores experiencias sexuales de mi vida. La recordaré hasta que me muera. No me has hecho daño. Y, si no me he descontado, he tenido seis orgasmos. ¡Seis! Eso no pasa cada día.

No le dije que conocía a dos hombres capaces de darme seis orgasmos en una noche porque no me pareció necesario. Además, con Tai todo era distinto: la intensidad, el físico, las palabras, su modo de pensar... Todo era bueno, y él hacía que lo que compartíamos en su cama fuera tan especial.

Enredó los dedos en mi pelo y me acarició la cabeza.

—Mia, he perdido el control.

Yo negué con la cabeza.

—Nos embalamos. Eh..., me lo advertiste. Dijiste que íbamos a quemar las sábanas. Y yo diría que lo que acabamos de hacer puede considerarse quemar las sábanas —reliqué sonriendo. Él me devolvió la sonrisa a regañadientes—. ¿Tú no?

Ladeó la cabeza e inspiró hondo.

—Siempre y cuando estés bien de verdad.

—Oh, cariño, estoy mucho mejor que bien. Déjame descansar unas horas y estaré lista para otra ronda. Pero esta vez..., ¡yo encima!

Tai se echó a reír, me tumbó entre las frescas sábanas y me rodeó con su cuerpo, dándome calor. Exhaustos, ambos nos quedamos dormidos al momento.

Me desperté a la mañana siguiente con el sol en los ojos, los sonidos de la playa de fondo, una fresca brisa marina entrando por la ventana y la cabeza de un sexi demonio samoano entre las piernas.

Hawái.

El mejor mes de mi vida.

Al menos, el paseíllo de la vergüenza de la mañana siguiente no fue demasiado largo, ya que el bungalow de Tai estaba al lado del mío. Entré descalza, con las sandalias en la mano, andando de puntillas hasta que vi a Maddy preparándose un café y dirigiéndome una sonrisa burlona. ¡Mierda!

—¿Has pasado buena noche? —me preguntó, y se echó a reír al ver que me ponía roja como un tomate—. Oh, Dios mío, ¿mi hermana se está ruborizando? No me lo puedo creer. ¿Qué, hermanita? ¿A qué se debe esa sonrisa? ¿Puede ser que tenga algo que ver con cierta gruesa polla samoana?

Me quedé con la boca tan abierta que podría haber cazado cien moscas.

—Oh, sí, hermanita, lo he oído todo. ¿No sabías que la habitación de invitados comparte pared... con el dormitorio de Tai? —Maddy se echó a reír con tantas ganas que las mejillas se le volvieron del color de la remolacha.

Yo negué con la cabeza.

—Yo, eh..., la verdad es que... no sé qué decir.

—Al final tuve que irme a dormir a tu cama. Madre mía, qué ganas tengo de practicar sexo salvaje, como tú, toda la noche. En serio, ¿no te duele el chichi? —Me senté en un taburete alto, dejé las sandalias de plataforma sobre la encimera y me serví una taza de café.

—¿De verdad tú y yo vamos a tener esta conversación? —Cuando ella asintió, hice una mueca—. Pues sí, me duele un poco, pero es un dolor agradable. —Me llevé las manos a la frente y me masajé las sienes.

Maddy acarició el borde de la taza con un dedo.

—Matt y yo lo hemos hecho unas... diez veces, pero no se parece en nada a lo que tú haces. —Ruborizándose, clavó la mirada en la taza—. No es que me queje. Me gusta lo que hacemos, me gusta mucho, pero nunca gritamos así. ¿Estoy haciendo algo mal?

Apoyé una mano en la suya.

—Oh, no, cariño, claro que no.

—Quiero decir... Nunca he oído a Matt gritar de esa manera. Normalmente gruñe un poquito y me dice que me quiere.

Me eché hacia adelante y golpeé la cabeza contra la encimera varias veces. De lo último que me apetecía hablar en esta vida era sobre sexo —ya fuera bueno o malo— con mi hermana pequeña. En momentos como ése odiaba a mi madre más de lo normal. Debería ser ella la que estuviera teniendo esa conversación con Maddy, no yo.

Armándome de valor, enderecé la espalda, saqué pecho, me eché el pelo hacia atrás y me preparé para una conversación incómoda pero necesaria. Mads quería saber cómo complacer a un hombre. Yo soy su único referente femenino, así que me tocaba a mí llevarla por el buen camino. «¡Por favor, Señor, inspírame!»

—Vayamos afuera, sentémonos en el *lanai*.

Ella se levantó de un salto, cogió el plato de fruta cortada y lo llevó a la mesa de la terraza. Por suerte, tenía las gafas de sol sobre la mesa. Me las puse, me senté frente a Maddy y estiré las piernas. Mi hermana aguardaba pacientemente mientras yo pensaba en lo que quería transmitirle.

Inspiré hondo y solté el aire.

—Vale. A ver, he llegado a la conclusión de que a los hombres les gusta que sus compañeras de cama sean activas, así que no te quedes quieta. Toca, acaricia, besa todo lo que te apetezca. —Maddy asintió en silencio—. ¿Habéis probado algo aparte de la postura del misionero? —Gruñí y miré al cielo, dejando que los rayos del sol me proporcionaran la energía que necesitaba para continuar con aquella tortura.

—No —respondió ella con el ceño fruncido—, pero me gustaría. ¿Cómo le dices a un hombre que te apetecería probar más cosas?

Oh, gracias a Dios, eso era fácil de responder.

—Háblalo con él cuando estéis a solas, pero no en la cama. Tal vez después de cenar, cuando estéis sentados en el sofá. Dile lo que te apetece.

—Es que no sé qué es lo que me apetece.

Me succioné el labio inferior y lo mordisqueé. «Venga, Mia, tú puedes», me animé a mí misma.

—Díselo o, mejor aún, muéstraselo. Cuando estéis en el sofá, móntate sobre él y luego..., bueno, hazlo así con él. —Tragué saliva, sintiéndome como si estuviera a punto de ahogarme.

Joder, qué duro era eso. Empezó a sudarme la frente y me vinieron muchas ganas de lanzarme a las frías y tranquilas aguas del océano que se extendía ante nosotras.

—¿A los hombres les gusta que las mujeres se les sienten sobre el regazo?

Asentí.

—Sí, les gusta. Tanto si están sentados como tumbados. Y a ti también te gustará, pero ve despacio, porque de esa manera te llegará más al fondo.

—¿Más al fondo? —Abrió mucho los ojos—. ¡Pero si ya me parece que Matt me va a romper en dos! —dijo apretándose las manos. Al menos, ya sabía que su futuro esposo estaba bien dotado. Cuando ella lo tuviera todo más por la mano, se daría cuenta de que eso era un plus—. ¿Qué más?

—¿No miras pelis porno? —le pregunté, pero al momento volví a gruñir porque en realidad no quería oír la respuesta. Ella negó con la cabeza—. Vale, pues podéis probar el perrito. Tú te pones a cuatro patas y él te lo hace por detrás. Pruébalo.

Juro que si Maddy hubiera tenido una libreta a mano, habría estado tomando notas. Mi hermana, la cerebrita, siempre tomando notas y estudiando las situaciones desde un punto de vista analítico y científico.

—Y ¿qué se siente cuando lo haces así?

Dejé caer los hombros y suspiré.

—Mucho placer. Así me lo estaba haciendo Tai anoche cuando nos oíste gritar —confesé. Ella sonrió, ruborizándose—. En realidad, lo que tenéis que hacer es exploraros mutuamente. Tenéis que hacer lo que os apetezca, sin importaros lo que hagan los demás, ni si los demás gritan más que vosotros en la cama. Lo que tienes con Matt es entre tú y él, y es obvio que le gusta porque te puso un anillo en el dedo —concluí riéndome.

Ella me dirigió una sonrisa tan radiante que me habría venido bien otro par de gafas.

—Tienes razón.

—Así que no te preocupes. Matt y tú ya descubriréis lo que os gusta. No me necesitas para que te explique cómo complacer a tu hombre, porque sólo tú vas a poder darle a Matt lo que desea. Sólo tú sabrás lo que le gusta y lo que no, y serás tú quien se lo dé. Sé sincera con él. Habla con él de las cosas que se te ocurren, de tus fantasías. Y, por lo que más quieras, lee libros eróticos o algo. ¡No me tortures más! —No exageraba. Sentía como si estuvieran a punto de salirme ronchas por todo el cuerpo.

Maddy se echó a reír como la adolescente que aún era. Aunque no por mucho tiempo. Mierda, ¿qué día era? En Hawái, las cosas van a otro ritmo y los días transcurren en una especie de calma chicha tropical.

—¿Qué día es hoy?

Maddy ladeó la cabeza y respondió con una sonrisilla:

—Diecinueve de mayo. —Se volvió hacia el mar y permaneció mirando al horizonte.

¡La madre que me parió! Su cumpleaños era al día siguiente.

—Vaya, vaya. Alguien cumple dos décadas mañana... Vamos a tener que montar

un fiestón para celebrarlo.

Mads se revolvió en su silla, nerviosa.

—Tengo muchas ganas de cumplir los veinte. Aunque a Matt le ha sentado muy mal no poder celebrarlo conmigo.

—Vaya, pues que se aguante. Ya celebrará todos los demás. Los veinte son míos, igual que los anteriores.

Durante todos esos años, siempre me había encargado de organizarle una gran fiesta para su cumpleaños. Nuestra madre nos abandonó cuando ella tenía cinco años. Con once años, hice lo que pude para que tuviera una preciosa fiesta para su sexto cumpleaños. Y, a partir de entonces, cada año había hecho lo mismo. No nos sobraba el dinero, pero nos las apañábamos. Bueno, yo me las apañaba.

Iba a tener que hablar con Tai para ver qué organizábamos. Quería que Maddy estrenara los veinte años con una fiesta que nunca pudiera olvidar.

Al oír que la puerta se abría a mi espalda, me volví a saludar, pensando que sería Tai, pero era Gin, vestida con el mismo modelo que había llevado al *luau*. Esa zorra estaba haciendo el paseíllo de la vergüenza. ¡Eso iba a ser divertido!

—Hola, Gin. Pensaba que estabas durmiendo —la saludé haciéndome la tonta mientras ella se sentaba a mi lado.

Su melena rubia brillaba al sol de la mañana. Me robó la taza de café y se la bebió de un trago.

Le examiné la cara y el cuerpo. Tenía marcas rojas en el escote, un chupetón en el cuello, justo debajo de la oreja; llevaba el pelo revuelto, como si le hubiera pasado un tornado por encima, y los labios se le veían muy hinchados.

—¿Has pasado buena noche? —le preguntó Maddy, igual que había hecho conmigo, y no pude aguantarme la risa.

—¿Qué os pasa? ¿Por qué gritáis tanto? —Gin gruñó y se tapó las orejas.

Oh, fantástico. También estaba resacosa. ¡Más diversión!

Enderecé la espalda, doblé la pierna y me abracé una rodilla.

—Tienes aspecto de que te han follado bien toda la noche. ¿Me equivoco?

Gin meneó las cejas, alargó los brazos y las piernas sentada en la silla y se estiró con ganas.

—¡Oh, sí! No te equivocas —admitió con los ojos brillantes de plenitud sexual—. Si tu Tai se parece en algo a su hermano Tao, ¡uau! —Se llevó una mano al pecho y se abanicó la cara con la otra—. Me ha follado de todas las maneras imaginables y luego ha vuelto a empezar. Nunca en mi vida... —Dejó la frase a medias y se echó hacia atrás en la silla—. No quiero irme de aquí. Me quedaré en Hawái y seré la esclava sexual de Tao. Le limpiaré la casa, le prepararé la comida, y él puede pagarme en carne... en barra.

Yo recuperé mi taza de café y ella hizo pucheros.

—Gin, ¿quieres ir con cuidado con las cosas que dices, zorrón? —la reñí señalando a Maddy con la barbilla.

—¿En serio, Mia? ¿Después de la conversación que acabamos de tener?

—¿Qué conversación? —preguntó Gin, y yo gruñí.

—Bueno, la noche de Mia ha sido muy parecida a la tuya, y he oído todas las palabras y los gritos que ha soltado mientras estaba en la cama con Tai —explicó Mads.

Gin me taladró con la mirada.

—¡Serás hipócrita!

—Oh, cállate. No tenía ni idea. —Crucé los brazos sobre el pecho y mis pezones protestaron. Tai había sido una auténtica máquina succionadora durante la noche.

Maddy siguió hablando a pesar de nuestros insultos. Estaba tan acostumbrada a oírnos discutir que le parecía lo más normal del mundo.

—Por eso le he pedido a Mia que me aconseje sobre cómo complacer a un hombre. Ya sabes que Matt y yo sólo hemos hecho el misionero. Cuando has llegado, Mia me estaba dando consejos.

A juzgar por la respuesta de Gin, le pareció lo más divertido del mundo. Se rio a grito pelado mientras daba patadas al aire y sacudía los brazos como si fuera un naufrago pidiendo ayuda en medio del mar.

—Y ¿cómo lo has llevado? —me preguntó buscándome con la mirada—. Apuesto a que habrías preferido que te atravesaran los ojos con un hierro candente. —Gin me acarició el brazo, aunque me libré de ella sacudiendo el hombro.

—Te odio.

—¡Y una mierda! Me quieres. —Me cogió la mano y empezó a darme mordiscos a lo largo del brazo al tiempo que hacía ruiditos como si fuera Pac-Man.

No pude contener la risa por más tiempo y la aparté de un empujón. Era imposible estar enfadada con Gin. Esperaba tenerla siempre a mi lado, ayudándome a luchar en todas las batallas que nos presentara la vida.

—Puedes preguntarme a mí también si quieres, Mads. Estaré encantada de compartir contigo las maravillas del sexo. Puedo enseñarte un truco para mamársela a tu chico que hará que lo tengas a tus pies.

Maddy abrió los ojos desorbitadamente y asintió con entusiasmo mientras acercaba la silla a la de Ginelle como si estuviera a punto de revelar un secreto.

—¡Y una mierda! —grité.

—Oh, vamos, no seas aguafiestas. Maddy tiene que aprender a chupar pollas si quiere que su marido se quede a su lado. —Ginelle se volvió hacia ella y unió las manos dando una palmada—. Lo primero que debes saber, pequeña, es que a los hombres les encanta que te lo tragues. No les importa que lo escupas, pero tienen esa obsesión con marcarnos que hace que, si te tragas esa especie de baba viscosa, se vuelvan locos.

Yo me levanté y le tapé la boca con la mano.

—Ginelle, deja de hablar con el culo. Es hora de ducharse. —Tiré de ella, obligándola a levantarse, y la cogí en brazos como si yo fuera el novio y ella la novia.

—Lo digo en serio. Arrodíllate y trágate la polla de Matt todo lo que puedas — siguió diciendo Gin mientras yo la llevaba hacia la orilla.

Al parecer, Maddy nos estaba siguiendo, porque Gin no cerraba la boca.

—Y ¿qué más? —preguntó mi hermana muerta de risa.

—Agárralo por las caderas y deja que te coja del pelo y que folle la boca. Ah, y, por lo que más quieras, ¡cúbrete los dientes con los labios! —fue lo último que dijo antes de que la tirara al mar.

Ginelle sacó la cabeza del agua, escupiendo y riendo. Luego hizo el muerto y dejó que las olas la devolvieran a la arena.

Yo cogí a Maddy del brazo.

—Venga, vamos a desayunar.

Mi hermana miró por encima del hombro.

—¿Crees que estará bien?

—Deja que esa perra en celo se enfríe un poco; no le vendrá mal.

Mientras volvíamos a cruzar la playa, esta vez en dirección al bungalow, oímos a Ginelle, que se reía con ganas a nuestras espaldas.

Hasta donde alcanzaba la vista, sólo había verde y más verde. Subíamos por un valle muy cerrado, montados en nuestros *quads* individuales y, a lado y lado, teníamos montañas tan altas que se perdían entre las nubes. La niebla se arremolinaba y se adhería a las zonas más húmedas de las montañas como si fuera algodón pegándose a una tira de velcro. Tai y Tao nos guiaron valle arriba hasta aproximadamente la mitad, y allí se detuvieron. Apagamos el motor de los *quads* y bajamos para contemplar el paisaje. En Hawái todo era precioso, pero esta vez tuve la sensación de haber descubierto una joya escondida. Contemplar la naturaleza tal como Dios la había creado, sin estropear por la mano del hombre, te robaba un trozo de alma y te dejaba una profunda huella.

Tao se subió entonces de nuevo al *quad*, sacó un ukelele de su mochila y empezó a tocar una tonada. Durante un rato, tarareó y luego empezó a cantar con su suave voz de barítono, que me acarició los sentidos como si fuera una brisa fresca que soplara por el valle. Reconocí la canción porque la había oído en el bungalow de Tai. Se llamaba *Drop, Baby, Drop*, y era de The Mana'o Company.

Sentada en su vehículo, Maddy se cimbreaba de derecha a izquierda, hechizada por la melodía, pero no pudo aguantarse la risa cuando él entonó: «Te quiero como a un mango». También era mi frase favorita de la canción.

Tai me cogió la mano y me atrajo hacia él.

—Te irás dentro de dos días —me susurró al oído mientras bailábamos muy pegados al ritmo de la música.

—Así es. —Cogí su mano, me la acerqué a la cara y le besé las puntas de los dedos.

—¿Y si no quiero que te vayas? —me preguntó con un hilo de emoción en la voz. Tras pasar casi un mes a su lado, sabía que se esforzaba mucho por ocultar sus emociones.

—Sabes que no puedo quedarme. —Le hundí la nariz en el cuello y aspiré su aroma a océano y a fuego de leña. Debía de haber estado ensayando el espectáculo de fuego esa mañana, ya que el aroma a madera quemada era muy intenso.

Él apoyó la frente en la mía.

—Pero es muy agradable que te lo digan, ¿no crees?

—Sí que lo es. —Me mordí el labio antes de añadir—: Yo tampoco quiero marcharme, pero sabes, igual que lo sé yo, que tú y yo no somos el «para siempre» del otro.

Tai suspiró y me dio un suave beso, recorriéndome los labios con los suyos. Era un beso que transmitía nostalgia por un futuro que ambos sabíamos que era imposible. Luego me abrazó con más fuerza y profundizó en el beso. Me aferré a él, tratando de grabármelo en el alma, del mismo modo en que se me había grabado el valle secreto. No era amor lo que nos mantenía pegados el uno al otro. Era amistad,

lujuria y familiaridad. Era muy fácil estar con él. Desde que había empezado mi aventura, Tai había sido el compañero con quien había sido más fácil convivir.

—Algún día, un hombre se pondrá de rodillas ante ti y dará gracias al cielo por tenerte en su vida para siempre.

Yo me eché a reír.

—Dios te oiga. Y tú no olvides que tu «para siempre» está a punto de aparecer.

Tai me abrazó y siguió moviéndose al ritmo de la música, como si estuviéramos solos. Como si en el mundo sólo existiéramos él, yo, el sonido del ukelele y una canción sobre soltar todo tu amor sobre alguien que te quiere como a un mango.

—A veces creo que no la encontraré nunca.

Me aparté un poco, le cogí las mejillas entre las manos y lo miré fijamente a los ojos.

—Te prometo que la encontrarás.

Tras la excursión con los *quads*, Tai nos llevó al rancho Kualoa, propiedad de unos amigos suyos. Los cinco montamos a caballo y su colega Akela nos guio por los más de mil metros cuadrados de la finca.

Al principio, a Maddy le costó un poco dominar a su caballo, pero pronto le cogió el tranquilo. Yo traté a mi yegua, *Buttercup* —un nombre que le venía al pelo, ya que era del mismo color caramelo que el interior de los pastelitos Reese Peanut Butter Cups—, de igual modo en que trataba a mi moto *Suzy* cuando estaba en casa. Le di palmaditas en el cuello, le hablé suavemente al oído, le trencé sus increíbles crines negras y luego hice lo mismo con mi pelo, para que fuéramos gemelitas. Cada vez que Tai me miraba y me veía haciéndole cariñitos a *Buttercup*, cerraba los ojos y sacudía la cabeza. Bueno, me daba igual. Nunca había tenido mascota. Y me parecía un auténtico privilegio poder montar en un ser tan majestuoso y auténtico.

—Guárdate tus opiniones —refunfuñé mientras acariciaba a la yegua.

Luego le conté a *Buttercup* lo escandalosamente guapo que era Tai, pero que eso no le daba derecho a ser tan descarado. Le advertí que tuviera cuidado con los tatuajes y que no se fiara del semental negro con ojos ambarinos, ya que por las miraditas que le estaba echando se notaba que estaba loco por ella.

Ginelle se me acercó montada en su caballo como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¿Qué pasa? Mi caballo es muy macho. Es como si montara a un hombre. Se trata de mantener el control con los muslos. ¿A que sí, *baby*? —Acarició al caballo mientras Tao se aproximaba a ella por el otro lado y le daba la razón.

—Doy fe de ello. Podrías partir nueces con esos muslos, rubita.

Mi amiga sonrió y pestañeó.

Yo puse los míos en blanco.

—¡Qué asco!

—Es la verdad. Con toda probabilidad podría partir nueces con los muslos. ¿Qué te parece, grandullón, lo probamos esta noche? —le propuso a Tao, y yo fingí sentir náuseas—. ¿Qué te pasa? ¿Es que crees que eres la única con derecho a tener carne samoana entre las piernas? ¡Ni hablar! ¡Esta noche voy a montarme a este tío como si estuviera en un rodeo!

—Vale, pero no lo vayas pregonando, putón verbenero.

—¿Tú me llamas *putón*? ¿Cuánto tardaste en abrirte de piernas para Tai?, ¿veinticuatro horas? —me preguntó, dando en el clavo.

Me eché la trenza por encima del hombro y la fulminé con la mirada.

—¿Quién te lo ha dicho? —Me llevé una mano a la cadera, indignada, sosteniéndome a la silla con la otra.

Gin se echó a reír a carcajadas.

—¡He acertado! —exclamó con los ojos brillantes de satisfacción—. Eres igual que yo. Con la diferencia de que yo no tengo ningún problema en admitir que me tiré a este macizorro en cuanto tuve ocasión. Joder, ya me dirás. ¿Tú lo has visto? —Se volvió hacia Tao—. Joder... Pero te lo digo de verdad. Quiero joder contigo cuanto antes. —Riendo, se llevó las manos a los pechos y se los apretujó.

Yo le di una palmada en el brazo que estuvo a punto de hacerla caer del caballo.

—Zorrón, ¿quieres dejar eso para cuando estéis a solas? Parecéis conejos.

Ella abrió la boca y, conociéndola, supe que estaba a punto de hacer algún comentario sobre conejos, y no precisamente sobre los de granja.

—Ni se te ocurra hablar de conejitos, que te conozco —le advertí soltando el aire.

Gin cerró la boca y frunció los labios.

—Aguafiestas.

Sacudí la cabeza y conduje a la yegua hasta situarme al lado de Maddy, que estaba escuchando con atención la información que Akela daba sobre el rancho, la tierra, los árboles y las películas que se habían filmado tanto en la isla como en su finca específicamente. Resultó que la taquillera *Jurassic Park* era una de ellas. Maddy estaba fascinada por lo que oía. Hacía preguntas y comentarios sobre cosas que había aprendido en sus cursos de botánica. Cuando mi hermana hablaba sobre temas académicos, el orgullo que por lo habitual sentía por ella se multiplicaba. Me encantaba oírla soltar detalles por su boca sobre plantas que probablemente nunca volveríamos a ver. Pero el hecho de que supiera lo que eran, para qué servían, de dónde eran autóctonas o si podían utilizarse en la medicina tradicional o en productos naturales me parecía alucinante.

—Tu hermana sabe muchas cosas para lo joven que es —comentó Tai.

—Así es. Me he asegurado de que pudiera dedicarse en exclusiva a estudiar desde que acabó el bachillerato como primera de su promoción. A mí me costó muchísimo graduarme. Tuve que trabajar en dos sitios mientras estudiaba.

Tai asintió.

—Sé lo que es eso. Todos los miembros de la familia trabajamos en los

espectáculos desde pequeños, pero *tinasiempre* se ha preocupado de que las actuaciones no nos afectaran en los estudios. Deseaba que sus hijos tuvieran oportunidades, aunque ninguno de nosotros haya querido dejar nunca la isla ni dedicarse a otras cosas. A ninguno nos ha apetecido. Nos gusta estar aquí, cerca unos de otros.

No me extrañaba. Alcé la barbilla y señalé a Maddy.

—Yo vivo y trabajo por ella, pero ahora tengo que descubrir lo que es mío y sólo mío en mi vida. Cuando lo descubra, te lo contaré. —Él se echó a reír—. ¿Tienes miedo de no encontrar a tu media naranja porque tal vez no viva en la isla?

Él encorvó un poco la espalda.

—Sí, me preocupa, sobre todo desde que *tiname* dijo que era rubia con ojos verdes. No hay muchas así en la isla.

Pensé en ello. Tenía razón. Los hawaianos, los samoanos y los polinesios, en general, tienen la piel, los ojos y el pelo oscuros. Justo lo contrario de lo que Masina había predicho. Tai siguió hablándome de sus miedos.

—Tal vez sea una turista. ¿Y si no la encuentro?

—Eso no puede pasar. Si tiene que ser tu pareja, os tenéis que encontrar. Relájate, Tai. Dale tiempo al tiempo.

—Le daré tiempo al tiempo —repitió él.

Un poco más tarde, Akela nos llevó a una playa privada. Rebuscó en su mochila y nos dio un sándwich de pavo y queso y una botella de agua a cada uno. Todos buscamos un sitio a la sombra y nos distribuimos para comer y descansar.

Maddy se quedó de pie, contemplando el océano. Me acerqué a ella, le pasé un brazo por los hombros e hice chocar nuestras cabezas.

—¿Estás pasando un buen cumpleaños, preciosa?

—El mejor —respondió mientras masticábamos y contemplábamos el mar azul. Había peces que entraban y salían de conchas o de arrecifes de coral, cerca de la orilla. Hasta donde alcanzaba la vista, la playa estaba desierta—. He pensado que Matt y yo podríamos venir aquí de luna de miel. Me gustaría compartir con él todos estos sitios.

—Ajá. —Traté de sonar positiva, pero la verdad era que la idea de que mi hermana se uniera a un hombre de por vida me ponía muy nerviosa. No había vivido lo suficiente como para afrontar un compromiso así.

—¡Oh! —exclamó, y sus ojos verdes se iluminaron—, ¿y si nos casáramos aquí? No tenemos mucha familia ni amigos. Molaría mucho, ¿no crees?

Siempre me la había imaginado con su vestido blanco, avanzando por el pasillo central de una iglesia camino del altar para casarse con su príncipe. Maddy era mi princesa.

—¿No quieres casarte en una iglesia con un vestido blanco?

Ella se encogió de hombros.

—Francamente, me llama más una bata blanca que un vestido blanco —admitió alzando las cejas y haciéndome reír.

Sus objetivos en la vida se habían multiplicado. Seguía deseando tener una carrera académica. Que Matt estuviera en su vida no había cambiado sus planes. Casarse era un extra. Compartir su vida con alguien estaba muy bien, pero hacerlo no le impediría llevar a cabo su sueño; ése por el que llevaba partiéndose el culo desde hacía tantos años.

—Mads, de verdad, no sabes cómo me alegro de oír eso. Creo que lo que más miedo me dio cuando me dijiste que ibas a casarte no era por Matt, ni por tu edad... Ese chico es maravilloso, y creo que te adora.

—Es verdad.

—Lo sé. Lo que pasa es que me asusté. Pensé que tal vez tirarías por la borda tus estudios y te quedarías en casa, siendo esposa y madre en vez de doctora. Ya tendrás tiempo de ser esposa y madre, pero para ser doctora... debes dedicarte ahora que eres joven.

Maddy me abrazó y luego me dirigió una mirada muy seria.

—No permitiré que nada me aparte de mis objetivos. Y Matt me apoya en todo al cien por cien. Lo que pasa es que ahora puedo compartirlo todo con alguien aparte de ti.

«Alguien aparte de ti...»

Esas palabras me cortaron la piel, atravesaron músculos y huesos y me abrieron el corazón. Sé que mi hermana no pretendía hacerme daño, y que todo formaba parte del proceso de dejar marchar a alguien a quien amas, pero dolía. Dolía mucho.

—Siempre hemos estado las dos solas —repliqué tragándome las lágrimas y retirándole de la cara un mechón de pelo rubio.

Maddy suspiró como si el peso de mi amor la estuviera aplastando en vez de darle alas.

—Lo quiero y quiero estar con él, pero no quiero que perdamos lo que tenemos. Siempre serás mi hermana. Jolín, has sido casi mi madre desde que tengo uso de razón. Ya es hora de que me dejes tomar algunas decisiones por mi cuenta. Tengo que equivocarme sola y hacer cosas que no te afecten.

—Todo lo que haces me afecta —repliqué de manera automática.

—Pues no debería ser así, Mia. Tienes que vivir tu propia vida; pensar en ti. Yo estoy bien. Sí, aún necesito ayuda económica para acabar los estudios, pero algún día te lo devolveré todo...

—¡Y una mierda! —exclamé enfadada—. Poder proporcionarte lo que necesitas ha sido el motor de mi vida. Saber que podrás lograr lo que yo no conseguí es lo único que he hecho bien en la vida. Es lo más importante que he hecho jamás.

—Pues eso me entristece mucho. Quiero más para ti.

Yo inspiré hondo pero el aire no me llegó a los pulmones por el esfuerzo de

contener las lágrimas. La atraje hacia mí y la abracé.

—Siempre lo has sido todo para mí.

—Lo sé. Pero ahora lo seré todo para Matt, y él lo será para mí. Tienes que encontrar a alguien que lo sea para ti.

Las palabras de mi hermana me llegaron al alma. ¿Quería que encontrara a otra persona que lo fuera todo para mí? Pero ¿cómo cambiar lo que hay en el corazón de un día para otro? No sabía si sería capaz. No importaba dónde estuviera o lo que estuviera haciendo, siempre me iba a preocupar por ella; pensaría en ella, la echaría de menos. No podía imaginarme cómo sería mi vida sin basarla en cómo afectarían mis decisiones al futuro de mi hermana.

Pero al final entendí que ella también necesitaba algo. Mi hermana estaba preocupada por mí.

—Lo intentaré, pequeñaja, lo intentaré.

—No te pido más.

—¡Venga, tenemos que seguir con la fiesta!

Le tiré del pelo y subimos andando por la playa cogidas de la mano y moviendo los brazos adelante y atrás como hacíamos cuando éramos niñas y volvíamos a casa del colegio. Cada día, salía una hora antes de clase y la esperaba delante de la puerta de su colegio para acompañarla a casa.

Mi hermanita pequeña había crecido. Estaba en la universidad; había cumplido ya los veinte años y estaba prometida. No necesitaba ni quería tener a su hermana mayor encima todo el santo día.

«Y ¿ahora qué demonios hago con mi vida?»

El resto del día fue increíble. Nos llevaron a un sitio desde donde había una vista preciosa de la isla de Mokoli, también conocida como el «sombbrero chino». Nos contaron que Mokoli significa «lagartija». Según la mitología local, la isla era lo que quedaba de un lagarto gigante cuya cola había cortado la diosa Hi'iaka. Me pareció muy divertido, ya que, según mi listísima hermana, no hay lagartos originarios de Hawái. Lo del otro nombre es más fácil de entender, ya que cualquiera que le eche un vistazo se dará cuenta de que el islote que parece flotar en el agua tiene la forma cónica de un sombrero asiático.

Tras las visitas turísticas, Tai y Tao nos llevaron a Duke's, el restaurante de la playa de Waikiki. Comimos fuera y probamos las mejores hamburguesas del mundo. La terraza estaba iluminada por antorchas *tiki*, iluminándonos las caras felices con una luz cálida. Comimos mientras contemplábamos cómo se ponía el sol en el horizonte desde la terraza con vistas al mar. Cuando oscureció del todo y hubimos acabado de cenar, entramos en el local a escuchar la música en vivo.

Las chicas bailamos toda la noche. Los hombres observaban fascinados cómo nos movíamos provocativamente sobre la pista de baile. Hacía mucho tiempo que no

salíamos las tres juntas, y nos desmelenamos un poco.

En ese momento, me liberé de todo. De la tristeza por tener que despedirme de la isla y de Tai. De la ansiedad que sentía por si la relación de Wes y Gina iba viento en popa, aunque hacía días que les había perdido la pista. De los nervios por la boda de mi hermana y la preocupación por si no acababa los estudios. Me di cuenta de que no tenía control sobre ninguna de esas cosas. No podía hacer nada aparte de seguir mi propio consejo, las mismas palabras que le había dicho a Tai hacía unas horas: darle tiempo al tiempo.

Con esa idea en la cabeza, resolví disfrutar del resto de mi estancia en la isla y del resto del año. Estaba decidida a salvar a mi padre, y me aseguraría de que mi hermana acabara los estudios, pero también tenía que descubrir qué me reservaba la vida. Había pasado tan poco tiempo pensando en mis propios deseos, mis sueños y mis necesidades que ya no sabía ni qué deseaba. Durante medio año pensé que quería ser actriz y me dediqué a ello pero, en realidad, creo que trataba de huir de Nevada y de todos los hombres que me habían hecho sufrir a lo largo de los años. Empezando por mi padre, que había intentado salir adelante pero no estaba preparado para cuidar de dos niñas y me había dejado la carga cuando era aún muy pequeña.

Maddy tenía razón. Debía encontrar ese algo o ese alguien que lo fueran todo para mí. Pero ¿cómo se buscaba eso? ¿Qué quería hacer cuando aquel año llegara a su fin? Era como si me estuviera haciendo la pregunta que los adultos siempre les hacen a los niños: «¿Qué quieres ser cuando seas mayor?».

Cumpliría los veinticinco aquel año y no tenía ni repajolera idea de qué quería hacer con mi vida.

Había llegado el momento de hacer examen de conciencia.

Antes de que el taxi recogiera a Maddy, me senté en su cama y la ayudé a guardar sus cosas.

—Toma. —Le di una bonita cajita de madera de estilo hawaiano. En la tapa tenía un ave del paraíso pintada por un artista local.

—¿Qué es? ¿Otro regalo?

—Bueno, técnicamente ayer no te di ningún regalo que pudieras sostener en la mano. Éste sí se puede, pero también es un recuerdo de nuestra estancia en la isla.

Maddy abrió la caja y dentro encontró una concha y un trozo de coral rosa que había hallado mientras paseábamos por la playa el día anterior. También había una pulsera de oro blanco, con dijes. Uno de los adornos era un corazón con una palabra grabada.

—¿Hermana? —leyó Maddy sonriendo, y levantó la pulsera, que brilló a la luz. Yo le mostré mi muñeca, donde llevaba una idéntica.

—Si alguna vez me echas de menos o piensas en mí, puedes ponerte la pulsera para recordar que yo siempre estaré pensando en ti. Y en el futuro podemos ir añadiendo dijes a la pulsera, los mismos o por separado, de cosas que sean importantes para nosotras.

Maddy me dio un abrazo apretado, con las mejillas llenas de lágrimas.

—La llevaré cada día porque te echo de menos todos los días. Te quiero, Mia. No podría vivir sin ti.

—Yo tampoco. No quiero vivir nunca sin ti.

Nos separamos cuando oímos la bocina del taxi. Cogimos las bolsas y nos dirigimos a la puerta. Volví a abrazar a Gin y a mi hermana y las miré mientras se metían en el coche y se alejaban.

Me quedaba un solo día en la isla con Tai. Iba a tener que aprovecharlo.

Mientras me preparaba para la última noche en Hawái, sonó el teléfono.

—¡Hola, preciosa! —me saludó la tía Millie con su voz suave y seductora.

Suspiré con fuerza para transmitirle mi frustración.

—Ya era hora. Pensaba que iba a tener que volver a Las Vegas o a California.

—Siento no haberte llamado antes, pero es que hasta hoy no me han confirmado tu reserva de junio.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No podía permitirme no trabajar durante un mes. Tenía que pagarle a Blaine o él remataría a mi padre y perseguiría a Maddy.

—Qué susto me has dado, Millie. ¿Qué quieres decir? En tu último email me decías que ya tenía todo el año apalabrado.

—Sí, todos los meses excepto junio. Lo que pasa es que no quise preocuparte porque sabía que, en caso de necesidad, podía llamar a alguno de tus clientes

anteriores. El francés, Alec, me dijo que si tenías alguna cancelación, lo avisara.

—¿En serio? —Iba a tener que hablar con Alec.

—¿Te sorprende? Pues no es el único. El primero, el que tanto te gustó, Weston, también me llamó. Me pidió que lo avisara si te surgían dificultades económicas o si necesitabas cualquier otra cosa. Qué interesante que tus dos primeros clientes estén tan preocupados por tu bienestar.

Sí, era interesante, pero no me apetecía pensar en ello en ese momento. Suspiré y seguí poniéndome el rímel.

—A ver, ¿dónde me toca esta vez?

Millie permaneció en silencio unos segundos.

—Bueno, eso es lo malo. No se parece en nada a Hawái y, por desgracia, no puedo prometerte un semental. La situación puede parecer un poco repulsiva de entrada, pero te aseguro que no tendrás que acostarte con él. Además, es un buen tío.

—¿Eh?, ¿tan feo es? —Imágenes de un hombre con una panza cervecera y mal aliento me cruzaron la mente.

—No, en absoluto. A mí me parece guapísimo. Me lo tiraría sin pensarlo dos veces.

—Un momento. ¿Te lo tirarías? Nunca has dicho eso con ninguno de los anteriores. Me has recomendado que me los tire yo, sobre todo para sacarme un dinero extra, pero nunca te has mostrado interesada en ellos. ¿Qué está pasando aquí?

—Me estaba poniendo histérica. Necesitaba una copa. Me dirigí a la cocina y saqué del armario la botella de Malibú. Me serví un chupito y me lo bebí de un trago, seguido de un trozo de piña fresca. Como era de esperar, la combinación estaba deliciosa. Me pasé la lengua por los labios y me serví otro chupito—. ¿Me lo vas a contar o no?

—Bueno, no está tan lozano como los anteriores...

«Oh, no.» Gruñí antes de echar la cabeza hacia atrás y beberme otro chupito, seguido de un nuevo trozo de piña. El Malibú comenzó a hacerme efecto. Empezaba a estar más tranquila.

—Suéltalo de una vez, tía Mil.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames *señora Milan*?

—No cambies de tema.

—¿Y si te envío un email? —propuso con ese tono suyo tan convincente que, sin embargo, no funcionaba conmigo.

—¿Y si me dices de una vez lo que deseo saber si no quieres que monte en un avión y me plante en la puerta de tu casa en Los Ángeles?

Ella chasqueó la lengua.

—Vale, es mayor.

—Necesito un número, Millie. ¿Cuarenta años? ¿Cincuenta?...

Por el teléfono me llegó un sonido; como si se estuviera succionando el interior de las mejillas.

—Cincuenta y muchos..., tal vez sesenta.

—¡Pero qué asco! ¿En serio? Es un viejo baboso, no me lo escondas más. — Joder, justo cuando empezaba a gustarme ese trabajo, va y me toca un viejo pervertido—. Seguro que le gustan las colegialas. Es asqueroso.

—Ya, pero por teléfono es un tipo muy agradable. Lo que me ha pedido es a alguien de tu estilo para que lo acompañe a galas y actos públicos. Al parecer, si vienes de una de las familias adineradas de Washington, D. C., tienes que llevar una mujer florero del brazo. Debe tratar con varios inversores y senadores y necesita a una mujer guapa a su lado. Por lo que dijo, está metido en un lobby que busca apoyo financiero para un edificio histórico gubernamental, bla-bla-bla... ¿Te importan los detalles?

—En realidad, no. Lo que me interesa es cobrar a final de mes. Mientras no espere que me baje las bragas para él, todo irá bien. Se lo has dejado bien claro, ¿no? —Un sabor amargo me llenó la boca e hizo que me entraran ganas de vomitar—. ¡Es más viejo que papá! —exclamé tratando de librarme del asco que me provocaba escalofríos.

—En realidad fue él quien insistió en dejarlo claro. Dijo que no sabía qué tipo de servicios acostumbrabas a ofrecer, pero que no estaba interesado en ninguno de tipo sexual.

—Bueno, me quitas un peso de encima.

Y era cierto, era un gran alivio. Aunque la idea de pasar un mes sin sexo no me hacía mucha gracia, pero sobreviviría. Probablemente. Tal vez. Mierda, mejor me aseguraba de ponerle pilas nuevas al vibrador.

—De acuerdo. Te escribiré para mandarte los detalles. Se llama Warren Shipley.

—Me suena el nombre.

—Normal: su hijo es senador por California.

—No me jodas... Ese tipo está como un queso. Es el senador más joven de la historia. Tiene treinta y cinco años.

—Exacto, ese mismo, preciosa. Y, la última vez que lo miré, estaba soltero.

Bien, bien, el hijo tenía posibilidades. Recordé que había puesto una «X» en la casilla de Aaron Shipley durante las últimas elecciones, y no sólo porque estuviera muy bueno, que lo estaba. Era alto, tenía el pelo rubio oscuro y los ojos marrones, que le daban un aspecto amable, y llevaba el traje con una elegancia que hacía que las mujeres como yo pensáramos en cómo quitárselo en dos segundos y medio.

—Sí, envíame los detalles por email. Me voy a cenar con Tai.

—¿Tai? ¿Quién es Tai?

—Un samoano pecaminosamente sexi. Chao, chao, tita.

Tao me dio la mano cuando vino a buscarme en coche y no me soltó en toda la noche. Ni al ir hacia el jeep, ni al bajar, ni en el restaurante... Se notaba que le costaba

dejarme marchar.

—Eh, grandullón, ¿te importaría soltarme la mano? —Lo hizo como si se hubiera quemado. Me incliné hacia él y le acaricié el muslo, grande y musculado—. Está bien. Todo saldrá bien.

Tai negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes decir eso? Te marchas mañana.

—Sí, ya lo sé. Aprovechemos esta noche, ¿vale?

Él cerró los ojos, inspiró y luego los abrió, mirándome fijamente.

—Mia, es que... nunca he conocido a nadie como tú. Eres divertida, inteligente, preciosa. —Inclinándose hacia mí, susurró—: Una pantera en la cama. —Sacudiendo la cabeza, guardó silencio. Sus ojos oscuros eran tan bonitos pero reflejaban tanta melancolía—. No sé cómo expresar lo que siento.

Yo le cogí la mano por encima de la mesa.

—Yo también te echaré de menos. Más de lo que quiero admitir.

—Exacto —dijo él.

—Pero seguiremos en contacto, por teléfono, mensajes, emails... Me contarás todas las novedades de tu familia, del trabajo, los espectáculos... Envíame vídeos de todos los trucos nuevos que aprendas a hacer con los cuchillos, y yo..., bueno, yo no sé qué te enviaré. Probablemente *selfies* haciendo el idiota en cualquier parte.

Tai inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas con tantas ganas que se me llenó el corazón de felicidad al oírlo. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—¿Seguiremos siendo amigos? —me preguntó.

—Los mejores amigos.

Mi respuesta gustó al gigantón, que dio una palmada y se levantó de la silla.

—¡Voy a buscar champán! Hemos de celebrar nuestra última noche juntos.

Al levantarse, la silla se inclinó hacia atrás con el impulso y cayó al suelo. Por desgracia, una camarera pasaba por allí en ese momento cargada con una bandeja llena de copas de vino. Chocó contra la silla y la bandeja salió volando por los aires, con ella siguiéndola de cerca. Tai trató de detener su caída y acabó cayendo con ella. La chica quedó montada sobre él.

Lo único que veía desde mi sitio era la silla rota, la alta rubia y las manos de Tai sosteniéndola por su estrecha cintura. Cuando ella se puso de rodillas, la falda se le subió un poco más. Tai la sujetó por los muslos para estabilizarla. Yo estuve a punto de ir a ayudarla, pero me detuve al verle la cara. Ella se había dado la vuelta hacia mí y Tai permanecía tumbado en el suelo, mirándola. La camarera se pasó una mano por el pelo y en ese momento me di cuenta de que tenía unos asombrosos ojos verdes. Llevaba los labios húmedos por haberse pasado la lengua por ellos. Además me fijé en que tenía un poco de sangre en ellos. Tai, que se había sentado, también se fijó y le apoyó un dedo en el labio para detener la hemorragia.

Durante unos instantes eternos, él la miró a los ojos. La chica estaba totalmente

inmóvil. No movía ni un músculo; estaba por completo centrada en él. La habitación podría haber estallado y ninguno de los dos se habría enterado. Estaban como en trance. Me di cuenta cuando Tai le sujetó la cara entre las manos y le preguntó:

—¿Estás bien, sol?

«Sol.» Claro, joder, ¡era su chica! Pelo dorado como el sol. Ojos verdes como la hierba recién cortada. Y acababa de llamarla *sol*.

Me llevé las manos al pecho y observé en silencio, como si estuviera viendo una romántica obra de teatro.

—Eh..., ¿disculpa? —dijo ella avergonzada.

Tai le dio un golpecito en el labio inferior con el pulgar.

—Estás sangrando.

Ella sacó la lengua para limpiarse el labio y acabó lamiendo el pulgar de Tai. Ambos contuvieron el aliento a la vez, pero él, además, soltó un gruñido muy fiero, un gruñido de macho alfa de los que tanto me gustaban. Vi que sus ojos oscuros se encendían. La chica tenía la vista clavada en ellos. Apretó los dedos con los que se sujetaba a los hombros de Tai en un acto reflejo. Eso era mejor que ver una película, porque era en vivo y en directo. En ese instante, deseé tener palomitas.

Al fin, ella sacudió la cabeza y trató de levantarse. Tai la imitó, incorporándose pero sin soltarla. La tenía tan pegada a él que, cuando estuvo totalmente incorporado, la rubia se deslizó por su cuerpo hasta que los pies tocaron el suelo. Tai gruñó. Conocía ese sonido. Estaba excitado y no podía ocultar la atracción que estaba sintiendo.

Tras unos segundos en los que se estuvieron agarrando el uno al otro, ella se apartó y agachó la mirada.

—¡Mierda! —exclamó mirando el desastre a su alrededor—. Debería haber mirado por dónde iba. Me van a despedir. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y le tembló el labio inferior.

Yo me levanté y entré en acción.

—Oh, muchas gracias, señorita. Sentimos mucho lo que ha pasado. Pagaremos las bebidas, por supuesto. —El dueño del local llegó en ese momento a nuestro lado, sin poder disimular su enfado.

—Señor, me alegro de que haya venido. Esta mujer acaba de evitar que a mi amigo le cayera una bandeja llena de bebidas por encima. Este grandullón puede ser muy torpe a veces, ¿verdad, Tai? Ha saltado y ha tirado la silla al mismo tiempo que la señorita... —Chasqueé los dedos en dirección a la camarera para que me dijera su nombre.

—Amy.

—... que la señorita Amy pasaba por detrás. Alguien podría haberse hecho daño si no hubiera sido tan rápida de reflejos. No sólo ha salvado a mi amigo; también se ha asegurado de que ningún otro cliente sufriera daños. Recomendaremos este establecimiento a todos nuestros amigos.

—Ah, sí, claro, sólo contratamos al mejor personal. Amy, buen trabajo. Ahora envío a un mozo a limpiar esto mientras tú te ocupas de las mesas.

Ella me alargó la mano.

—Gracias —me dijo con la mirada compungida, pero era verdad: la culpa había sido de Tai.

—Nada que agradecer. Por cierto, soy Mia, y este grandullón, que está del todo soltero, es Tai Niko.

—¿No sois pareja? —preguntó ella, y luego se tapó la boca con la mano, como si se le hubiera escapado.

Yo sonreí y me volví hacia Tai, pero él no me devolvió la mirada porque seguía con los ojos clavados en Amy.

—No, somos muy buenos amigos, pero yo mañana me vuelvo a casa. Estoy segura de que le encantaría tener una nueva amiga. ¿Llevas mucho tiempo en la isla?

Ella negó con la cabeza.

—Acabo de llegar. Me he mudado con mi padre. Sólo somos él y yo de familia; no quería que viviera solo, y aquí estoy. No conozco a nadie. —Se agachó a recoger la bandeja y algunos trozos de cristal hasta que vino un mozo y la sustituyó.

—Perfecto, pues ahora ya os conocéis. ¿Llevas el móvil encima?

Ella entornó los ojos, se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó un iPhone. Yo lo cogí rápidamente, le añadí a Tai como nuevo contacto y le envié un mensaje. El móvil de Tai vibró.

—Ahora Tai tiene tu número. Te llamará mañana.

Él abrió la boca para decir algo, pero yo le dirigí *la mirada* —esa que hace que cualquier hombre que esté del otro lado tiemble—, y sabiamente guardó silencio.

Amy me miró y luego se volvió hacia él de nuevo.

—¿Te gusta el surf? —le pregunté, sabiendo que se nos acababa el tiempo.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca lo he probado.

Sonreí y la abracé por la cintura.

—¡Tai, eso no puede ser! Amy nunca ha surfado. ¿Sabes una cosa? Tai es instructor de surf.

—¿En serio? Suena divertido. —Amy se sacudió la falda y se enderezó el delantal. Tai no la perdió de vista ni por un segundo—. Tengo que irme. Me encantará que seamos amigos. Y disculpa otra vez por chocar contigo.

Él se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se balanceó sobre los talones, haciéndose el duro.

—Puedes compensármelo saliendo conmigo mañana por la noche, después de que deje a Mia en el aeropuerto.

Por supuesto, Tai no sabía que mi plan de escape no incluía despedidas cara a cara. Ella lo miró con los ojos verdes brillantes como joyas.

—Me encantará. Espero tu llamada, Tai.

Y, ruborizándose, se alejó de allí.

—Oh, Amy —la llamé. Ella se volvió—. Una última cosa. ¿Qué opinas de los tatuajes?

Ella se acercó a mí y me susurró al oído. Luego me dio las gracias y se alejó a toda prisa hacia el bar para servir una nueva ronda de bebidas. Gracias a Dios, estábamos en Hawái y no en un pretencioso local de Nueva York o ya nos habrían echado a todos por entretenernos y perder el tiempo sobre el vino derramado y los cristales rotos. Pero en Hawái la gente vivía su vida y, si se encontraba algo tirado en el suelo, lo esquivaba.

Tai y yo nos sentamos de nuevo.

—¿Sigues en pie lo del champán? —le recordé.

Él me miró fijamente y prácticamente gruñó:

—¿Qué coño te ha respondido?

—¿Sobre los tatuajes?

—No, sobre el papa de Roma... Sí, claro que sobre los tatuajes.

Se lo veía muy nervioso, lo que no era nada habitual en él. Desde que lo conocía, siempre me había parecido un tipo tranquilo y muy seguro de sí mismo, excepto durante aquella noche en que me folló hasta dejarme sin conocimiento.

Me incliné hacia adelante con complicidad y miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos estaba escuchando.

—Le encantan. Dice que la ponen muy cachonda. Y ¿sabes qué? —Tai se acercó a mí hasta que le rocé la oreja con los labios—. Tiene la mitad izquierda de la espalda tatuada, hasta el culo. Aunque su tatuaje no es tribal. —Me eché hacia atrás y disfruté al ver la expresión de hambre en sus ojos—. Son ramas de cerezo en flor que le recorren toda la espalda. Sexi, ¿eh?

Tai abrió mucho las ventanas de la nariz e inspiró lenta y profundamente un par de veces.

—Sí, joder, muy sexi.

Meneé las cejas.

—Ya me lo parecía.

—Estás conspirando para juntarnos de forma descarada. ¿No te parece raro?

—¿Por qué?

—Llevamos un mes acostándonos juntos.

Como argumento, era lógico, pero no me importaba si pensaba que estaba loca. Sabía que Tai necesitaba a alguien y, cuanto antes, mejor. Además, estaba convencida de que Amy era la mujer de la que hablaba Masina.

—Sí, pero hoy es el último día —repuse—. Hoy nos aseguraremos de regalarnos uno al otro una noche inolvidable y mañana empezaremos una nueva vida. ¿No te has fijado en ella? ¿Su cuerpo, su pelo, sus ojos...? ¡Es tu «para siempre»!

—No puedes estar segura.

—No me digas que no lo has notado cuando has chocado con ella y la has

agarrado por los muslos, por la cintura, o cuando le has tocado las mejillas o los labios?

—No, no puedo decírtelo —admitió él entornando los ojos, pero luego se echó a reír cuando yo gesticulé, haciéndome la chulita.

—¡Me alegro tanto por ti! —exclamé, bailoteando en la silla—. Voto por saltarnos la cena y pasar directamente al postre y a ese champán que me has prometido.

—Esta noche es tu noche, criatura. Mañana empezará tu «para siempre».

Menos mal que había sido precavida y había hecho el equipaje antes de ir a cenar la última noche. Tai pensaba que mi avión salía por la tarde; le dije que salía a las ocho. Lo que no le comenté fue que eran las ocho de la mañana. Las despedidas y yo no nos llevábamos bien.

Saqué el paquete que había comprado cerca de la tienda donde había adquirido las pulseras para Maddy y para mí y dejé la imagen enmarcada del símbolo samoano que representa la amistad sobre la encimera. Cuando salí de la joyería, me había encontrado con una artista local que estaba pintando símbolos. Le pedí si podía pintarme el de la amistad, y lo hizo encantada. El símbolo medía unos doce centímetros y, en mi ignorancia, yo lo veía parecido a una gran «L» cursiva con espirales en cada extremo. Debajo de él dibujé un corazón con tinta negra, escribí mi nombre al lado y luego lo enmarqué todo.

Finalmente, saqué papel y boli, me senté en uno de los taburetes altos de la cocina y le escribí una carta a mi Tai.

Tai, mi pecaminosamente sexi samoano:

Gracias por regalarme uno de los mejores meses de mi vida. Has llenado mi mundo de alegría, risas y placer. Nunca te olvidaré. No podría hacerlo, y tampoco quiero. Cuando llegué aquí estaba decaída por un montón de cosas: el trabajo, la familia, una relación... Tú cambiaste eso. Con tu simpatía y tu sonrisa, te llevaste la oscuridad y llenaste mi vida de luz. La luz del sol.

Durante mi estancia en la isla he aprendido a disfrutar de las cosas que nos da la vida, a permitir que todo fluya y a darle tiempo al tiempo. A dejar que la vida traiga lo que tiene que traer y a disfrutar del momento. La verdad es que hacía mucho que no disfrutaba tanto como contigo. Me has recordado que aún soy joven y que todavía tengo tiempo para descubrir cómo será el amor de mi vida, mi «para siempre». Sé que tú estás sufriendo por si no encuentras el tuyo pero, francamente, creo que ya lo has encontrado. Llámalo intuición femenina, si quieres. Creo que todo pasa por algo, aunque no sepamos qué es ese algo.

Me alegro mucho de haberte conocido el día en que llegué aquí. Cada

instante contigo ha sido una aventura, una experiencia. Gracias por ese regalo. Me entristece tener que irme, y sé que voy a echarte terriblemente de menos. Por favor, no perdamos el contacto.

Tu criatura,

MIA

Como de costumbre, me había levantado de la cama de Tai, había escrito la carta, le había dejado el regalo y había salido a buscar el taxi, que me esperaba cerca del bungalow, sin despertar al hombretón dormido.

Me pregunté qué me aguardaría en Washington, D. C., con el señor Warren Shipley, de una vieja familia con dinero y contactos en la política, haciendo énfasis en lo de «vieja». ¿Quién sabía? Tal vez conociera al macizorro de su hijo, el senador Aaron Shipley. Y, si no..., pues bueno, me embolsaría cien mil del ala a cambio de colgarme del brazo de un vejstorio que no quería sexo. Oh, tal vez fuera como Tony y Héctor y no había salido aún del armario... Demasiada casualidad. No, había algo que se me escapaba. ¿Por qué un tipo guapo y rico tenía que contratar a una escort? Había cientos de víboras que estarían encantadas de estar con un viejales. No necesitaba pagar cien mil dólares cuando podía conseguir a una acompañante guapa gratis.

Seguí mi propio consejo y me dispuse a disfrutar de lo que la vida tuviera preparado para mí. Me eché hacia atrás en el asiento del avión y empecé a soñar con unos escalones de piedra blanca, con símbolos fálicos que se elevaban hacia el cielo y con un presidente muerto tallado en mármol que, desde su asiento, vigilaba una ciudad de hormigón.

JUNIO

1

El mes de junio en Washington, D. C. era bochornoso, agobiante. La humedad ambiental hacía que la ropa se pegara al cuerpo como una segunda capa de piel. Era muy incómodo. Tenía miedo de quitarme el top, por si al hacerlo me llevaba una capa de carne pegada a él.

Al poner un pie fuera del aeropuerto me recibió un cielo encapotado, sin sol. Tras pasar el último mes en Hawái, ya no estaba acostumbrada a ese tipo de clima.

Paseé la mirada por las hileras de coches aparcados. Un tipo alto estaba parado frente a una elegante limusina con un cartel en el que se leía «SAUNDERS». Me imaginé que debía de ser mi chófer.

—Soy Mia Saunders —le dije ofreciéndole la mano. El chófer me la estrechó.

—Yo soy James, su chófer. La llevaré a donde tenga que ir durante su estancia con los Shipley.

Cogió la maleta y la metió en el maletero antes de abrirme la puerta. Me subí con cuidado, tratando de que mis muslos sudorosos no dejaran marca en la suave piel de los asientos. La falda vaporosa que me había puesto me había parecido una buena elección esa mañana, pero debería haberme puesto pantalones de yoga. Me sequé las palmas de las manos en las pantorrillas, deseando tener una toalla.

—¿Aquí hace siempre tanta humedad? —le pregunté mientras abría el bolso, sacaba el móvil y lo conectaba.

—¿En junio? En junio puede hacer un calor espantoso, puede llover o puede hacer un tiempo precioso. Probablemente experimentará un poco de todo durante su estancia. La verdad es que este año está siendo un poco más caluroso de lo habitual.

Mi teléfono volvió a la vida con un montón de sonidos que indicaban la entrada de todos los mensajes que había recibido mientras estaba volando.

De: Samoano sexi

Para: Mia Saunders

Criatura, vas a tener que darme explicaciones. Te has largado sin despedirte. Muy mal.

Ese primer mensaje iba seguido de una larga lista. Al parecer, Tai no había tenido bastante con uno.

De: Samoano sexi

Para: Mia Saunders

El regalo... Me has dejado sin palabras.

De: Samoano sexi

Para: Mia Saunders

Me has robado mi beso de despedida. Estoy muy enfadado.

En ese momento, mis dedos volaron sobre el teclado para responderle.

De: Mia Saunders

Para: Samoano sexi

Besa a tu «para siempre». Eso te curará todos los males.

Mientras le daba al botón de enviar, se me escapó una risa con gruñido de cerdo incorporado, tan impropia de una dama que el chófer me miró por el retrovisor. Alzó las cejas, pero yo negué con la cabeza y seguí leyendo los mensajes.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Volverás a hablar conmigo alguna vez? Ha pasado un mes. No me obligues a ir a buscarte.

De nuevo, mis falanges volaron sobre el teclado. No se me ocurre otra manera para expresar lo rápidamente que le escribí la respuesta más superficial que se me ocurrió.

Para: Wes Channing

De: Mia Saunders

Estoy segura de que Gina te mantiene entretenido. Ya te vi comiéndole todo el morro en la portada de la revista *HotDirt*.

Tras veinte minutos de espera ansiosa, mirando el móvil cada dos segundos por si entraba respuesta, al fin me contestó. Y, sí, estoy hablando de Wes, no de Tai, pero me obligué a ignorarlo, tratando de no parecer desesperada. Me distraje pensando en mi samoano sexi.

En esos momentos, Tai probablemente se estaba arreglando para su primera cita con Amy. El corazón se me aceleró al recordar cómo el universo la había dejado caer sobre su regazo. Literalmente. Habían tropezado y ella había ido a parar a su regazo. Esperaba no equivocarme; esperaba que ella fuera la media naranja de Tai. Tomé nota mental de ponerme en contacto con él al cabo de quince días para asegurarme de que las cosas entre ellos fueran como debían. Algo me decía que todo fluiría entre ambos, que Amy era su «para siempre». Ojalá lo tuviera tan claro con mi propia vida. Lo que estaba claro era que no iba a encontrarlo antes de que acabara ese año. Uf, pensar en Tai y en el futuro no me estaba ayudando a superar las ganas de leer el mensaje de Wes, al contrario.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Celosa?

¿Sería posible cortarle la polla a alguien a cinco mil kilómetros de distancia? Con

toda probabilidad, aunque tendría que contratar a otro que hiciera el trabajo sucio. Bueno, tenía un poco de dinero extra en el banco, para emergencias. Se me escapó una risilla al pensar que podía hacer que le cortaran la polla con el dinero que había ganado por follármelo. Qué irónico.

¿A qué estaba jugando ese hombre? No sabía si responderle o si dejarlo colgado para que sufriera un poco. Obviamente, no le había hecho ninguna gracia ese mes de ausencia. Le estaba bien empleado por meterse en la cama con la perfecta Gina DeLuca..., mientras yo me tiraba a mi samoano sexi.

«No tiene importancia.»

Aunque me lo repetía una y mil veces, el resultado siempre era el mismo. Me importaba. Me importaba mucho. No podía evitarlo. Wes siempre me importaría. No saber qué estaba haciendo ni con quién lo estaba haciendo me roía por dentro como una piraña.

Tai había logrado que no pensara mucho en él. Me había proporcionado un mes de fantástica distracción. Me lo había pasado muy bien. Con Tai cada día era más divertido que el anterior, y cada noche, más caliente de lo que podría haberme imaginado. Había sido fácil dejar mis problemas con Wes en la recámara porque tenía todo lo que una mujer de veinticinco años podía desear. Pero el mes con Tai había llegado a su fin, y Wes reclamaba su lugar en mi mente.

—¿Falta mucho? —le pregunté a James.

Él se levantó un poco la gorra.

—Lo siento, señorita. El tráfico a esta hora es espantoso.

Faltaban unos tres cuartos de hora. Mucho rato. Si a Wes le apetecía charlar, le concedería ese tiempo. Al fin y al cabo, técnicamente seguíamos siendo amigos.

Busqué su número y di al botón de llamada, obligándome a aparentar una calma que estaba lejos de sentir.

—¡Estás viva! —exclamó la voz de Wes, esa voz cálida y susurrante como la brisa de California que siempre me hacía vibrar.

—Ja, ja, muy gracioso. ¿Qué mierda es ésa de los celos? Ya sabes que no soy celosa.

«Mentirosa.»

Wes inspiró hondo y suspiró. Se oía el sonido del mar de fondo. Tal vez estuviera en la playa. Tal vez había estado surfeando. Oír esos sonidos relajantes, aunque fuera a través del filtro del teléfono, me provocó una inmensa nostalgia. Tenía muchas ganas de volver a California.

—He pensado que tal vez, si te provocaba, me llamarías.

—Wes, ¿de qué vas? —le pregunté en un tono de voz que me sonó agudo y celoso hasta a mí, aunque no era mi intención en absoluto.

—No sé; dímelo tú. ¿Te lo has pasado bien en Hawái? —replicó él, quien pareció contagiarse de mi estado de ánimo.

Me acordé de Tai y de cómo le había lamido los tatuajes tribales del hombro, el

pecho, las costillas, la cadera, el muslo... Durante todo el mes, ése había sido mi pasatiempo favorito. Ñam...

—Sí —respondí en un susurro sensual antes de que mi mente pudiera ponerle filtro a mi voz.

Él se echó a reír.

—Ya veo. ¿Con el cliente o con algún isleño? —me preguntó, y el ambiente entre nosotros se destensó un poco.

—¿Importa eso? —Cerré los ojos.

—Todo lo que tiene relación contigo me importa. ¿Aún no te has dado cuenta? — Su voz sonaba sincera pero pesarosa. Como yo, trataba de mostrarse desenfadado y, como yo, estaba fracasando estrepitosamente.

—Wes...

Él inspiró hondo.

—No. No pienso fingir que no me duele que hayas pasado un mes en Hawái tirándote a quien te ha dado la gana. Y me cabrea un montón que te enfades conmigo por estar haciendo lo mismo con Gina.

No, si razón no le faltaba...; tenía más razón que un santo. Pero las cosas de la mente y las del corazón no funcionan con las mismas reglas. Es casi imposible actuar de manera equilibrada y realista. Podía tener más razón que una charla de Deepak Chopra, pero eso no cambiaba los hechos. Y los hechos eran que saber que Wes estaba con Gina me dolía. Mucho. Los dos nos estábamos haciendo daño mutuamente y no sabíamos cómo evitarlo.

Me costó responderle porque tenía un nudo en la garganta.

—Mira, Wes, lo siento. Entiendo lo que me dices, de verdad que sí. Y estoy de acuerdo.

—¿Significa eso que vas a volver a casa? —me preguntó con dos cucharadas de esperanza en la voz.

Casa. ¿Dónde estaba mi casa? ¿En el pequeño apartamento de California que llevaba cinco meses sin pisar? ¿En la vieja casa familiar de Las Vegas? ¿O en la costa de Malibú, en los brazos del hombre de mis sueños, un hombre que era el dueño de un enorme trozo de mi corazón?

Me pasé la lengua por los labios y resoplé.

—Wes, ya sabes que no puedo hacerlo.

Él gruñó suavemente, y el retumbar de sus gruñidos se me clavó como un puñal en el vientre.

—No es verdad. Puedes hacerlo, pero no quieres —replicó enfatizando la última palabra.

Negué con la cabeza, tratando de aclarar la telaraña de emociones que estaban corriendo un maratón en mi interior.

—No puedo permitir que pagues la deuda de mi padre.

—Te digo lo mismo. Sí puedes, pero no quieres. —Sonaba cansado, como si cada

palabra pesara toneladas.

Y era culpa mía. Era yo la que le provocaba ese efecto. A los dos. Cada vez que hablábamos, la conversación nos dejaba más tocados a ambos, y todavía faltaba medio año. ¿Quién sabía cómo estarían las cosas entre nosotros cuando el año llegara a su fin? De momento, este rollo de la amistad no se nos daba muy bien. Nos hacíamos daño constantemente sin pretenderlo.

Se hizo una incómoda pausa, que se alargó mientras buscaba algo que decir, pero no se me ocurrió nada.

—¿Cuándo volveré a verte? —Al final fue él quien rompió el silencio.

¿Quería volver a verme? No comprendía a ese hombre. Qué demonios, no entendía a casi ningún hombre, pero a Wes menos que a ninguno.

—Eh..., no sé. Acabo de aterrizar en Washington, D. C. Voy a ser la chica florero de un viejo caballero.

Él se echó a reír a carcajadas.

—¿Un vejestorio? Menos mal. Al menos no tendré que preocuparme de que estés dándote el lote con un tipo que necesita Viagra.

—¡Eh, no seas desagradable! —lo reñí en broma—. Además, su hijo es senador y está buenísimo. Ya sabes cómo me gustan los hombres poderosos.

A Wes se le quitaron las ganas de reír de golpe y la tensión volvió a instalarse entre nosotros.

—¿Estás de broma? —preguntó.

¡Bingo!

—No.

—¡Que me jodan!

—Me encantaría —repliqué sin pensar.

—¿Cuándo?

—Cuando volvamos a vernos, idiota.

—Y ¿cuándo será eso? —Aunque el tono seguía siendo desenfadado, no estaba segura de que él continuara bromeando. Lo que había entre nosotros iba en zigzag, tenía curvas, cambios de rasante, no era un camino fácil.

—No lo sé —respondí finalmente—, lo que tenga que ser será.

—¿Por qué yo? —exclamó en voz alta y frustrada como un hombre que hubiera abierto los brazos, mirado al cielo y pedido explicaciones a su creador—. ¿Por qué he tenido que enamorarme como un idiota de una tipa que está como una cabra? —protestó antes de echarse a reír.

Tenía una risa preciosa e inconfundible. Una risa que hacía que el corazón me latiera con tanta fuerza en el pecho que parecía que iba a salirse disparado.

Me encogí de hombros, aunque él no me veía.

—Si el universo te da una mano de mierda, apuesta contra el crupier. Adiós, Wes.

En vez de esperar a que se despidiera, colgué y respiré hondo varias veces. Había llegado el momento de centrarme en mi próximo cliente: Warren Shipley.

Warren Shipley no salió a saludarme a la puerta de su mansión. No. El hombre que esperaba en lo alto de la escalinata de piedra cuando bajé de la limusina parecía recién salido de la revista *GQ*. Aaron Shipley, el senador del Partido Demócrata por California, se había apoyado en una de las columnas blancas. Estaba acostumbrada a estar con hombres guapos. Había estado con machos alfa tamaño gigante capaces de partir árboles con sus propias manos, pero aún no había visto a un hombre al que le sentara el traje igual que a éste: era pura perfección.

La tela de color gris marengo se adhería a sus anchos hombros, su cintura estrecha y sus largas piernas como si estuviera hecho a medida. Con toda probabilidad lo estaba. Tenía los ojos ocultos tras unas Ray-Ban negras; el pelo, rubio oscuro, parecía grueso y estaba peinado con ese estilo revuelto, como si acabara de salir de la cama, que tan popular se había hecho últimamente. Le quedaba bien. Vale..., le quedaba mejor que bien. El traje contrastaba con el pelo, dándole un aire formal pero con un toque extravagante. Era una combinación letal para una chica como yo. ¡Qué demonios, para cualquier chica!

Sigiloso como si se tratara de un jaguar gris, descendió la escalinata poco a poco hasta llegar al camino de entrada, cubierto de grava. La mayoría de las mujeres habrían hecho el esfuerzo de subir aunque fuera algún escalón para reunirse con él a mitad de camino, pero yo no soy como la mayoría de las mujeres, y él, desde luego, no era como la mayoría de los hombres. Estaba disfrutando demasiado viéndolo bajar la escalera. Exudaba un aire de autoridad que se pegaba a él como una fragancia fresca. Lo observé dar cada paso con elegancia y agilidad, emanando tanto poder que casi me derretí en el sitio. Mis quejas sobre la humedad ambiental me parecían ridículas al lado del sudor que se me estaba arremolinando en la nuca. Noté que una gota empezaba a descenderme por la espalda, encendiendo chispas de deseo en cada terminación nerviosa.

—Tú debes de ser Mia Saunders —dijo en tono decidido pero acogedor mientras me ofrecía la mano. Cuando nuestras manos se rozaron, me pasó la corriente. Traté de apartar la palma, pero él la sujetó con más fuerza—. Es curioso, no suelo notar la esencia de una persona con un solo roce.

—¿Mi esencia?

Una sonrisa misteriosa tensó sus apetitosos labios. No eran ni demasiado delgados ni demasiado gruesos. Como en *Ricitos de Oro y los tres osos*, esos labios eran sencillamente perfectos. Todavía no me había soltado la mano. En vez de eso, le dio la vuelta, pero nuestras palmas permanecían unidas. Ese simple contacto fue suficiente para hacerme babear y desear más. Se quitó las gafas y se las colocó en la cabeza en un gesto muy sexi para alguien de su talla política. Se suponía que los hombres como él eran aburridos, sosos, y sólo hablaban de temas de gobierno; ¡menudo rollo! Por un momento dejé de pensar al notar la intensidad con que me miraban sus ojos marrones, del color de los bombones Hershey Kisses. Pero en vez

de fundirse ellos, me fundí yo. Suspiré al notar que me acariciaba el dorso de la mano con el pulgar.

—Tu esencia es tu fuerza vital, tu magnetismo. Cuando nos hemos rozado, la he notado. ¿Tú no? —Yo asentí embobada, mirándolo a los ojos de color chocolate y fijándome luego en la nariz recta, los altos pómulos y la mandíbula cincelada—. Cuando junto nuestras manos —apoyó su otra mano sobre la mía, encerrándola entre las dos—, la noto con mucha más fuerza. —Alzó las cejas al mismo tiempo que yo me pasaba la lengua por los labios. Sus ojos se clavaron en mi boca y me temblaron las rodillas.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no volver a pasarme la lengua por los labios.

—Vamos —dijo, y juro que con esa simple palabra envió una descarga de electricidad directa a mi centro de placer, que se encendió y empezó a latir como si fuera un reloj con vida propia.

Dijo algo más, pero dejé de escuchar después del «vamos». Me soltó la mano y me acarició la mejilla. Oh, Dios mío, eso todavía me gustó más, aunque me obligó a volver a la Tierra.

—Mia, ¿te encuentras bien? —me preguntó paseando la vista por mi cara y frunciendo las cejas preocupado—. Te he dicho: «Vamos, mi padre está esperando».

Pestañeeé varias veces y enfoqué la mirada.

—Oh, sí, claro. Perdón. —Aturdida por la lujuria, traté de centrarme, sacudiendo la cabeza—. Es que han sido muchas horas de viaje. Estaba en Hawái y he venido directamente, haciendo un par de escalas. No he dormido en toda la noche.

Además, en cada escala había tenido que recorrer los aeropuertos a la carrera para no perder el nuevo vuelo. Me habían venido ganas de matar a mi tía Millie por reservarme vuelos con una diferencia de cincuenta minutos entre uno y otro. No me había dado tiempo de nada, ni siquiera de ir al baño. Y luego, al subir al nuevo avión, la tripulación tampoco me dejó ir al baño hasta que alcanzamos cierta altitud. Y después ya no hubo más paradas hasta la mañana siguiente. Había sido una jornada de vuelo muy larga y pesada.

Aaron chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Vaya, qué horror. Vamos, te presentaré a mi padre y así luego le diré a James que te enseñe tu habitación para que podamos echar uno rapidito.

—¿Cómo?! —Me detuve en seco al llegar a lo alto de la escalinata y me llevé la mano a la sien.

«¿Uno rapidito?»

—He dicho que te presentaré a mi padre para que puedas ir cuanto antes a tu habitación a echar un ratito. El cambio horario es agotador.

—Ah, echarme un ratito. —Cerré los ojos y me reí por dentro.

—¿Qué habías entendido? —Aaron sonrió, mostrándome los dientes más bonitos que había visto nunca. Ese hombre podría salir en las portadas de las revistas. Oh,

calla, si ya había salido. Daba igual.

—Pensaba que habías dicho que podíamos echar uno rapidito —respondí, y me eché a reír.

Él se detuvo junto a la puerta principal y me dirigió una sonrisa traviesa.

—Bueno, podemos arreglarlo, aunque no sé si a mi padre le gustará que meta la mano en el bote de las galletas sin invitarte antes a cenar ni nada. —Me guiñó el ojo y volvió a darme la mano. La misma corriente eléctrica circuló entre nuestras palmas, poniendo de nuevo en marcha la energía magnética.

Aaron me miró de reojo mientras cruzábamos el vestíbulo.

—¿Tú también lo has notado?

Madre mía, ojalá no lo hubiera notado. En vez de mentir, cerré los ojos, contuve el aliento y asentí.

La mansión me había parecido impresionante desde la entrada, pero una vez dentro, aún lo era más. Desde el vestíbulo ascendía una escalera doble cubierta con alfombras amarillas que me hicieron pensar en Dorothy y en el camino de baldosas sobre el que saltaba para llegar a su destino. Si no hubiera estado tan cansada, yo también me habría puesto a saltar. La mansión era espectacular. La casa de Wes, en Malibú, era preciosa. Aunque tenía que ser muy cara, se notaba que era un hogar. El loft de Alec también era impresionante y estaba muy bien equipado. El ático de Tony y Héctor era muy pijo, pero esa mansión estaba a otro nivel. Cuando la tía Millie me había comentado que se trataba de una familia rica desde hacía varias generaciones, no me imaginé dónde me metía. Pensé que un político viviría en un sitio bonito, pero en esa mansión estaría cómoda hasta la reina madre de Inglaterra. Las paredes estaban curvadas, había molduras en el techo y gigantescos ventanales con cortinas de color burdeos. Las alfombras eran tan mullidas que me vinieron ganas de quitarme los zapatos y andar descalza para poder hundirme en ellas.

—Esto es increíble.

Aaron sonrió y miró a su alrededor como si no viera nada raro.

—Mi madre tenía buena mano para la decoración.

—¿Ah, sí? Debe de estar muy orgullosa de esta casa. Es preciosa.

—Murió hace tiempo, pero es verdad que le gustaba saber que la casa tenía muchos admiradores. Salió en varias revistas de decoración. Más de una vez salió en la portada. Esta casa era la niña de sus ojos..., después de que yo me fuera a la universidad, claro —añadió guiñándome el ojo.

Al parecer, el ego de Aaron Shipley estaba en perfecto estado de salud. Lo seguí en silencio, mirando a mi alrededor hasta que llegamos frente a una puerta de doble hoja. Tras la misma se oían risas, como si alguien estuviera pasando un buen rato. Aaron llamó a la puerta con brusquedad y la abrió sin esperar a que nadie respondiera.

—Ah, hijo mío. Pasa, pasa. Kathleen y yo estábamos comentando la debacle de la semana pasada en la cocina —dijo un hombre, señalando a una mujer vestida con una falda de tubo azul marino, delantalito blanco con puntilla y una blusa de seda de color crema abotonada hasta arriba. Debía de ser una empleada—. Resulta que el encargado del catering de la semana pasada pensó que yo quería...

—Padre —lo interrumpió Aaron bruscamente, lo que me pareció maleducado por su parte y le hizo bajar varios puntos a mis ojos—, ha llegado la señorita Saunders. —Me tiró del brazo y me plantó cara a cara con una copia casi idéntica del joven Shipley, aunque con unos cuantos años más.

—Vaya, pero si eres más bonita en persona que en el perfil que me pasó la señora Milan. Estoy impresionado. Es perfecta para el papel, ¿no crees, Aaron?

Él me examinó de la cabeza a los pies.

—Sí, definitivamente es la candidata ideal para captar la atención de tus colegas.

—Ven aquí, querida. Soy Warren Shipley —me saludó con alegría. En vez de estrecharme la mano, me dio un abrazo paternal—. No eres como te imaginaba. —Se apartó y sonrió, mirándome a los ojos. Si hubiera sido un viejo verde, me habría mirado las tetas. Al parecer, lo que había dicho mi tía de que no estaba interesado en acostarse conmigo era verdad. No le interesaba en ese sentido—. Gracias por venir. La situación es un poco rara, pero la señora Milan me aseguró que eras la candidata perfecta. Y, ya sólo por tu aspecto físico..., estoy seguro de que pronto los tendré a todos comiendo de la palma de mi mano.

2

—¿Qué quiere decir con eso de «sólo por mi aspecto físico»? —pregunté, frunciendo el ceño sin darme cuenta.

Aaron resopló detrás de mí antes de plantarme una mano en la parte baja de la espalda. Muy abajo. Tan abajo que me tocó el culo por encima de la falda. Luego le dio una palmadita y me rodeó. Se sentó en el borde del escritorio de su padre y me contempló con los brazos cruzados.

Estaba a punto de llamarle la atención por haberme dado en el culo como si fuera su mujercita, pero él eligió ese momento para ponerse a hablar.

—Mi padre te ha contratado porque eres guapa, joven y estarás sexi de la muerte con un vestido de cóctel. ¿Conoces la expresión «mujer florero»? —preguntó observándome de arriba abajo.

Quería odiar las sensaciones que su mirada me despertaba, pero no pude. No esperaba que alguien de su talla social me observara con una admiración tan descarada. Que un político ricachón se comiera con los ojos a una escort era algo muy sexi.

—¿Y bien?, ¿qué es lo que se espera de mí, señor Shipley? —Me volví hacia el padre de Aaron para que me lo aclarara.

Warren Shipley miró a Kathleen, que bajó la vista y luego la apartó con una expresión dolida.

—Creo que será mejor que los deje solos para que puedan hablar de negocios —dijo con la voz temblorosa mientras se retiraba rápidamente. Salió de la habitación de manera tan discreta que ni siquiera oí sus pasos. Suponía que formaba parte de su trabajo, para no molestar a los dueños de la casa.

El padre de Aaron levantó la mano para detenerla, pero su hijo se la agarró y volvió a colocársela sobre el escritorio. Warren echó los hombros hacia atrás y ladeó la cabeza.

—Querida, el tipo de hombres con los que me relaciono forman parte del Uno por Ciento, igual que yo. Tienen más dinero del que mil personas gastarían en toda su vida y lo usan para controlar los grandes negocios. Lo único que hago es seguirles el juego.

En vez de aclararme las cosas, las palabras de Warren me dejaron más confundida, ya que el único «Uno por Ciento» que conocía era un grupo de moteros delincuentes de las afueras de Las Vegas.

Me apoyé las manos en las caderas.

—Sigo sin entender para qué estoy aquí.

Warren se aclaró la garganta y se pasó la mano por su barba incipiente. Parecía que la conversación lo hacía sentir muy incómodo.

—Estás aquí para ser la fulana de papá —me soltó el senador por California a quemarropa, sin una pizca de tacto en sus palabras.

Eché la cabeza hacia atrás y me crucé de brazos.

—¿Perdón? No me acuesto con los clientes a menos que quiera hacerlo. Nótese el énfasis que he puesto en la palabra *quiera*.

—No, no, no, querida, no es eso... —Warren parecía tan incómodo como yo. Se volvió hacia su hijo como pidiéndole que lo ayudara a darme la explicación que necesitaba.

Aaron puso los ojos en blanco y se levantó.

—Mia, los hombres de los que te hablamos siempre llevan una mujer florero colgando del brazo. Normalmente son zorras cazafortunas. Su única preocupación en la vida es estar guapas, conseguir todo el dinero que puedan y acostarse con sus hombres donde sea y cuando sea.

—Por el amor de Dios, hijo, ¿tienes que ser tan gráfico? —Warren se levantó y se acercó a mí. En sus ojos vi algo parecido a la vergüenza—. Mia, te prometo que no te trataré mal, pero necesito estar a buenas con esos hombres para llevar a cabo mi plan de ayuda y colaboración internacional. Todos ellos van siempre acompañados de mujeres jóvenes y hermosas. Sí, es asqueroso, lo admito. A mí no me gusta que las cosas sean así, pero haré lo que sea necesario para lograr mi objetivo. Y para eso necesito el apoyo de varias figuras importantes de la política y los negocios. Sin ellos, se cancelaría el programa de ayudas y todo se iría al traste.

—Parece que lo tiene todo pensado.

—Sí, le he dedicado muchas horas y mucho dinero. Más del que me gusta reconocer.

Aaron volvió a negar con la cabeza.

—Mi padre es un justiciero del siglo XXI. Está construyendo la sede central de lo que será una organización médica que prestará servicios en países del Tercer Mundo. Y, para conseguirlo, necesita que se firmen tratados de comercio con países que ofrecen las vacunas a un precio mucho más asequible que aquí. En otros casos, necesita acceso a los gobiernos de esos países para lograr que su gente tenga inmunidad para viajar a esos lugares. Hacen falta leyes que permitan que la organización actúe dentro y fuera de Estados Unidos. Hay que enviar médicos, personal sanitario, etcétera. Sería una organización similar a la Cruz Roja, los Clubes de Leones o Médicos Sin Fronteras.

—¿Quiere ayudar a salvar gente en países del Tercer Mundo? Y ¿dónde está el problema? ¿No deberían estar todos encantados de colaborar, sobre todo siendo una iniciativa privada, que no va a costar ni un céntimo al contribuyente?

Warren me sujetó por las mejillas y me miró fijamente a los ojos. Los suyos eran amables y muy cálidos.

—Algunos lo están, querida, algunos sí lo están. Pero hay un montón de burocracia, más de la que te puedas imaginar. —Bajó las manos y retrocedió para apoyarse en el escritorio—. Y, para superar esos obstáculos, necesito tener a unos cuantos peces gordos de mi lado. Hay algunos que esperan obtener favores especiales

de mi familia; a éstos no los puedo contentar.

Se volvió hacia Aaron, que inspiró hondo y agachó la cabeza. Warren nunca pondría en peligro la carrera política de su hijo para sacar adelante su proyecto. En ese momento supe que Warren Shipley era un buen tipo. Con respecto a su hijo, el jurado seguía deliberando en mi cabeza.

Me encogí de hombros.

—Y ¿qué se espera que haga yo?

En ese momento Aaron se acercó a mí y me agarró por la nuca. Su mano era cálida, y aplicó la presión necesaria para que no me sintiera amenazada.

—Cuando haya actos sociales o fiestas, acompañarás a mi padre. Sólo tendrás que plantarte allí increíblemente guapa, sonreír mucho y abrazar a mi padre de vez en cuando como si fueras su gatita mimosa. Nada más.

Me lo imaginé pulsando un gigantesco botón rojo con la palabra «Fácil» escrita en él.

—Y ¿cuál es tu papel en todo esto? —le pregunté, y me pasé la lengua por los labios.

Él me miró con una intensidad que me pareció muy atractiva. Estaba segura de que, si su padre no hubiera estado presente, ya habría tenido la espalda pegada a la pared y sus labios habrían estado devorando los míos.

Aaron gruñó en lo más hondo de su pecho y yo sentí retumbar ese gruñido hasta en los dedos de mis pies. Se inclinó hacia mí, acercándose tanto que noté su aliento en la oreja.

—Bueno, yo me dedico a perseguir a las amiguitas de mi padre en privado. —Meneó las cejas, dio un paso atrás y me guiñó el ojo.

Levanté las manos y me palmeé los muslos.

—¿Cuándo empezamos?

Unos días más tarde, durante una gala benéfica, me estrené como acompañante del señor Shipley. Miré a mi alrededor, sintiéndome como una gacela en el punto de mira de un cazador. Cuando había acudido a actos con Wes, él se encargaba de hacerme sentir cómoda. A su lado sentía que encajaba, pero esto no tenía nada que ver. Me reprendí y me preparé para la batalla. Me recordé mis objetivos y eché mano de todas mis reservas de autoestima. Al volver a examinar la sala, no pude evitar recordar los eventos a los que había acudido con Wes en Malibú. Aquí había más clase. Esta vez no iba vestida con lentejuelas, sino que llevaba un vestido diseñado por Dolce & Gabbana como un favor personal para el señor Shipley. El vestido dejaba a la vista toda la espalda, desde la nuca hasta el culo, pero cubría la parte delantera. Cuando Warren me había enseñado el armario lleno de ropa de alta costura, se había ruborizado y había guardado silencio. En cuanto me quedé a solas en la habitación, hice fotos de todos los vestidos y se las envié a Héctor, mi mejor amigo gay de

Chicago. Su respuesta fue algo parecido a: «Chica, eres la dueña del universo. ¡¿Dónde has conseguido ese billete al paraíso?!».

Aunque estaba preparada, no pude evitar sorprenderme al ver cara a cara a tantos hombres de más de cincuenta años, con trajes impecables, acompañados de chicas que podrían ser sus hijas, y en algunos casos incluso sus nietas. De forma discreta, saqué el móvil y tomé una foto del gran salón, donde se veía a algunos de los invitados. Se trataba de una gala benéfica de uno de los «amigos» de Warren. Y si entrecomillo la palabra es porque el propio Warren había admitido que dentro del grupo del Uno por Ciento no había muchas amistades, y las que había sólo duraban hasta que surgía una posibilidad de negocio más ventajosa. Si la amistad no los acercaba a su objetivo o no les reportaba una enorme cantidad de dinero, dejaba de tener valor. Los que hasta ese día eran colegas del alma ya no lo eran. Francamente, me parecía todo de una hipocresía repugnante, pero no podía olvidar que yo estaba allí porque me pagaban por ello, así que no podía tirar la primera piedra.

De: Mia Saunders

Para: Zorrón-come-conejos

¿Te atreves a ponerle un pie de foto?

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

¡Fácil! Es el día de «Lleva a tu hija al trabajo» en Washington.

No pude aguantarme la risa. Las carcajadas me sacudieron con tanta fuerza que me atraganté con el champán y me tambaleé sobre mis tacones. ¡Adoraba a esa mujer!

—Cuidado —me dijo un viejo caballero, agarrándome del brazo—. No vayas a desaprovechar esa copa. Es champán del bueno. Aunque supongo que, puestos a morir, mejor hacerlo con champán de quinientos dólares por botella —bromeó mientras yo lloraba por culpa de la risa y la tos.

Acabé soltando el champán en la planta que tenía más cerca. Escupí y tosí hasta que pude volver a respirar. Un camarero pasaba por nuestro lado en ese momento con vasos de agua. El caballero de pelo gris cogió uno y me lo dio. Yo me lo bebí agradecida, limpiando el rastro del champán que se me había ido por el otro lado.

—Lo siento mucho —me disculpé tras aclararme la garganta, y saqué el labio inferior haciendo mi mejor mohín.

El hombre, que debía de tener sesenta y cinco o setenta años, sacudió la cabeza y me dio unas palmaditas en la mejilla como si fuera su mascota favorita.

—No pasa nada, pequeña. ¿Quién es tu papaíto?

Si un segundo antes me había parecido un abuelete inofensivo, de pronto había cambiado de careta y se había puesto la de depredador.

Fruncí el ceño sin poder evitarlo.

—¿Qué quiere decir?

—No seas boba. ¿Quién es tu protector? —insistió pasándose la lengua por los labios secos y agrietados. Al respirar con la boca abierta me llegó un intenso olor a puros habanos y a licor que me hizo sentir ganas de vomitar.

Alguien se aclaró la garganta a mi espalda.

—Creo que has encontrado algo que me pertenece —dijo Warren Shipley con el ceño fruncido y una mirada dura como el acero al ver que el hombre me tenía agarrada del brazo.

—Warren, no sabía que te habías decidido al fin a adoptar una gatita —replicó el hombre, mirándome arriba y abajo con lascivia—. Menudo ejemplar. Es perfecta. ¿La compartes conmigo? —Su tono de voz, adulador y lisonjero, hizo que se me multiplicaran las ganas de vomitar.

Warren se echó a reír y sus carcajadas resonaron por todo el salón.

—Me temo que no, viejo amigo. Al parecer, la edad me ha vuelto egoísta, Arthur.

Arthur me soltó el brazo al fin. De forma instintiva, me lo froté. Cuando Warren se dio cuenta, apretó los dientes. Se acercó a mí y me rodeó la cintura con el brazo delicadamente.

—Te presento a Mia; está bajo mi protección. Mia, él es Arthur Broughton. — Warren me presionó la cintura y yo alargué la mano.

—Encantada, señor Broughton —dije arrebujiándome contra Warren, por si acaso.

Él me abrazó con más fuerza. Su cuerpo era un pilar, firme, alto y fuerte. Tenía más fuerza de la que sus años dejaban adivinar.

Inclinándose hacia mí, me besó la sien.

—Mia, ¿no tienes sed? Ve a buscar una copa. Enseguida estoy contigo.

Yo asentí y, al alejarme, noté que me daba una palmadita en el culo. No habría sabido decir si era una palmadita de buena suerte, como las que Mason y sus compañeros de equipo se daban antes de salir al campo, o si era otra cosa. Me pareció más cariñosa. Pero al menos no me había metido mano como hacían otros invitados de esa noche.

Me abrí camino entre un auténtico bufet libre de vejestorios, todos ellos acompañados de jovencitas guapas, embutidas en vestidos ajustados. Al mirarlas, me imaginé que llevaban unas diminutas esposas con las que se ataban a las carteras de sus acompañantes. ¡Qué asco!

El camarero me dio una copa de champán. Me la bebí de un sorbo y le pedí otra.

—Tranquila, tigresa. No querrás emborracharte... Eso no ayudaría en nada a la imagen de mi padre —dijo Aaron, sentándose a mi lado a la barra.

Yo negué con la cabeza, frunciendo los labios.

—Te prometo que aún no entiendo qué hago aquí.

—Pues lo estás haciendo muy bien. Mi padre está demostrando a esta pandilla de dinosaurios que es uno de ellos. ¿Ves? Ahora está charlando animadamente con Arthur Broughton.

Me encogí al oír el nombre del tipo que acababa de agarrarme del brazo.

—Sí.

Aaron los señaló con la barbilla.

—Pues Broughton es el dueño de los puertos que mi padre quiere usar para transportar las medicinas. Tiene a las autoridades portuarias de cada país comiendo de su mano. Mi padre lo necesita para poder atracar sus barcos.

Yo solté el aire, eché los hombros hacia atrás y saqué pecho.

—Pero ¿por qué? Lo que quiere hacer es bueno, es humanitario.

Aaron se echó a reír.

—Lo es, pero con eso no se gana dinero. Además, es peligroso llevar a los norteamericanos a esos países. Y también montar instalaciones médicas. Digo instalaciones, aunque debería decir búnkeres. No hay mucha diferencia. Pero para poder hacerlo, mi padre deberá convencer a Arthur para que deje atracar los barcos. Mientras haya un barco de mi padre en su puerto, deja de ganar dinero de otro barco. No es tarea fácil. Luego tiene que conseguir un armador, médicos, misioneros, fuerzas de seguridad... Hay muchas más cosas implicadas de las que te imaginarías.

Caray. Pues sí, Warren era un auténtico superhéroe. Llevar medicinas a países del Tercer Mundo por el bien de la humanidad era algo muy peligroso pero, al mismo tiempo, muy importante. Empecé a sentirme orgullosa de estar con mi nuevo cliente.

—Vale, ¿cómo puedo ayudar?

Aaron levantó la mano y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Relájate. Sólo con estar aquí ya has conseguido que todos lo vean como uno de los suyos, como uno más, uno de los tipos grandes acompañados por su juguetito. — Debí de fulminarlo con la mirada porque Aaron se echó a reír y añadió—: Aunque nosotros no compartimos esa opinión. ¡Vaya, qué sensible eres!

Puse los ojos en blanco y resoplé.

—Lo siento, supongo que me siento fuera de lugar. No estoy acostumbrada a este ambiente.

Él se acercó un poco, lo que me permitió oler las suaves notas de manzana y cuero de su colonia.

—Y ¿a qué estás acostumbrada? —Su voz sensual y seductora llegó directa a mis partes femeninas.

Adelanté un hombro desnudo y lo miré por encima, batiendo las pestañas seductoramente.

—Es distinto en cada ocasión.

—¿Ah, sí? Y, si yo quisiera comprobarlo de primera mano mientras estás aquí..., ¿estarías interesada? Hablo de mí, no de mi padre.

Apreté los labios e inspiré hondo por la nariz. Ladeé la cabeza y lo miré a los ojos de color chocolate. Ese hombre no tenía un pelo de tímido. Su mirada me despertó deseo, lujuria y un gran apetito, lo que me provocó un cosquilleo en el pecho que se desplazó hasta instalarse entre mis piernas. Luego me apoyó la mano en la rodilla y la

acarició formando círculos. La excitación que acababa de nacer se estaba transformando con rapidez en un pozo de energía nerviosa. Al parecer, a Aaron Shipley le gustaba el juego de la seducción. Era un auténtico experto. Me tenía del todo cautivada.

En el momento en que estaba a punto de inclinarme hacia adelante para darle un bocado al objeto de mi deseo, Warren se acercó con una sonrisa radiante en su cara ligeramente arrugada.

Dio una palmada y llamó al camarero.

—¡Champán, buen hombre, tenemos motivos para celebrar! —anunció, y el camarero nos sirvió una botella.

—¿Ah, sí, padre? —repuso Aaron—. Cuéntenoslo todo. Ya no puedo aguantar más... —me dirigió una mirada encendida— tanta expectación.

Warren se pasó la media hora siguiente explicándonos los detalles del acuerdo al que había llegado con Arthur Broughton sobre los puertos. Resultó que Arthur estaba buscando colaborar con una causa benéfica para desgravarse impuestos y para mejorar la imagen pública de su empresa. Al parecer, habían aparecido artículos en prensa denunciando algunos de sus negocios en Asia. Si la opinión pública se enteraba de que había ofrecido sus puertos para que llegaran medicinas, suministros y personal sanitarios a países que los necesitaban, sus empresas se revalorizarían.

—Gracias, Mia. Ya has empezado a ayudarme a conseguir mis objetivos.

Yo ladeé la cabeza y fruncí el ceño.

—¿Tú crees? —Warren me había pedido que lo tutelara cuando estuviéramos a solas—. Pero si no he hecho nada.

—Al contrario. Arthur llevaba tiempo evitándome porque pensaba que yo estaba en contra de que él hiciera negocios con una empresa de la competencia de Shipley Inc. Y no, eso es totalmente apócrifo. —Aaron asintió. Yo fingí que sabía lo que significaba *apócrifo*. Me imaginé que sería algo así como falso—. Tu presencia me ha dado la oportunidad de empezar a charlar con él. Hemos comenzado hablando de ti y luego hemos pasado a los temas de negocios. Ha ido como la seda. —Me dirigió una sonrisa amplia antes de acabarse la copa.

No se me ocurrió qué más decir. Toda esa situación se escapaba de mi zona de confort. Lo único que podía hacer era seguirles la corriente. Alcé la copa como si estuviera brindando.

—¡Me alegro de haber sido útil, pues! —Me eché a reír y me acabé el champán antes de que nos fuéramos.

La noche había sido larga, y las conversaciones, tediosas. La perspectiva de pasar varias semanas así era más aburrida que la sección de historia de una biblioteca pública. Iba a estar rodeada de vejestorios, charlas de negocios y zorras cazafortunas. Necesitaba encontrar la manera de ser más útil o me iba a aburrir como una ostra.

En eso iba pensando mientras recorría los largos y oscuros pasillos de la mansión esa misma noche en busca de la cocina. Vi que brillaba una luz al fondo de un pasillo.

Había obras de arte cada tres metros. La casa parecía más un museo que un hogar. No había fotografías familiares en las paredes ni recuerdos de cuando Aaron era joven. Sólo había antigüedades y artefactos de aspecto caro que no parecían tener ningún valor personal. Obviamente eran reliquias de tiempos pasados y olvidados por los actuales habitantes de la casa. Hoy por hoy sólo servían para mostrar opulencia. Me entristeció, porque algunos de esos objetos eran auténticas joyas. Deberían haber estado expuestos en algún lugar destacado, en vez de ser empleados para rellenar un espacio en una mansión enorme y desierta.

El pasillo acababa en una espléndida cocina, muy espaciosa y equipada con electrodomésticos de acero inoxidable. Había dos neveras de esas que se encuentran en los supermercados, con puertas transparentes. En una de ellas había leche, queso, frutas y verduras, lo normal en una nevera. En la otra había flores frescas, de muchos tipos.

—¡Oh! No la había visto —oí que decía una voz cantarina desde la puerta.

Al volverme, vi a Kathleen, el ama de llaves. Le sonreí y la saludé con la mano.

—No podía dormir. Aún no me he acostumbrado al cambio horario.

Kathleen entró en la cocina, se acercó a los armarios y sacó dos platos.

—¿Le apetece un sándwich?

Se me hizo la boca agua.

—Madre mía, ya te digo si me apetecería. Pero sólo si me tuteas. —Ella asintió—. Llevo dos días a base de comida gourmet. Un sándwich de queso y pavo me sabrá a gloria.

Kathleen sonrió, pero era una sonrisa triste. Con movimientos eficientes, preparó dos sándwiches en un momento. Aunque me miraba de reojo, no me dijo nada más. Sin embargo, se notaba que algo callaba.

—Puedes preguntarme lo que quieras y yo te responderé abiertamente. Tengo la sensación de que no sabes lo que pinto aquí.

Ella negó con la cabeza, se cruzó de brazos y bajó la mirada.

—Soy una escort; Warren me contrató.

Kathleen me miró con unos ojos como platos. Se llevó una mano al pecho y se apoyó en la tabla de cortar embutidos.

—Ya veo.

—No es lo que piensas —dije sin poder contenerme. Era obvio que tenía algún tipo de relación con el señor Shipley.

Ella retrocedió hasta chocar con una de las puertas de la nevera.

—No importa lo que yo piense. Yo sólo soy... sólo soy... —frunció el ceño y susurró—: la criada.

Apoyé una cadera en la encimera y esperé a que ella me mirara a los ojos. Los suyos estaban llenos de lágrimas. Se me rompió el corazón.

—No me acuesto con él; las cosas no son así.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Pero eres una escort; acabas de decirlo.

—Sí, soy una escort —la interrumpí—, y me han contratado para que acompañe al señor Shipley a actos sociales en calidad de mujer florero. No me quiere como compañera de cama; al parecer, ese tema ya lo tiene cubierto —añadí con una sonrisa que la hizo ruborizarse.

—No sé a qué te refieres. —Kathleen se agarró las solapas de la bata y se la cerró un poco más, como si quisiera cubrirse, aunque no se le veía ni un centímetro de piel.

—Hummm, yo creo que sí. —Yo, desde luego, cada vez lo tenía más claro. Me fijé en los dos bocadillos que había dejado sobre la mesa. Uno era el doble de grande que el otro. ¡Ajá!—. ¿Para quién es ese sándwich?

Kathleen volvió a ponerse roja como un tomate.

—Es que tengo mucha hambre.

—Normal, yo también tengo hambre después de una buena sesión de sexo. Anda, ve a llevarle el bocadillo a tu hombre. Tu secreto está a salvo conmigo.

Cogí el plato con el sándwich pequeño y me volví hacia la puerta. Me esperaba una noche en compañía del televisor.

—Mia, él no quiere que se entere nadie. Sería muy malo para él.

Eso llamó mi atención. Giré en redondo sobre las puntas de los pies.

—¿Muy malo para él? ¿Por qué?

Kathleen encorvó la espalda.

—Yo crie a Aaron tras la muerte de su madre. Él no lo entendería. Su padre y yo decidimos que lo mejor sería no decirle nada. —Hizo rotar el cuello y los hombros, pero seguían estando encorvados—. Además, no provengo de una familia rica. Todos los hombres de su entorno tienen esposas de su misma categoría. Yo no soy nadie.

Le tendí la mano, pero ella se alejó.

—No pasa nada; es la vida que he elegido. Si no estuviera tan enamorada de él, ya me habría marchado. Pero, tal como están las cosas, prefiero disfrutar de él durante la noche que no hacerlo nunca. —Por supuesto, yo no veía las cosas como ella, pero cuando iba a protestar, Kathleen me agarró del brazo y se inclinó hacia mí—. Gracias por tu preocupación, pero no nos conoces, y te agradecería que fueras muy discreta.

Luego aguardó mientras yo permanecía quieta, sin saber muy bien qué decir.

—Si es lo que quieres... —repuse finalmente.

—Sí, es lo que quiero, gracias. Nos vemos por la mañana. El señor Shipley me ha comunicado que tiene una lista de actos a los que quiere que lo acompañes. Me alegro de saber el motivo por el que estás aquí. Muchas gracias por ser tan sincera conmigo, Mia. Es muy refrescante hablar con alguien sincero en esta ciudad. —Me dirigió una sonrisilla que ya le conocía de cuando me la habían presentado el día anterior y que ya le había visto dos veces esa noche. Era una sonrisa tranquilizadora.

Se marchó, dejándome con un sándwich en la mano y un potencial nuevo proyecto como celestina. Por supuesto, antes de empezar a hacer nada tenía que

asegurarme de que Warren sentía lo mismo que la encantadora ama de llaves. Y también tendría que enterarme de la opinión de Aaron al respecto.

Algo me decía que sonsacar al joven Shipley no iba a ser fácil..., pero alguien tenía que hacerlo. Sonriendo, me dirigí a mi habitación. Mañana sería otro día.

3

Medio dormida, abrí las puertas de lo que me imaginé que sería el comedor. ¡Eureka! Lo había encontrado. En cuanto entré y miré a mi alrededor, solté un gruñido. Kathleen se dirigía hacia mí, perfectamente vestida con una falda de tubo, blusa de seda y zapatos de tacón. Llevaba la ropa impecable, como recién planchada. Se había recogido el pelo, rubio con algunas canas, en un tirante moño del que no escapaba ni un mechón. Eran las siete de la mañana y ya iba maquillada. Llevaba un maquillaje ligero y elegante que la favorecía mucho pero, en serio, ¿quién se maquillaba a las siete de la mañana?

Me indicó que me sentara a la izquierda de Warren. Yo me dejé caer sobre la silla con la gracia de un elefante y traté de apartarme el pelo de los ojos soplando. Warren dobló las puntas del periódico para verme y sonrió.

—Buenos días, Mia. ¿Has dormido bien? —me preguntó, fijándose en mi atuendo.

Llevaba puesto el pijama de verano, es decir, una camiseta de tirantes de color rosa chicle y unos pantalones cortos con rayas de mil colores, y aparentaba la edad que tenía, veinticuatro años. Podría ser la nieta de ese hombre y, sin embargo, tenía que hacerme pasar por su pareja.

Resoplé.

—Sé que tú sí que has dormido bien —le dije con una mirada incisiva.

Él apoyó el periódico en su regazo y los antebrazos en la sólida mesa de roble.

—Al parecer, estás al corriente de información de carácter privado. ¿Quieres hablar sobre ello? —me preguntó de manera muy directa. No parecía preocupado en absoluto.

Kathleen, en cambio, me rehuía la mirada mientras me servía una taza de café y volvía a llenar después la de Warren.

—No especialmente, la verdad. ¿Y tú? ¿Quieres que hablemos acerca de por qué has contratado los servicios de una escort mientras tu novia nos sirve el desayuno? —le solté a bocajarro, sabiendo que estaba saltándome todas las normas de lo que se consideraba la actitud correcta de una mujer de mi posición. No podía permitirme el lujo de perder la paga de ese mes. La necesitaba para enviársela a la rata de mi ex.

Warren hizo una mueca, apretando tanto los labios que perdieron el color.

—Creo que voy a tener que recordarte cuál es tu lugar en esta casa. Los asuntos personales no son de tu incumbencia.

No le faltaba razón.

—Lo siento, tienes razón.

Sentí el impulso de comerme la lengua de desayuno en vez de los huevos con beicon que tenía delante, pero bajé la cabeza y cogí el tenedor. Era muy pesado; probablemente costaba más que el alquiler de mi casa.

Me metí la comida en la boca y traté de comportarme como una señorita, pero en

cuanto Kathleen salió del comedor, dejé el tenedor y me volví hacia Warren.

—Mira, lo siento. —Él dobló *The Washington Post* y lo dejó sobre la mesa—. Es que me cuesta mucho entender qué hago aquí cuando tienes a una mujer preciosa y dispuesta a ayudarte en todo lo que necesites.

Warren me miró a los ojos. Parecía estar reflexionando sobre mis palabras.

—Kathleen lleva con nosotros desde que Aaron era un niño. Me ayudó a criarlo cuando su madre murió. Durante mucho tiempo, nuestra relación fue puramente profesional. En los últimos tiempos, las cosas han dado un paso más. —Inspiró hondo y suspiró—. La verdad es que no sé ni cómo abordar el tema. Si se supiera que estoy liado con mi criada, mi imagen se vería perjudicada, y eso sería malo para los negocios y para el proyecto. Y dudo mucho que Aaron lo aceptara. Quería mucho a su madre. Su muerte fue un golpe muy duro para todos.

—Pero Kathleen os ayudó a superarlo.

—Eso es verdad. Las cosas habrían sido mucho más duras si ella no hubiera estado aquí para consolarnos.

—Pues, en cierta medida, ambos estáis en deuda con ella. —Warren me miró enfadado, sin embargo yo seguí hablando—. Cuando charlé anoche con ella, fui yo quien sacó el tema; ella no me dijo nada, que quede claro.

—Llevamos más de un año acostándonos y nunca se lo ha contado a nadie. Sé que es de fiar.

—Entonces ¿por qué no le confías tu corazón? Preséntala en sociedad. ¿No crees que se lo ha ganado? —Él se pasó la mano por la barbilla. Tenía la mandíbula muy apretada—. ¿Tal vez porque no la amas como ella a ti? Quizá sólo la usas para meterla en caliente.

Warren se levantó bruscamente y lanzó la servilleta sobre la mesa.

—No pienso tolerar que se use un lenguaje tan vulgar en mi mesa ni que se me acuse de algo tan atroz. Lo que tengo con Kathy es especial y..., eh..., ¿acabas de decir que me ama? —Cuando yo asentí, él se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones—. ¿De verdad? ¿Lo dijo con esas palabras? —Había pasado de estar furioso a pensativo en menos de veinte segundos. Acababa de batir un récord en mi carrera como casamentera.

—Sí, anoche. Me dijo que no habría aceptado verse contigo en secreto si no estuviera locamente enamorada de ti.

Esta vez, Warren se desmadejó sobre la silla.

—¡Que me aspen!

—¿Cómo? ¿No lo sabías?

Me quedé de piedra. Sólo llevaba allí dos días y tenía clarísimo que Kathleen estaba enamoradísima de Warren. Y él llevaba acostándose con ella más de un año. ¿Cómo era posible que no lo supiera? Tal vez fuera por su trabajo. Debía de estar acostumbrado a pensar que todo el mundo hacía las cosas buscando algún tipo de provecho. El mundo sería un lugar mucho más agradable si todas las personas dijeran

lo que pensaban realmente y vivieran siguiendo la regla que dice: «Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti».

Warren negó con la cabeza y se llevó la mano a la boca.

—Todo este tiempo...

—Pues sí. Podrías habértela tirado durante mucho más tiempo.

Esta vez, se echó a reír a carcajadas.

—Mia, querida, debajo de ese bonito envoltorio se esconde una auténtica fierecilla; ¿me equivoco?

—¿Una fierecilla? —Me encogí de hombros—. La verdad es que me han llamado cosas mucho peores. —Me eché a reír yo también y él apoyó una mano sobre la mía.

—Gracias. Aún no sé qué voy a hacer con la información que me has dado, pero sé que tengo que seguir adelante con mi plan de ayuda humanitaria. Tras el éxito de anoche, hemos de remachar el clavo mientras el hierro está caliente, ¿lo entiendes? Necesito que hagas tu parte del trabajo.

—Claro, lo que necesites.

—Bien. Échale un vistazo a esta lista con los actos de las próximas semanas y anótate bien las fechas. El resto del tiempo no te necesitaré. Creo que Aaron se ha ofrecido a enseñarte la ciudad si estás interesada.

Asentí con entusiasmo. No sabía cuándo volvería a estar en la capital de la nación. Quería empaparme de toda la historia y la cultura que pudiera.

Él volvió a darme palmaditas en la mano.

—Estaré ocupado hasta el viernes. Esa noche tenemos una cena organizada por varios embajadores de Naciones Unidas para distintas causas. El sábado estás invitada a merendar. La actual amiguita de Arthur ha organizado un encuentro al que asistirán al menos otras diez mujeres. Necesito que hagas amigas. Si te ganas su confianza, me invitarán a eventos organizados por sus parejas. Y tener acceso a esos hombres es crucial para la siguiente fase del plan. ¿Te ves capaz de afrontar el reto?

Me llevé la mano a la frente y lo saludé al estilo militar.

—Señor, sí, señor.

—Lo que yo decía, una auténtica fierecilla. Mientras tanto, disfruta de las salidas con mi hijo. Últimamente casi no le veía el pelo, pero desde que has llegado lo veo más que nunca. Me parece... interesante, por llamarlo de alguna manera.

—Ajá, sí que lo es. —Me acabé el café antes de despedirme—. Hasta el viernes, Warren.

—Hasta entonces, Mia.

De: Samoano sexi

Para: Mia Saunders

Para acordarme siempre de ti.

El mensaje de Tai me resultó críptico hasta que recibí una foto de su hombro

derecho, que hasta ese momento había estado sin tatuar. En la imagen se veía un nuevo tatuaje: el símbolo samoano de la amistad. Era el símbolo que le había regalado en el cuadrado pintado por una artista local. Tai se lo había tatuado en su cuerpo, por mí. En el lado de su cuerpo que me explicó que era sólo para él. Era un tatuaje grande, de estilo tribal, y una de las cosas más bonitas que había visto nunca.

Busqué su número en la agenda del teléfono y marqué. Sonó varias veces antes de que una mujer respondiera a la llamada.

—Hola, éste es el teléfono de Tai —respondió una voz dulce entre risas.

—Eh..., hola. Soy Mia. ¿Se puede poner Tai?

—¡Mia! —respondió la mujer con entusiasmo—. ¡Cariño, es Mia!

«Cariño...» La mujer lo había llamado *cariño*, marcando el terreno de manera descarada. Crucé los dedos y esperé.

—¿Con quién hablo? —pregunté, esperando no equivocarme en mi suposición.

—Soy Amy. ¿Te acuerdas? Te aseguraste de que quedáramos Tai y yo la semana pasada.

Sentí tantas ganas de festejarlo que no pude contenerme. Salté silenciosamente y levanté el puño, haciendo una danza de celebración privada. Cuando ya hube bailado lo suficiente, volví a centrarme en la conversación.

—Sí, claro que me acuerdo. ¿Cómo van las cosas? —le pregunté en tono conspirativo. Cuando quería podía ser muy femenina. Y me encantaba estar al día de todos los cotilleos.

—Oh, Mia, es increíble. —Amy bajó mucho la voz—. Estoy totalmente... —Inspiró—. Es que es tan...

—¿Perfecto? —sugerí para ayudar a la pobre chica, a la que el amor había dejado sin palabras.

—Sí. Mia, esta semana ha sido tan alucinante que a veces creía que estaba soñando. Gracias —añadió con la voz más ronca, como si estuviera emocionada.

Yo sonreí; me apoyé en la pared y miré por la ventana el paisaje que rodeaba la mansión.

—No me des las gracias a mí: fue el destino. Me alegro de que os vayan bien las cosas.

—Tai quiere hablar contigo. Te lo paso. Adiós —se despidió y su voz fue sustituida por un gruñido que echaba de menos.

—Criatura, ya veo que has recibido mi mensaje.

—Tai, ese tatuaje... es precioso.

—Igual que tú; igual que lo que hubo entre nosotros. —Sus palabras me llegaron muy adentro. Fue como si me abrazara, y ese abrazo me hizo sentir mucho mejor—. Sólo porque las cosas entre nosotros hayan cambiado, no quiere decir que desee olvidarme de lo que tuvimos, ni de ti. Siempre serás bienvenida en Oahu y en mi familia. Somos amigos, amigos hasta el final, a la manera samoana; a mi manera. ¿Te queda claro?

Yo sacudí la cabeza y sonreí emocionada.

—Claro, Tai. Me queda muy claro, y me encanta. Adoro la cultura samoana y vuestros valores tradicionales. Pero, cuéntame, ¿qué tal las cosas con Amy?

—Llevas menos de una semana fuera y ya estás buscando chismes, ¿eh, criatura?

—Me seguía encantando que me llamara así, alargando la «r» y haciéndola resonar como si fuera el rugido de una moto.

—Algunas cosas nunca cambian —repliqué riéndome, y él se rio conmigo.

—De momento, muy bien. Creo que es muy posible que tuvieras razón. Creo que la he encontrado.

Sentí un escalofrío por la espalda, esa sensación que se tiene cuando uno está a punto de escuchar una revelación importante.

—¿Sí?

—Sí. He encontrado a mi «para siempre». Y, Mia, es mucho mejor de lo que podía imaginarme.

Sentí una opresión en el pecho. El corazón empezó a latirme con fuerza.

—Oh, Tai. Me alegro tanto por ti... Te lo mereces.

—Tú también, criatura. ¿Cuándo vas a ir a por el tuyo?

—No lo sé, Tai. Yo no tengo a una madre con el don de ver el futuro.

Nos echamos a reír a la vez.

—Tai..., ¿lo sabe ella?

Me enredé un mechón de pelo en el dedo, tiré de él y lo mordisqueé. Era una costumbre bastante asquerosa que tenía. Normalmente lograba controlarla cuando estaba en público, pero ahora estaba sola, y la respuesta de Tai me ponía nerviosa. Ambos sabíamos que la única manera de que pudiéramos seguir siendo amigos era que Amy conociera nuestra relación y la aceptara.

—Tranquila, criatura. Lo sabe todo. Tras la tercera cita, antes de que las cosas..., ya sabes, se calentaran... —yo me reí, pero guardé silencio. No quería perderme ni una palabra—, pues eso, que antes de ir al lío se lo conté todo.

—¿Todo? Hasta lo del jeep, el mar, la pared... —Sentí que me inundaba un cosquilleo, una desagradable sensación de vergüenza.

—Joder, no. No soy tan idiota. Le conté que habíamos compartido una experiencia muy intensa que nos había marcado y que se había convertido en una amistad verdadera. Amy lo entendió y no está celosa. Lo que hemos compartido durante esta semana es maravilloso. Mia, voy a casarme con esta chica. Pronto. Probablemente el año que viene te toque volver a las islas.

—Cuenta conmigo, Tai. No me lo perdería por nada. Me alegro tanto por ti...

—Gracias, criatura. Entonces, ¿te gusta el tatuaje? —me preguntó en un susurro sensual, como si quisiera que le regalara los oídos. Me recordó a otras veces, cuando me había hablado en ese mismo tono pocas semanas antes, sólo que entonces no quería que le regalara los oídos precisamente, sino mi flor, como él la llamaba.

—Mucho.

Tanto me gustaba que se me ocurrió una idea, una idea muy loca. Algo que no había hecho nunca hasta ese momento y que se quedaría conmigo durante el resto de mi vida.

—Gracias, Tai. Dale mi enhorabuena a Amy y avísame cuando le hagas la gran pregunta. Aunque yo de ti me esperaría al menos un mes, ¡donjuán!

Él se echó a reír con su voz grave, esa voz que tanto añoraba tras una semana de no oírla.

—Así lo haré. Cuídate mucho. Y quiero saber de ti regularmente. Cada semana o dos semanas como muy tarde. Prométemelo.

—Vale, vale. Te lo prometo.

—Si tienes algún problema, Mia, me monto en el primer avión y empiezo a patear culos. Siempre te protegeré, criatura. Si me necesitas, llámame. Amy lo sabe y lo acepta. Tu trabajo puede ser peligroso, pero lo entiendo, la familia es lo primero.

—Sí, Tai. Sé que tú lo entiendes. La familia es lo primero.

—Cuida de tu *tama*, criatura —dijo usando la palabra samoana que significaba «padre»—. Y hasta que encuentres a tu «para siempre», yo estaré aquí. Soy el hermano mayor samoano que nunca tuviste.

—¿Hemos pasado de ser amantes a ser hermanos?

Él se echó a reír.

—Algo así. Prométeme que te cuidarás.

—Me cuidaré. Te quiero, Tai.

—Te quiero, criatura. Amigos para siempre.

—Amigos para siempre.

Colgué y solté el aire despacio. Todo el mundo a mi alrededor seguía adelante con sus vidas, menos yo. Todavía me faltaban seis meses de continuar pagando la deuda con Blaine, para que papá quedara libre. Aunque no era lo que habría elegido como carrera profesional si hubiera podido escoger, trabajar como escort para tipos ricos no estaba tan mal. La verdad era que, hasta ese momento, había tenido mucha suerte.

Weston Charles Channing III. Solté una risita al recordar lo mucho que me había burlado de Wes por el número romano que llevaba después de su nombre. Wes era el hijo perfecto. Era tremendamente atractivo, muy trabajador, pero sabía tomarse la vida con calma y disfrutar de los pequeños placeres. Mi estancia con él me había aportado mucho más de lo que podría haberme imaginado. Había convertido una situación amenazadora en una experiencia muy agradable. Me enseñó a surfear y también me enseñó que no todos los hombres son iguales.

Los hombres que había conocido antes que él, a los que había dedicado mi vida hasta ese momento, me habían hecho daño, me habían dejado arruinada y cargada de deudas y me habían convertido en una cínica respecto al amor. Wes me había devuelto la fe en el género masculino y me había hecho creer en algo con lo que todas las mujeres del mundo sueñan: el amor verdadero. Lo malo era que no podía tenerlo todavía. Pero junto a Wes había experimentado la diferencia entre follar y hacer el

amor, y eso era algo que nunca olvidaría. Aquella noche fue la más bonita de mi vida. Por fin supe lo que era sentirme completa, amada. No sabía qué me depararía el futuro, pero eso ya no me lo quitaría nadie.

Alec Dubois, mi franchute malhablado, fue el segundo. Dios, qué hombre tan maravilloso. Tanto cuando llevaba la melena suelta como cuando se recogía el pelo en un moño, estaba delicioso con esa barba y ese bigote. Al recordar su pelo, grueso y fuerte, sentí unas burbujas de deseo cosquilleándome la espalda. Al volver la vista atrás, me acordé del mes que había pasado a su lado. Habíamos estado tan pegados que parecíamos hermanos siameses unidos por la cadera. Y no me había importado nada. Las obras de arte que había creado durante ese mes le mostrarían al mundo una parte de mí que yo no habría sabido mostrar. En sus cuadros se veía a la mujer vulnerable, la imperfecta, la solitaria, pero también a la lasciva, a la mujer perdida. Su proyecto «Amor en lienzo» era cien por cien yo. Gracias a esa exposición, me había visto hermosa por primera vez en la vida. Me había hecho verme con otros ojos, bajo una nueva luz, y me había gustado. Demasiado incluso. Tanto que no me importó que el mundo me contemplara. Y ahora vivía cada día tratando de estar a la altura de esa imagen.

Tony Fasano y Héctor Chávez, mis chicos de Chicago. Qué curioso. Sólo con pensar en sus nombres me sentía sola. Con ellos descubrí lo que era el compañerismo. Y también aprendí que, no importa lo duro que parezca, cuando el amor es verdadero hay que correr riesgos por él. Si es amor verdadero, el resultado valdrá la pena. Me estaba aferrando a esa idea con tantas fuerzas que esperaba que algún día se hiciera realidad.

Mason Murphy, el guapo y arrogante as del béisbol, que tenía un corazón de oro cuando uno se molestaba en escarbar lo suficiente y que había acabado convirtiéndose en el hermano que nunca tuve. Le gustaba fingir que era de otra manera, igual que hacía yo. Ambos nos ocultábamos detrás de una máscara. Pero cuando mirabas debajo de ella, quería lo mismo que todos: amistad, compañía, un hogar y una persona que fuera sólo suya. Y la había encontrado... en Rachel. Por él, Rachel sería todo eso y más. Mi estancia junto a Mace sirvió para darme cuenta de que, al fingir ser alguien que no eres, te haces daño a ti mismo y haces daño también a los que te rodean.

Y luego llegó mi dulce, amable y sexi samoano. Dios, la entropierna me dolía sólo de recordar lo larga, gruesa y dura que era su erección. Era la más grande que había visto —y tocado— en mi vida, y eso que ni Wes ni Alec eran moco de pavo. Con Tai, el sexo era pura diversión. Era el folleto unido a la amistad. Con él había tenido más sexo en un mes que muchas mujeres solteras —o parejas, bien mirado— en un año. Nunca nos cansábamos el uno del otro. Era como si los dos tuviéramos algo que demostrar. Volviendo la vista atrás, ese mes que pasamos juntos cimentó nuestra amistad de un modo que jamás haría una relación sin conexión física. Sabía que podría contar con él durante el resto de mi vida. El tipo de amistad que ofrecían

los samoanos era universal y no tenía límites temporales.

Recordar las experiencias vividas durante esos últimos meses solidificó mi idea. Si no lo hacía en ese momento, nunca lo haría.

Salí de la habitación y bajé la escalera. Al pasar frente al salón vi a James sentado tras una mesa.

—Señorita Saunders, ¿necesita que la lleve a algún sitio?

—¡Sí, por favor! ¿Tienes tiempo?

Él asintió con la cabeza.

—Por supuesto. —Con la mano me indicó que pasara delante.

Cuando estuvimos sentados en la limusina, saqué el teléfono, hice una búsqueda en Google y encontré lo que estaba buscando.

—¿Adónde vamos? —me preguntó mientras descendíamos por la sinuosa carretera.

—A un lugar llamado Pins N Needles.

—¿El estudio de tatuajes? —me preguntó sorprendido.

—Sí, y date prisa, antes de que cambie de idea.

El zumbido de la aguja de tatuar se unió al del resto de las agujas del estudio. Unos cuantos cubículos estaban ocupados por clientes sentados en cómodos sillones de cuero como el mío. A uno de ellos le estaban tatuando relámpagos en un lado de la cabeza, que llevaba completamente rapada, a excepción de una estrecha franja de pelo muy corto en el centro. Llevaba dilatadores del tamaño de una moneda de cinco céntimos en las orejas y más metal en la cara que el pepino de moto que lo esperaba en la puerta. Era una pasada de moto. Hizo que añorara a *Suzi*, que me esperaba en casa. Volví a observar al tipo que pensaba que era una buena idea tatuarse la cabeza.

Mientras la aguja se clavaba en mi piel, me pregunté cómo le quedarían las orejas cuando tuviera setenta años. Seguro que le colgarían mucho, sobre todo si seguía dilatándose, pero me imaginé que un *skinhead* de veinte años no se planteaba esas cosas. Además, con lo tenso que se lo veía, como si no pudiera estarse quieto en la silla, era probable que hubiera tomado un atajo que lo llevaría a la tumba antes de tiempo.

Al otro lado del pasillo había una chica tipo Barbie que se estaba tatuando un nombre, posiblemente el de su novio, en la parte baja de la espalda. Era un diseño de un tamaño considerable. Me reí con disimulo porque era bien sabido que tatuarse el nombre de tu hombre o de tu mujer era como recibir el beso de la muerte. Pero nadie creía que fuera a pasarle a él. La gente seguía arriesgándose. No era una buena idea.

Al reír, moví el pie. Hice una mueca cuando la tatuadora me agarró el tobillo izquierdo con más fuerza. El texto escrito con tinta negra estaba casi acabado. Cuando terminara, empezaría con el diente de león. Tenía la piel del pie prácticamente insensible. Durante los primeros veinte minutos el dolor había sido una sensación intensa, persistente, a mitad de camino entre el placer y el dolor. Quien dijo que el placer y el dolor eran las dos caras de la misma moneda sabía de lo que hablaba. Llegados a ese punto, ya me había acostumbrado a las dos sensaciones. Cada vez que la artista levantaba la pistola para cargarla de tinta y volvía luego a aplicar la fiera punta contra mi piel, mis terminaciones nerviosas se encendían como fuegos artificiales un 4 de Julio.

—Mask no es un nombre muy habitual, sobre todo para una chica —dije para darle conversación a la menuda mujer asiática que me estaba haciendo el tatuaje.

Ella me dirigió una sonrisa sincera que le iluminó los ojos. Mirarla a los ojos era como perderse en una galaxia totalmente oscura, con la excepción de diminutos puntos blancos, que eran las estrellas ardientes. Llevaba los labios pintados de rojo intenso y un arito de plata en el inferior. Su ascendencia asiática se notaba sobre todo en su precioso color de piel, que contrastaba con el cabello oscuro, que llevaba recogido en un moño bajo. De no ser por el piercing del labio y los antebrazos tatuados, podría haber pasado perfectamente por una empleada de una de las numerosas oficinas de Washington, D. C.

Ladeó la cabeza y se centró en las letras que me estaba escribiendo sobre la piel.

—Es un diminutivo de Maskatun. A los norteamericanos les es más fácil llamarme Mask —dijo sin rastro de acento asiático.

—¿Tú no eres norteamericana?

—Yo sí, pero mi familia no. Ellos y mis amigos usan mi nombre completo, pero a los clientes que vienen a hacerse un tatuaje les resulta más fácil usar el diminutivo. —
Sonrió.

—Bueno, a mí tu nombre completo me parece precioso, pero Mask es más cañero, así que me quedo con él.

—Mi familia es de Brunei, en el centro de Asia del sur.

—Mola.

—Sí.

Mask se enderezó y examinó su trabajo, volviéndome el pie a un lado y a otro bajo la brillante luz. A lo largo de un lado del pie, desde el talón hasta los dedos, había escrito la frase que había elegido, a un centímetro por encima de la planta. Cuando me había preguntado qué quería, lo había tenido muy claro. Elegimos una tipografía a mi gusto y se puso manos a la obra. Esa parte del tatuaje ya estaba acabada.

—Comprueba que esté bien antes de que empiece el diente de león.

Flexioné el pie a un lado y a otro, haciendo una mueca de dolor al estirar la piel dolorida. Era precioso, tal como me lo había imaginado.

—Me encanta.

—Muy bien. El diente de león irá aquí, pues, ¿no? —Me pasó un dedo por encima del talón en dirección a la parte interna del tobillo. Cuando yo asentí, añadió —: Y, a continuación, las semillas volando al viento, cada una con una letra disimulada en el tallo. De incógnito, ¿eh? —Me miró y sonrió.

—Exacto.

Me eché hacia atrás y dejé que Mask trabajara tranquilamente. El cosquilleo volvió a empezar en cuanto la aguja entró en contacto con mi piel. Dolía. El dolor empezaba en el pie y subía por la pierna. Apreté los dientes y esperé a que volviera a convertirse en placer. Diez minutos más tarde, estaba volando en una nube de endorfinas.

—He hecho la «W» y la «A». —Me señaló el pie. Sobre las letras había varias semillas de las que salían volando cuando soplabas para pedir un deseo. Algunas no tenían letra, pero otras eran especiales. Las que Mask me estaba enseñando tenían escondida una «W», que representaba a Wes, y una «A», para recordar el tiempo que pasé con Alec—. Recuérdame cómo querías la «H» y la «T», por favor.

—Si es posible, me gustaría que estuvieran unidas de alguna manera en la misma semilla.

Mask me observó el pie y lo movió de nuevo a un lado y a otro. Asintió y volvió al trabajo.

—Ya he acabado la «M» y la «T» que va sola —dijo al cabo de un rato—. Y te he puesto un par de semillas sin letra más por aquí. —Las señaló con el dedo—. Te he dejado espacio aquí, por si quieres añadir más letras.

Asentí.

—Sí, si todo va como tengo previsto, antes de que acabe el año tal vez tenga varias letras más que añadir.

—Creo que ha quedado muy bien, y no se ve incompleto, pero puedes terminarlo en cualquier momento. Cualquier tatuador te lo hará aunque, claro, preferiría acabarlo yo. No me entusiasma que nadie meta mano en mis tatuajes, ¿lo pillas?

—Normal. Te prometo que volveré antes de final de año si necesito más letras.

Le ofrecí la mano y ella me la estrechó.

—Muy bien. ¿Quieres verlo?

El diente de león era increíble, muy realista. Quedaba perfecto sobre el texto escrito y lo complementaba, enriqueciendo el conjunto. Un soplo de viento había hecho volar varias de las semillas del diente de león. Cinco de las quince semillas voladoras llevaban una letra oculta en el tallo. Wes, Alec, Mason y Tai tenían una letra cada uno. Tony y Héctor formaban un pack, y por eso compartían tallo.

Para mí era muy importante llevar un trozo de cada uno de esos hombres conmigo a lo largo del camino que estaba recorriendo. En lo más hondo de mi corazón, sabía que estaba recorriendo un camino y que debía llegar hasta el final. Llevar la inicial de esos cinco hombres tan cerca del texto que se había convertido en mi lema vital era sencillamente perfecto. Bajé los ojos hacia el texto y admiré la frase que ya formaba parte de mi vida, impresa en mi cuerpo para siempre: «Confía en el viaje».

El pie me dolía bastante cuando llegué a casa, y cojeé escaleras arriba en dirección a mi habitación.

—Madre mía, ¿qué te ha pasado? ¿Te has hecho daño? —me preguntó Kathleen al verme, subiendo a toda prisa y abrazándome para ayudarme a cubrir los escalones que me faltaban.

Me acompañó a la habitación, lo que llevó bastante más rato del habitual. A cada paso que daba, más me dolía. Me dolía mucho más ahora que mientras me lo estaban haciendo.

Al llegar a la habitación, me desplacé saltando sobre un solo pie y me lancé encima de la cama.

—¿Qué te pasa? —repitió ella, inspeccionándome de arriba abajo hasta llegar a la zona que Mask me había cubierto con vaselina—. Vaya, vaya. Parece que no ha sido un accidente. Esto te lo has hecho voluntariamente.

Se inclinó hacia adelante e inspeccionó el tatuaje.

—Es muy bonito, y parece que la frase que te has escrito es importante para ti.

Intenté sonreír a pesar del dolor.

—Lo es, gracias. No sé. Esta mañana me he despertado y he sabido que tenía que hacerlo. Y, como faltan varios días para el próximo evento, era un buen momento.

Kathleen asintió.

—Te traeré un poco de té con galletas. Vamos, te ayudaré a colocarte bien. —Cogió un cojín y me lo puso con mucho cuidado debajo del pie. Luego agarró las almohadas y con un gesto hizo que me inclinara hacia adelante para colocármelas a la espalda—. ¿Mejor así?

Yo me eché a reír y la miré. Era una mujer encantadora. Cualquier hombre con dos dedos de frente la convertiría en su esposa y no la mantendría escondida en casa mientras iba a los eventos públicos acompañado por una escort. La opinión que me había formado sobre Warren cayó en picado, pero no me habían contratado para dar mi opinión.

—No estoy enferma; solamente me he hecho un tatuaje. —Las dos nos echamos a reír, pero luego ella me cubrió las piernas con una mantita.

—Es verdad, pero te duele. Deja que te cuide un poco. Será agradable cuidar de una mujer para variar, en vez de cuidar de dos hombres protestones que piensan que saben cuidarse solos.

Me guiñó un ojo y me regaló esa sonrisa que estaba empezando a reconocer. Era su manera de comunicarse. Kathleen era una mujer amable, con mucho carácter que escondía bajo unos modales suaves. Me gustaba su manera de enfocar las cosas. Me parecía un modelo de elegancia. No me vendría nada mal aprender un par de cosas de ella.

Cuando volvió a la habitación, no lo hizo con las manos vacías. Llevaba un poco de todo: vino —en vez de té—, aperitivos, revistas y bombones.

—¿Qué es todo esto? —pregunté sorprendida al ver todo lo que cargaba en la bandeja.

—Nunca tengo con quién pasar una noche de chicas, así que, si no te importa, podríamos pasar un rato juntas, conocernos mejor...

Sonreí y me desplacé sobre la cama, haciéndole sitio a mi lado.

—¿Qué demonios, claro que sí. Pásame un vaso de eso tan bueno que has traído.

Los ojos de Kathleen se iluminaron como si fueran diamantes de diez quilates.

—Ni te imaginas lo bueno que es. Lo he sacado de la bodega privada del señor Shipley.

Los ojos se me abrieron como platos.

—¿Estás segura de que podemos bebérmelo? ¿No se enfadará si descubre que le han volado un par de botellas?

Ella negó con la cabeza, convencida.

—Me acuesto con el jefe. Tengo mis métodos para ganármelo. Además, él siempre dice que puedo coger lo que quiera. Y también sé que estas botellas llevan allí mucho tiempo sin que nadie les haga caso. A mí me encanta el zinfandel, pero a él no tanto.

—Vale, vale, si tú lo dices. La verdad es que siento curiosidad. ¿Cómo funciona eso? —Al ver que ella alzaba las cejas, especifiqué—: ¿Cómo es eso de tirarte a tu jefe? —Me eché a reír y Kathleen me imitó.

Sabía perfectamente lo que era acostarse con un hombre que te pagaba el sueldo, pero en mi caso yo no había estado más de un mes con ninguno de esos hombres. Ella, en cambio, llevaba décadas con el mismo.

Inspiró profundamente, se sentó a mi lado y se apoyó en los mullidos almohadones. Bebió un poco de vino y le dio unas vueltas al asunto.

—No es tan sórdido como parece. Warren y yo hace treinta años que somos amigos. Yo ya estaba enamorada de él cuando su esposa vivía. Y, cuando murió..., bueno, él me necesitaba. No fue hasta años más tarde que nuestra relación cambió y empezamos a amarnos a escondidas. Ahora duermo con él casi todas las noches.

Aunque, por lo que decía, parecía que tenían una relación consolidada, había algo que no me estaba contando.

—Y entonces, ¿por qué tengo la sensación de que las cosas no son como deberían ser?

Ella se encogió de hombros y suspiró.

—Supongo que me imaginé que, con el paso del tiempo, nuestra relación se haría pública, que dejaría de avergonzarse de lo nuestro. —Los ojos se le empañaron y sorbió con suavidad por la nariz.

Yo negué con la cabeza.

—No me ha dado la sensación de que se avergüence de lo nuestro pero, después de haber ido a uno de esos eventos, entiendo que no quiera llevarte. La verdad es que desentonarías un montón —le dije examinando su atuendo.

Llevaba una blusa perfectamente planchada, un delantal con volantes y una falda de tubo muy favorecedora. En definitiva, estaba muy por encima de las jóvenes furcias que los colegas de Warren solían llevar colgando del brazo.

«Mujeres como yo», pensé, y sentí náuseas.

—Entiendo —fue cuanto dijo. En realidad, lo que le apetecía era gritar e insultarme, pero no lo hizo porque era demasiado educada.

Le apoyé la mano en el antebrazo hasta que me miró a los ojos.

—No, no lo entiendes, pero te lo enseñaré. —Meneándome como si se me hubieran metido hormigas por dentro de los pantalones, saqué el móvil del bolsillo trasero y busqué la imagen que le había enviado a Ginelle durante el evento de la semana anterior—. Éstas son tus rivales.

Kathleen se quedó observando la foto durante un buen rato.

—Estas mujeres podrían ser sus hijas. —Se cubrió la boca con la mano—. Algunas de ellas podrían incluso ser sus nietas.

Yo asentí.

—Exacto. Por eso estoy aquí.

Ella me dirigió una mirada horrorizada.

—¡No, no! No es nada de lo que estás pensando. Sus motivos son bastante altruistas, francamente.

Ella puso los ojos en blanco y luego me dirigió una mirada que decía: «¿Te crees que soy idiota?».

—Vale, vale, sé que suena muy mal —traté de explicarle—, pero necesita tener su propia chica florero. —Me pasé las manos por el cuerpo, marcando mis curvas—. Es para que esos tipos piensen que Warren es uno de los suyos. Todo es por una buena causa. Tiene un proyecto: quiere llevar médicos y vacunas a países del Tercer Mundo. Y para eso necesita la colaboración de esos políticos ricachones.

Kathleen asintió y se acercó a mí.

—Es verdad. Ahora que lo dices, me ha mencionado alguna vez ese proyecto. Lleva años detrás de él. Francamente, pensaba que ya se había olvidado de todo eso. —Resopló molesta—. Lo está haciendo por ella, como homenaje. Otra vez. —Su tono de voz era bastante mordaz.

La miré entornando los ojos.

—No te entiendo. ¿A quién te refieres?

Kathleen reaccionó de una manera que nunca habría esperado en ella. Se llevó la copa de vino a los labios y se bebió su contenido de forma ruidosa hasta que no quedó ni una gota.

—A Ketty Shipley.

—¿Quién es Ketty Shipley? —le pregunté, completamente perdida.

—La difunta esposa de Warren.

—Ah, esa Ketty Shipley —repliqué, y me acabé la copa de vino—. Y ¿por qué te molesta tanto?

Ella se frotó las sienes y se quitó una horquilla que llevaba oculta. Me quedé de piedra al ver que tenía una larga y espesa melena que le llegaba por debajo de los hombros formando unas atractivas ondas. Se acarició el cuero cabelludo con los dedos y sacudió la cabeza un par de veces antes de responder.

—No es que no me gustara. Durante un tiempo, fue mi mejor amiga. Lo que no me gusta es que Warren siga enamorado de ella veinticinco años después de su muerte. No puedes ganarte a un hombre si su corazón sigue perteneciendo a su esposa muerta.

Se le había encorvado la espalda, así que le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí.

—Mujer, no puede ser tan grave.

—¿Ah, no? —Kathleen me dirigió una mirada burlona—. Crees que soy una histérica exagerada, ¿verdad? —Se levantó de un brinco y salió de la habitación.

Yo me quedé sentada en la cama, sorprendida por su reacción. Pero ¿qué había dicho para molestarla tanto? Después, la gente mayor decía que los jóvenes estábamos locos. Pues no sabía quién estaba más loco, la verdad.

Pasaron los minutos y empecé a temerme que la había ofendido. Repetí

mentalmente la conversación que habíamos tenido y, aunque había sido un poco incómoda, no me pareció haber dicho nada que justificara su salida precipitada del cuarto. Cuando estaba a punto de volver a repasar la conversación, la puerta se abrió de golpe y Kathleen entró con un carrito de comida; de esos que usan en los hoteles para el servicio de habitaciones.

—¿Qué es esto? —le pregunté, cada vez más confundida.

Ella acercó el carrito hasta mi lado de la cama y me invitó a levantarme.

—Venga, vayamos a dar una vuelta —dijo dando unas palmaditas al carrito—. Quiero enseñarte algo para que veas que tengo razón.

—¿Acerca de qué? —le pregunté mientras ella me ayudaba a sentarme sobre el carro.

Kathleen lo empujó y salimos al pasillo.

—¡Acerca de que no ha superado la muerte de Ketty!

Yo hice una mueca y me agarré con fuerza a los lados del carrito.

—Si te digo que te creo, ¿dejarás de asustarme con tus gritos y de arrastrarme por toda la casa montada en esta trampa mortal? Si se te va la mano, podría acabar cayéndome por alguna escalera.

Ella se detuvo y me dio unas palmaditas en la espalda para tranquilizarme.

—No te preocupes; tengo mucha práctica. Solía llevar así a Aaron por toda la casa. Le encantaba. No hay ningún peligro. Además, tenemos un seguro a todo riesgo. Si te lesionas mientras estás trabajando para los Shipley, lo más probable es que tengas el resto de la vida resuelto.

Sus palabras no me hicieron sentir mejor.

—¡No, si estoy muerta!

—Tranquilízate, ya estamos llegando.

Kathleen se detuvo frente a una puerta doble al final de un pasillo muy largo y se sacó un juego de llaves del bolsillo del delantal. Y, cuando digo un juego de llaves, quiero decir una anilla llena de tantas llaves que en su momento debió de alegrarle el mes al cerrajero. O el año entero.

Con un ágil movimiento de muñeca, abrió la cerradura y luego las dos puertas. Bajé del carrito apoyándome en el pie bueno y avancé de puntillas. La piel del pie tatuado aún me dolía, pero el vino me había ayudado.

Cuando llegué al centro de la habitación, me detuve y miré a mi alrededor. La estancia tenía unas dimensiones gigantescas. Parecía ocupar todo el extremo de esa ala de la mansión. Tendría unos seiscientos metros cuadrados. Dos de las paredes de la estancia estaban llenas de fotos, colgadas una al lado de la otra. En todas ellas se veía a la misma mujer morena de ojos azules. La mujer, que en las primeras imágenes parecía ser una adolescente, iba cambiando. En las últimas debía de tener unos treinta años. Me acerqué a una de las paredes y pasé el dedo por el marco de un par de fotos. La mujer se parecía muchísimo a Aaron. En algunas de las imágenes, la joven sostenía a Aaron en brazos; un Aaron pequeño, de tres o cuatro años.

Al volverme hacia otras partes de la estancia, vi un tocador. Sobre él había un peine, un cepillo, maquillaje y otros productos de belleza, como si estuvieran esperando a que su dueña se sentara a prepararse para salir de noche. Seguí avanzando y llegué a una gran vitrina que debía de medir unos dos metros de largo y sesenta centímetros de ancho. Dentro había una cantidad impresionante de pendientes, collares, pulseras, anillos... todos ellos muy lujosos, de los que sólo se encuentran en las joyerías más exclusivas. Calculando a ojo, supuse que cada pieza debía de costar decenas de miles de dólares, tal vez más.

Un poco más allá, encontré hileras e hileras de ropa femenina. A pesar de que esa ropa tenía muchos años, no había ni una mota de polvo en ella. Todo estaba impecable, listo para ser usado en cualquier momento.

En las paredes había estanterías con libros, objetos decorativos, fotos de Aaron... Era como si todos los objetos que habrían convertido esa casa en un hogar estuvieran concentrados en esa habitación.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Kathleen con un hilo de voz. Se me había cerrado la garganta ante el espectáculo.

Ella se apoyó en el tocador y acarició el cepillo, que tenía el mango dorado.

—Exactamente lo que parece.

—¡Madre de Dios, pues lo que parece es un santuario dedicado a una muerta! —exclamé.

Kathleen asintió, haciendo una mueca.

—Exacto. Ketty Shipley sigue viviendo aquí, veinticinco años después de su muerte.

—¿Se puede saber qué demonios estáis haciendo aquí?! —La voz airada del mismísimo Warren Shipley gruñó a mi espalda.

Me volví hacia él al mismo tiempo que Kathleen empezaba a excusarse.

—Lo siento, señor Shipley...

Yo la interrumpí levantando la mano. Me encogí de hombros y me dirigí cojeando hacia él.

—Perdona, Warren. Es que tenía curiosidad. Era la única puerta de toda la casa que estaba cerrada con llave. Ahora ya entiendo por qué. Kathleen me estaba diciendo que no debería entrar en un lugar tan privado. —Le dirigí una sonrisa arrepentida, miré a Kathleen y luego le di unos golpecitos en el pecho a Warren, como si lo que estaba viendo no fuera nada del otro mundo. Pero lo era. Era algo fuera de lo común—. Tu secreto está a salvo conmigo —añadí, y me dirigí hacia el pasillo—. Ay, me duele el pie. Me voy a retirar.

Al parecer, Warren se había recuperado ya del impacto de encontrarnos dentro del santuario dedicado a su difunta esposa, porque me detuvo agarrándome del brazo.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. —Levanté el pie y se lo enseñé a la luz que llegaba del pasillo—. Me he hecho un tatuaje.

Aparentemente era muy fácil sorprender a ese hombre, que ahogó una exclamación y me agarró el pie para echarle un vistazo. Estaba a punto de protestar porque me estaba cansando de aguantarme sobre una sola pierna cuando él me levantó en brazos y me dejó sobre el carrito.

—Qué casualidad que este carrito esté tan a mano cuando uno lo necesita, ¿eh? —comentó con ironía, frunciendo el ceño.

—Ah, sí. Iba a la cocina a prepararme algo, pero no podría haber vuelto con un plato en la mano y dando saltitos, así que, cuando me he encontrado el carro, he visto el cielo abierto. —Golpeé la superficie metálica y ésta hizo un ruido que me recordó a un gong—. Es perfecto. Además de llevar los platos, me sirve de bastón —añadí dirigiéndole mi sonrisa más seductora.

—Ajá —murmuró él, nada convencido. Por su tono de voz, no se había tragado ni una de mis mentiras pero, al menos, no me había pegado la bronca.

Kathleen no estaba cómoda con la situación. Se notaba que ella solía afrontar las cosas de otra manera.

—Lo siento, señor Shipley —repitió—. Llevaré a Mia a su cuarto para que descanse.

—Te espero en mi habitación para hablar de lo que ha pasado, gatita.

Cuando estuvimos a una distancia prudencial, eché la cabeza hacia atrás y la miré del revés mientras ella empujaba el carro.

—¿«Gatita»?

Ella me dirigió su característica sonrisilla.

—No es de tu incumbencia. No paras de meterme en líos.

Eso me hizo reaccionar.

—¿Yo? ¡Encima! Has sido tú la que quería demostrarme que no ha superado la muerte de su esposa. Que nos haya pillado con las manos en la masa es culpa tuya. Lo único que he hecho yo ha sido tratar de salvarte el culo.

Kathleen se echó a reír con dulzura. Su risa era tan musical como unas campanillas.

—Cariño, si necesitara que me salvaras el culo, no seguiría aquí después de treinta años, ¿no crees? Mi culo está totalmente a salvo —afirmó, aunque su tono no era el de una persona satisfecha.

No me extrañaba. Lo que había visto en aquella especie de santuario demostraba que Warren no había superado la muerte de la madre de Aaron. Tal vez algunas personas quedaban colgadas para siempre del primer amor. Esperaba que no fuera mi caso. Mi primer amor había sido una mierda. De hecho, me había tirado de cabeza varias veces a la piscina de mierda que era mi vida amorosa. Esperaba que algún día Dios se apiadara de mí y me enviara a mi hombre ideal, el hombre que conseguiría que me olvidara de todo y haría que las cosas a su lado fueran... fáciles.

Mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo trasero del pantalón. La vibración se extendió por el carrito y nos asustó a las dos. Kathleen y yo pegamos un brinco y luego nos echamos a reír por lo tonto de la situación. Nos habían pillado colándonos en una habitación secreta digna de un loco; me estaba transportando por una pretenciosa mansión en un carrito de comida porque acababa de hacerme un tatuaje que me acompañaría el resto de mi vida y, como guinda del pastel, nos asustábamos por aparatos que vibraban en la oscuridad. La escena era bastante cómica. Si escribiéramos un guion para Broadway, seguro que nos forrábamos.

Cuando llegamos ante mi puerta, le di las gracias a Kathleen, entré en la habitación y me tumbé en la cama, con el teléfono en la mano.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Anoche soñé contigo. Estábamos en mi piscina. El cielo estaba oscuro. No había luna; sólo la luz de las estrellas. Estabas tumbada con las piernas abiertas y mi boca te hacía esas cosas que tanto te gustaban. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de lo fácilmente que lograba que te derritieras en mi boca? Cómo me gustaba hacer que te corrieras usando sólo la boca. Lo echo tanto de menos. Añooro tu sabor en mi lengua, como pura miel. Dime, ¿tú también piensas en mí?

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Sí.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Demuéstramelo.

Madre del amor hermoso. Leí las palabras de Wes unas cinco veces, hasta que al final sentí que me estaba abrasando por dentro. Quería que se lo demostrara. Nunca había enviado fotos picantes por teléfono. ¿Cómo lo llamaban? ¿*Sexting*? En esos momentos no me pareció mala idea. Yo estaba muy cachonda y, al parecer, él también. ¿Qué daño podía hacer? Pero había una dichosa vocecita en mi cabeza que no paraba de repetirme que eso sólo complicaría más las cosas. Parecía un pájaro carpintero taladrándome el subconsciente como quien golpea el tronco de un árbol. «Tap-tap... tap-tap... tap-tap...»

Pero, idiota que es una, me imaginé que cogía una escopeta de aire comprimido y le disparaba al pájaro, que caía al suelo. Luego me quité la ropa y me quedé en braguita y sujetador. Era un conjunto rosa adornado con encaje. Se iba a poner como una moto. Sosteniendo el teléfono a la altura de la barbilla, me crucé de piernas adoptando una pose que pareciera desenfadada pero sexi al mismo tiempo y disparé.

De: Mia Saunders
Para: Wes Channing
¿Qué te parece?

Envié el mensaje con foto y me empecé a acariciar las piernas con las puntas de los dedos, llegando hasta los muslos y más allá. En cuanto llegué a los pechos, me los agarré y los apreté con más fuerza de lo habitual, porque me estaba imaginando que era Wes quien lo hacía. Él siempre se volvía loco con mi cuerpo y, a menudo, cuando la lujuria le nublabla la razón, me agarraba como si fuera la última mujer viva que quedara en el planeta, de un modo brusco y muy masculino. Me encantaba. Me hacía sentir muy deseada, como si no hubiera nada que pudiera interponerse entre nosotros.

El teléfono sonó y me apresuré a cogerlo. ¡Oh, Dios mío de mi vida y de mi corazón!

De: Wes Channing
Para: Mia Saunders
Mira cómo me has puesto.

La foto que adjuntaba era muy parecida a la que le había enviado yo, aunque él llevaba puesto un bañador que estaba deliciosamente levantado formando una tienda de campaña. Sus abdominales quedaban en primer plano. En esos momentos habría pagado cualquier cosa para poder lamer esos montículos de músculos y, sobre todo, para poder llevarme a la boca ese apetitoso apéndice que estaba levantando el bañador.

Me humedecí entre las piernas y sentí que el deseo me recorría los miembros, haciéndome aumentar la temperatura. Me froté los muslos uno contra el otro tratando de aliviar la tensión, pero fue peor el remedio que la enfermedad.

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Ojalá estuvieras aquí. Me ocuparía de resolver ese enorme problema que tienes entre manos.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Harías eso por mí? Me temo que, de momento, vamos a tener que usar la imaginación. Empecemos con tus manos. Bájate las copas del sujetador y tócate los pechos. Joder, son sexis y suaves. Recuerda lo que sentías cuando era yo quien retiraba la tela y me los llevaba a la boca. Recuerda cómo te mordía lo suficiente como para que te retorciera. Pellízcate esas puntas rosadas de mi parte. Humedécete los dedos. Empieza con suavidad y sigue con fuerza, igual que lo haría yo.

¡Madre mía! Ese hombre estaba a casi cinco mil kilómetros de distancia y podría hacer que me corriera con un simple mensaje de texto. Aturdida por la lujuria que sólo Wes era capaz de despertar en mí a esa distancia, me bajé la tela del sujetador. Tenía los pechos hinchados, pesados, listos para ser adorados. Me lamí los dedos, cerré los ojos e hice rodar entre ellos mis pezones erectos. Luego, siguiendo sus instrucciones, me los sujeté entre el índice y el pulgar y tiré de ellos, alargándolos antes de apretarlos con fuerza. Solté una exclamación al notar la intensa sensación que me nació en los pechos y se desplazó rápidamente hasta asentarse entre mis piernas. Tenía las braguitas empapadas, y las paredes de mi vagina se contraían alrededor del vacío, echando en falta algo que las llenara.

Me entró un nuevo mensaje.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Estás húmeda, nena? ¿Te duele? ¿Estás lista para que te folle duro?

Jadeando, le respondí con dedos temblorosos.

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Esto es una tortura.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Lo sé, nena, pero aguanta. Quédate conmigo. Pásate las manos por la diminuta cintura. Rodéate el ombligo con un dedo y hazte cosquillas como si fuera yo quien te las hiciera. ¿Te acuerdas? Claro que te acuerdas. Desliza la mano hacia abajo, hacia la parte de ti que más me echa de menos, pero no entres en ese trozo de cielo todavía. Juega con tu clítoris, tan pequeño pero tan ardiente. Estoy seguro de que ya se ha puesto duro como una roca por mí. Carne redonda, prieta. Si estuviera allí, la lamería hasta que te corrieras. Te rodearía con la lengua ese pequeño nudo de nervios y te lo succionaría con tanta fuerza que me sujetarías la cabeza entre las piernas, atrapándome, manteniéndome prisionero. Tócate ahora.

Del todo metida en la fantasía, hice exactamente lo que Wes me había indicado. Me hice cosquillas en el vientre, deslizándome un dedo húmedo en el ombligo, del mismo modo en que él lo haría si estuviera trazando un sendero de besos entre mis

pechos y lo que él llamaba mi *cielo*. Respiraba de forma entrecortada, jadeando con suavidad. Algunos mechones de pelo me hacían cosquillas en los pechos, que se habían contraído aún más, ansiosos por ser tocados, succionados, mordidos. Poco a poco, hice descender la mano bajo la tela de encaje que me cubría el sexo. Estaba mojada; tanto, que casi estaba chorreando. Sólo Wes tenía ese efecto en mí. Únicamente leyendo unas palabras que él había escrito en un mensaje me convertía en un pozo de pura necesidad. Necesitaba que me tocara, que me probara, que me hiciera el amor.

Seguí sus instrucciones y jugué con mi cuerpo, tocándome el clítoris con golpecitos rápidos y ligeros, como los que usaba él para excitarme antes de meterse en faena.

Otro mensaje hizo su aparición.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Me estoy imaginando tu sabor mientras me toco pensando en ti, en tu coño, que estará cálido, dulce y jugoso como un melocotón recién caído del árbol. ¿Te acuerdas de cómo te cubría toda la superficie posible con la boca y luego succionaba?

Joder. Sus palabras me estaban haciendo arder a casi cinco mil kilómetros de distancia. Seguí leyendo mientras me pellizcaba el clítoris y tiraba de él, sin dejar de mover las caderas en ningún momento.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

Te succionaría con tanta fuerza que te haría gritar. Y, en cuanto te corrieras, volvería a empezar. Cuando acabara contigo, tu coño estaría pidiéndome a gritos que lo llenara. ¿Estás así ahora? ¿Estás lista para mi polla? Apuesto a que sí. Conozco ese coñito ansioso. Quiere que lo llene hasta el fondo con mi polla dura. No seas tímida. Métete dos dedos dentro, nena. Imagínate que soy yo clavándome en ti por primera vez.

>

No podía parar. Era como si fuera un títere, y él, el titiritero. Me metí dos dedos con brusquedad, tal como él me había indicado, y solté un grito al notar una ligera punzada. Pero el dolor sólo duró un segundo. Lo justo para engañarme pensando que había sido él quien me había penetrado, aunque dos dedos eran muy poca cosa comparado con el paquete de Wes. Sin embargo, de momento, iba a tener que conformarme con eso.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Te gusta sentir tus dedos, nena? No es lo mismo que sentirme a mí, lo sé. Ahora mete y saca los dedos; así, dentro y fuera. Sin parar. Y, con la otra mano, pellízcate ese clítoris que tanto me gusta mordisquear. Fóllate hasta que te corras. Así, córrete para mí, nena.

No pude resistirme. Mis dedos parecían moverse como si los dirigiera un piloto automático, Mi mente utilizaba las imágenes que él conjuraba con sus palabras. Empecé a sudar un poco y a notar un cosquilleo por todo el cuerpo. Los poros se me habían abierto por la intensidad del placer que me recorría. Noté un calor cada vez más fuerte, hasta que el goce se asentó en la parte baja de mi cuerpo. Y, desde el vientre, volvió a estallar en un orgasmo de luces multicolores que vi brillar en mi mente a pesar de tener los ojos cerrados. El clímax fue ganando terreno y apoderándose de mis terminaciones nerviosas hasta tenerme totalmente a su merced.

Tras unas cuantas sacudidas más, levanté las caderas de la cama apoyándome en los pies. La piel que acababa de castigar con el tatuaje protestó dolorida, mientras los últimos bandazos del orgasmo me recorrían los miembros. Por último, me relajé sobre la cama, por completo desmadejada.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

¿Estás dormida?

Me eché a reír al leer el último mensaje de Wes.

De: Mia Saunders

Para: Wes Channing

Perdona. Menudo viajecito acabo de pegarme yo sola.

De: Wes Channing

Para: Mia Saunders

No estabas sola. Yo he estado contigo todo el rato, nena. He tenido el orgasmo más intenso desde Chicago, sólo de imaginar que tú te estabas tocando pensando en mí.

Y, con esas últimas palabras, estalló la pequeña burbuja de felicidad que él había construido para mí.

Chicago.

Ésa había sido la última vez que habíamos estado juntos físicamente. Habían transcurrido tres largos meses. Desde entonces, había pasado una noche de pasión con Alec y un mes con Tai. Y, mientras tanto, él había estado con la voluptuosa actriz, ésa a la que todas las revistas se referían como la mujer más bella del año. Y mi Wes se la estaba tirando. Una y otra vez. Era cuestión de tiempo que me dejara del todo. Tal vez debería ponerle las cosas fáciles y dejarlo yo.

Si hubiera sido sincera conmigo misma, habría admitido que no sabía si iba a ser capaz de renunciar a Wes para siempre. Entre nosotros quedaban muchas cosas pendientes. Habíamos dejado muchas cosas sin decir y sin hacer, y ambos cargábamos con el lastre de la promesa de un futuro en común. Una promesa que no estaba segura de que ninguno de los dos fuera a ser capaz de cumplir. Aún faltaban seis meses. Y, aunque no hacía tanto tiempo desde la última vez que nos habíamos

visto, me parecía que habían pasado años.

No podía hacer eso mediante mensajes de texto. Respiré hondo, suspiré y pulsé el botón de llamada.

Wes respondió con voz soñolienta.

—Hola, preciosa. Pensaba que ibas a fingir que esto no había ocurrido durante al menos un par de semanas. —Se echó a reír, y el tono tan sexi de su risa llegó directo al centro de mi libido. Madre mía, ese hombre me ponía como una moto sólo con respirar.

—Wes, tendríamos que hablar sobre esto; sobre lo que nos estamos haciendo el uno al otro... —Dejé mis palabras colgando entre ambos.

Él suspiró con fuerza, y el sonido resonó en el teléfono. Me recordó a las veces que había apoyado la cabeza en su pecho desnudo y había escuchado el latido de su corazón y el aire que entraba y salía de sus pulmones. Uno de los lugares más relajantes de todo el mundo era ése: entre los brazos de Wes. Ojalá el resto del mundo fuera más parecido a ese lugar.

—No le demos a esto más importancia de la que tiene. Somos dos adultos que se aprecian mutuamente y nos hemos desahogado. Sin más.

Resoplé.

—¿Ah, sí? ¿Conque ése es tu juego?

—No estoy jugando a nada —protestó Wes—. Nada ha cambiado. Tú sabes lo que opino y yo sé lo que opinas tú. Pero eso no significa que no podamos encontrarnos en un punto medio de vez en cuando, por los viejos tiempos.

No le faltaba razón.

—Estoy tan cansada.

—¿Qué te pasa, nena?

Wes siempre lograba acunarme con sus dulces palabras. Siempre conseguía convencerme de que lo nuestro era posible. De momento, tendría que confiar en él.

—Washington está lleno de zorras cazafortunas y de viejos aburridos con demasiado dinero y demasiado poder.

Él se echó a reír a carcajadas.

—Gran verdad. Y ¿cuál es el problema? ¿El tipo que te ha contratado quiere que seas algo más que su acompañante?

Yo negué con la cabeza e hice ruido como si tuviera ganas de vomitar. Él volvió a reír. Cómo me gustaba ese sonido. Era como si el aire se volviera más ligero gracias a su risa.

—Warren es un buen tipo. Y no está interesado en mi cuerpo.

Él chistó con sarcasmo.

—Lo dudo mucho.

—No soy su tipo.

—Mia, nena, eres el tipo de cualquier hombre.

Puse los ojos en blanco y me enrosqué un mechón de pelo alrededor de un dedo.

Mientras pensaba en cómo replicar, me examiné el tatuaje.

—Lo que tú digas. Lo que pasa es que estar aquí es... raro. No acabo de entender cuál es mi papel.

—¿Y eso?

—Bueno, Warren me contrató para llevarme colgada del brazo a las reuniones y las fiestas, para sentirse uno más entre los vejestorios millonarios. Todos llevan chicas florero colgando del brazo. Pero es que Warren tiene novia. Llevan muchos años de relación, pero la tiene en casa, escondida.

—Vaya, pues sí que es raro. ¿Por qué crees que lo hace?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. —La imagen de la habitación santuario me vino a la mente—. No estoy segura de que haya superado la muerte de su esposa. Pero murió hace veinticinco años. Es todo muy extraño. Lleva años metido en una relación con su ama de llaves, pero lo llevan en secreto. No quieren que se entere nadie. Y, la verdad, que tenga a una mujer escondida en su casa no me hace ninguna gracia.

—Lo entiendo. ¿Crees que podrás convencerlo de que no está actuando bien? Se te dan bastante bien esas cosas.

—Bueno, al menos será más divertido que estar aquí sentada sin hacer nada. Tan aburrida estaba que he ido a hacerme un tatuaje.

Wes guardó silencio durante tanto rato que miré el teléfono para asegurarme de que no se había cortado la llamada o me había quedado sin batería de repente.

—¿Wes?

—Lo siento, cariño. Es que ahora te estaba imaginando con un tatuaje y, joder, me he puesto como una piedra otra vez.

Sonreí.

—Tal vez pueda hacer algo al respecto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cierra los ojos. Imagínate que te beso en el pecho y que voy bajando desde allí...

—Cariño, quédate aquí un segundito con las otras damas mientras los hombres y yo hablamos de negocios, ¿de acuerdo? —me dijo Warren, dejándome con otras siete mujeres.

Todas iban vestidas de manera similar: con vestidos ajustados, el pelo largo y sedoso y mucho brillo en las orejas, los cuellos, las muñecas y los dedos. Todas eran unas mantenidas y no parecían tener ningún problema en ir pregonándolo.

Yo las saludé con la mano, algo cohibida.

—Hola, soy Mia.

Todas menos una me fulminaron con la mirada.

—Hola, Mia, soy Christine Benoit, la única de todas nosotras que está casada con su pareja. Por eso las otras están de uñas. No les gusta compartir protagonismo, ¿me equivoco? —Hizo un mohín y a continuación les dirigió una sonrisilla irónica antes de ofrecerme la mano. Cuando se la estreché, casi me quedé ciega por el brillo del diamante de su anillo de bodas.

—¡Menudo pedrusco! —exclamé cogiéndole la mano sin ninguna elegancia ni tacto, pero es que nunca había visto algo tan enorme.

Su cara se iluminó y levantó la mano un poco más para que nadie se perdiera detalle.

—Lo sé. Mi papaíto me cuida mucho. Cinco quilates por aquí y cinco por allí, con la princesa en el centro —me explicó señalando el diamante cuadrado central que me estaba dejando ciega. Si seguía mirándolo, iba a tener que ponerme gafas de sol. Los rayos de luz parecían cobrar vida propia al reflejarse en esa enorme superficie.

—Oh, cállate, Christine. Sólo porque el viejo Benoit te pusiera un anillo al final no tienes por qué ir restregándonoslo todo el rato por la cara.

Me volví hacia la morena de ceño fruncido que había hablado. Me fijé en que llevaba el dedo anular desnudo, aunque seguro que su actitud no tenía nada que ver con ello. Puse los ojos en blanco mentalmente y volví a cantar las alabanzas del anillo.

—Es precioso, Christine. ¿Has dicho que estás casada con el señor Benoit? Habéis venido de Canadá, ¿no?

Una alarma se disparó en mi mente.

Ding. Ding. Ding.

Benoit era uno de los hombres con los que Warren quería hablar. Al parecer, tenía embarcaciones amarradas a lo largo de la costa Este de Canadá. Entre otros lugares, en el puerto de Yarmouth, situado en el golfo de Maine, en Nueva Escocia. Era una localización perfecta para transportar suministros de Canadá al Reino Unido, desde donde se podían trasladar en camión hasta Mali, uno de los países más pobres de África. Tuve muy claro que no me había encontrado con Christine por casualidad. Aquello era obra del destino. Era mi oportunidad de ayudar. Lo vi tan claro como si

el diamante de diez quilates fuera un cartel luminoso.

Christine me sonrió con esos labios que, obviamente, habían pasado por el quirófano.

—Sí, somos de Canadá. Mi Frances ha venido por negocios. Estás con el señor Shipley, ¿verdad? —Me empujó con el hombro—. Probablemente es el más guapo de todos, excepto mi marido, por supuesto —añadió señalando con la cabeza a un hombre que no debía de llegar al metro setenta y cinco.

Por suerte, Christine era diminuta, pero a mi lado, con tacones, él habría parecido un enano. Tenía un bigote gris y el pelo, muy fuerte, también gris. Por lo menos tenía pelo. El porcentaje de calvos de la sala era del cincuenta por ciento. Me volví hacia el señor Benoit y luego hacia su mujer y calculé que debían de llevarse unos treinta y cinco años.

—¿Te importa si te pregunto qué edad tiene tu marido?

Sus ojos brillaron igual que los diamantes. Al parecer, mi pregunta no la había incomodado en absoluto.

—Cumplirá los sesenta y seis este año.

—¿Y tú tienes...?

—Veinticinco.

Me quedé reflexionando sobre esa información mientras bebía de la copa de champán que me había agenciado antes de que Warren me soltara a los perros.

—¿No te preocupa esa diferencia de edad?

Ella sacudió la mano.

—No, claro que no. Es tan bueno conmigo. Me sacó de la calle, me dio un lugar donde vivir, me ayudó a que acabara la secundaria y me pagó la matrícula en la universidad. Ahora tengo un título y trabajo en las empresas navieras Benoit. En la oficina central. —Yo asentí, francamente impresionada—. Me ocupo de las nuevas campañas de marketing. Compartimos despacho, jugamos a esconder el pepinillo cuando estamos demasiado estresados, y luego volvemos a currar.

«¿Esconder el pepinillo?»

—¿Acabas de decir *esconder el pepinillo*?

Ella asintió, totalmente ajena a quien pudiera estar escuchando la conversación. Christine parecía ser de esas personas que no tienen secretos.

—Sí, cuando estamos cansados, aburridos o, bueno..., cuando nos apetece follar, me tumba sobre su mesa, o sobre la mía, y me folla hasta que me olvido de todo. Es un dios del sexo; los orgasmos que me da son mucho mejores que los que tenía con mis anteriores amantes. Creo que es por las pastillitas azules que toma. Está todo el día como una piedra. Y yo estoy encantada. ¿Quieres saber un secreto? —me preguntó la deliciosa criatura, feliz como una perdiz.

¿Un secreto? ¿Quería conocer el secreto de una mujer que se follaba a un hombre que casi podría ser su abuelo, que usaba la frase *esconder el pepinillo* y que tenía una vida sexual ridículamente activa con un anciano? Pues sí, la verdad era que sí sentía

curiosidad. Estaba segura de que no me iba a defraudar.

Christine se inclinó hacia mí y me habló al oído.

—Estamos esperando nuestro primer hijo.

¿Sabes ese momento en los dibujos animados cuando a Sam Bigotes le salta el sombrero de la cabeza y le sale humo de las orejas? Así me sentí al oír que esa chica estaba embarazada de un hombre que podría ser su abuelo. Noté un zumbido en la cabeza y la necesidad de sentarme. Ella me ayudó y me tocó la frente.

—Estás un poco caliente, Mia —comentó. Parecía sinceramente preocupada por mí.

—¿Me acompañas al baño? Podemos seguir charlando allí.

Necesitaba quedarme con esa pajarita a solas. Su marido era el dueño de la compañía naviera con la que Warren quería transportar las medicinas al Reino Unido. Tenía que ayudarlo a conseguirlo; me lo tomé como algo personal. Si hacerme amiga de la esposa embarazada de Benoit ayudaba a la causa, eso era justo lo que iba a hacer. Además, la chica era muy agradable, aunque no compartía sus gustos en materia de hombres.

—Así que, como comprenderás, hacer llegar esas vacunas salvará muchísimas vidas.

Christine ahogó una exclamación y se llevó la mano al vientre, donde aún no se notaba el embarazo.

—Dios mío. Tenemos que ayudar —replicó convencida.

Yo asentí.

—¿Podrías hablarlo con Frances para convencerlo de que es una buena idea?

Ella negó con la cabeza.

—Oh, no. Voy a hacer algo mucho mejor que eso. —Se sacó el móvil del bolso, pulsó unas teclas y se lo llevó al oído—. ¿Franny? —Se echó a reír—. Ya lo sabes. Siempre estoy lista para tu pollote, cariño. —Pensar en esa chica follando con el viejo me provocó acidez de estómago; una sensación parecida a la que tienes antes de vomitar—. Sí, Franny, ya lo sé. Yo también quiero que me folles duro. Muy duro. Tan duro que me tiemblen los dientes..., pero antes quiero hablar contigo de una cosa.

Esperé mientras le contaba lo que yo acababa de explicarle sobre el proyecto de Warren.

—Sí, Franny. Será nuestra contribución benéfica de este año. Prepararé una campaña sobre nuestra colaboración humanitaria con las empresas Shipley. —Dijo unos cuantos «ajás» y unos cuantos «mmm» más y se volvió de lado, mirando hacia el espejo. Hizo descender la mano desde el cuello hasta uno de sus pechos y se lo agarró con fuerza—. Sí, necesitan que alguien los apriete. Pensar en que vengas a follarme aquí y ahora me está poniendo supercachonda. ¿Puedes venir a hacerme un trabajito con la lengua? Estoy muy salida, por el bebé... Sí, ya sé que me has follado dos veces hoy —suspiró y luego lloriqueó—, pero ahora necesito tu boca. —

Christine empezó a dar saltitos y aplaudió—. Vale, Franny. Estoy en el aseo de señoras, húmeda y lista para ti. No me hagas esperar o empezaré a jugar sin ti.

Luego colgó el teléfono. Estaba tan excitada que el pecho le subía y le bajaba rápidamente.

—Shipley puede contar con nuestros barcos —afirmó.

Yo estuve a punto de ponerme a dar saltitos también, pero en ese momento ella empezó a acariciarse los pechos de un modo muy descarado.

—¿Te van los tríos? —me preguntó como quien no quiere la cosa—. A Franny le encanta que invite a alguna amiga. Nos folla a las dos sin problemas. A mí no me importa compartir, siempre que no sea en nuestra cama matrimonial. Ésa es sólo para nosotros.

Yo abrí y cerré la boca como si me costara respirar. Y es que me estaba costando respirar por culpa de las imágenes que se estaban formando en mi cabeza. Christine acababa de proponerme hacer un trío con su esposo —un hombre que casi podría ser nuestro abuelo— en el baño de señoras. Negué con la cabeza.

—Eh..., no, gracias, pero me muero de ganas de contárselo a mi..., eh..., papaíto. Ya verás qué contento se va a poner.

—Vale. —Sin más preámbulos, Christine se deslizó un dedo bajo los tirantes del vestido y lo dejó caer al suelo, quedándose sólo con un diminuto tanga rojo. Pero ¿qué coño? Me di la vuelta para darle intimidación justo cuando Francis Benoit entraba.

—¿Has empezado sin mí, gatita? —preguntó él al ver a su esposa casi desnuda tan cerca de mí.

—No me hagas esperar más. Dame tu polla, papaíto. Quiero chuparla mientras tú me chupas a mí.

—Pequeña, ¿qué te he dicho sobre desnudarte en lugares públicos? —la reprendió, aunque no parecía enfadado en absoluto—. Voy a reducirte la paga si te portas mal.

Ella gimió.

—Es que no puedo evitarlo. Te necesito.

Había llegado el momento de desaparecer de allí.

—Yo iré a buscar a mi... Warren —me excusé, incapaz de volver a llamarlo *papaíto*. Me parecía repugnante.

Desde el umbral de la puerta oí gemir de nuevo a Christine, que decía:

—Voy a follarte muy duro. Te quiero, Franny. Te quiero. Y adoro follarte.

—Dale duro, gatita. Así, fóllame hasta que te corras. Tiene que durarte hasta la noche. Dios, este embarazo va a acabar conmigo —replicó su marido con su cerrado acento canadiense.

Si fuera mi marido, estaría preocupada por su salud. Tenía una edad en la que los ataques al corazón eran una amenaza real. Y si encima se pasaba el día tomándose pastillitas azules, bebiendo alcohol y follando como un loco con una mujer de veinticinco años, era para inquietarse.

Al salir del aseo, me encontré a Warren, que me estaba esperando. Me pareció que estaba algo preocupado.

—Vámonos de aquí —le pedí cogiéndolo por la muñeca.

—¿Por qué? Francis me ha dicho que quería hablar conmigo sobre sus barcos. Ha dicho que me iba a dejar usarlos para llevar suministros a Mali.

—Lo sé; he sido yo la que ha convencido a su esposa. Pero ahora están... ocupados. Si entras ahí, te van a invitar a follar con ellos en público —le advertí.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Ya veo. Será mejor que los esperemos en el bar, pues. Cuéntamelo todo. ¿Vamos? —Me ofreció su brazo como un auténtico caballero. O como un abuelo le ofrecería el brazo a su nieta, no a su ligue.

Warren era un tipo elegante. Al menos, me había tocado el bueno. Aunque Francis tampoco parecía mal tipo si uno pasaba por alto que se había casado y había dejado embarazada a una mujer que casi podría ser su nieta. Me estremecí y, al darse cuenta, Warren se detuvo, se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros.

—Gracias.

—De nada. Y, ahora, cuéntame de qué habéis hablado.

Al parecer, conseguir el acceso a los barcos canadienses era algo muy importante para poner en marcha el plan de Warren. Nos sentamos en el bar del lujoso local y nos bebimos unas cuantas copas de whisky del bueno para celebrarlo. Hasta Christine se sentó con nosotros y se tomó unas copas, aunque sin alcohol. Ahora que se había calmado un poco, era una chica muy divertida.

A las dos de la mañana, James tuvo que ayudarnos a Warren y a mí a subir los escalones de la entrada mientras cantábamos una ridícula versión de una canción dedicada a Enrique VIII. Los dos nos sobresaltamos cuando las luces del vestíbulo se encendieron de golpe y nos encontramos a Kathleen apoyada en la barandilla de la escalera, mirándonos con los labios fruncidos.

—¿Ha ido bien la noche? —nos preguntó en un tono de voz tan contenido que no dejaba adivinar su humor.

Warren se abalanzó sobre ella con una agilidad más propia de un hombre con la mitad de sus años. La estrechó y luego abrió los brazos y empezó a bailar con ella. La movió de un lado a otro y la inclinó hacia atrás. Yo aplaudí y me volví hacia James, que se apiadó de mí y comenzó a bailar conmigo en el vestíbulo junto a Warren y Kathleen, hasta que nuestras respectivas parejas nos llevaron hacia la escalera.

—Oh, espera. Warren, colega..., ¡no te olvides de contarle a Kathleen lo del gol que hemos metido!

Él se echó a reír y yo me caí sobre James, que, sin decir nada, me levantó en brazos como si fuera un bombero, aunque mi cuerpo era un peso muerto. Aproveché para darle una palmada en el trasero.

—¡Buen culo! —exclamé. Entonces recordé que aún quería decir algo más—. Un momento —volví a pegarle en el culo y él se echó a reír y trató de agarrarme la mano —, no te olvides de contarle lo del sexo en el lavabo. ¡Asqueroso!

Warren se echó a reír con tantas ganas que tuvo que sentarse en el suelo. Yo quería ayudarlo, pero estaba boca abajo y no podía.

—¡Kathy, cariño, nunca adivinarías lo que han hecho el viejo Benoit y la pícara de su mujercita!

Ella le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ahora me lo cuentas todo, pero antes hemos de llevarte a la cama.

—Sabes que nunca te compartiría con nadie, ¿verdad? —le preguntó él muy serio.

James volvió a ponerse en marcha y yo lo animé con una nueva palmada en el culo. Esta vez, él reaccionó haciendo lo mismo.

—¿Quieres quedarte quietecita? Ya pesas bastante sin moverte.

Yo me revolví, tratando de verle la cara.

—¿Me estás llamando *gorda*, James?

—En absoluto, pero el alcohol no ayuda a que te muevas ligera como una pluma.

Solté un ruidito de protesta, una mezcla de gruñido y de gemido, como si fuera una niña pequeña.

—No quiero irme. Ahora llegaba la mejor parte. Estaba a punto de confesarle que la quiere.

James sacudió la cabeza, me agarró con más fuerza y recorrió la distancia que faltaba hasta mi habitación a toda velocidad. O eso me pareció a mí, aunque, en mi estado de embriaguez, no se me daba muy bien calcular.

—Todo el mundo sabe que está enamorado de la señora Kathleen. Hace años que lo está.

—Y entonces, ¿el santuario? —repliqué yo, sin filtro por culpa del exceso de alcohol.

—No sabía qué hacer con las cosas de su mujer. Pensó que, tal vez si Aaron se casaba y tenía hijos, le haría ilusión quedarse con sus cosas. Además, no le gustaría herir los sentimientos de su hijo. Es más sensible de lo que aparenta —añadió James, que parecía algo molesto.

La información que acababa de recibir cambiaba las cosas.

James me lanzó sobre la cama. Fue al armario y volvió con un pijama de verano, que dejó a mi lado.

—Toma esto. Espero que no necesites ayuda para cambiarte.

Yo le dirigí una sonrisa sexi.

—¿Es una proposición? —le pregunté haciendo un mohín. El alcohol siempre me hacía decir tonterías.

—¡Pues va a ser que no! Mi mujer me arrancarí el culo a tiras y se las daría de comer a los perros. Y eso sería después de que sus hermanos me rompieran todos los

huesos, uno a uno. —Se echó a reír.

—Oooh, ¿estás casado? —pregunté abrazándome a la almohada.

—Sí, estoy casado, y mi mujercita tiene muy mala leche. Estoy loco por ella y nunca le sería infiel. —James me quitó los zapatos de tacón—. Bonito tatuaje, por cierto. Menos mal que el zapato no lo rozaba. Ya está casi curado.

—Me alegro —repliqué, refiriéndome a su esposa, no al tatuaje. Y, como haría cualquier chica borracha en mi situación, le proporcioné información personal que no habría proporcionado en otras circunstancias—. ¿Sabes qué? Yo tengo un Wes.

Entonces, al acordarme de la sesión de sexo telefónico que habíamos compartido esa misma semana, me excité una vez más.

—Tienes un Wes —repitió él, tratando de disimular la risa—. Supongo que te refieres a un hombre —añadió dándome el pijama que había dejado sobre la cama. Bueno, más que dármele, me golpeó en la cara con él.

—En realidad, no es que sea exactamente mío, pero es más mío que de nadie más.

—Ya veo. Parece complicado.

Pues sí. Y eso que no sabía de la misa la mitad.

James me ofreció la mano para ayudarme a levantarme.

—Creo que voy a vomitar.

Él gruñó y me acompañó al lavabo, donde pasé el resto de la noche vomitando sin parar. En algún momento, Kathleen sustituyó a James. Me puso un paño húmedo en la nuca, tan refrescante como aplicar aloe vera sobre una quemadura, y me tranquilizó hablándome en voz baja y acariciándome el pelo y la espalda. Me dolían las rodillas de estar tanto rato en el suelo. Había perdido la noción del tiempo y del espacio. Sólo sabía que me sentía morir.

Cuando al fin llegó la mañana, tenía una resaca del tamaño de Texas. Llevaba el albornoz medio torcido, que me dejaba un hombro al aire, pero me daba todo igual. Era como si tuviera un martillo hidráulico taladrándome el cerebro cada vez que hacía un movimiento. Llegué a la mesa del comedor y vi que Warren se me había adelantado. No parecía estar en mejor estado que yo. Era la primera vez que lo veía en pijama y no con traje. El pijama era muy lujoso, parecía de satén. Si hubiera estado de humor, le habría tomado el pelo por su aspecto, pero las arcadas se habían llevado hasta el último rastro de humor y de ingenio.

—Estás hecho una mierda —dije mirándolo con un solo ojo, muy entornado. El otro no podía abrirlo porque cada vez que la luz lo alcanzaba era como si un clavo me atravesara la córnea. Era mucho más seguro dejarlo cerrado.

Él me examinó con los ojos inyectados en sangre. Lo que vio fue un pijama arrugado, un albornoz torcido y un nido de ratas que en otro tiempo fue una melena cuidada. Me veía incapaz de pasarme ni un peine por ese montón de enredos. Lo había intentado, pero sentí como si un ejército de gnomos tirara de cada pelo individualmente, tratando de arrancármelos de raíz. Hasta que me lo lavara y me echara un buen chorro de acondicionador, no pensaba volver a probarlo.

—Mira quién habla —replicó él con los dientes apretados, llevándose las manos a las sienes—. Dios, pero ¿cuánto bebimos?

—Pues no lo sé pero, evidentemente, más de la cuenta.

Kathleen entró cargada con beicon, salchichas, pan tostado y salsa, la comida de los campeones de las resacas. Sentí ganas de hincarme de rodillas y besarle los pies.

—Te quiero tanto, Kathleen —le dije mirándola como si fuera la segunda venida de Cristo.

Ella me dio unas palmaditas en la cabeza como haría con una mascota.

—Lo sé, querida. Me lo dijiste varias veces anoche, además de prometerme que no habías hecho un trío con Warren, el canadiense y..., ¿cuál era la otra persona? Ah, sí, la preñada cachonda.

Warren se atragantó con el café.

Yo gruñí.

—Lo siento. Me extralimité. Me bebí por lo menos cinco chupitos de más.

—También me hablaste de James.

—¿El chófer? —preguntó Warren.

—Sí, querido. —Kathleen se volvió hacia mí—: Dijiste que estaba muy bueno y que era muy majo, pero que tenía una esposa con muy mala leche y que él estaba loco por ella —añadió con esa sonrisita suya que tanto me gustaba.

Me metí un trozo de pan tostado con salsa en la boca y luego la señalé con el tenedor.

—Eso es verdad. Me lo dijo él mismo.

Ambos se echaron a reír y después dejamos de hablar para dedicarnos a la comida. Warren y yo engullimos el desayuno como lo que éramos: un par de borrachuzos. Fue uno de los desayunos más raros de los últimos tiempos. Después me metí en la ducha y me volví a la cama para acabar de dormir la mona.

Sentí un cosquilleo en la pierna que nacía en el tobillo y subía por la pantorrilla, como si me estuvieran recorriendo la piel con la punta de los dedos. Al darme la vuelta, allí estaba, en toda su gloria. Tenía la piel bronceada y el pelo rubio y despeinado. Y sus ojos... Oh, Dios mío, brillaban como estanques de agua cristalina. Todo lo que no me decía con palabras me lo decía con esos ojos que parecían pozos insondables. Quería perderme en ellos toda la eternidad.

—Estás aquí —susurré.

—Siempre estoy aquí.

Me pasó un dedo calloso sobre el pecho, donde mi corazón latía por y para él. Su contacto era como una cerilla, que provocaba primero una explosión y luego una hoguera imposible de controlar.

Nuestros miembros se entrelazaron y acabé montada sobre su estrecha cintura. Nuestras bocas se encontraron. La suya sabía a tierra, a mar, a todas las cosas hermosas del mundo. Se la mordí, le succioné los labios, le lamí la piel como si no fuera a poder hacerlo nunca más.

—Wes —susurré, vacilando, contra sus labios.

—Mia —replicó él, moviendo ligeramente los labios al hablar.

No necesitábamos decir nada más. Nuestros cuerpos se movieron uno contra el otro de manera instintiva. Las manos volaban sobre la carne ardiente. Me quitó el camisón por encima de la cabeza, dejándome sólo con las bragas empapadas. Sujetándome por la cintura, me levantó hasta que tuvo la cara entre mis piernas. Lo deseaba muy intensamente y, por suerte, no me hizo esperar mucho. Alzó la cara y me cubrió el sexo con esa boca tan hábil, sin molestarse en quitarme las bragas. Parecía que tuviera un radar que detectara mi clítoris porque, aunque tenía los ojos cerrados, cuando apartó la tela con un dedo, su lengua lo encontró a la primera. Se volcó en él, lamiéndolo y mordisqueándolo hasta que empecé a moverme arriba y abajo apoyada en las rodillas, follando el aire. Me agarré a la cabecera y clavé los dedos en la rica madera mientras me arqueaba sobre su boca y le aplastaba la cara con mi carne húmeda, lo que sólo logró excitarlo más. A Wes le gustaba verme perder el control.

—¡Más! —grité.

—Tendrás lo que yo te dé... y va a ser mucho. Separa esas piernas, nena, quiero probarte hasta dentro.

Gruñó y me clavó los dientes en el muslo mientras tiraba de mis bragas, que parecieron desintegrarse entre sus dedos. Yo grité y eché las caderas hacia adelante, siguiendo sus instrucciones. Su boca volvió a atacarme instantáneamente.

Consumiéndome.

Devorándome.

Reclamándome.

Con Wes, cada vez era distinto. Nos perdíamos el uno en el otro hasta que nos convertíamos en un solo cuerpo con dos almas.

Seguía notando el cosquilleo, aunque se había desplazado y ahora estaba a la altura de la cadera. Era como si alguien me estuviera trazando círculos con el dedo.

La pierna se me contrajo al notar el contacto. Inspiré hondo. Era como si mi mente quisiera avisarme de algo, pero Wes volvió a reclamar mi atención.

Sus fuertes manos me acariciaron las costillas y, pasando por encima de mis pechos, me agarraron por la nuca.

—Vuelve conmigo, nena.

—Estoy aquí.

Wes me dejó bajar mientras ascendía, hasta que nuestros pechos quedaron al mismo nivel. Los pezones me dolían y palpitaban. Se llevó una punta rosada a la boca y noté explosiones de placer que me recorrían las terminaciones nerviosas formando espirales. Una nueva oleada de humedad cubrió las paredes de mi sexo, preparándolo para el polvo del siglo. Lo deseaba tanto. Necesitaba que completara mi cuerpo y mi alma con su esencia.

Wes me echó hacia atrás y pasó de un pecho a otro, sin levantar la lengua de mi piel. Con la lengua, me acarició la punta del pezón, que se contrajo y se oscureció, cambiando de un rosado pálido a otro más intenso. Me agarró el pecho con la mano, masajeando toda la carne que pudo abarcar. Era un hombre de tetas, era obvio. Adoraba a mis gemelas como si fueran dos diosas. Nunca se cansaba de adorarlas.

El tiempo pasó de un modo raro. Miré a mi alrededor y no reconocí mi entorno. Los límites del espacio estaban borrosos, desdibujados.

—Eh, estoy aquí. Quédate conmigo. Deja que te ame.

Negué con la cabeza. El cosquilleo me ascendía por la espalda, molestándome, tratando de romper los límites de la conciencia.

—No sé cómo hacerlo —susurré admitiendo al fin mi mayor miedo, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Yo te enseñaré. —Wes colocó su pene en la entrada de mi vagina y me penetró, centímetro a centímetro, hasta que arqueé la espalda con las manos apoyadas en su pecho, dejando que la conexión física nos uniera—. Así, muy bien, déjate llevar.

Moviendo las caderas, ascendí sobre su cuerpo y volví a descender, empalándome en él una y otra vez. Vi que cerraba los ojos, aunque deseé que no lo hiciera. Sus ojos me ligaban a él, me obligaban a quedarme a su lado, pero cuando los cerraba, las cosas cambiaban.

Aumenté la velocidad, subiendo y bajando bruscamente sobre él. Wes gruñía y gemía. La habitación empezó a dar vueltas cuando el placer llegó al máximo y me quedé sin respiración. Lo cabalgué de modo salvaje, jadeando. Grité y abrí los ojos. Mientras el éxtasis me recorría el cuerpo en oleadas, todo se desdibujó. El placer aumentó aún más hasta que, en una oleada especialmente fuerte, sentí que era el fin. El fin de la pasión, del placer, el fin... del sueño.

El cosquilleo que había sentido se transformó en una mano cálida que me acariciaba la espalda, pero no era la mano de Wes. Volví a sentir una punzada de placer entre las piernas cuando Wes se elevó y me sujetó las caderas con fuerza para clavarse más al fondo de mí. Me corrí otra vez, saltando sobre su polla, mientras él me bañaba el vientre con su semilla.

—Te echo de menos —susurré con la boca pegada a sus labios, y después los succioné, primero uno y después el otro.

Wes abrió los ojos.

—No te vayas. Te necesito —dijo al mismo tiempo que otra voz decía:

—Despierta, Mia. —Noté que una mano se curvaba sobre uno de mis pechos desnudos. Y no era la mano de Wes.

Wes sacudió la cabeza.

—Recuérdame.

Abrí los ojos y comprobé que ya no estaba desnuda y encima de Wes. Bueno, seguía estando desnuda, pero estaba tumbada en la cama. Una mano me apretaba el pecho y la otra iba descendiendo por el torso en dirección a la delgada línea de vello que tenía entre las piernas.

—Mmm, me gusta. Qué sexi —dijo una voz grave.

Un cuerpo pesado me estaba aplastando. El aire olía a manzanas y a cuero. Traté de apartarlo y noté el tacto de una tela de calidad.

Aaron se incorporó un poco y me miró. Sus ojos eran dos pozos de lujuria.

—Estás despierta. —Sonriendo, se levantó.

Yo cogí la sábana y me cubrí el pecho con ella.

—¿Qué estás haciendo aquí y por qué cojones me estabas tocando?!

Aaron hizo rotar los hombros, dejando caer la chaqueta del traje. La dobló y la depositó con cuidado en una banqueta que había a los pies de la cama. El lado racional de mi cerebro no funcionaba correctamente tras una noche de borrachera y de sexo desenfrenado con Wes, aunque hubiera sido en un sueño.

—No finjas que no estabas disfrutando —replicó él con una sonrisa irónica—. Estabas gimiendo, suspirando, lamiéndote esos dulces labios. —Se aflojó el nudo de la corbata—. Te estabas frotando las piernas con lascivia, lista para que te penetrara. Admito que estabas de lo más seductora. —Se quitó la corbata, la dejó sobre la chaqueta y comenzó a desabrocharse los botones de la camisa.

Yo parpadeé varias veces, tratando de librarme de las telarañas que se habían adueñado de mi mente.

—¿Qué haces?

Se había abierto la camisa, dejando al descubierto una gran superficie de carne. Tenía el torso amplio, los abdominales muy marcados y el pecho cubierto por una mata de vello. Si no hubiera estado tan confusa, medio dormida y borracha, habría reaccionado mucho antes.

Con la camisa bien abierta, apoyó una rodilla en la cama. Yo abrí mucho los ojos.

—Había quedado con mi padre, pero ahora está ocupado. —Avanzó por la cama de rodillas—. Me ha dicho que tardaría un rato, así que he pensado que debía ser un buen anfitrión y venir a ver cómo estaba nuestra invitada. —Aaron me atrapó, colocando un brazo a cada lado de mis caderas—. He venido y me he llevado una sorpresa muy agradable al encontrarte desnuda, revolviéndote, necesitada de que un hombre te libere de la tensión que estás sintiendo. —Con un dedo me recorrió el brazo, desde el hombro hasta el puño, con el que continuaba aferrando la sábana.

Estaba temblando, y no precisamente de excitación.

—Aaron —dije con voz trémula y los ojos entornados—. No me encuentro bien. Anoche tu padre y yo bebimos demasiado. Necesito dormir la mona. No deberías haber entrado sin llamar.

Él se inclinó hacia mí y me pasó la nariz por el pelo, inhalando mi aroma. Se me puso la carne de gallina en todo el cuerpo mientras empezaban a sonar campanas de alarma en mi cabeza.

—He llamado, pero no has contestado.

—Porque estaba durmiendo.

—Lo sé, pero ahora estás despierta. Muy despierta y muy desnuda. Creo que deberíamos hacer algo al respecto.

Bajó la cabeza y me besó en el cuello.

—Mmm, qué dulce sabes. Como la miel.

«Como la miel.»

Tragué saliva pero no sirvió de nada, y noté que la náusea ascendía rápidamente por mi esófago. O se apartaba enseguida o le vomitaría encima y le estaría bien empleado. Le di un empujón en el pecho y salté al suelo con el tiempo justo para coger la papelerera que Kathleen me había dejado junto a la cama y soltar todo el desayuno.

—Joder, no era una excusa —dijo asqueado.

Mientras vomitaba en la papelerera, tosiendo y ahogándome, no hizo el menor ademán de ayudarme. Oí ruido de ropa y esperé que se estuviera poniendo la chaqueta y no quitando los pantalones.

—¡Kathleen! —bramó Aaron—. ¡Kathleen, ven aquí. Mia está devolviendo! —gritó, taladrándome el cerebro con su voz.

El sonido de unos pasos apresurados resonó en el pasillo, cada vez más cerca. Kathleen, como siempre impecable con sus zapatos de tacón, entró a toda prisa en la habitación.

—Oh, Dios mío. Pobrecilla.

Me apoyó la mano en la espalda, y la sensación de su palma fría fue muy reconfortante. Todo lo contrario de la sensación que me había provocado el contacto de las manos de Aaron.

—Ocúpate de ella. Yo estaré con mi padre. Hasta otra, Mia —se despidió él con frialdad antes de marcharse.

Yo volví a sufrir una arcada. Tras varios minutos de intentar vomitar, sin éxito porque no me quedaba nada en el estómago, Kathleen me acompañó a la ducha.

—Querida niña, me temo que tienes una intoxicación etílica. Creo que deberíamos llevarte a urgencias.

Negué con la cabeza.

—No tengo seguro médico. —Tal vez sí lo tenía ahora que trabajaba para mi tía Millie, pero no se me había ocurrido preguntárselo. Debería informarme. De todos modos, no pensaba ir al hospital por unas copas de más—. No pasa nada. Sólo tengo que dormir, comer y beber agua. Eso y no volver a tocar el alcohol en una década.

Ella me dirigió una sonrisita.

—Vale, cariño, volvamos a la cama.

Kathleen me ayudó a ponerme unas mallas. Insistí en ponerme sujetador debajo de la camiseta. No pensaba volver a dormir desnuda en esa casa.

—¿Qué hacía Aaron en tu habitación mientras tú vomitabas desnuda en la papelera? —me preguntó Kathleen, sin rastro de crítica en su voz.

Yo tragué saliva y suspiré.

—Creo que le gusto o algo. Pero, la verdad, lo que ha hecho no ha estado bien. Me ha tocado mientras dormía. Es asqueroso —dije estremeciéndome.

Ella abrió mucho los ojos y supe de inmediato que debería haber mantenido la boca cerrada. Noté que me ruborizaba, desde el pecho, pasando por el cuello y hasta llegar a las mejillas. Kathleen frunció el ceño y entornó mucho los ojos. Apretó tanto los labios que se le volvieron de color blanco antes de preguntar:

—¿Te ha tocado mientras dormías?

—Eh..., no es lo que estás pensando. —Bueno, técnicamente sí que lo era, pero no quería crear un conflicto familiar.

—Eso es acoso sexual. ¡Su padre se va a poner furioso! —exclamó en un tono de voz tan afilado que podría haber cortado cristal.

Negué con la cabeza y le apoyé las manos en los hombros.

—No pasa nada; en serio, estoy bien. Se pasó un poco de la raya, pero coqueteamos cuando nos conocimos y supongo que se hizo una idea equivocada. He controlado la situación y no ha sucedido nada. No hace falta armar un escándalo. No volverá a ocurrir.

—Mia —empezó a decir Kathleen con una mirada fría como el hielo, pero yo la interrumpí.

—No, Kathleen. Está todo controlado. No debería haberte dicho nada. No te preocupes más.

Eso no era del todo cierto, pero lo sería en cuanto me librara de la resaca y pudiera hablar con calma con el joven Shipley.

Ella respiró hondo y encorvó los hombros.

—¿Estás segura? Warren nunca consentiría que un hombre tocara a una mujer sin el permiso de ésta, y menos bajo su techo.

Yo asentí convencida.

—Lo sé. Lo entiendo. Supongo que él creyó que yo lo había invitado y aceptó esa supuesta invitación en un mal momento. Eso es todo. No pasa nada. Estoy bien. Hablaré con él. —Me acerqué un poco más a ella y la miré fijamente a los ojos—. Yo me ocuparé de esto, ¿vale?

Ladeó la cabeza y me abrazó.

—Vale, aunque si necesitas alguna cosa, avísame, ¿de acuerdo? Lo que sea.

Me dio unas palmaditas en la espalda como si fuera su hija. Me pregunté si tendría hijos propios, pero no me pareció un buen momento para comentárselo.

—Lo haré. —La abracé, disfrutando de la sensación de protección que me ofrecían sus maternales brazos.

Tan pronto como Kathleen me dejó sola —después de recoger el desastre que yo había provocado—, me senté en la cama y apoyé la cabeza entre las manos. ¿Hasta dónde habría llegado Aaron si no hubiera vomitado? ¿Habría sido capaz de aprovecharse de mí? La escena se repitió una y otra vez en mi cabeza, como si tuviera un botón de rebobinado. ¿Se habría detenido si yo se lo hubiera pedido? Aparté todas esas ideas de mi mente. Pensar en ello sólo iba a servir para que tuviera todavía más dolor de cabeza. Cuando encontrara un buen momento, hablaría con él. Le haría entender que lo que había hecho no estaba nada bien y que, aunque podría haber habido algo entre los dos, habíamos perdido la oportunidad de explorarlo y nunca la recuperaríamos.

Pensé en el sueño con Wes. No sabía cómo interpretarlo. Seguro que había sido culpa de la sesión de sexo vía móvil que habíamos mantenido la semana anterior. De eso y del alcohol, que se habían mezclado y habían jugado con mi subconsciente. ¿No? Pero es que había sido un sueño tan real que aún me estremecía de excitación al recordar las cosas que habíamos hecho.

Gruñí, busqué el teléfono y llamé a mi chica.

—Eh, ¿tienes telepatía o algo? —me soltó malhumorada.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, espabilándome de golpe.

Gin no era una persona quejica. Si le pasaba algo, lo decía abiertamente. No era de las que se guardaban los problemas y los hacían crecer a base de darles vueltas en la cabeza.

Ginelle chasqueó la lengua.

—Estaba aquí sentada con un cigarrillo entre los dedos, resistiéndome a encenderlo. —Conocía ese tono de voz. Arrepentimiento.

Cerré los ojos.

—Gin, cariño, ¿cuánto hace que no fumas?

—Tres meses, dos semanas y dos días —recitó como si llevara la cuenta, igual que si fuera un alcohólico en rehabilitación.

—Y lo estás haciendo tan bien. No lo hagas. Eras tan feliz por haberlo dejado. ¿Recuerdas cuando me escribiste para contarme lo delicioso que era el sabor del

bombón de mantequilla de cacahuete? ¿Recuerdas que me dijiste que era como si lo hubieras descubierto por primera vez ahora que habías recuperado tus papilas gustativas?

Ella suspiró hondo.

—Sí, estaba delicioso. Aún no me creo lo bueno que estaba. Es que no hay nada tan bueno como un bombón Reese. Es la cosa más perfecta del mundo mundial.

—Es verdad.

—Y después de dejar de fumar sabía muchísimo mejor. Realmente el tabaco mata las papilas gustativas —dijo repitiendo mis palabras con convicción.

—Y no te olvides de que a los chicos sexis no les gusta follar con fumadoras.

Ése era mi as en la manga. Gin era adicta a los chicos sexis, y no iba a arriesgarse a perder la posibilidad de ligar con alguno por culpa del tabaco.

Desde la distancia me llegó un gruñido largo y profundo, seguido del sonido de grava.

—¿Qué ha sido eso?

—He tirado el cigarrillo y lo he pisado. He estado a punto de perderme un montón de besos de chicos sexis. Eres mi mejor amiga.

Ladeé la cabeza y sonreí.

—Eh, alguien tiene que protegerte y asegurarse de que no pierdas oportunidades con los tíos buenos.

—Es que te echo de menos y echo de menos a Maddy.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

—Ahora Maddy tiene a Matt y ya nunca estamos juntas. Tú estás lejos, y las chicas del show son unas zorras rabiosas. No sé... —Su voz sonaba triste, desanimada—. Me lo pasé tan bien en Hawái con vosotras dos, pero luego te fuiste a Washington con tu vejistorio, Maddy volvió con su novio y yo me he quedado aquí, con los capullos que no hacen más que babear.

—¿Te sientes sola?

Tardó unos segundos en admitirlo.

—Sí, me siento sola. Está siendo un año muy duro. Cuando te fuiste a California, pensé que lo llevaría bien, que iría a visitarte a menudo, pero ahora... A veces siento que no podré salir nunca de Las Vegas.

—Te irás, cariño, si es lo que quieres. ¿Qué te parece esto? Cuando yo acabe este año, no importa dónde acabe, tú te vienes conmigo.

—¿Incluso si te vas a vivir con uno de los tipos?

Me eché a reír.

—Sí, también. Aunque no hace falta que vivamos bajo el mismo techo, ¿no?

—¡No! No quiero tener que compartir baño contigo, guarra. Eres un desastre. Nadie querría compartir casa contigo.

«Por eso el hombre que elija tiene que tener servicio. Judi se ocupará de todo.»

—Joder —exclamé al darme cuenta del rumbo que habían tomado mis

pensamientos.

—¿Qué pasa? —Esta vez fue ella la que se preocupó.

Cerré los ojos, sin saber si estaba preparada para admitir lo que acababa de pensar. Joder, Ginelle era mi mejor amiga. Era la única persona en el mundo con quien podía compartirlo. Ella me daría su opinión sincera.

—Cuando has dicho lo del baño...

—No pienso pedirte disculpas. Es la pura verdad.

—Ya lo sé. Cuando lo has dicho, he pensado que Wes tiene a Judi, que se ocupa de mantener su casa siempre perfecta, y que por eso yo no tendría que preocuparme por esas cosas.

Gin contuvo el aliento.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo vas a resistir el resto del año pensando así?

Gruñí y me pasé la mano por el pelo.

—Lo sé. Y eso no es lo peor.

—¿Cooooomooooo? Ya lo estás soltando todo, venga.

—La semana pasada nos lo montamos con fotos y mensajitos, y hoy he tenido un sueño húmedo increíble —le dije a toda velocidad, como si por decirlo rápido fuera a ser menos grave.

—¿Hicisteis *sexting*? ¡Uau! ¿Me puedes pasar la conversación?

—¿En serio? Yo aquí desnudando mi alma y a ti sólo te interesa leer los mensajes. ¡Será posible! ¿Eres mi amiga o qué? Si lo eres, empieza a actuar como tal.

—Oh, vale, vale, no te sulfures, me he distraído un momento. Es que el *sexting* es sexi. Ahora en serio, ¿te lo pasaste bien?

—Sí, pero no estamos hablando de eso.

—Ya, pero ¿te lo pasaste bien? —insistió.

—Sí, los dos nos lo pasamos muy bien.

—Y, en el sueño, ¿te lo has pasado bien?

Me eché a reír y respondí con honestidad.

—Sí.

Me lo había pasado muy bien hasta que me desperté, pero esa parte no iba a contársela a Gin. Conociéndola, si se lo contara, echaría mano de la tarjeta de crédito para venir y patearle el culo a cierto senador.

—¿Sientes como si le debieras algo, como si tuvieras que guardarle fidelidad? —Mientras pensaba en ello, Gin añadió—: Y él, ¿piensa dejar de verse con la actriz?

—No, no van a dejarlo. Vamos, que yo sepa. —Sólo oír a mi amiga hablar de ella me dolía como si me clavaran una estaca en el corazón. La rabia hizo que me sofocara.

—Resumiendo, ¿os lo pasasteis bien juntos?

—Sí —respondí sin saber adónde quería ir a parar.

—Entonces ¿por qué complicas las cosas? Déjalo ahí, en un poco de diversión. Pensaba que habías aprendido a tomarte las cosas tal como venían gracias a Tai.

Mi mejor amiga tenía razón. Mucha razón. Incluso Wes me había dicho algo parecido: que disfrutáramos de lo que teníamos, que recordáramos los momentos buenos. Uf, qué buenos momentos habíamos pasado juntos.

—Tienes razón, pero es que me cuesta mucho. Cuando estoy con los demás, me centro en ellos al cien por cien, pero cuando me marcho, me olvido de ellos. Sin embargo, con Wes es distinto. Siempre hay una parte de él conmigo que nunca me abandona del todo.

—Estás enamorada —dijo Ginelle, enunciando lo que le parecía una obviedad.

Instantáneamente, el pánico se apoderó de mi cuerpo y de mi subconsciente. Hasta el aire que me rodeaba se cargó de energía nerviosa. Incapaz de responder, opté por la salida más cobarde.

—Gin, tengo que dejarte. El jefe me reclama. Te quiero, zorrón. Te llamaré pronto. ¡Adiós!

Con dedos temblorosos, pulsé el botón de finalizar la llamada.

Pasé un buen rato dando vueltas a las palabras de Ginelle. ¿Estaba enamorada de Wes? Era obvio que sentía algo por él; algo fuerte, más fuerte de lo que nunca le admitiría, pero no me atrevía a llamarlo *amor*. Cuando estaba con Alec, Mason, Tony, Héctor o Tai, pronunciaba las palabras «te quiero» constantemente, sin problemas, pero con Wes era distinto. ¿Por qué? ¿Qué me lo impedía? Supuse que, en algún lugar de mi subconsciente, sabía que si pronunciaba esas palabras cada vez abrigaría más esperanza y me sentiría más atada a él. No sería tan libre para explorar nuevas relaciones y se me haría mucho más duro terminar el año, teniendo que estar cada mes con un tipo distinto hasta acabar de pagar la deuda de papá.

Aunque lo que había entre Wes y yo era muy real, no pensaba admitirlo ni borracha. Pronunciar las palabras sería la sentencia de muerte de nuestra relación. Al menos, tal como era en ese momento. Podía sobrevivir, pero para eso tendríamos que replanteárnoslo todo. Y, con seis meses de trabajo como escort por delante, no podía permitirme el lujo de atarme a un solo hombre. A menos que estuviera dispuesta a permitir que Wes abonara el resto de los pagos a Blaine.

Y no lo estaba. Por muy tentadora que fuera la idea, sabía que, si caía en la tentación, lo lamentaría el resto de mi vida. Me sentiría en deuda con él. ¿Y si lo nuestro no salía bien? Habría pagado un millón de dólares —bueno, a esas alturas ya era medio millón— para liberarnos de la deuda a mí y a mi familia. ¿Cómo iba a abandonarlo? Y, si dejaba el trabajo como escort, ¿cómo iba a conseguir tanto dinero para devolvérselo a Wes y no sentirme atada a él?

Imposible. Gracias a mi tía, tenía la oportunidad de reparar los errores de mi padre y de librarme de la culpabilidad que sentía por haberle presentado a Blaine. Tenía que aprovechar la ocasión que me daba la vida y cumplir los contratos hasta final de año.

Mia Saunders era una escort y lo seguiría siendo durante los siguientes seis meses. Acabaría de pagarle la deuda al capullo de mi ex, me aseguraría de que mi hermanita continuara estando feliz con Matthew y luego ya vería lo que hacía con el resto de mi vida.

Decidida, me dirigí al armario y examiné la ropa. Me fijé en un vestido ceñido, en color dorado. Era perfecto para la gala benéfica que se celebraba esa noche. Warren y yo íbamos a viajar a Nueva York en avión. Nos quedaríamos varios días y él aprovecharía para reunirse con unos cuantos ricachones influyentes. Las empresas Shipley tenían una delegación en la gran manzana, lo que facilitaba las cosas. Yo ya había estado en Nueva York, con Mason, pero igualmente me hacía mucha ilusión volver. Ya sólo me quedaba una semana de estancia con los Shipley y luego me iría a mi siguiente destino. Lo que me recordó que aún no había hablado con mi tía.

En vez de esperar a que me llamara, la llamé yo. Mientras telefoneaba, fui sacando ropa del armario y la fui colocando en la cama. Kathleen me había dicho que

dejara allí todo lo que quisiera llevarme. Tal como lo había dicho, me había dado la sensación de que ella no nos acompañaría. No acababa de entenderlo. Tendría que preguntárselo a Warren. Desde que nos habíamos emborrachado juntos tras el éxito con los Benoit, nuestra relación era más fluida.

—Exquisite Escorts, oficina de la señora Milan, le habla Stephanie. ¿Puedo ayudarlo? —me respondió una voz animada.

Puse los ojos en blanco. Cada vez que oía el nombre falso de mi tía, recordaba lo falso que era todo en ese negocio. Que no me malinterprete nadie: estaba muy agradecida de formar parte de la plantilla de la empresa de mi tía, lo que me iba a permitir pagar la deuda de mi padre, pero no era algo que habría elegido hacer si no me hubiera encontrado en la situación de tener que ganar mucho dinero en poco tiempo.

—Hola, Stephanie. Soy Mia, la sobrina de Millie. ¿Está mi tía?

—¿Millie? ¿Quién es Millie?

Suspirando, me llevé la palma de la mano a la frente.

—Perdón, Millie es un apodo con el que llamo a mi tía. Me refería a la señora Milan —mentí.

—Ah, sí, claro. Qué gracioso. Un momento, que la aviso. —Su tono, exageradamente dicharachero, me ponía nerviosa. Me hacía venir ganas de cogerla por la garganta, arrancarle al pájaro que tenía allí y dejarlo en libertad—. La señora Milan la atenderá enseguida.

Yo quería decirle: «Normal, es mi tía», pero en vez de eso me limité a responder:

—Gracias, Stephanie.

—De nada —añadió ella, con una risita molesta, antes de que la voz de mi tía la sustituyera.

—Mia, preciosa. ¿Cómo está mi sobrina y escort favorita?

Yo alcé mucho las cejas.

—¿Ahora soy tu escort favorita?

—Por supuesto que lo eres. Me estás haciendo ganar mucho dinero con tus excursiones mensuales. Ojalá te hubiera hecho contratos de quince días, cargando setenta y cinco mil dólares por cada uno.

Aunque no me vi, estoy segura de que los ojos estuvieron a punto de salirseme de las órbitas como si fuera un muñeco de goma de esos antiestrés.

—¿En serio?

—Sí. No sólo tienes clientes esperándote para el resto del año, sino que además ahora hay lista de espera. Hay seis caballeros que me han pedido que los avise si tienes alguna cancelación.

Pestañeeé lentamente mientras mi mente procesaba la información.

—No doy crédito. No me puedo imaginar que nadie quiera pagar cien mil dólares por disfrutar de mi compañía. Pero que haya hombres en lista de espera... ¡es totalmente de locos!

—Hummm, eso demuestra que la buena compañía es difícil de encontrar. Sobre todo cuando esa persona en cuestión sabe estar en los sitios, ayuda en los negocios y siempre tiene una presencia espectacular. ¿Qué tal te trata la capital de la nación?

Me senté junto a la ropa y acaricié la tela de uno de los vestidos. La calidad era excepcional y estaban hechos a medida, por lo que me sentaban a la perfección. Cada vestido era una pieza única. Cuando me los ponía, sentía una confianza en mí misma que no tenía cuando iba vestida con pantalones de chándal y camiseta. Eso de que uno debe vestirse para el trabajo que quiere conseguir y no para el trabajo que tiene era una verdad como un templo.

—Bien. Creo que Warren está contento.

—Oh, no tengas ninguna duda. Está muy contento. Recibí el pago de la cuota una semana antes de lo acordado más veinticinco mil dólares extras. ¿Hay algo que no me hayas contado, sobrina?

—Pero ¿qué coño...? —Me quedé de piedra. No había ninguna razón que justificara ese dinero extra—. No me he acostado con él. No tengo ni idea de por qué te lo envía. Tal vez se haya equivocado...

Oí que mi tía tecleaba furiosamente en su ordenador. Yo tenía el móvil agarrado con tanta fuerza que me estaba clavando las uñas en la mano.

—No, ah..., ya lo veo. Es un bonus.

—¿Un bonus? Pues sígo sin entenderlo.

—La letra pequeña dice que si el cliente está muy satisfecho por algún servicio excepcional prestado, puede agradecerlo en forma de bonus. —Mi tía se echó a reír—. Normalmente ésta es la vía que utilizamos para cobrar el dinero correspondiente a clientes con los que te has acostado, pero en este caso Warren especifica que el dinero te lo has ganado por haber conseguido una beneficiosa colaboración comercial.

—Ah, los Benoit —susurré.

—¿A qué te refieres, cariño?

—Oh, me hice amiga de una de las otras chicas y ella convenció a su esposo para que dejara que Warren usara sus puertos para algo que necesita para su proyecto. No sabía que fuera tan importante para él como para enviarme un bonus.

Inmediatamente decidí a qué destinaría ese dinero: pagaría la boda de mi hermana con el hombre de sus sueños. Al menos, diez o quince mil dólares los guardaría para darle la boda del siglo, pagada por su propia familia, no por la de él. Los Rains eran fantásticos, y sabía que consideraban a Maddy como a una más, pero ella seguía siendo mi hermana. Y hasta que ese anillo estuviera en su dedo, se hallaba bajo mi responsabilidad. ¡Qué ganas tenía de explicárselo!

—Bueno, y ya verás cuando te cuente quién es tu próximo cliente. Te va a encantar.

Crucé los dedos.

—Por favor, dime que es joven, que está bueno y que me toca ir a un lugar cálido.

—Oh, cariño, mis palabras no le harían justicia. Voy a enviarte una foto por

email. —Volví a oír el sonido de sus uñas aporreando el teclado—. Se llama Anton Santiago pero, no te lo vas a creer, se hace llamar *Latin Lov-ah*.

Se echó a reír, y supongo que se tapó la boca con la mano, porque la risa me llegó como amortiguada.

—¿Latin Lov-ah? Y ¿por qué demonios se hace llamar de ese modo?

—¿No te ha llegado la foto?

Pulsé el botón de altavoz.

—Te he dejado en altavoz. Voy a abrir el correo.

Abrí la cuenta de Gmail y eché un vistazo a su correo. Una foto llenó la pantalla. ¿Eso que dicen de que una imagen vale más que mil palabras? Pues me pareció más cierto que nunca.

—Oh, Dios mío, menudo pedazo de latino. Está buenísimo. ¿Es mi cliente? ¿No es...?

—Sí, es un cantante de hip-hop, muy famoso, por lo que parece —dijo mi tía, aunque no la escuché demasiado. Estaba ocupada lamiendo mentalmente la pantalla del teléfono.

El hombre de la foto llevaba vaqueros oscuros, anchos y caídos, que mostraban un buen trozo de los calzoncillos, en concreto, una franja roja con las letras M&S escritas en negro, que eran la marca de Mark & Spencer fuera del Reino Unido. Héctor, mi mejor amigo, me enseñó lo suficiente sobre marcas para desenvolverme sin problemas. La divina banda de algodón ceñía la atractiva cintura esbelta de Anton. Viajé con la mirada por su torso, ascendiendo por la escalera que formaban sus abdominales húmedos de sudor hasta llegar a los dos cuadrados que eran sus pectorales. Tenía los músculos del cuello en tensión, ya que estaba apoyado en lo que parecía ser una barra para hacer flexiones, y llevaba las muñecas vendadas con las cintas blancas que suelen usar los boxeadores.

Todo eso era absolutamente delicioso, pero nada comparado con la maravilla que era su cara. Los ángeles podrían llorar viendo un rostro tan hermoso. Tenía la piel de color canela, que contrastaba con el pelo negro y los ojos pardos, una mezcla entre verde y marrón, pero bastante claros. Eran casi tan increíbles como los míos, de color verde pálido. Y no estaba siendo engreída. Llevaba toda la vida oyendo decir que mis ojos eran increíbles. Prácticamente todos los días me lo decía alguien, aunque no me conociera de nada. Y el hombre de la foto, el señor Latin Lov-ah, tenía unos ojos deslumbrantes.

Miré la fotografía en su totalidad. Llevaba una aparatosa cadena de oro colgada del cuello con un pesado colgante en forma de corazón cubierto de diamantes que le quedaba a la altura del esternón. En cualquier otra persona habría quedado ordinario, chabacano, pero a él le otorgaba personalidad. Redondeaba la imagen de amante latino que afirmaba ser. Sus morritos carnosos se fruncían en una sonrisa muy sexi. Sólo con ver la foto me vinieron ganas de probarlos.

—Ay, ¡qué riiiiiiico! —exclamé, exagerando el acento latino.

Millie se echó a reír.

—Imaginaba que te gustaría. ¿Me perdonas por haberte mandado a casa del vejstorio? —Se refería a Warren, mi cliente de sesenta y cinco años.

—¡Oh, sí! ¡Estás perdonada! ¡Ya te digo si estás perdonada...!

—Bien, te enviaré los detalles y me ocuparé de todo. Esta vez vas a Miami, Florida. —«¿Miami?» Quise gritar de alegría, pero me contuve—. ¿Alguna cosa más? —me preguntó Millie.

—Sí, una cosa. ¿Para qué me contrata?

Mi tía guardó un silencio sospechoso. Me recliné contra la cabecera de la cama.

—¿Tía?

—Quiere que protagonices su nuevo vídeo, un single que saldrá dentro de unos meses.

—¿Un vídeo? ¿Te refieres a un vídeo musical... de ésos en los que hay que bailar y actuar? —Lo de actuar no me preocupaba, al contrario, pero lo de bailar...

—Sí, cariño. Tú haz lo que te pidan. No sé. Ponte estupenda, finge estar enamorada del señor Lov-ah, baila, ya sabes..., esas cosas que a los jóvenes les gusta ver en los vídeos ahora.

Solté un gemido que parecía el de un gato agonizando.

—Tía, no sé bailar.

Ella chasqueó los labios.

—Bueno, pues que te enseñen, ¿no? Ese tipo te quiere a ti en su vídeo. Vio los cuadros de la exposición «Amor en lienzo». Al parecer, fue uno de los compradores. También ha visto imágenes de la campaña de bañadores que rodaste en Hawái. Cuando te buscó en internet y encontró fotos tuyas con Weston Channing y con Mason Murphy, acabó de convencerse de que eras la chica que buscaba para el rodaje.

Sacudí la cabeza, hinché las mejillas y solté el aire ruidosamente.

—Bueno, vale, sobre la marcha. Al menos, Miami suena divertido.

—Me alegro de que te lo parezca, preciosa. Debo dejarte; tengo un cliente en espera.

—Vale, pero ¡un momento! Tengo que decirte una cosa: Maddy está prometida.

—¿Perdonaaa? Hace poco le envié un regalo por su cumpleaños. Una tarjeta Starbucks con la que podrá tomar café al menos durante un año. Acaba de cumplir veinte años. ¿Qué quieres decir con eso de que está prometida? —Su tono de voz era un tanto hostil, lo que no me extrañó. Millie no creía en la santidad del matrimonio. Joder, ni siquiera yo creía en él después de ver lo mal que lo habían pasado mis padres y mi tía.

—Dice que está enamorada. Acaba de mudarse con su novio. Me lo presentó, y a su familia también. Son muy... majos. Gente normal. Como esas familias que salen por la tele.

—Ésas son siempre las que están más jodidas —replicó mi tía, que no solía usar

ese tipo de vocabulario.

—Lo sé, pero me causaron buena impresión. Además, piensan acabar los estudios antes de casarse.

Millie resopló; se notaba que las noticias no le habían hecho ninguna gracia.

—A menos que se quede embarazada antes. Si no va con cuidado, su sueño de ser científica se irá al garete. Y, con él, todo el esfuerzo que estás haciendo para pagar sus estudios. ¡Puf! Todo desaparece por el desagüe y su lugar lo ocupa una bola de carne que sólo sabe llorar, cagar y moquear, y que te ata para el resto de tus días.

—Vaya, no te cortes, tía. Puedes decir lo que piensas en realidad —repliqué con ironía, tratando de recuperar el tono desenfadado de la conversación.

—Es que creo que es demasiado joven para comprometerse con un capullo universitario con la pistola cargada de amor.

Contuve la risa y busqué la mejor manera de enfocar la situación.

—Me aseguraré de que controle bien el tema de los anticonceptivos. Pero estoy convencida de que acabarán los estudios, tía. Además, me alegro de que Maddy ya no viva sola. Era un tema que me preocupaba bastante.

—Si es por el dinero, yo ahora mismo le envío lo que necesite...

—No, no es por el dinero. Estamos hablando de que ahora Maddy está enamorada y acompañada. Nuestro barrio no es muy seguro, y estaba viviendo allí sola. Ginelle se pasaba a menudo para asegurarse de que todo iba bien, pero, como has dicho, es muy joven. Y además es bonita y muy ingenua. No quiero que nadie le haga daño. Si jugar a las casitas con su prometido la mantiene a salvo, apoyo la moción.

La tía Millie suspiró con más fuerza que antes.

—Lo entiendo; es que me preocupo por ella.

—Yo también, pero todo va bien; te lo prometo. Te iré informando.

—Sí, por favor.

—Te quiero, tía Millie.

—Yo también te quiero, querida niña —replicó antes de colgar.

Joder, joder. La llamada había sido mucho más incómoda de lo que me había imaginado. Pero, en fin, tenía que centrarme en lo bueno. Y ese sexi Latin Lov-ah estaba un rato bueno. Tomé nota mental de bajarme canciones suyas al iPod para ir escuchándolas en el avión y familiarizarme con su música antes de llegar. Al fin y al cabo, iba a ser el rostro de su nuevo videoclip. Lo malo era que yo no tenía ni una gota de sangre latina en las venas, y lo de bailar se me daba fatal. Ni siquiera entendía la jerga que usaban en ese tipo de canciones. ¿Qué demonios quería decir «levanta el techo» o «deja caer el culo como si te quemara»? Una vez había bailado una canción que decía: «Ella se dejó caer al suelo y, como quien no quiere la cosa..., la pava empezó a bajar, bajar, bajar, bajar, bajar». ¿Qué tenía de sexi dejarse caer al suelo y empezar a bajar? ¿La mujer estaba sentada o de rodillas? Si me la imaginaba de rodillas haciendo una mamada, vale, eso podía ser sexi, pero no creía que ése fuera el movimiento de moda en las pistas de baile.

Bueno, lo mejor iba a ser que buscara los vídeos en YouTube para dejarme caer al suelo y bajar, bajar, bajar sin hacer mucho el ridículo.

Cuando tuve todo cuanto necesitaba encima de la cama, me di una vuelta por la enorme mansión buscando a Kathleen o a Warren. Lo encontré a él en su despacho y llamé a la puerta suavemente. No quería asustarlo.

—Adelante —refunfuñó. Al verme entrar, dejó lo que estaba haciendo y me preguntó—: ¿Lista para volar esta noche?

—Sí. Quería hacerte una pregunta, si no te molesta.

Él alzó las pobladas cejas y me invitó a sentarme al otro lado del escritorio.

—¿Va a acompañarnos Kathleen a Nueva York?

Él negó con la cabeza.

—No, ¿por qué?

Esta vez fui yo la que alcé las cejas.

—Supongo que me extraña que no te lleves a tu novia contigo.

Warren dejó el bolígrafo sobre la mesa, unió las manos formando una pirámide y apoyó la barbilla en la punta de los dedos.

—La verdad, no se me ocurrió pensar que pudiera tener ningún interés en venir.

—¿Cuándo fue la última vez que hizo vacaciones?

Él desvió la vista hacia la ventana mientras pensaba.

—No lo recuerdo.

—Y ¿cuándo la invitaste a cenar fuera por última vez?

Se volvió hacia mí bruscamente.

—¿A cenar fuera? Ella me prepara la cena; forma parte de su trabajo. ¿Para qué iba a llevarla a cenar fuera?

Cerré los ojos y solté el aire muy despacio mientras contaba hasta diez.

—Warren, tal vez esto te suene un poco duro, pero lo digo por tu bien, y creo que lo entenderás. —Él frunció las cejas, haciendo que le apareciera una arruga sobre la nariz—. No la tratas bien.

Su expresión de sorpresa me sorprendió a mí. No entendía que eso le viniera de nuevo.

—No estoy de acuerdo. Kathleen puede hacer lo que quiera en la casa; duerme a mi lado todas las noches, compra las mejores flores, la mejor comida...

—¡Todo eso lo hace por ti! —exclamé sin poder contenerme más. Él abrió la boca y volvió a cerrarla en silencio—. Lo siento. —Me eché hacia adelante y apoyé la mano sobre la suya—. Warren, la tienes encerrada en esta casa. La tratas como a tu criada, no como a tu novia. No la invitas a citas; no le compras flores. —Él volvió a abrir la boca, pero lo interrumpí—: Dejas que ella compre flores, pero son para la casa. No es lo mismo que si un hombre te regala un ramo para demostrarte que le importas.

Warren se echó hacia atrás en la silla.

—Continúa. Es evidente que tienes más cosas que decir. Dilas.

Me pasé la lengua por los labios.

—Kathleen te ama; haría cualquier cosa por ti. Sin embargo, tú la mantienes encerrada en tu mansión, como si fuera un secreto del que te avergüenzas.

Se ruborizó vivamente.

—¿Kathleen te ha dicho eso?

Negué con la cabeza.

—No me lo ha dicho, pero no hace falta; se nota. Sales de casa cada día y la encuentras aquí siempre, esperándote. Dejas que te sirva la comida; no comes con ella; das por hecho que se acostará contigo todas las noches... ¿y encima esperas que le parezca bien?

—Yo, eh..., la verdad es que no sé cómo responder a eso, querida —admitió pasándose la mano por el pelo salpicado de canas.

—Veo cómo la miras. Estás enamorado de ella, ¿no?

Él respondió sin dudar.

—Claro que lo estoy. Hace años; nunca le sería infiel.

—Pues entonces, ¿por qué prefieres llevarme a mí haciéndome pasar por tu amiguita en vez de llevar a una mujer preciosa y elegante a la que le encantaría lucir vestidos bonitos y estar siempre a tu lado, apoyándote en todo? —Suspiré—. Llévala a cenar. Cómprale algo. Y regálale flores, aunque sean cogidas del jardín. —Señalé por la ventana—. Cuéntale lo vuestro a tu hijo. Deja de mantenerla escondida. La única cosa que quiere es estar contigo; pero estar contigo de verdad, en todas las facetas de la vida.

Warren asintió y se quedó mirando por la ventana, perdido en sus pensamientos. Esperaba que pensara en todo lo que le había dicho y que tomara alguna decisión al respecto. Tenía fe en él y confiaba en que tomara la decisión correcta.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—¿Mia?

El vello de la nuca se me erizó. Esperaba que no estuviera a punto de despedirme por ser una entrometida. Me volví hacia él y vi que me estaba dirigiendo una sonrisa cariñosa.

—Gracias por atreverte a poner a un viejo en su sitio.

Eso le valió una sonrisa radiante por mi parte.

—Ha sido un placer.

—Si ves a Kathleen, dile que venga a verme.

—Estoy segura de que vendrá encantada. —Le guiñé el ojo y salí de su despacho para ir en busca de su chica.

Las cosas estaban a punto de cambiar en casa de los Shipley, sin duda, para mejor.

Nueva York era todo lo que siempre había soñado; incluso más. La ciudad era un hervidero de gente, de luces, de edificios altísimos y, lo mejor de todo, de diversidad. Todas las nacionalidades, etnias, colores, credos... estaban representados y formaban parte de un conglomerado gigante de humanidad. Me encantaba. Adoraba el ruido, los cuerpos que empujaban, entretejiendo sus caminos como si fueran hámsteres en un laberinto, tratado de llegar al otro lado de a dondequiera que fueran. Era una auténtica experiencia; algo que nunca olvidaría. La ciudad era tan vibrante y llena de posibilidades que no podría olvidarlo aunque quisiera.

—Mia, cariño, ¿vienes? —preguntó Kathleen, sosteniéndome la puerta del lujoso hotel.

El Four Seasons era famoso por sus tarifas, sólo al alcance de millonarios y famosos. Me había enamorado de esa ciudad, que observaba con ojos de recién llegada. No me importaba estar aquí como un apéndice de mis clientes, en calidad de escort. No me importaba recibir miradas de desprecio, como si fuera una cazafortunas. No me importaba nada. En esos momentos, me sentía la mujer más afortunada del mundo por tener la oportunidad de experimentar algo que no podría vivir de otra manera.

—Sí —susurré con la mirada clavada en los altísimos rascacielos rectangulares acabados en punta.

Aunque todos los edificios eran parecidos, los arquitectos se encargaban de que cada uno de ellos tuviera su personalidad única en medio de las largas hileras de estructuras pegadas.

Alguien me agarró del brazo y tiró de mí.

—Vamos, urbanita, la vista desde el piso cincuenta te va a dejar boquiabierta.

—¿Estamos en la planta cincuenta? —pregunté con unos ojos como platos.

Kathleen se echó a reír.

—Ajá.

—¿Cuántas plantas hay?

Alargué el cuello buscando el final del edificio. No era demasiado ancho, pero tenía mucho encanto y personalidad. Se notaba que el arquitecto había dedicado muchas horas a diseñarlo. Era un edificio único, especial, de líneas redondeadas, como el morro de un buey, lo que le daba un aire menos agresivo, e iba descendiendo en anchura, lo que le daba un aire escalonado.

—Cincuenta y dos. A Warren no le ha hecho ninguna gracia que no nos dieran el ático, así que mejor no saques el tema. —Como si se me fuera a ocurrir protestar—. Algunos de los invitados al evento reservaron las dos plantas superiores para fiestas —siguió diciendo Kathleen mientras tiraba de mí para que entrara en el lujoso edificio.

Mis tacones resonaron con fuerza contra el suelo de mármol oscuro, que

recordaba a una telaraña gracias a las juntas, sorprendentemente blancas. Me llamó la atención lo blancas que estaban teniendo en cuenta la cantidad de gente que las pisaba al cabo del día y lo impredecible del clima de la ciudad. Mientras un botones nos acompañaba hasta los ascensores, reparé también en las columnas blancas repartidas por el amplio vestíbulo. Warren ya se había ocupado de hacer el *check-in* y nos esperaba junto al carrito del equipaje.

Cuando entramos en la suite, no pude decir ni una palabra. Nunca había visto nada igual. Era precioso.

—Diría que el alojamiento es de su agrado, señorita Saunders —bromeó Warren.

Permanecí en silencio, en shock. Todavía no había recuperado la capacidad de hablar. En vez de responder, asentí y di una vuelta de trescientos sesenta grados. Los colores predominantes en la decoración eran el blanco, el crema y el dorado, que le daban un aire etéreo y acogedor a la vez, como si la persona que llegaba pudiera sentarse allí y relajarse un rato, tal vez para siempre. Había ventanales en varias paredes, que ofrecían una visión muy amplia de la ciudad en todo su esplendor.

Todo en la habitación era resplandeciente. En un rincón, un piano negro y brillante parecía esperar a que alguien fuera a acariciar sus teclas de marfil. Me hizo venir ganas de tener conocimientos de música, pero no los tenía. Podía cantar lo justo por si necesitaba hacerlo en una película, pero no tenía un talento especial para el canto ni para la música. La verdad era que eso podía aplicarse a casi todas las facetas de mi vida: me defendía en todo, pero no destacaba en nada.

Kathleen iba de un lado a otro de la habitación, lanzando exclamaciones de asombro, sin soltarse en ningún momento del brazo de Warren. Fuera cual fuese la relación que hubiesen mantenido durante esos últimos años, por fin la habían sacado a la luz. Kathleen estaba radiante de felicidad. La alegría se le escapaba por todos los poros.

No sabía dónde me dejaba ese cambio en su situación y, francamente, me importaba muy poco. Mientras ellos dos fueran felices y su relación fuera hacia adelante —y siempre y cuando yo siguiera cobrando el dinero acordado—, todo era de color de rosa. Aunque lo cierto era que mi presencia en el evento de la noche siguiente y del resto de la semana se complicaba un poco. No sabía en calidad de qué iba a asistir: ¿su amante, su amiguita, su cita de esa noche? Y Kathleen, ¿nos acompañaría?

Sin embargo, me olvidé de todas esas cosas en cuanto vi el baño. ¡Menudo lujo y exuberancia! Entré embobada y recorrí la encimera de mármol blanco con el dedo antes de sentarme en el borde de la bañera cuadrada. Sí, he dicho *bañera cuadrada*, de la medida de una cama de matrimonio. Dos personas podían bañarse allí con comodidad. Bañarse o hacer todas las cochinas acuáticas que se les ocurrieran. Al verme en el espejo que había en la pared de enfrente, observé que mi reflejo tenía el ceño fruncido. Por una vez que tenía a mi disposición una bañera olímpica, no iba a poder practicar deportes acuáticos en ella. Suspiré y contemplé el ventanal que iba

del suelo al techo. Había un ventanal... ¡en el baño! Me imaginé que los cristales serían de los que se puede ver el exterior desde dentro pero no al revés. Si no, los *paparazzi* se pondrían las botas cuando se alojara allí algún famoso.

Al levantarme me di cuenta de lo cansada que estaba. Y no sólo físicamente, por el viaje, sino también a nivel emocional. Estaba cansada de no saber lo que hacía. Cansada de vivir en casa de desconocidos, aunque fueran tan amables y generosos y aunque casi todos ellos estuvieran tan buenos como el caramelo goteando sobre un helado de vainilla.

En ese instante, la realidad me golpeó en la cara, como si fuera hormigón convirtiéndose de pronto en la dura acera. Mi vida no era mía. Mi hermana pequeña se había ido de casa y estaba viviendo con un hombre al que yo sólo había visto una vez. Ni siquiera mi padre habría consentido eso si hubiera estado despierto. Mi padre, al que había dejado solo y comatoso en un centro para convalecientes. ¿En qué coño estaba pensando? Vale que todo lo que estaba haciendo era por su culpa y que debería haber estado enfadada con él, pero conocía a mi padre y él no habría permitido que me dedicara a eso. No habría permitido que me fuera de casa durante un año ni que Maddy hiciera lo mismo, tal vez para siempre, para poder pagar la deuda con el mafioso con el que en otro tiempo me acosté y al que creía amar. No, mi padre habría preferido que Blaine lo matara. Sé que habría tratado de impedir que llevara esa vida, la vida de una escort.

Sacudiendo la cabeza, entré en la habitación que Warren me indicó. Al mirar las blancas nubes por la ventana, recordé otra vez que había hecho eso mismo a casi cinco mil kilómetros de allí. Aquella vez, el dueño de la habitación era un hombre cuyos sentimientos me despertaban dudas. No sabía si sería capaz de amarme. Temía que se cansara de mí y me hiciera daño, como los anteriores. Y, si eso pasaba, mi fe en el sexo opuesto desaparecería por toda la eternidad. Aunque, para ser totalmente honesta, lo que más miedo me daba era que no estuviera a la altura del hombre que había fabricado a mi gusto en mis fantasías más secretas. Un hombre que lo tenía todo. El hombre enamorado, devoto y entregado con el que llevaba toda la adolescencia y la juventud soñando, pero que nunca había encontrado. Y ahora no sabía lo que éramos el uno para el otro, aparte de amigos con derechos. Lo que sabía era que me daba mucho miedo averiguarlo, al menos hasta que ese año acabara.

El objetivo estaba claro y lo estaba cumpliendo. Cada mes, Blaine recibía su pago. El dinero sucio llegaba a su cuenta corriente, lo que nos mantenía con vida a mi padre, a Maddy y a mí. De momento.

Si un grupo terrorista quisiera destruir la economía de Estados Unidos, lo único que tendría que hacer sería destrozarse Bryant Park esa noche. Todas las grandes organizaciones humanitarias se habían dado cita allí. Todas tenían casetas en la zona exterior, alrededor del área central cubierta de césped. Sobre la hierba brillaban

hileras de farolillos. Había mesas altas, cubiertas con manteles plateados cada cuatro metros aproximadamente, y con lamparitas decorativas. Y entre los invitados había directivos de todas las empresas importantes que uno pudiera imaginar. Estoy segura de que vi a Trump y a Gates entre un montón de famosos y políticos. Vi a estrellas de cine y tuve que contenerme para no perseguirlos como una fan histérica. Era un verdadero espectáculo para los más ricos entre los ricos.

Mientras contemplaba las luces y la gente y disfrutaba de la música que sonaba a través de altavoces invisibles, noté que alguien tiraba de mí y me levantaba del suelo. Quien fuera, me dio la vuelta en el aire y me abrazó con tanta fuerza que pensé que me iba a aplastar. Cuando el aroma de su colonia mezclado con el de su sudor me llegó a la nariz, sonreí.

—Suéltame, idiota —exclamé dando patadas mientras mi cuerpo descendía a lo largo de un torso firme y musculado que conocía muy bien, aunque no de manera íntima. Me agarró las mejillas y me encontré mirando unos brillantes ojos verdes.

Su pelo cobrizo brillaba a la luz de los farolillos. Le acaricié el cuello y los hombros.

—¿Me echabas de menos, bomboncito? —preguntó besándome la frente como lo haría un hermano.

—¡Mace! —Sonreí y lo abracé fuerte.

Era muy agradable ver un rostro familiar en ese mar de desconocidos. Me agarré a él como una sanguijuela, sin ganas de soltarlo nunca.

Mason me cogió las manos y me apartó un poco para mirarme a la cara.

—Pareces cansada —comentó.

Yo resoplé. Tenía que venir alguien de fuera para darse cuenta. Vale que Mason se había acabado convirtiendo en uno de mis mejores amigos, pero igualmente.

«Los demás no te conocen», dijo una vocecita en mi cabeza.

—¿Es ésa tu manera de decirme que estoy hecha una mierda? —protesté, y fruncí los labios.

Él me miró de arriba abajo, fijándose en el vestidito dorado que se ceñía a mis curvas como una segunda piel, y no estoy exagerando. Tan ceñido era que no podía llevar nada debajo. Una expresión nada propia de un hermano cruzó su rostro.

—No, no estoy diciendo eso. Tu cuerpo sigue siendo cien por cien follable.

Le di un empujón en el pecho y fingí que tenía arcadas.

—¿Dónde está Rachel? —le pregunté justo antes de verla acercarse a nosotros con su impecable aspecto de modelo de pasarela.

Mason la observó mientras volvía del bar con dos copas de champán. Llevaba un vestido precioso, corto y blanco. Estaba muy elegante, muy chic.

—Siempre cerca de mí, no lo dudes —me dijo pasándose la lengua por los labios mientras su mueca sexi se convertía en una sonrisa felina.

—Eres un tipo con suerte.

Él me guiñó el ojo y me dio un empujoncito con el hombro.

—Como si no lo supiera.

Cuando Rachel se aproximó un poco más, la cara se le iluminó. Su pelo rubio parecía brillar a la luz de los farolillos, y las mejillas se le ruborizaron de un modo muy atractivo. Tras darle las copas a Mason, me abrazó.

—Mia, ¿qué estás haciendo aquí?

Di un paso atrás y la examiné de arriba abajo.

—¿Yo? ¿Qué hacéis vosotros aquí?

Mace se encogió de hombros.

—Forma parte de la campaña de imagen. Es el mayor acto benéfico que se celebra este año. —Rodeó los hombros de Rachel con un brazo—. Mi relaciones públicas cree que asistir a este tipo de actos sirve para consolidar la imagen en la que hemos estado trabajando durante estos meses.

Rachel me dio una de las copas. Supuse que la había traído para Mason, pero a él no pareció importarle. Miraba a Rachel, me miraba a mí y sonreía.

—Tiene razón —repliqué yo, dándole un trago a la copa—. Gracias.

Durante un rato nos estuvimos poniendo al día. No tenía ni idea de dónde se habían metido Warren y Kathleen. Probablemente, él estaba presentando a su auténtica novia a todo el mundo. Yo estaba allí, básicamente, para evitar habladurías. Así, nadie podría decir que era un mujeriego que mantenía relaciones con varias mujeres a espaldas de su novia, o que lo habíamos dejado y que yo estaba enfadada con él. No queríamos que los Benoit se molestaran. Sé que estaba dando la imagen de ser alguien prescindible, pero todas las cazafortunas lo éramos. Nadie se iba a extrañar. Tal vez sólo el señor Benoit y su joven y embarazada esposa.

Como si hubiera conjurado su presencia al pensar en ella, vi que Christine Benoit me saludaba desde el otro lado del césped.

—Chicos, nos vemos dentro de un rato, ¿vale? Tengo que cuidar a unos conocidos de mi cliente.

Rachel volvió a abrazarme.

—Mia, no tuve la oportunidad de darte las gracias. No te imaginas lo importante que fue para mí lo que hiciste. Mace y yo te queremos como si fueras un miembro más de la familia, ¿vale?

«Como un miembro más de la familia.»

Mason me abrazó mientras Rachel se secaba la comisura de los ojos con el meñique.

—Es la pura verdad —me susurró al oído—. Te queremos como si fueras una Murphy más. Siempre que quieras escaparte o venir a visitarnos, avísanos y tendrás un billete a tu nombre. ¿Lo harás? —Mason dio un paso atrás y se agachó hasta que quedamos a la misma altura, ojos verdes contra ojos verdes. Yo asentí, con un nudo en la garganta—. Lo digo en serio. Me envías un mensaje diciendo que quieres venir, y tienes el billete al cabo de cinco minutos. ¿Queda claro?

Yo le dirigí una sonrisa.

—Queda claro, hermano. —Le guiñé el ojo y di un paso atrás.

Mason abrazó a Rachel por la cintura y la atrajo hacia sí. Formaban una pareja preciosa. Me pareció una imagen tan bonita que saqué el teléfono de mi diminuto bolso de mano y la immortalicé. Algún día, cuando tuviera un hogar propio, la imprimiría y la pondría en alguna pared, o sobre la chimenea. Sería un recuerdo del momento en que esas dos personas me habían dicho que era como un miembro de la familia para ellos, y que me querían.

Me despedí levantando la mano.

—Nos vemos dentro de un rato, chicos.

La pareja me devolvió el saludo y, a continuación, me dirigí hacia Christine cruzando el césped.

Mientras esquivaba a hombres vestidos con esmóquines y a mujeres ataviadas con modelitos de alta costura, pensé en lo que me habían dicho. Me querían y era una más de la familia. Dos personas con las que sólo había compartido un mes sentían que formaba parte de su familia. Evidentemente, no eran mi familia de sangre, pero sí lo eran por elección personal.

«Los amigos son la familia que elegimos.»

Sentía lo mismo por Tai, Tony y Héctor. Ellos también se habían referido a mí en esos términos. La conexión que tenía con Wes y con Alec era totalmente distinta; era mucho más íntima. Pero con todos los demás me había llevado algo que estaba haciendo que ese viaje de un año fuera tan especial. Todas las personas que pasaban por mi vida acababan ocupando un lugar en mi alma y en mi corazón. Esos hombres y mujeres permanecerían conmigo siempre. Mi familia no hacía más que crecer. Y, aparte de la razón más obvia —la deuda que debía pagar—, ellos se habían convertido en el motivo de mi viaje. Antes de que entraran en mi vida, mi familia se componía de cuatro miembros: papá, Maddy, Ginelle y yo. Y la tía Millie, claro, aunque la veíamos poco. Sin embargo, ahora tenía un montón de gente con la que mantenía el contacto de forma constante. Nos contábamos anécdotas divertidas por teléfono. Nos enviábamos emails. Pensaba en ellos cuando estaba en algún lugar y algo me los recordaba, igual que hacíamos con los miembros de la familia pero mejor, porque ellos me habían elegido voluntariamente.

Con una renovada sensación de paz, me acerqué a Christine, que me esperaba con los ojos abiertos. La diminuta y embarazada maníaca del sexo estaba preciosa con su pelo ondulado y su sonrisa radiante. Llevaba un vestido ceñido que acentuaba el pequeño montículo que crecía en su vientre. Tenía la mano apoyada sobre éste. Yo se la aparté y la volví de lado para admirar su silueta.

—¡Pero bueno...! ¡Si ya se te nota! —exclamé, y ella asintió con emoción.

—¡Lo sé! ¡Es increíble! —replicó entusiasmada—. Nos enteramos hace cuatro días y, de repente, la prueba de nuestro amor ya está a la vista de todo el mundo. ¡Y dentro de una semana ya sabremos si es niño o niña!

Francis Benoit se nos acercó y apoyó la mano en la tripita de su esposa.

—¿Cómo están mi gatita y este renacuajo?

Los ojos de Christine se iluminaron como un pastel con cien velas. Su lenguaje corporal delataba lo mucho que amaba a su esposo. Lo abrazó, atrayéndolo hacia sí, y le acarició la mano que había apoyado en su vientre. Era raro, poco convencional, y me daba un poco de grima ver cómo él la besaba en el cuello, pero ¿quién era yo para juzgarlos? Bueno, vale, tal vez los estaba juzgando un poquito, pero cualquier persona con dos dedos de frente habría hecho lo mismo.

—Le estaba contando a Mia que pronto conoceremos el sexo del bebé. —Él asintió y la besó en la sien—. Ah, y ¿sabes? Ya lo hemos organizado todo para que el proyecto de Warren pueda salir adelante.

Yo abrí mucho los ojos.

—¿Ya?

—Sí, Franny y yo sabemos que es muy importante y nos implicamos directamente. Pagamos horas extras a unos cuantos trabajadores para que agilizaran el proceso y todo está a punto. Cuando los productos y la gente lleguen, acabaremos de concretar los detalles.

Me pasé una mano por el pelo y lo sostuve en alto.

—No me puedo creer que hayáis hecho todo eso. ¿Lo sabe Warren?

—Acabo de contárselo. Te estaba buscando, por cierto. ¿Va todo bien entre vosotros? —me preguntó Francis, lo que me pareció curioso viniendo de alguien como él.

—Perfectamente. Gracias por preocuparte.

Volví a felicitarlos por el bebé y por su rápido trabajo y me volví en busca de Warren. Sin embargo, me encontré con la perfección hecha hombre vestido con esmoquin. El senador Aaron Shipley me estaba devorando con la mirada. Durante unos momentos disfruté de la admiración que vi en sus ojos mientras se abría camino a empujones entre los demás invitados, acercándose rápidamente. En la mano llevaba un vaso alto lleno de líquido ambarino. Cuando se hallaba a unos tres metros de mí, alzó el vaso y lo vació de un trago. Tenía los ojos vidriosos y la mirada amenazadora. Ya no me parecía un hombre atractivo ni sexi; ante mí estaba el depredador que me había acosado mientras dormía.

«Mierda.»

—Preciosa Mia, parece que tu pareja ha elegido a otra para rellenar su carnet de baile.

Frunciendo los labios, se acercó a mí y me agarró con fuerza por la cadera.

Traté de apartarme, pero él me cogió entonces por la cintura. No quería montar una escena allí en medio. Él era el senador por California y yo no era nadie. Era el rostro sin nombre que había aparecido en unas cuantas fiestas junto a su padre durante las últimas semanas.

—Suéltame, por favor —le pedí apoyando la mano en su pecho e intentando apartarlo con disimulo. No hubo suerte. Me tenía sujeta con firmeza.

—Vamos, Mia, acabo de enterarme de que mi padre lleva follándose a mi niñera desde que mi madre murió. Qué coño, probablemente empezaron antes. No estoy de humor para tus remilgos.

Yo negué con la cabeza.

—No es verdad. Su relación fue forjándose poco a poco. Habla con tu padre, Aaron. Él te lo explicará.

Apretó los labios hasta que formaron dos finas líneas blancas y me guio entre la multitud, haciéndome daño en la cadera. Miré por encima del hombro y busqué a Rachel con la vista. Ella parecía preocupada. Me dio la impresión de que avisaba a Mason. Por desgracia, él estaba ocupado charlando con un grupo de hombres que parecían ser sus fans. Charlar con el lanzador estrella de los Boston Red Sox era emocionante para cualquiera, incluso para los millonarios. Además, cualquier contacto podía servir para conseguir nuevos anunciantes y patrocinadores.

Todo sucedió muy deprisa. Salimos de la zona de césped, cruzamos las casetas de las organizaciones benéficas y subimos los escalones de piedra. Luego vi que pasábamos bajo las columnas de la Biblioteca de Nueva York, que estaba oscura y solitaria. Algunas zonas quedaban fuera del alcance de la luz de las farolas, y hacia una de esas zonas era adonde Aaron me llevaba.

Al fin, mi cerebro empapado en champán se dio cuenta de que no estábamos dando un paseo. Me estaba conduciendo a un sitio concreto para llevar a cabo algún plan. Me detuve bruscamente y me solté.

—¿Qué coño pretendes, Aaron? —Separé los brazos levantando las manos y miré a mi alrededor.

No había nadie. Estábamos a cincuenta metros o más de distancia de la fiesta. En silencio, me maldije por haber permitido que me alejara tanto del resto de los invitados.

—Piensas que eres especial, ¿no? —me soltó sin ocultar la maldad y la agresividad que sentía.

Negué con la cabeza y traté de sonar calmada.

—En absoluto. Todo lo contrario.

Él frunció el ceño y avanzó amenazadoramente hacia mí. Levanté las manos para protegerme al tiempo que comenzaba a retroceder, pero de repente me encontré acorralada contra una pared de cemento en una zona oscura. Aaron pegó su pecho al mío. Pensé en cuál sería la mejor manera de manejar la situación, pero el champán me nublaba los reflejos.

—Aaron, no hagas esto. No te conviene.

Él me paseó la nariz por la sien, lo que me provocó un escalofrío de miedo. Los pelillos de la nuca se me erizaron.

—Oh, sí, voy a hacerlo.

Le di un empujón en el pecho, pero no sirvió de nada. Él era un tipo grande y corpulento. Me dirigió una sonrisa burlona.

—¿Tratando de escapar, putita? —Arrastraba las palabras, como si estuviera borracho.

—No soy una puta, Aaron, ya lo sabes.

Su respuesta fue morderme en el lugar donde el hombro se une con el cuello.

—Mi padre te contrató para que te hicieras pasar por su puta delante de sus jodidos amigos. Trabajas para una agencia de escorts y cobras por tus servicios. Pues ya va siendo hora de amortizar lo que papá pagó por ti —dijo con una mirada desquiciada.

En ese momento empecé a defenderme en serio, pero tampoco conseguí gran cosa porque apenas tenía espacio para moverme. Logré darle un puñetazo en la boca que le partió el labio, pero eso sólo lo espoleó. Me sujetó las dos manos con una de las suyas y usó la otra para magrearme por todas partes. Me clavó al muro con su cuerpo con tanta violencia que noté que la piel me saltaba cada vez que me embestía.

Comencé a gritar, pero él me hizo callar aplastándome la boca con la suya. Si alguien pasaba por allí, le parecería que alguien estaba gritando debajo del agua. El sonido del cinturón y de la cremallera desabrochándose me dio la impresión de ser una sentencia de muerte. Grité más fuerte, pero él me mordió los labios y me estrelló la cabeza contra la pared. Todo se tornó borroso, aunque me di cuenta de que me estaba levantando el vestido hasta la cintura porque sentí el aire fresco sobre mi piel. El golpe me hizo ver las estrellas. Dejé de resistirme y noté que bajaba los dedos por mi vientre hasta llegar a mi sexo, que agarró bruscamente. Sentí ganas de vomitar y noté bilis en la garganta.

—Voy a follarte como te mereces, como lo que eres: una jodida y sucia puta —bramó, llenándome la cara de saliva.

No era el mismo hombre que había conocido a mi llegada. Al principio había disfrutado hablando con él, flirteando incluso, pero este hombre era como el que me había tocado mientras dormía sin remordimientos.

Ése había sido el primer aviso de que algo no iba bien en la cabeza del joven senador.

Sentí la punta de su pene apoyada en mi pierna mientras me embestía.

—No —susurré, negando con la cabeza.

Su respuesta fue una sonrisa que me revolvió el estómago. Traté de gritar, pero él me tapó la boca con la mano, amortiguando el ruido. Cuando le mordí los dedos, rugió y volvió a golpearme la cabeza contra la pared. Esta vez, noté que perdía la fuerza en los músculos. Estaba a punto de desvanecerme y él aprovecharía para violarme. Tal vez fuera mejor así. Mejor no enterarme de las cosas asquerosas que iba a hacerme. En esos instantes, recé para que la oscuridad llegara pronto.

—¿Estás lista para que te la meta? —fueron las últimas palabras que salieron de sus labios, cargadas de desdén.

Nunca me habría imaginado que un joven senador al que la gente adoraba pudiera hablar así. ¡Pero si casi todo el mundo pensaba que Aaron iba directo a la Casa Blanca!

Esperé a que me asaltara pero, en vez de eso, volví a notar el aire fresco contra mi piel. El peso que me había mantenido sujeta a la pared había desaparecido. Me llegaron sonidos de lucha, seguidos de gruñidos y de pasos que se acercaban, pero todo ello amortiguado por el martilleo de los latidos que notaba en el corazón y en la cabeza. No pude mantenerme más en pie, me caí al suelo y me arañé las rodillas.

—¡Yo sí que te voy a dar lo tuyo, gilipollas! —bramó una voz conocida.

Alcé la cara confundida. El zumbido que tenía en la cabeza crecía, como si tuviera dentro una colmena llena de abejas furiosas. Sin embargo, reconocí a Mason, que estaba en medio de lo que parecía un combate de lucha libre con Aaron. En algún momento, Aaron se había abrochado los pantalones. La imagen era curiosa, porque los luchadores no llevaban el pecho descubierto, sino que iban elegantemente vestidos con esmoquin. Pestañeeé varias veces y reconocí a Rachel, que se acercaba corriendo con dificultad por culpa de los tacones. La oí pisar la grava y luego subir ruidosamente la escalera de la biblioteca.

—¡Oh, Dios mío! Mason, ¿dónde está Mia? —gritó.

Traté de contestarle, pero no podía articular palabra. Alguno de los golpes que había recibido en la cabeza me había dejado sin la capacidad de hablar.

Mason le dio un puñetazo a Aaron en plena cara. Le salió sangre despedida de la boca, que fue a parar al pavimento, pintándolo de rojo. Puse los ojos en blanco y noté que iba a vomitar. Sentía náuseas. Oí que Mason decía algo, pero no lo entendí. Me tumbé de lado sobre el suelo, húmedo y frío. Necesitaba sentir el frescor de la piedra en la cara y la sien para aliviar un poco el dolor que se estaba apoderando de todo mi cuerpo. Noté que el ácido me quemaba el estómago antes de ascender rápidamente por mi garganta. Vomité, incapaz de moverme ni de levantar la cabeza.

—Mia, oh, no. Dios mío, cariño. —La voz de Rachel se abrió paso entre la maraña de confusión. Se arrodilló a mi lado y me elevó el torso, apoyándose en su regazo—. Mason, está herida. Y desnuda de cintura para abajo —añadió antes de bajarme el vestido para cubrirme de miradas indiscretas. Luego me tocó con suavidad la espalda y la cabeza para examinarme las heridas. Al parecer, las paredes de la biblioteca se habían quedado con algún que otro trozo de mi espalda—. Tenemos que llevarla al hospital —exclamó Rachel con la voz temblorosa. En la distancia se oyó un gruñido y más ruidos de lucha. Noté que una gota de algo me caía en la mejilla. Cuando se desplazó hasta mis labios y noté el sabor salado, me di cuenta de que eran lágrimas de Rachel. Ella se inclinó sobre mí y me besó la frente—. Te pondrás bien.

Cuidaremos de ti.

Fue lo último que oí antes de perder el conocimiento.

El olor acre del desinfectante del hospital se abrió camino entre mis sentidos. Me pasé la lengua por los labios secos y me pareció que los tenía de algodón. Antes de poder abrir siquiera los ojos, alguien me había acercado un vaso de agua a los labios y me había deslizado una pajita en ellos. Bebí con avidez. El corte que me había hecho Aaron al morderme me dolió. Abrí los ojos y encontré a Rachel cuidándome, tal como me había prometido. Noté la mano caliente y una opresión en el costado. Al mirar hacia abajo, vi el pelo cobrizo de Mason, que tenía la cabeza reclinada a mi lado y me sujetaba la mano. Sus nudillos estaban pelados y con restos de sangre seca. Moví la mano y hundí los dedos en su pelo espeso y sedoso.

Cuando él alzó la vista hacia mí, vi que sus ojos verdes me miraban con tristeza. Traté de sonreír todo lo que me permitieron mis labios hinchados. Él me levantó la mano y me besó la palma.

—¿Cómo te encuentras, bomboncito?

Parpadeé varias veces, haciendo inventario mental de mi estado. Me dolían las rodillas y la espalda me escocía como un demonio, pero lo peor era el dolor de cabeza.

—¿Él... consiguió...? —traté de preguntar, pero no fui capaz de pronunciar la palabra.

Rachel me acarició el pelo, retirándomelo de la cara, con las mejillas cubiertas de lágrimas. Mason apretó los dientes y negó con la cabeza.

—No, no lo consiguió. Gracias a Dios. Si lo hubiera hecho... —su rostro se contrajo en una mueca de ira. Nunca había visto a Mason así. Su cara era una mezcla de malicia y puro odio— lo habría matado con mis propias manos. De todos modos, lo he dejado para el arrastre. La policía lo ha detenido por agresión. Ya puede despedirse de su carrera política.

Yo cerré los ojos y me eché a llorar.

—Joder, ojalá hubiera hecho algo cuando lo encontré metiéndome mano mientras dormía.

—¿¡Cómo?! —Mason gritó tan fuerte que el tamborilero que se había instalado en mi cabeza decidió que había llegado la hora del redoble.

Me llevé las manos a las sienes, lo que me hizo comprobar que también tenía heridas en las palmas.

—Mace, cariño. Tiene una contusión en la cabeza —le recordó Rachel, haciéndole gestos con la mano para que bajara el tono—. Eso debe de doler. Mírale la cara.

Él se inclinó hacia mí y me besó la frente. Tras la horrible noche que había pasado, fue una sensación muy agradable. Sin embargo, no podía parar de llorar. Las

lágrimas formaban riachuelos sobre mis mejillas. De tanto llorar, empezó a picarme la piel de la cara. Mason me susurraba palabras de consuelo, asegurándome que cuidarían de mí; que para eso estaba la familia, para cuidarse los unos a los otros.

Mientras él me consolaba, oí que Rachel se había alejado y hablaba con alguien.

—Sí, está bien. Ha pasado mala noche. ¿Quién es? Ah, sí, estuvo contigo en Hawái. Sí, un senador le dio una paliza, pero está bien. ¿Perdón? ¿Que vas a qué? ¿Hola?

—Oh, no. ¿Quién era?

Ella me mostró el teléfono.

—Pone «Samoano sexi».

Cerré los ojos y gruñí.

—¿Acabas de decirle a Tai que estoy en el hospital porque un senador me ha dado una paliza? —le pregunté con un hilo de voz porque sentía la garganta más apretada que unos vaqueros de la talla 36.

—¿He hecho mal? —Rachel me dirigió una de sus características sonrisas. No tenía ni idea de la que acababa de liar.

Alargué la mano para recuperar mi móvil. Cuando me lo devolvió, intenté llamarlo para calmar a mi matón samoano, pero en ese momento el dolor de cabeza se tornó más intenso. Me mareé y volví a tener ganas de vomitar. Decidí llamarlo más tarde, cuando me encontrara un poco mejor, y solté el teléfono.

—No respondas más llamadas. No saldrá nada bueno de eso.

Rachel frunció el ceño.

—¿Por qué?

—No importa. Ya me ocuparé más tarde. —Cerré los ojos, incapaz de mantenerlos abiertos ni un segundo más.

Durante la noche me obligaron a despertarme cuatro veces más para asegurarse de que la contusión evolucionaba bien. Cuando al final me desperté sin ayuda de nadie, me encontré con que alguien me estaba dando la mano. Era una mano enorme, mucho más grande que la mía. La otra estaba en mi cuello y me estaba buscando el pulso. Lo reconocí por el olfato. Su inconfundible olor a fuego, leña y mar me aportó una increíble sensación de paz. Ni siquiera tuve que abrir los ojos para saber qué me encontraría.

—Sé que estás despierta, criatura —me dijo acariciándome el pulso—, abre esos preciosos ojos y mírame. —La grave voz de Tai fue como un bálsamo para mis nervios rotos. Abrí los ojos, que se llenaron de lágrimas al ver a mi sexi samoano por primera vez en tres semanas. Sus ojos negros brillaban de rabia apenas contenida—. Nadie ha querido darme su nombre. ¿Quién te ha hecho esto, Mia? —preguntó en un tono de voz aparentemente tranquilo pero que no prometía nada bueno—. ¿Quién se ha atrevido a ponerte las manos encima sin tu permiso? —Tai era un hombre impresionante que emanaba autoridad. Cuando hablaba, todo el mundo lo escuchaba.

Respiré hondo, despacio, e hice una mueca cuando noté dolor en la espalda y en

la cabeza. La expresión de Tai se volvió aún más despiadada. Le apreté la mano, tratando de expresar lo que no podía hacer con palabras. Él cerró los ojos, se inclinó hacia mí y me dio un beso suave.

—Nadie lastima a mi *aiga*, a mi familia —dijo golpeándose el pecho como si fuera un gran simio. Ahí volvía a estar esa bonita palabra: *familia*.

—Tai, ¿qué hora es? ¿Te montaste en un avión nada más colgar el teléfono?

Cuando asintió con la cabeza, bajé la cara avergonzada. Había pasado mala noche y me costaba gestionar mis emociones, pero notaba que no me merecía tantos mimos por parte de esos hombres maravillosos.

—Quiero que vuelvas conmigo a Hawái. Amy y yo te vigilaremos. Y *tina* estará feliz de cuidarte. —Recordé que *tina* significaba «madre» en samoano.

—Sabes que no puedo hacerlo, Tai. Tengo que trabajar. —Me llevé las manos a las sienes y me apreté la cabeza—. Además, cuando la prensa se entere, se va a liar una muy gorda. Joder, ¿qué voy a hacer? Los Shipley son una familia muy importante, y Warren... ¡Oh, Dios mío! Su hijo...

Volví a llorar y me tapé la cara con las manos.

—Warren se va a ocupar de que su hijo reciba el castigo que merece por sus actos. —Me llegó la voz rotunda de Warren en persona—. Dulce niña —añadió con la voz tomada por la emoción al tiempo que se acercaba a la cama. Kathleen lo seguía de cerca, tapándose la boca con la mano mientras lloraba en silencio—. Siento mucho lo que hizo Aaron. Habríamos venido antes, pero hemos tenido que ocuparnos de la policía y de la prensa. Lo siento, todo es culpa mía.

Tragué saliva tratando de aclararme la voz, pero no sirvió de nada.

—No, Warren, es culpa suya.

—Yo sabía que el alcohol lo afectaba. Por eso apenas bebe. En el pasado tuvo un problema de alcoholismo. Cada vez que bebía se ponía muy violento, pero pensaba que ya lo había superado. Cuando le conté que Kathleen y yo éramos pareja, perdió el control. Fue como si algo se rompiera en su cabeza.

—Desde luego, algo está a punto de romperse, no sé si en su cabeza o en otra parte de su cuerpo —amenazó Tai, gruñendo y levantándose.

Warren se volvió hacia él y tuvo que alzar los ojos hasta llegar a su cara. Se quedó boquiabierto, lo que era una reacción bastante normal en la gente que veía a Tai por primera vez. Era enorme, impresionante, y estaba buenísimo.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Warren.

—Familia —lo corrigió Tai, palmeándose el pecho en un gesto de macho alfa.

Yo sonreí y le di palmaditas en la mano. Tiré de él para que volviera a sentarse. Él se sentó en silencio y me miró fijamente, como si los demás ocupantes de la habitación fueran insignificantes y molestos mosquitos. Dios, adoro a Tai.

Warren carraspeó y siguió hablando.

—Quiero que sepas, Mia, que lamento mucho lo que ha pasado. No dudes que correremos con todos los gastos médicos, los gastos que puedan derivarse de tu

recuperación y cualquier cantidad adicional que consideres oportuna para compensar tu tiempo y tu sufrimiento. Odio que te haya pasado esto, Mia, ni te imaginas cuánto. —Se le rompió la voz. Tenía el ceño muy fruncido y nunca le había visto tantas arrugas como ese día—. Pero debo pensar en las vidas de la gente que quiero salvar. Si lo que ha pasado sale a la luz, no sólo supondrá el fin de la carrera política de mi hijo, sino que también será el fin de mi proyecto y los más perjudicados serán, como siempre, los más desfavorecidos. —Bajó la cabeza y la sacudió avergonzado.

—Pero, bueno, ¿será posible?! —exclamó Tai, temblando de indignación—. ¿Pretender esconderlo todo bajo la alfombra para no perjudicar a un político? Criatura, no me parece bien. La justicia es igual para todo el mundo —empezó a decir, pero yo lo interrumpí.

—Tai, hay cosas en juego que tú no conoces. Luego te lo contaré todo, cuando nos quedemos a solas; te lo prometo. —Con la mirada le rogué que se calmara.

Él frunció los labios y alzó una ceja, pero guardó silencio y me apretó la mano con más fuerza. Inspiré hondo y, tras soltar el aire lentamente, pronuncié las palabras que nunca creí que saldrían de mi boca.

Estaba a punto de darle a un violador potencial carta blanca para evitar la cárcel. Tuve que hacer un gran esfuerzo y pensar en todos los hombres, las mujeres y los niños en varios países repartidos por todo el mundo que no tenían acceso a la medicina moderna de la que gozábamos en Estados Unidos. Sin la ayuda que les proporcionaría el proyecto de Warren, muchos de ellos tendrían un mal final. Si la verdad salía a la luz, Warren perdería a todos sus inversores y socios, incluido el señor Benoit. Además, si la prensa comenzaba a investigar, descubrirían quién me había contratado y para qué. Y eso afectaría a las vidas de mucha más gente, no sólo de los Shipley. También a las de la tía Millie, Wes, Alec, Tony, Héctor, Mason, los D'Amico, que me habían contratado para su campaña de bañadores, Tai...

Decidida, busqué la manera de exponer las cosas para poder seguir mirándome al espejo en adelante.

—Warren, no se lo contaré a nadie y no presentaré denuncia, pero tengo varias condiciones.

Él me dio la mano y asintió en silencio. Kathleen seguía llorando. Una a una, fui especificando las condiciones que me parecieron justas.

—Aaron tendrá que entrar en un centro de rehabilitación para curarse el alcoholismo. Me da igual si es una clínica privada y si la excusa para su ausencia de la vida pública es un asunto familiar. Invéntate algo. Pero tu hijo necesita ayuda. También necesita sesiones de control de la ira con un especialista.

—Prometido —replicó Warren con decisión.

—Quiero una carta, escrita y firmada por él, en la que se comprometa a recibir esas ayudas. El original lo guardaré yo. En ella se comprometerá a cumplir con esas condiciones. Si no lo hace, llevaré la carta a la prensa y me dará igual si he firmado un contrato de confidencialidad o no. La llevaré a la prensa, ¿queda claro?!

Warren agachó la cabeza y me besó la mano.

—Mia, lo siento; lo siento mucho. Dulce niña, gracias por ser tan generosa.

—Una última cosa: el dinero.

—Lo que quieras. Pon tú la cifra. ¿Quieres millones? Son tuyos.

Al oír eso estuve a punto de atragantarme. ¿Estaba dispuesto a pagarme millones de dólares para salvarle el culo a su hijo y sacar adelante su proyecto? Tuve que volver a poner las cosas en perspectiva, recordándome que, para alguien que tenía la fortuna de Warren Shipley, unos cuantos millones no eran más que una propina. Me revolvió el estómago pensar que estaba tratando de comprarme, pero sabía que sólo quería ayudarme, ponerme las cosas más fáciles. Y el dinero era la manera habitual de arreglarlo todo para alguien que había nacido en una familia rica.

—Ni un céntimo. No pienso aceptar ni un solo céntimo. Nadie podrá decir nunca que me tapaste la boca con dinero. No soy una fulana; soy una mujer agredida. Tu hijo debería ir a la cárcel por lo que me hizo, Warren, pero por ti y por tu causa benéfica, no lo denunciaré. Estoy renunciando a mis convicciones y principios morales para asegurarme de que el programa de ayuda se lleve a cabo con éxito. No hagas que me arrepienta de mi decisión.

Vi un par de lágrimas en las mejillas de Warren, que él se secó rápidamente. Le di unas palmaditas en la mejilla y él me aseguró con la mirada que me comprendía. Sabía el gran sacrificio que estaba haciendo y me respetaba más por ello. Se apartó de la cama para dejar paso a Kathleen, que me dio uno de esos abrazos suyos tan maternales que tanto me gustaban. Kathleen lloró sobre mi bata mientras me abrazaba con fuerza. Me hacía un poco de daño en la espalda, pero como una guerrera que acabara de volver de una batalla, apreté los dientes y le devolví el abrazo. Ella lo necesitaba tanto como yo.

Cuando me dieron el alta, me quedé unos días más en Nueva York. Mason, Tai, Rachel y Kathleen se ocuparon de mimarme a todas horas. Warren mantuvo las distancias, aunque me enviaba flores dos veces al día. Mason y Tai tardaron unos cuantos días en calmarse. Estaban muy enfadados. Tal vez gracias a su enfado común, pronto se hicieron grandes amigos y pasaban el rato vacilándose mutuamente, hablando de deportes y de las diferencias entre la vida en el continente y en las islas.

Al final logré convencer a Tai para que volviera junto a su familia y su novia. Amy fue un amor. Me enviaba mensajes graciosos todo el rato para animarme. Era un encanto de chica y me hacía muy feliz saber que Tai tenía a alguien así esperándolo en casa.

El último día antes de que él regresara a Hawái, nos sentamos a hablar en la terraza del Four Seasons, disfrutando de las vistas.

—Alucinante, ¿eh? —Le señalé la panorámica de Nueva York con el pie.

Él se encogió de hombros.

—Yo prefiero ver el ancho océano y un mar de palmeras a ver un montón de luces y edificios, pero entiendo que a algunos pueda resultarles atractivo. A mí me parece demasiado ruidoso. Hay demasiada gente; demasiado de todo.

Les di unas vueltas a sus palabras. Demasiado de todo. Pues sí, lo había clavado.

Crucé un pie por encima del otro y Tai se fijó en mi tatuaje, que ya estaba completamente curado. Al verlo, sonrió, no con su sonrisilla sexi habitual, sino con una sonrisa radiante, llena de dientes y hasta de encías. Me cogió el tobillo en su mano gigante y se lo llevó al regazo. Yo me moví un poco para que pudiera inspeccionarlo mejor.

—¿«Confía en el viaje»? —Alzó la mirada, buscándome los ojos.

—Sí.

Con un dedo, me acarició la inscripción y luego el diente de león y cada una de las semillas voladoras con la letra inscrita, deteniéndose al llegar a la «T». El calor que me transmitía con ese dedo atravesó la piel y viajó a lo largo de mi pierna hasta llegar a ese lugar que Tai conocía tan bien. De hecho, estoy convencida de que mi vagina había escrito poemas llamados *Oda a Taiy* cartas de amor pidiéndole que regresara. Pero Tai ya no me miraba con la pasión de antaño. Imagino que esa pasión la reservaba ahora para su nueva dueña: una rubia menuda que lo esperaba en Hawái.

—¿Qué significan estas letras? —me preguntó.

Pensé en hacerme la interesante y decirle: «¿Qué letras?», pero Tai siempre había sido completamente sincero conmigo y sentí que debía pagarle con la misma moneda.

Levanté un poco más el pie y fui señalando cada letra.

—Cada una de ellas corresponde a un hombre que ha marcado mi vida de alguna manera que quiero recordar. Me recuerda que cada una de las cosas que he vivido tenía un sentido y que, durante un tiempo, me sentí amada. —Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero inspiré hondo, tragué saliva y me controlé.

Tai acarició la letra «T».

—¿Es por mí?

Estaba tan emocionada que fui incapaz de responder, y me limité a asentir. Él se inclinó y besó la letra.

—Me gusta, criatura. Me gusta que una parte de mí esté contigo siempre.

Yo me incliné también para besar el tatuaje que él llevaba en el hombro derecho, el que representaba la amistad; el que se había hecho como recuerdo del tiempo que habíamos pasado juntos. Apoyé la cabeza en su hombro y él me dio unas palmaditas cariñosas.

—Tienes que volver a casa —le recordé.

—Sí, allí tengo muchas cosas —replicó, siempre sensato.

—Lo sé. Te quiero, Tai. Muchas gracias por venir.

—Hay mucha gente que te quiere; nunca lo dudes, criatura. La familia es la que tú eliges; siempre estaré a tu lado cuando me necesites.

Tai se marchó esa misma noche en el primer vuelo que encontró. Y se llevó

consigo otro trocito de mi corazón. No me cabía ninguna duda de que siempre podría contar con él en mi vida.

Pasé los días siguientes en Boston, con Mason y Rachel. Mace me trataba como si acabara de sobrevivir a una epidemia de peste y estuviera destrozada. No era verdad, pero yo me dejé querer. Volver a ver a Mason, a sus hermanos y a sus colegas de equipo fue genial. Una vez más comprobé que esos hombres eran realmente mis amigos. No estaba sola. Mucha gente había acudido a ayudarme cuando los había necesitado. Había un montón de gente dispuesta a animarme, a protegerme, a luchar por mí. Me querían de verdad.

Mientras hacía la maleta, encontré el papel de carta. Ya no estaba en casa de Warren y Kathleen, pero pensé que se merecían unas líneas, un recuerdo del tiempo que habíamos compartido. Busqué un sobre y escribí en él la dirección de la lujosa mansión. Como no iba a volver a mi estudio en California durante un tiempo, no me molesté en anotar una dirección en el remite. Sólo puse «Mia Saunders».

Warren y Kathleen:

Siento mucho cómo acabaron las cosas. Sé que no le desearíais a nadie lo que me pasó; no os culpo de nada. Gracias por enviarme noticias sobre la rehabilitación de Aaron. Me resulta más fácil asimilar lo que sucedió sabiendo que está recibiendo ayuda profesional. Deseo sinceramente que encuentre la paz que necesita.

Christine Benoit me ha contado que el primer envío de suministros saldrá el mes que viene. Decir que la noticia me hace feliz es quedarme corta. Saber que pronto muchas personas recibirán la ayuda que necesitan para llevar vidas largas y felices hace que todo haya merecido la pena.

Quiero que sepáis que el tiempo que pasé con vosotros fue fantástico, y que ver cómo ha evolucionado vuestra relación ha sido algo inspirador.

Gracias por permitirme formar parte de vuestra vida.

MIA

Doblé la carta, la metí en el sobre y le pedí a Rachel que la enviara. Esta vez no me escapé mientras dormían. Dejé que ella y Mason me acompañaran al aeropuerto. Era lo mínimo que podía hacer después de que me rescataran y me cuidaran durante una semana y media.

Nos despedimos y prometimos que nos mantendríamos en contacto. De momento, me estaba resultando muy fácil mantener el contacto con mis nuevos amigos. Probablemente porque eran los únicos amigos que tenía aparte de Ginelle y de mi hermana.

Recliné el asiento del avión y me relajé pensando en el mes que llegaba a su fin. Había sido muy variado. Había hecho de celestina, había practicado *sexting* con Wes, había tenido sueños muy húmedos, había echado una mano a la hora de hacer negocios a gran escala y ayudado a países del Tercer Mundo; había conocido a una ninfómana canadiense y habían estado a punto de violarme. En conjunto, ¡menudo mesecito! Había tres cosas que no podía quitarme de la cabeza.

La primera era que Wes era mi jodida kriptonita. Debía ir con mucho cuidado con él si quería sobrevivir medio año más en esas circunstancias.

La segunda era que nunca había que juzgar un libro por la cubierta, ni siquiera cuando esa cubierta era un traje a medida muy sexi, una carrera política impecable y riqueza ilimitada.

Y la tercera, que los amigos son la familia que uno elige, y que tenía la mejor familia del mundo.

Sí, la vida era muy rara, pero la estaba viviendo al límite. Me tomaba las cosas tal como venían, aceptando lo bueno, lo malo y hasta lo feo con resignación porque todo formaba parte del proceso. Tal como mi tatuaje se encargaba de recordarme, tenía que confiar en el viaje.

Y, ahora, el viaje me llevaba hacia un hombre de piel canela. Un cantante de hip-hop llamado Anton Santiago que me quería en su nuevo videoclip. Dicen que los blancos no saben saltar. Bueno, pues esta blanquita no sabía bailar. Julio se presentaba interesante...

Agradecimientos

A mi editora, Ekatarina Sayanova, de Red Quill Editing, LLC. Me siento muy feliz de haberte encontrado. No es fácil encontrar a una editora que encaje con uno. Y tú encajas conmigo a la perfección. (www.redquillediting.net)

A mi ayudante, Heather White. ¿Te puedes creer que los libros van a salir publicados en papel? Debe de ser por los fragmentos picantes que tan bien elegías para dar a conocer mis novelas en las redes. Te quiero, criatura.

A Sarah Saunders, por estar siempre a mi lado. Te quiero, cara guapa.

A Jeananna Goodall. Me encanta cómo sientes mis historias. Tus correos, tus mensajes, todo lo que recibo de ti siempre me arranca una sonrisa.

A Ginelle Blanch. Eres una diosa a la hora de encontrar mis errores estúpidos. Gracias por ser como eres, porque ¡eres asombrosa!

A Anita Shofner, gracias por librar al mundo de tiempos verbales incorrectos y de comas mal empleadas. Lo tuyo es un auténtico don. Gracias por compartirlo conmigo haciendo que mi trabajo sea mucho mejor.

A Christine Benoit. No te imaginas lo feliz que me hace que una experta se ocupe de mi francés. Gracias por hacer que las palabras de Alec Dubois sean tan bonitas como pretendía. Gracias.

A los Ángeles de Audrey. Juntas cambiaremos el mundo, libro a libro. *KISSES* para siempre, preciosas.

A mi grupo de lectoras, las Audrey Carlan Wicked Hot Readers. Me hacéis reír todos los días. Gracias por vuestro apoyo.

Por último, aunque no por ello menos importante, a mi editorial, Waterhouse Press. Sois mucho más que extraordinarios. Estoy muy feliz por que vinierais a buscarme y me ofrecierais un hogar para mis novelas. Os quiero con locura.



AUDREY CARLAN ha alcanzado el número 1 en las listas de libros más vendidos de The New York Times, USA Today, y The Wall Street Journal. Vive en el valle de California junto a sus dos hijos y es profesora de yoga además de escritora.

Escribe historias eróticas de amor que han sido diseñadas para que el lector perciba una experiencia romántica, a la vez que sexy y erótica. Entre sus trabajos se encuentra la serie Calendar Girl, la serie Falling y la trilogía Trinity.